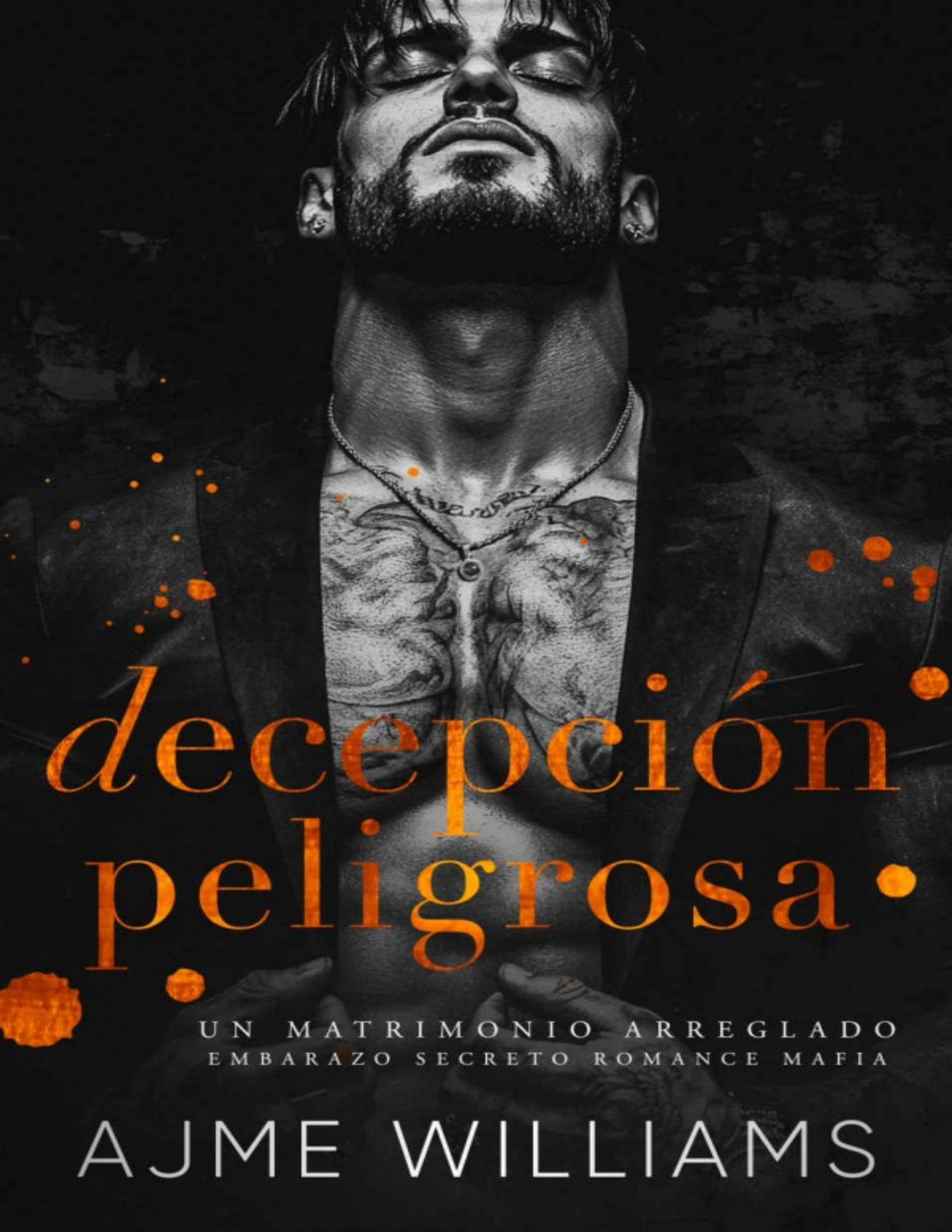

decepción
peligrosa
UN MATRIMONIO ARREGLADO
EMBARAZO SECRETO ROMANCE MAFIA
AJME WILLIAMS

DECEPCIÓN PELIGROSA

UN MATRIMONIO ARREGLADO, EMBARAZO SECRETO,
ROMANCE MAFIA

AJME WILLIAMS

Copyright © 2025 by Ajme Williams

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

Creado con Vellum

DESCRIPCIÓN

Caminando hacia el altar vestida de encaje blanco, voy hacia el hombre que asesinó a mi prometido.
Mi padre me vendió a él para saldar una deuda.
Ahora, soy el trofeo de esposa del rey de la mafia: poseída, reclamada y arruinada.

Tiene el doble de mi edad. Es el enemigo de mi familia.
Y en nuestra noche de bodas, él no pide.
Toma. Su boca. Sus manos. Sus reglas.

Juré que lo destruiría.
En lugar de eso, estoy gimiendo su nombre mientras me arruina entre sábanas de seda.

Nunca se suponía que esto debía sentirse bien.
Pero él es el pecado encarnado en un traje de tres piezas.
Entonces soy secuestrada.

Utilizada como carnada en una guerra que no inicié.
Pero Raffaele no negocia.
Él incendia el mundo entero para recuperarme.
Justo cuando creo haber sobrevivido a lo peor...

Aparecen dos líneas rosadas.
Y el bebé del Diablo se convierte en mi secreto más oscuro hasta ahora.

1

ADELINA

—Carlos está muerto.

Suaves notas de música clásica francesa flotan en el aire, bailando alrededor de las palabras que pronuncio en voz alta en el invernadero vacío donde solo las húmedas gotas de pintura en la punta de mi pincel son testigos. La suave pintura amarilla se acumula en el extremo de mi pincel, amenazando con escaparse de las cerdas mientras la vibrante pintura frente a mí se desdibuja a través de mis crecientes lágrimas contenidas.

Marie, mi más querida y actualmente *única* amiga en el mundo entero, me dijo que ayuda decir estas cosas en voz alta. Es parte del proceso natural de duelo, aparentemente, y reprimir tal dolor solo llevará al desastre—desastres como los ojos torcidos del osito de peluche que he pasado cuarenta minutos creando con delicadas pinceladas. Se supone que el oso debe verse cálido y acogedor, pero actualmente da vibras de asesino en serie.

No es el mejor diseño para colgar en los pasillos de un hospital infantil.

Cierro los ojos, dejando que cálidas lágrimas resbalen por mis mejillas mientras mi pecho se aprieta como si alguien hubiera alcanzado el interior de mi caja torácica y agarrado mi corazón con el puño.

Carlos está muerto.

Mi prometido.

Hace cinco días, lo sepulté en el cementerio sola. Nadie más asistió excepto mis guardaespaldas. Ni siquiera su familia.

Porque su familia también está muerta.

Para quienes me rodean—principalmente Marie—Carlos era un caballero dulce y amable que conocí mientras hacía voluntariado en el hospital. Yo era la pintora, y él el animador semanal. Conectamos por nuestra pasión compartida por llevar sonrisas y risas a niños que luchaban contra diversas enfermedades.

Es parcialmente cierto. Hago voluntariado allí tan a menudo como puedo, leyendo a niños que no tienen a nadie, jugando a disfrazarnos y organizando clases de arte para cada pequeño Picasso en ciernes. Carlos también estaba allí, pero en una capacidad mucho más formal.

Carlos era un heredero de la Mafia y yo iba a ser su esposa, uniendo a nuestras familias para asegurar un futuro más fuerte para ambos. Tales cosas son comunes en este tipo de vida, y nuestro compromiso comenzó como parte de un arreglo.

Durante los últimos cinco años, una familia emergente en mi mundo se ha hecho conocida como nada más que tiranos sedientos de sangre, dejando a familias más pequeñas como la mía luchando por seguridad y protección en los brazos de otros. Aunque matrimonios como el mío con Carlos habrían ocurrido por razones tradicionales, se suponía que sería una unión de fortaleza que nos protegería a todos.

Ahora Carlos yace en la fría y dura tierra junto con el resto de su familia, y no tengo nada más que un dolor infinito y la renovada convicción de que mi familia será la siguiente. Mi padre trabaja incansablemente para mantenernos a flote, pero en estos días, nadie está a salvo de la familia Varricchio. Son los tiburones y todos por debajo de ellos son simplemente carnada.

Y se llevaron al hombre que amaba.

Al menos creo que lo amaba. A veces, es difícil desenredar mis sentimientos.

Carlos pasaba tiempo conmigo. Era un hombre amable con ojos cálidos y un buen corazón. Aunque pasaba la mayor parte de su tiempo en el hospital actuando como mi guardaespaldas, era muy

bueno con los niños. Me traía café y la última dona de caramelo de la cafetería. Compartíamos historias de la infancia mientras comíamos pasta en un restaurante local, y mi corazón se agitaba cada vez que me llamaba.

Tuve suerte. La mayoría de los matrimonios arreglados raramente resultan en romance. Y él me hacía sentir bien, así que tenía que ser amor.

Ahora todo ha terminado.

Se ha ido.

Estoy sola.

Y el futuro de mi familia se tambalea al borde de la destrucción.

Lentamente, abro los ojos y los entrecierro como si mi tiempo en la oscuridad hubiera alterado el aspecto del osito de peluche. No. Me mira fijamente con ojos entrecerrados y vacíos que penetran directamente en mi alma. Definitivamente no es apto para niños.

Aunque...

Secándome las lágrimas con el dorso de una mano, sorbo y trato de componerme. En lugar de desechar la pintura, intento rescatarla. En vez de sostener un ramo de flores, le doy al osito un pequeño cuchillo y lo cubro con sangre de colores brillantes. Añadiendo un parche en el ojo peor pintado, ajusto su traje de marinero para que esté roto y sucio, luego pinto rápidamente algunos pedazos esparcidos de un robot de juguete.

Ha pasado de ser una dulce imagen de osito a una imagen de asesino algo alarmante. No es ideal para esta época del año, pero lo guardaré para Halloween. Estoy segura de que a los niños les gustará, ya que han pasado por cosas mucho más aterradoras que un osito asesino. Para cuando añado las últimas pinceladas de detalle, mis lágrimas se han secado y casi me quedo sin pintura en la paleta.

Es lo suficientemente bueno.

La pequeña explosión de satisfacción en mi pecho es momentánea y rápidamente engullida por la siguiente ola de dolor.

No llores. No llores.

—¿Addie? —La repentina llegada de mi padre me hace saltar, y medio me deslizo del taburete, apoyando un pie en el suelo y

girándome para enfrentarlo.

—¿*Papà*? —Mis nudillos rozan una última vez mi mejilla húmeda y fuerzo una sonrisa.

—Addie, mi querida. —Mi padre es un hombre rechoncho con un grueso bigote gris y pequeños ojos que brillan como estrellas cada vez que sonríe. A pesar de su forma redonda, se apresura hacia mí con una velocidad alarmante. Inmediatamente agarra una de mis manos entre las suyas, haciendo que mi pincel húmedo se acerque peligrosamente a su impecable traje de carbón—. ¿Qué sucede?

—Nada. —Sorbo, forzando una amplia sonrisa—. Estoy bien. Son solo los vapores de la pintura, ¿sabes?

Sus ojos recorren mi rostro, luego sonríe, lo que hace que su boca desaparezca bajo su bigote. —¿Estás segura?

Asiento rápidamente, metiendo algunos mechones sueltos de cabello detrás de mi oreja. —Segurísima.

Ya tiene suficiente en su plato con la muerte de Carlos y toda la familia Giordana. Ellos eran nuestro boleto para aumentar la fuerza para ayudar a defendernos contra los Varricchio. Ahora no tenemos nada ni a nadie que nos ayude. Quiero preguntarle cuál es el plan o cuáles son nuestros próximos pasos, pero no estoy segura de querer saberlo. Confío en que tenga un plan, pero la alternativa es solo una destrucción inminente mientras esperamos que los Varricchio aparezcan en la puerta.

—¿En qué estás trabajando? —Me da palmaditas en el dorso de la mano y luego me suelta, volviéndose hacia mi pintura—. Esto no es para el hospital, ¿verdad?

—Sí. —Dejo mi pincel y deslizo la paleta de vuelta a la mesa junto a mi caballete. La mesa está absolutamente cubierta de pintura, un mapa completo de cada obra que he hecho a lo largo de los años, que se remonta a la primera vez que mi madre puso un pincel en mi mano. Hay pocas cosas en este hogar que contienen tal riqueza de recuerdos.

—¿Estás tratando de asustar a los pequeños para que se mejoren? —Mi padre recoge la pintura y la gira en varias direcciones como si fuera algún tipo de coleccionista admirando mi trabajo.

—No, Papà. —Me río—. Se suponía que sería una pintura para la primavera, con narcisos en su mano y algunos huevos de Pascua alrededor de sus pies, pero algo en la forma en que resultó lo hizo más...

—¿Aterrador?

—Único —corrijo—. Así que seguí con eso, y ahora estará listo para Halloween.

—Hermoso —murmura mi padre, usando cada onza de su orgullo paternal para enmascarar su evidente desagrado por la pintura.

—Gracias, Papà. —Aceptaré el cumplido de todos modos. Todo lo que importa es que los niños enfermos piensen que es genial. Después de todo, son ellos quienes lo pasarán por el pasillo.

—¿Harás otro para Pascua? —Vuelve a colocar el lienzo en el caballete.

Entregándole uno de mis trapos de repuesto para limpiar cualquier pintura transferida de sus dedos, asiento y comienzo a ordenar mis materiales. —Sí, lo intentaré de nuevo mañana. Quiero visitar el hospital el viernes, así que mientras tenga algo que llevarles, estará bien. Odio presentarme allí con las manos vacías.

—Haces tanto por ellos, Addie —dice mi padre, y la tristeza entra en su voz.

Me detengo con dos botes de pintura en la mano y me vuelvo hacia él. La expresión en su rostro es distante mientras se aleja de mí y mira alrededor de mi estudio.

Las paredes están cubiertas con varias obras de arte, todas pintadas por mi madre o por mí antes de que ella falleciera. El estilo de mi madre era increíblemente delicado y elegante. Pintaba obras maestras, y aunque ese había sido mi objetivo cuando comencé a aprender, encontré mi alegría en pintar para niños. Las diferencias entre las pinturas en la pared son marcadas. El día en que mis pinturas se convirtieron en la mayoría fue un día doloroso.

Si ella todavía estuviera aquí, estoy segura de que estaría orgullosa de mí. Y le encantaría ese pequeño osito asesino en serie.

—¿Papà? —Coloco los botes en el gran fregadero blanco frente a las ventanas y vuelvo hacia él—. ¿Está todo bien?

—Bastante bien —dice, mirando uno de los paisajes en los que trabajó mi madre—. Este. —Señala, dirigiendo mi mirada hacia arriba—. Ella pintó esto justo después de que nos casamos.

—Lo recuerdo. —Me paro junto a él, estudiando el delicado horizonte de la ciudad y los campos ondulantes—. Me dijo que era su obra más orgullosa.

—Ella era la mía —dice, con la voz llena de amor.

Todos estos años después y todavía alberga tal devoción por ella. ¿Sentiré lo mismo por Carlos después de quince años?

De repente, mi padre se vuelve hacia mí y toma mi mano. —Ven, Addie. Debo decirte algo.

Lo sabía. Tan pronto como entró aquí y usó mi apodo, supe que algo andaba mal. Mi padre no es exactamente un hombre directo, y le toma un tiempo armarse de valor para hablar de las cosas importantes. Una cualidad incómoda en un mundo donde se requieren decisiones rápidas para mantener a las personas seguras, pero le ha funcionado hasta ahora.

—Me estás asustando —digo con una explosión de risa nerviosa —. ¿Pasó algo malo? ¿Qué podría ser peor que lo que le pasó a Carlos y a su familia?

Mi padre me lleva al banco de madera cerca de las puertas que se abren a nuestro vasto jardín. Mientras nos sentamos, tira de una de las mantas tejidas sobre su regazo y la alisa, luego me fija con una mirada que me lleva directamente a cuando le entregué una terrible boleta de calificaciones cuando era niña.

Algo que culparé para siempre a mis tutores.

—Adelina, sabes cuánto te amo, ¿verdad?

Mi corazón comienza a acelerarse mientras asiento. —Papà, ¿qué sucede? Estás empezando a asustarme.

Alcanza mi mano y la coloca sobre la manta en su regazo, acariciando mis nudillos. —Sé que la muerte de Carlos fue dura para ti. La pérdida de él y su familia es un golpe devastador.

Asiento lentamente mientras mi corazón corre una maratón en mi pecho. Prepararme para malas noticias es difícil cuando todavía estoy tan afectada por perder al hombre con quien se suponía que

pasaría el resto de mi vida. Independientemente de mis obligaciones hacia Carlos, lo quería profundamente.

—Conoces la amenaza de la familia Varricchio y en un tiempo perfecto, podría darte tiempo para llorar y procesar todo lo que está sucediendo, pero querida, no tenemos ese lujo. No si queremos sobrevivir.

De repente sé adónde va esto. —Quieres que me case con alguien más, ¿no es así?

Un destello de alivio calienta los ojos de mi padre al ver que pude entenderlo y que no tiene que decir nada. —Sí, mi querida. Así es. Solos, aunque somos fuertes, no tenemos los números para enfrentarnos a una familia tan grande como los Varricchio. Así que necesito que entiendas que esta es la mejor opción para todos nosotros y la única manera en que puedo mantenerte a salvo.

Es una sorpresa, pero no del todo inesperada. Nunca he rehuido el peso de la responsabilidad que recae sobre mí como la única hija de la familia Castiglioni. A pesar de nuestras raíces criminales, sé que hacemos lo que podemos para mantener a las personas seguras, y la pérdida de la alianza con la familia de Carlos fue un golpe terrible.

—Entiendo —respondo suavemente, apretando su mano—. Es solo negocios, ¿verdad?

—¡Exactamente! —Mi padre se anima de repente—. Si hubiera otra manera, la tomaría, pero no podemos hacer esto solos. Sabes que ha sido difícil desde que perdimos a tu madre por su enfermedad, y haré todo lo que esté en mi poder para mantenerte a salvo. Sabes eso, ¿verdad?

—Lo sé. —No tengo el corazón para decirle que otro matrimonio es lo último que quiero. Que si tuviera la opción, dejaría todo esto atrás y dedicaría mi vida al hospital que luchó tan duro para salvar la vida de mi madre.

Pero ese no es mi futuro.

—Entonces —digo, tomando un respiro calmante—, ¿quién es? ¿Una de las familias más pequeñas? ¿Alguien más grande?

Mi padre aprieta mi mano calurosamente. —Raffaele Varricchio.

El mundo a mi alrededor se detiene bruscamente mientras mi sangre se convierte en hielo en mis venas. Un pozo oscuro y doloroso se abre en mis entrañas y por unos largos segundos mientras miro a mi padre, no puedo respirar.

—¿Qué? —jadeo con voz ronca, arrancando mis manos de él—. ¿Esperas que me case con el *monstruo* que asesinó a mi prometido?

2

RAFFAELE

La sangre se extiende por el suelo de baldosas, llenando las grietas a lo largo del mármol por cada bala perdida y palanca que no alcanzaron su objetivo. Se propaga como una telaraña entre cada marca de daño, absorbiendo cada salpicadura y rociadura dispersa que decora el suelo hasta que no queda más que un mar de rojo. El carmesí mancha los armarios, desde los cajones inferiores hasta los gabinetes altos que mantienen a salvo las copas de cristal de manos curiosas.

Un cuchillo de carnicero yace a pocos centímetros de unos dedos rotos que se esforzaron por alcanzarlo hasta que la última gota de vida se escapó de ellos. Varias armas descansan abandonadas entre los cuerpos que crean montañas alrededor del nuevo mar rojo en la cocina.

Observo cómo se expande hasta que la sangre se acerca a las suelas de mis zapatos de cuero. Solo entonces esquivo el río que intenta mancharme más y agarro una manzana verde brillante de los restos destrozados de un tazón de vidrio en la encimera. Curiosamente, esta manzana en particular está libre de cualquier salpicadura de sangre que llegó a las encimeras de la cocina, pero aun así la froto contra mi camisa mientras salgo de la cocina y entro a la amplia sala de estar.

—Por favor —gimotea una voz a mi izquierda.

Me detengo inmediatamente.

—P-Por favor, haré lo que sea. Haré cualquier cosa. ¿Qué es lo que quiere?

El hombre que suplica por su vida recibió tres disparos en el pecho y estaba desplomado contra el mueble de pared cuando entré a la cocina. Parece que mi reaparición interrumpió su intento de arrastrarse hacia la libertad, y ahora ruega débilmente por su vida como si no hubiera hecho un gran perjuicio a la familia para la que trabajaba al no morir en silencio donde lo habían dejado.

Lentamente froto la manzana una vez más, luego la giro en mis manos para asegurarme de que realmente está libre de cualquier tipo de sangre y vísceras. Pasos retumban sobre mí, seguidos de un grito y varios disparos. Un último golpe pesado hace que el hombre sangrante a mi izquierda se estremezca, y se lanza hacia adelante con un gemido de dolor. Vislumbro la correa de un chaleco antibalas bajo su camisa.

—Por favor, Raffaele, lo que sea que quiera, p-puedo conseguirlo para usted. ¿Quiere dinero? ¿La-la combinación de la caja fuerte? ¿Quiere las joyas? ¿Cajas de seguridad? ¡Cualquier cosa que quiera, puedo conseguirla en un instante, lo juro, lo juro! ¡Solo por favor, por favor no me mate!

Doy un mordisco lento y cuidadoso a la manzana. El dulce jugo estalla en mi lengua mientras devoro la pulpa y lentamente saco mi pistola de la funda.

—Por favor —llora el hombre, y sus manos se aferran a mi tobillo.

—¿Cuánto tiempo has trabajado aquí? —pregunto, dando otro mordisco lánguido a la manzana.

—C-C-Cuatro años.

—Y en esos cuatro años, ¿alguna vez interviniste para proteger a la señora Amante o a sus hijos?

El hombre me mira, con los ojos inundados de lágrimas.

—Yo...

—¿Alguna vez interviniste cuando su esposo la golpeaba o amenazaba con vender a sus hijos a los rusos?

—El señor Amante es un... él es...

—¿Sentiste algún remordimiento cuando ella envió a sus hijos al extranjero por seguridad y luego se quitó la vida saltando desde el rascacielos del centro?

—Usted no *entiende*...

—Eso pensé —Apunto mi arma entre sus ojos llorosos y aprieto el gatillo antes de que cualquier otra excusa o mentira pueda salir de su boca. Muere al instante, aunque una salpicadura de sangre y materia cerebral me salpica la pierna.

—Genial —murmuro, enfundando mi arma—. Mis malditos zapatos. Imbécil. —Apartando el cuerpo de una patada, doy otro mordisco a mi manzana justo cuando la puerta corrediza de la sala se abre.

Mi Subjefe, Vito, entra con una expresión de disgusto en su rostro y camina hacia mí, deteniéndose para disparar a uno de los cuerpos que se agitan sobre la mesa del comedor.

—¿Lo encontraste? —pregunto, dando otro mordisco.

Vito levanta una memoria USB negra.

—Todo está aquí. Las escrituras de las boutiques. Las copias en papel están en el centro, pero ya tengo a alguien recogiéndolas.

—Bien. —Echo un vistazo a la habitación y mi estómago se retuerce—. Ya terminé. Larguémonos de aquí.

Misericordioso no es una palabra que alguien usará jamás para describirme. Cuando se sepa que la familia Amante está muerta, la culpa caerá directamente sobre mis hombros donde corresponde. La gente pensará que los masacré por su negocio y que no quedó un alma con vida. Estoy feliz de dejarles pensar eso.

Nadie mirará más a fondo, así que nadie sabrá que la señora Amante vino a mí pidiendo ayuda mientras yo estaba en el extranjero. Nadie sabrá que regresé a América demasiado tarde para ayudarla y que fui yo quien recogió su cuerpo de la morgue. Nadie sabrá que sus dos hijos ahora están ocultos del mundo, sanos y salvos bajo mi protección, y que lo que sucedió aquí esta noche es lo mínimo que el señor Amante merecía.

Esta será solo otra parada en mi camino de destrucción, y no tengo ningún deseo de corregir a quien afirme tal cosa. No es asunto de nadie más.

—¿Estás bien? —Vito me mira de reojo mientras salimos a grandes zancadas de la mansión Amante y nos dirigimos hacia la fila de autos negros en los que llegamos.

—Mmhmm. —Un último mordisco y arrojo el corazón de la manzana a uno de los destrozados macizos de flores que bordean el camino—. Quiero la dirección de cada boutique y las quiero vacías. Sin nadie adentro. Luego volveremos a lanzarlas bajo nuestro nombre. ¿Qué diablos se vende en una boutique, de todos modos?

—Ni idea —responde Vito—. ¿Ropa, tal vez? De cualquier forma, parece que solo las usaban como fachada para lavar dinero.

—Huh.

—Una cosa más. —Vito me da un codazo en el hombro mientras caminamos—. Recibí una llamada mientras estabas ocupado allá adentro.

—¿Sobre qué?

—Pascal Castiglioni. Aceptó tus términos.

La grava se desliza bajo mis zapatos cuando me detengo.

—Me estás jodiendo.

—No. Sonaba extrañamente ansioso, si soy honesto.

—Mierda. —Respiro profundamente, dejando que el fresco aire nocturno corte mis pulmones junto con el aroma de los pinos que se mecen cerca—. Solo quería ver a ese cabrón retorcerse. No pensé que aceptaría vender a su propia hija.



—Adelina Castiglioni —murmuro para mí mismo, recostándome en mi profundo sillón de cuero y cruzando las piernas sobre mi escritorio.

Un fuego crepita a mi derecha, enviando rayos y sombras de colores que bailan sobre las estanterías que contienen más libros y novelas de los que jamás leeré. Son un legado de los años de poder de mi padre, pero el conocimiento contenido en esos libros no me ayudará ahora. No a menos que alguien intente usar tácticas de guerra romanas. El aire está impregnado con notas florales de los

leños de lujo que crepitan entre las llamas, y un vaso de whisky se calienta en mi mano mientras hojeo el expediente que Vito preparó para mí.

Adelina Castiglioni. Veinticinco años y la única hija de Pascal Castiglioni. Su madre murió cuando tenía diez años, causa desconocida. Su familia se dedica a la construcción, pero sus principales negocios involucran vehículos de lujo y bienes de lujo falsificados. No exactamente peces gordos en el gran esquema de las cosas, pero Pascal sabe reconocer una amenaza cuando la ve. Son el tipo de familia que es absorbida por organizaciones tan grandes como la mía, y parece que Pascal vio eso en su futuro. Cuando se acercó a mí, decidí jugar con él antes de hacer exactamente eso.

Ciertamente no esperaba que aceptara entregarme a su única hija y heredera para salvar el nombre de su familia y el poco valor que posee.

En la siguiente página, varias fotografías se deslizan por el papel, y las detengo con la presión de mis dedos. Mi corazón salta ligeramente.

Adelina es hermosa. Unos impactantes ojos azules como el océano me miran desde una foto familiar y varias publicaciones de redes sociales. Su rostro ovalado está enmarcado por gruesos rizos castaño rojizos que arden como fuego bajo la luz del sol en una de las fotos. Su sonrisa es grande y amplia, con una fila perfecta de dientes y labios carnosos que la hacen parecer que está sonriendo por todas las personas incapaces de hacerlo.

¿Sabrá que su padre la ha entregado? ¿Habría estado de acuerdo?

La siguiente página detalla cómo pasa su tiempo como voluntaria en varios hospitales de la ciudad, pero favorece uno en particular. Dirige algunas sesiones de artes y manualidades y dedica mucho tiempo a pintar con los niños y para su propio placer. Sus redes sociales están llenas de grabaciones de su trabajo, así como videos acelerados de cómo pinta. La busco en mi teléfono y la encuentro en pocos segundos, luego dejo que uno de los videos se reproduzca mientras continúo leyendo.

Estudió brevemente enfermería en la universidad, pero no duró, aunque se desconoce la razón. Quizás se dio cuenta de que su pasión era la creación más que la enfermería, aunque el tiempo que pasa en hospitales es conmovedor. Parece que el que favorece es el hospital donde su madre pasó sus últimos meses. Debe sentir algún tipo de conexión con ese lugar.

La última página es la más sorprendente. Adelina estaba a punto de casarse con Carlos Giordana, y ese nombre me destaca como un faro. Masacré a los Giordana hace una semana, tal vez un poco más, debido al robo de varios cargamentos de drogas. Recuperé mis cargamentos y los atrapé con las manos en la masa, y tengo una sola regla para las familias más pequeñas que trabajan para mí.

No me roben mis mierdas.

No me tomaron en serio, así que me aseguré de que la historia olvide el nombre Giordana.

—Interesante —murmuro en voz alta, volviendo a la página con sus fotos mientras el video de Instagram termina.

Así que mi nueva esposa es una artista con inclinación por ayudar a niños enfermos y estaba a punto de casarse con un hombre que me robó.

¿No es esto un giro interesante?

—¿Vito? —Marco su número, y contesta al instante.

—¿Señor?

—Llama a Pascal. Dile que el trato está hecho.

—Entendido. ¿Algo más?

Cierro el expediente después de sacar la foto donde el cabello de Adelina parece estar en llamas.

—Dile que nos casaremos en mayo, así que necesitaré su talla de vestido.

—¿Está planeando la boda, señor?

—Por supuesto que sí. —Me río suavemente—. ¿De qué otra manera daré la bienvenida a mi nueva novia?

3

ADELINA

—No quiere conocerte.

—¿Qué? —Mis manos están enterradas en mi cabello trenzando el desastre salvaje de mis rizos castaño rojizos en algo más manejable cuando mi padre suelta esa bomba desde detrás de su periódico matutino.

—Dije que no quiere reunirse contigo.

—Papà, ¿esperas que me case con alguien a quien nunca he conocido?

—Addie, no tengo control sobre esto.

—¡Por supuesto que sí! —Retuerzo rápidamente mis dedos hacia adelante y hacia atrás, ignorando el ardor en mis nudillos y el dolor en mis hombros—. Eres Pascal Castiglioni. Tu nombre exige respeto. Seguramente puedes hacer algo para que él me conozca.

—Y él es Raffaele Varricchio —responde mi padre secamente—. Conoces su reputación. ¿De verdad crees que te casaría con él si yo tuviera el tipo de poder al que él escucharía?

Tiene razón, pero eso no detiene la sensación de incomodidad en mi estómago. Sé que Raffaele es un hombre peligroso y el odio que siento por él quema mi pecho a diario, pero al menos quería hacerle saber cara a cara sobre ese odio antes de que nos casáramos. No quiero que tenga ilusiones de que esto sea otra cosa que un acuerdo de negocios.

—Papà, él mató a mi prometido y ahora voy a casarme con él. ¿No hay nada que puedas hacer para que esto suceda? No quiero que la primera vez que lo vea sea el día de mi boda. No sabré cómo comportarme o cómo se supone que debo actuar.

Mi padre baja su periódico y lo dobla lentamente. —Solo sé tú misma, mi niña —dice. Coloca el periódico junto a su tazón de desayuno y se levanta—. Sé que esto es doloroso para ti, querida.

—Esa es una manera de decirlo —murmuro, finalmente llegando a las puntas de mi cabello. Doy una vuelta más y aseguro la gruesa trenza con una liga.

—Pero necesitas hacer esto. —Alcanza a través de la mesa y toma una de mis cansadas manos cuando las dejo caer sobre la mesa para descansar—. Yo estaré a salvo gracias a esto. Y tú también. Nos uniremos a su familia y así estaremos a salvo de su ira. Has visto cómo absorbe a otras familias dentro de la suya. De esta manera, no nos perderemos a nosotros mismos. No quieres que mi nombre se convierta en un simple recuerdo, ¿verdad?

—No. —Suspiro suavemente mientras una burbuja de culpa se retuerce bajo mis costillas.

—Y sabes cómo está luchando el negocio. Sin la inyección de fondos de los Giordana, corremos el riesgo de hundirnos. Pero gracias a *ti*, tengo otra oportunidad. Ese hombre es alérgico al fracaso, así que se asegurará de que estemos bien.

—Tal vez sea una señal para salir del negocio de la falsificación, Papà —digo—. Hacia algo más sostenible.

—¿Qué, como el arte? —Resopla, y la burla está apenas disimulada en sus palabras. Luego suaviza su tono—. Estamos endeudados, Adelina. Tú lo sabes. Si no pago, entonces todo tipo de personas peligrosas vendrán por mi cabeza. No querrás ver a tu querido Papà asesinado por cobradores, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —Mis ojos se ensanchan—. ¡Papà, nunca desearía algo así!

—Entonces, ¿no parece que no ver a Raffaele antes de la boda es un precio pequeño a pagar por mi seguridad? ¿Y por la tuya? —Levanta sus grises cejas pobladas e inclina la cabeza—. Me estás salvando, hija mía. Y eso es algo que nunca podré pagarte. Me duele

profundamente no poder ser yo quien te salve, y meterse en la cama con un hombre como Raffaele es... arriesgado. Pero, ¿ves otra opción? Él vendrá por nosotros eventualmente, tú lo sabes. De esta manera, te conviertes en su hermosa esposa y yo estaré a salvo.

Sé que habla desde el corazón, y todo lo que enumera son razones que yo misma tengo muy cerca de mi corazón. Ver a los Varricchio destrozar familias más pequeñas era algo ante lo que todos hacíamos la vista gorda porque era alguien más, no nosotros, quien sufría. Pero luego Raffaele expandió su poder y ahora, nadie está a salvo.

Carlos puede dar fe de eso.

—Está bien —digo finalmente, forzando una sonrisa—. No necesito conocerlo antes.

—Esa es mi niña. —Mi padre retira su mano y rápidamente regresa a su periódico—. Y la boda será pequeña e íntima, así que no tienes que preocuparte por cómo actuar. Solo sé tú misma. Mantenlo feliz por un tiempo, y todo saldrá bien. Confía en mí.

—Confío en ti, Papà.



—¿Comprometida? Marie se lanza a través de la mesa para agarrar mi mano, arrojando mi tenedor lleno de pasta fuera de mi alcance en el proceso—. ¿Dónde está el anillo?

—¡Marie! —Aparto mi mano con una risa—. No tengo uno todavía, exactamente.

—Espera, ¿es este uno de esos momentos en los que debería estar súper preocupada por tu bienestar mental? Porque seamos sinceras. —Marie suelta mi mano y baja la voz—. Enterraste a un prometido a principios de mes y ahora estás lista para casarte con otro.

Sus brillantes ojos llevan una gran cantidad de preocupación y confusión, y mi corazón se hincha al verlo. Nos conocimos en la universidad hace unos ocho años y conectamos instantáneamente. Su despreocupada visión de la vida fue un soplo de aire fresco para

mí. Estaba acostumbrada a vivir bajo llave como una princesa de la mafia, y Marie era todo lo contrario. Era todo lo que yo quería ser y más, y como no tenía idea de quién era yo o del tipo de mundo del que provenía, me trataba como a una persona normal. Lo cual fue increíble en la universidad, pero no es tan sencillo ahora, dada mi situación actual.

—No, no necesitas preocuparte —le aseguro, rescatando mi tenedor de un montón de salsa—. Sé que puede parecer malo, pero sinceramente, después de que Carlos falleciera, me di cuenta de algo. Creo que solo le dije que sí porque me sentía obligada, ¿sabes? Como si no estuviera enamorada de él en absoluto. Simplemente era cómodo estar con él.

Mi mentira hace que la pasta en mi boca sepa a ceniza, y mi estómago da un vuelco doloroso. No puedo decirle que un matrimonio era para salvar a mi familia, y este es por la misma razón, solo que con alguien peor. Igual que no puedo decirle que Carlos fue asesinado en lugar de morir en un accidente automovilístico. No puedo decirle que lo extraño tanto que lloro hasta dormir o que tengo miedo de perderme a mí misma en un intento de salvar a mi familia.

Todo lo que puedo hacer es sonreír mientras ella levanta las cejas y menea la cabeza. —¿En serio? Me habrías engañado. Pensé que ustedes dos estaban hechos el uno para el otro.

—Nah. Era pegajoso y algo asqueroso cuando estábamos juntos. Y nunca me apoyaba en nada, ¡ni siquiera cuando me cobraban de más en el supermercado! También se ponía muy malhumorado sobre mi arte, y creo que estaba tan acostumbrada a que él estuviera cerca que parecía el siguiente paso lógico. —Hay algo de verdad en mi mentira, de cierta manera. Eso lo hace un poco más fácil.

—Hmm, está bien, digamos que te creo. Cuéntame sobre este nuevo chico y cómo logró conquistarte en tres semanas. ¿Es alguien que le gusta aprovechar a las viudas o algo así?

—¡Marie!

—¿Qué? —Se ríe fuertemente y recoge su copa de vino—. ¡Eso es algo real!

—Estoy segura de que lo es. Pero no, Raffaele es un... amigo de la familia. Lo he conocido durante *años*, pero no fue hasta que Carlos falleció que lo vi realmente, ¿sabes? Y él fue tan dulce y amable. —Tejo un cuento de cómo espero que sea, y Marie se lo bebe como si estuviera vertiendo miel directamente por su garganta. Parte de mí siente que debería advertirle que él podría ser un idiota, pero a estas alturas, no tengo idea.

Podría ser cualquier cosa, desde un oso de peluche hasta el hombre más frío y cruel del mundo.

¿Quién sabe si incluso me permitirá verla una vez que estemos casados?

Es decir, un hombre que hace un trato por una persona no puede ser tan buen hombre. Mi padre actúa solo por desesperación, y con mi apoyo, pero ¿qué dice eso del que ofrece el trato?

—Bueno, será mejor que sea algún tipo de bombón. Es la única razón que se me ocurre por la que lo mantendrías alejado de mí —dice Marie entre sorbos—. No puedo creerlo. En un mes has perdido un prometido, conseguido otro, ¿y luego te casas la próxima semana?

—Mmhmm. Una boda en mayo.

—Qué hermoso.

—Lo cual es en realidad por lo que te pedí que vinieras a almorzar —digo, bajando mi tenedor una vez más—. No hace falta decirlo, pero ¿serías mi dama de honor?

El chillido de Marie es tan fuerte que varias personas en el restaurante se voltean a mirar mientras ella se lanza de su asiento y me abraza. —¡Sí! ¡Oh, Dios mío, sí!

—¿Por qué te sorprende? —Me río, devolviéndole el abrazo—. Ibas a ser mi dama de honor en mi otra boda.

—Eso no lo hace menos especial —dice, besando mi mejilla y luego volviendo a tomar asiento—. No todos los días tienes la oportunidad de ser dama de honor, y menos *dos veces*. ¡Y para mi mejor amiga! —Levanta una mano, luego toma su servilleta y se seca los ojos.

—Eres definitivamente mi mejor amiga, y te quiero allí —digo—. No puedo hacer esto sin ti.

¿Seguiría diciendo que sí si supiera quién soy y en qué tipo de mundo criminal vivo? ¿Me miraría igual? No puedo decirlo. Me gustaría decirme a mí misma que sí, lo haría. Pero crecer en esta vida me ha enseñado que nadie es tan confiable.

—Para —dice Marie con timidez, llorando suavemente—. Este es mi momento.

—Tampoco tendrás que hacer mucho, porque todo está siendo atendido.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, la boda es la próxima semana —digo—. La planificación básicamente está terminada.

—Espera, ¿en serio? Bien, necesitas contarme todo. Esquema de colores, flores, planes de comida, *todo*.

—Lo haré, pero discúlpame un segundo primero, ¿está bien? —Con una risa, me levanto y me alejo de la mesa.

Mientras me apresuro hacia el baño, miro hacia atrás para ver a Marie enviando mensajes de texto ansiosamente en su teléfono. Solo puedo imaginar a quién le está escribiendo. Logro mantener la sonrisa en mi rostro mientras entro al baño y soy recibida por aire frío y el fuerte aroma de antiséptico floral. El baño está afortunadamente vacío, y después de revisar los otros cubículos, rápidamente me meto en uno y cierro la puerta.

La máscara se cae.

Me voy a casar con un asesino. Un *monstruo*. El jefe de una familia que ha estado destrozando todo el poder en esta ciudad como si simplemente nos hubieran puesto en su camino para ser devorados. ¿Cómo se supone que mantenga feliz a Raffaele cuando cada vez que esté cerca de él, solo podré pensar en Carlos?

Raffaele tiene una reputación peligrosa, y cuanto más nos acercamos a la fecha de la boda, más insegura me siento. ¿Realmente puedo hacer esto? ¿Realmente puedo caminar por ese pasillo y unirme a un hombre así?

Las lágrimas vienen repentinamente, inundando mis ojos. Una sensación rasposa sube por la parte posterior de mi garganta, y me acurruco en el asiento del inodoro, presionando mis manos sobre mi boca para amortiguar los sollozos que burbujean en mi pecho.

Extraño a Carlos. Las cosas eran más fáciles cuando solo era él.

Lo extraño.

Extraño a mi mamá.

Tal vez hay otra manera, otra solución que aún no puedo ver que involucre mi arte o algo más. Mi mente corre tan rápido como las lágrimas que corren por mis mejillas, destruyendo mi maquillaje cuidadosamente aplicado. Lloro hasta que mi teléfono vibra en mi bolsillo, y lo saco esperando un mensaje de Marie preguntando qué me está tomando tanto tiempo.

No es de Marie. Es de mi padre.

Leo el mensaje, y me sobrio tan rápido como si me hubieran vertido un balde de agua helada sobre la cabeza.

—Mierda.

Raffaele se niega a honrar los pagos hasta que estemos casados. No confía en que no me echaré atrás, así que no proporcionará alivio comercial o de deudas hasta el día en que nos casemos. En su mensaje, mi padre dice que no puede esperar hasta entonces, así que ha solicitado otro préstamo para mantenerse hasta que Raffaele envíe su primer pago, pero que no debo preocuparme. Una deuda más no nos romperá con Raffaele listo para ayudarnos.

Mi corazón se hunde en las oscuras profundidades de mi estómago.

Echarse atrás no es una opción.

4

RAFFAELE

—Quiero ser claro. Ya no hay propietario. Yo soy el dueño del maldito edificio...

—Levanta el brazo —murmura Vito a mi izquierda.

Obedezco. —Así que soy con quien tienes que tratar. No me importa si recibes *diez* cartas del propietario. Eso no cambia el hecho de que soy *yo*. Entonces...

—El otro brazo.

—Rómpelas, quémalas, me da igual, ¿entiendes? De hecho, más allá de eso, soy dueño del puto terreno donde está...

—Levanta la barbilla.

—Así que si alguien tiene algún problema con eso, entonces necesita venir directamente a mí. Además, puedo investigar de dónde vienen esas amenazas, pero el punto es que ahora yo estoy a cargo y tú...

Antes de que pueda terminar, Vito me arrebata el teléfono de la mano y cuelga.

—Vito...

—Suficiente —me regaña, deslizando el teléfono en el bolsillo de mi pantalón—. Te casas hoy. En una hora, de hecho. No más negocios.

—Estás jugando un juego peligroso.

—¿Lo estoy? —Levanta una ceja mientras ajusta mi corbata y alisa la chaqueta del traje en la que me metió mientras yo estaba

ocupado—. ¿Cómo te sientes?

—Bien —digo secamente—. ¿Descubriste algo sobre Pascal?

—Nada —responde Vito, moviéndose a mi alrededor y alisando cosas—. Parece bastante normal, y no pude encontrar una buena razón por la que entregaría a su hija. El acuerdo entre él y los Giordanas parece haber beneficiado a ambos negocios, así que creo que está luchando por mantenerse a flote. Tiene muchas deudas.

—¿Apostador?

—No. Préstamos para pagar la mierda que vende. La construcción también ha sido lenta en la ciudad. Todos están pobres, así que nadie está renovando.

—Debe haber algo más. —Me giro para mirarme al espejo y admiro el traje negro que Vito eligió para mí. La corbata y el pañuelo de seda metido en mi bolsillo son del mismo ámbar quemado que el cabello de Adelina, mi elección para que combináramos—. ¿Por qué más entregaría a su hija?

—¿Por qué lo hace cualquiera? —Vito cepilla mis hombros—. Dinero. Poder. Negocios. Estás salvando el suyo, así que podría ser eso.

—Tal vez. —Ajusto mis gemelos y muevo la cabeza de un lado a otro, luchando contra la constricción del cuello alrededor de mi garganta—. Mi instinto me dice que hay algo más.

—Quizás es una mujer problemática, y él simplemente estará increíblemente agradecido contigo por quitársela de encima.

—¿Crees que hay algo malo en ella?

—Tal vez. —Vito bufa—. ¿Una mujer hermosa como esa, soltera y solo siendo casada con otras familias?

—Conoces nuestras tradiciones —señalo—. Su padre es viejo.

—Mi punto es que si le importaran esas tradiciones, la habría casado en el momento en que cumplió dieciocho.

—¿Entonces por qué esperó hasta ahora? —pregunto, finalmente captando lo que Vito está diciendo—. Ves, hay algo más sucediendo.

—Tal vez va a asesinarte mientras duermes.

—Pervertido. —Resoplo—. Eso sería lo más emocionante que me ha pasado en todo el año.

—Bien, vamos. Basta de retrasos.

—No estoy retrasando nada, estoy reflexionando sobre las razones ocultas por las que estoy a punto de casarme con esta mujer. Y también preguntándome por qué algún cabrón está fingiendo ser el dueño de los edificios que reclamamos de los Amantes y sacándome dinero.

—Probablemente algún idiota que no sabe con quién está tratando. —Vito se detiene frente a mí y coloca sus manos sobre mis hombros—. Ya basta de *retrasos*. Tú pediste esto.

—Lo hice.

Vito me mira con los ojos entrecerrados, y evito su mirada, ajustando ligeramente mi corbata. —¿Estás nervioso? —pregunta.

—No.

—Lo estás, puedo notarlo.

—Vete a la mierda, no estoy nervioso. Solo estoy... —No puedo identificarlo exactamente. Aunque nunca esperé que Pascal aceptara estos términos, me resulta extraño que esto esté sucediendo. Adelina no intentó huir y Pascal no intentó negociar condiciones como el divorcio después de cinco años. Simplemente dijo que sí. Eso fue todo.

Es extraño.

—Como sea. —Me encojo de hombros para alejar la sensación incómoda y enderezco mi postura—. Vamos a casarnos de una puta vez.

~

El hotel está decorado exactamente como esperaba según el folleto, con una sola excepción. Como no tuve tiempo para pasar con Adelina para saber lo que le gusta y no tenía ilusiones de que esto fuera algo más que una transacción comercial, simplemente seleccioné un paquete cuando reservé el lugar y seguí adelante.

La única petición que hice fue asegurarme de que las flores combinaran con el magnífico rojo cobrizo de su cabello. De pie en el altar, cumplieron exactamente con eso. Cada silla, ocupada por guardias de mi familia y un puñado de la suya, está cubierta con tela

blanca, con rosas naranjas sujetando las cintas de seda por la parte trasera. El pasillo está cubierto de pétalos de rosas naranjas y rojas, y cada macetero grande ubicado en los espacios entre las ventanas del piso al techo está lleno de flores naranjas, marrones y rojas. El aroma en el aire es increíble. El sol se filtra a través de las cortinas de encaje, creando un tono dorado en la habitación, lo que aporta una calidez inesperada.

Quizás demasiada calidez.

El calor se acumula bajo mi cuello, pero me niego a ajustarlo, sabiendo que todos los ojos en esta habitación están fijos en mí, mirando y esperando. Estoy a punto de casarme con una mujer a la que nunca he conocido, pero ella actualmente tiene un inmenso poder sobre mí. Una decisión podría dejarme aquí parado, solo, mientras ella desaparece con el viento.

Esa clase de humillación no se olvida.

Considero irme. Si soy yo quien la deja en el altar, entonces podría inventar alguna excusa loca y hacer que nos casemos en el registro civil unas horas más tarde. Quizás debería haber hecho eso, una boda más pequeña con un puñado de personas para vernos firmar en la línea de puntos. Esa habría sido mi preferencia.

Sin embargo, a lo largo de los años, he aprendido que mi posición de poder conlleva ciertas expectativas inusuales. Si me casara en secreto, la gente hablaría, y ese tipo de conversación es la semilla de la desconfianza. Hasta cierto punto, tiene que ser un espectáculo. Muestra a la gente que confío en mi gente para mantenerme a salvo mientras exhibo a la mujer que considero lo suficientemente buena para estar a mi lado. El lado ostentoso nunca ha sido de mi agrado, pero si es el precio que tengo que pagar por llegar tan lejos en esta vida, lo superaré.

Vito está de pie junto a mí, listo para arriesgar su vida si fuera necesario. Si acaso, parece más nervioso que yo, y cuando nuestros ojos se encuentran, me muestra una rápida sonrisa.

—Imagina que no se presenta —murmuro en voz baja.

—No lo malditas sea —sisea Vito—. No necesitamos ese tipo de mala prensa.

—¿*Mala prensa*? —Resoplo—. ¿Qué somos, celebridades?

—Sabes a lo que me refiero. Algo como esto hace que la gente te mire diferente. Es la diferencia entre que alguien acepte un trato o se resista porque piensa que eres débil.

—Es solo un matrimonio.

—Es compromiso. —Vito suspira—. Es poder. Es responsabilidad, y te expone a la cosa más poderosa que todos buscan.

—¿Qué es?

—Un heredero, tonto. Eres poderoso ahora, y tener un heredero implica que pretendes seguir siéndolo.

Mierda.

Con toda la conmoción, no había pensado mucho en lo que sucedería después de que Adelina y yo nos casáramos. Presumo que me odiará, dado que todos los demás lo hacen, pero si viene de una familia que sigue tradiciones como matrimonios arreglados y más, ¿cumplirá con su deber y se acostará conmigo?

Esta nueva información se retuerce en mi mente y sirve como buena distracción durante los siguientes minutos mientras esperamos la llegada de mi novia.

Luego, la sutil música que llena el aire aumenta y la tradicional marcha nupcial de repente suena desde los altavoces. Las puertas dobles al final del pasillo se abren y entra mi novia.

El rostro de Adelina está oculto por un largo velo blanco que cae sobre él. Su vestido modesto pero hermoso tiene mangas de encaje que llegan hasta sus manos, un corsé de seda marfil que abraza sus curvas naturales, y una gran falda de vuelo que besa el suelo con cada paso lento que da. El marfil contra el vibrante y profundo rojo de su cabello hace que mi corazón se salte un latido.

Las fotos no le hacen justicia, y ni siquiera he visto su rostro aún. Es escoltada por su padre, un hombre regordete con un espeso bigote que ocupa la mayor parte de su cara. Él acaricia su mano mientras ella se agarra de su codo y juntos, caminan lentamente hacia mí. El traje gris de Pascal es tan apagado como el resto de él, y rápidamente se desvanece en el fondo.

Observo cada paso de Adelina como un halcón. Fluye por el pasillo como si caminara en el aire, y es difícil descifrar cada paso. Con una mano aferrada a su padre, la otra sostiene un pequeño

ramo de rosas naranjas y los pétalos tiemblan ligeramente con cada paso que da.

Está nerviosa. Su lenguaje corporal lo delata en un segundo, y no la culpo. Debe ser consciente de cómo el futuro de su familia ahora descansa sobre sus hombros, y ese es un peso con el que estoy familiarizado. Años atrás, mi familia no eran más que perros de ataque salvajes para la Mafia italiana. Fácilmente desechables. Ahora tengo el poder, y otras personas ladran por mí.

La música aumenta una vez más y luego disminuye cuando Adelina y Pascal llegan a mí. Respiro profundamente. El aroma floral de la habitación de repente se mezcla con un aroma más dulce que me lleva directamente a una tienda de dulces de la infancia.

Pascal me muestra una sonrisa demasiado ansiosa. —Sr. Varricchio.

No digo nada. Mi atención completa está en Adelina, pero ella no habla. A pesar de la inclinación de su cabeza, es difícil saber si me está mirando a mí o más allá, pero apenas importa. Extiendo mi mano, y ella desliza sus dedos cubiertos de encaje en mi agarre.

Mi atención permanece en ella durante toda la ceremonia. La oficiante que nos casa da un discurso genérico sobre el amor y la aceptación, pero las palabras apenas resuenan en mí. Estoy demasiado absorto en observarla, intrigado por la dulzura de su aroma y la forma en que no ha movido un músculo desde que tomó mi mano. Es casi como una muñeca de porcelana.

Recitamos votos que no tienen valor personal, vocalizando el contrato que nos unirá, y después de haber dicho todo lo que se requiere de mí, es el turno de Adelina. Su cabeza cambia de dirección alejándose de mí, y cuando habla, me doy cuenta de que es la primera vez que escucho su voz.

Habla suavemente y con cuidado, pronunciando cada palabra como si tuvieran algún tipo de importancia para ella. No es hasta que llega al final que me doy cuenta de lo que está haciendo. No está recitando cuidadosamente estos votos porque sean importantes para ella. Los está repitiendo como quien repasaría cuidadosamente las líneas de un contrato.

Es sutil, pero se está volviendo abundantemente claro que también hay desafío en su corazón.

—¿Anillos? —pregunta la oficiante después de completar los votos.

Vito se acerca a mi hombro y sostiene las dos simples bandas de oro compradas para hoy. Tomo la mano de Adelina en la mía y la levanto para tener una vista completa de sus delicados dedos envueltos en encaje. —Si el anillo es demasiado grande —digo mientras lo deslizo en su lugar—, lo ajustaremos.

Por destino o algún golpe de suerte, el anillo se desliza fácilmente en el dedo de Adelina y permanece allí. Luego cambiamos, y su toque delicado pero firme toma mi mano y empuja el anillo. Es sutil, pero hay una fracción de fuerza detrás del movimiento, y algo caliente se agita en mis entrañas.

No le gusto.

Y no va a ocultarlo.

—Ahora los declaro marido y mujer —afirma la oficiante con una amplia sonrisa, completamente ajena al matrimonio histórico que acaba de crear entre Adelina y yo—. Puede besar a la novia.

La cabeza de Adelina se inclina hacia mí, y nos miramos unos a otros, o más bien, yo miro hacia donde creo que están sus ojos detrás del velo.

Este es el momento. El momento en que podría avergonzarme o matarme, dependiendo de cómo se sienta. Sus manos se alejan de las mías y la habitación está completamente silenciosa mientras agarro el extremo de su velo y lo levanto lentamente sobre su cabeza.

Un par de impresionantes ojos azules, brillantes como el cristal, me miran a través de pestañas oscuras. Unos gruesos labios rojo rubí se aprietan, y mi respiración se entrecorta. Sabía que era hermosa por sus fotos, pero la realidad golpea de manera diferente.

Es como mirar al rostro de una sirena, sosteniendo en sus magníficos ojos el mismo océano del que emergió. Parpadea lentamente, y sus ojos revolotean, traicionando sus nervios. Adelina es claramente una mujer que trata de mantener el control de sí misma, pero las señales sutiles están ahí.

La habitación contiene la respiración mientras alcanzo su rostro y acuno el lado de su cuello. Mi pulgar recorre la suave línea de su mandíbula, y dos de mis dedos trazan la piel suave detrás de su oreja. Sus labios se aprietan una vez más, y mientras la guío más cerca para ese beso, espero sentir resistencia.

No hay ninguna.

Cierro las pulgadas entre nosotros y respiro profundamente, absorbiendo la dulzura de su perfume. Tan cerca, detecto algo cálido como chocolate mezclándose con el aroma. Huele tan divinamente como se ve. Algo caliente se retuerce en mis entrañas. La miro a los ojos, luego a sus labios, luego de nuevo a sus ojos. Ella no aparta la mirada.

De repente, su suave aliento roza mi piel, y un estremecimiento recorre mi columna vertebral. Sus ojos se cierran y sus labios se entreabren. Me acerco y deslizo mi otra mano alrededor de su cintura, lo que hace que sus ojos se abran de nuevo. Luego, mientras presiono mi palma contra su ardiente espalda y la acerco, me inclino y la beso.

Sra. Adelina Varricchio.

Bienvenida a mi mundo.

5

ADELINA

Ya lo has hecho, Adelina. Estás casada.

El anillo descansa pesadamente en mi dedo como si intentara lastrar toda mi mano. A pesar de mis bajas expectativas, ver una argolla tan simple y antigua en la mano de Raffaele fue una sorpresa. Para un hombre con su tipo de reputación, pasé la mañana preguntándome si me conseguiría algo completamente extravagante. Una parte de mí está decepcionada, pero no puedo identificar exactamente por qué. Esto es una transacción comercial, después de todo, y no hay amor ni sentimiento compartido entre nosotros.

Entonces, ¿por qué se siente tan extraño?

La música fluye por el salón de banquetes de la mansión Varricchio, donde nos retiramos después de la ceremonia de boda. Es tres veces más grande que la mansión de mi padre, y al subir los escalones hacia la puerta principal, quedé completamente asombrada por la cantidad de ventanas que cubrían las paredes. Ni siquiera podía contar cuántas habitaciones debe tener este lugar.

El salón de banquetes está decorado con colores similares a los del salón de bodas. Hombres y mujeres que apenas conozco deambulan por la pista de baile, moviéndose al ritmo de la música mientras el alcohol fluye de las botellas a las copas con la misma facilidad con que uno respira. Mi padre está sentado a tres sillas de distancia de mí en la mesa principal, pero está profundamente

inmerso en una conversación con un hombre que no reconozco, dejándome sin nadie con quien hablar. Raffaele no me ha dirigido ni una sola palabra desde el beso, pero brilla como un faro en medio de la multitud con una copa de whisky en una mano y un pequeño pastelillo en la otra.

Monstruo.

La palabra estalla en mi mente la próxima vez que lo veo, y mi estómago se retuerce en nudos, amenazando con expulsar los pocos bocados que tomé del pollo que está en mi plato frente a mí. Tiene demasiado limón para mi gusto y es difícil mantener el apetito en esta situación. Raffaele sonríe ampliamente por algo que dice el hombre a su lado, mostrando una hilera de perfectos dientes blancos. Brillan contra su piel dorada y levanta una mano, echando hacia atrás algunos mechones de su cabello rubio que le llega hasta la oreja. A pesar de sus mejores esfuerzos, algunos mechones se escapan de nuevo hacia adelante. Rozan su frente, ondeando de un lado a otro mientras se ríe y pasa ese mismo brazo alrededor de los hombros del hombre a su lado.

¿Cómo puede reírse así?

¿Cómo puede sonreír sabiendo que es responsable de la muerte de innumerables personas de nuestro propio pueblo? ¿No tiene conciencia? ¿No hay parte de él que reconozca los actos monstruosos que comete y por los que todos lo conocemos?

Sin embargo, cada persona aquí lo trata como a un tipo normal. Incluso mi padre no parecía particularmente preocupado cuando se encontraron brevemente frente a las limosinas después de la boda. No sé qué se dijeron, pero mi padre ha estado de buen humor desde entonces.

No deja de decirme lo orgulloso que está de mí, y normalmente, esto me llenaría infinitamente de calidez.

Pero no puedo superar lo de Carlos.

Se suponía que me casaría con él. Íbamos a casarnos en algún lugar soleado y cálido. Yo usaría un vestido rosa, y él un traje café. Comeríamos todos nuestros bocadillos favoritos porque son mucho más fáciles de comer en un día estresante.

Miro mi plato.

En su lugar, estoy comiendo pollo con limón, pequeñas papas, espárragos y una cucharada de algo anaranjado, y casándome con su asesino.

El calor se acumula detrás de mis ojos mientras surge la urgencia de llorar, así que intento distraerme enfocándome en lo único normal de esta boda.

Marie.

Está completamente ajena a todo lo demás que está sucediendo, y aunque me murmuró al oído que pensaba que la combinación de colores era extraña, en su opinión, Raffaele y yo nos hemos casado tan rápidamente por pasión.

Baila por la pista en un vestido color durazno con una copa de champán espumoso en una mano. Su cabello ondea a sus espaldas, su sonrisa es amplia y sus ojos brillan con el brillo de algunas copas de más. Marie no tiene idea de que está rodeada por una de las familias —si no es que la— más poderosas de la ciudad. Cada persona, excepto Marie y yo, está armada de alguna manera. Innumerables guardias disfrazados de invitados se observan con suspicacia mientras esperan que alguien haga el primer movimiento. Incluso los camareros que sirven la comida y deambulan por la fiesta ofreciendo refrescos están altamente entrenados. Puedo notarlo por cómo se mueven y la velocidad con la que mi camarero personal atrapó mi copa de vino cuando casi se derrama sobre mi vestido.

Mi perfecto vestido de novia.

Se siente más como una jaula que cualquier otra cosa.

—No has comido nada.

Mientras estaba distraída por mis pensamientos turbulentos, no había notado que Raffaele ya no estaba en la pista de baile. Ahora, está de pie junto a mí con su copa en la mano y me examina con una mirada penetrante de sus ojos verdes alarmantemente intensos.

Lo miro fijamente, estudiando cómo las velas que parpadean en la mesa cambian sus ojos de un verde jade duro a un verde musgo más suave. Sería atractivo en cualquier persona excepto en él.

—No tengo hambre.

—¿No es de tu agrado?

—Como si te importara.

—Eres mi esposa. Por supuesto que me importa lo que te gusta comer.

—Pura basura —elevo ligeramente mi voz y atraigo la atención de algunos guardias cercanos—. Si te importara eso, me habrías involucrado aunque fuera en una fracción de la planificación de la boda. Soy tan relevante como las figuras encima de ese maldito pastel. —Miro brevemente al otro lado de la habitación hacia el pastel de tres pisos que es tan básico y genérico como todo lo demás de este día. Es como si hubiera elegido un paquete de un catálogo y yo simplemente encajara en mi papel.

—Tu padre me envió una lista de tus gustos y disgustos —responde Raffaele en voz baja—. ¿Estaba equivocado?

Justo cuando estoy a punto de mirar hacia mi padre, me encuentro con los ojos de Marie. Ha dejado de bailar y nos observa a Raffaele y a mí con un ligero ceño fruncido. Lo último que necesito es preocuparla, así que rápidamente fuerzo una brillante sonrisa para calmarla, luego me vuelvo para enfrentar a Raffaele.

—No lo sé —respondo tensamente, manteniendo mi voz baja—. ¿Por qué no le preguntas a mi padre? —Me levanto bruscamente, el mundo a mi alrededor se balancea peligrosamente y los varios vasos de vino que bebí con el estómago vacío de repente se hacen notar.

La mano de Raffaele sujeta mi codo, y el toque es abrasador, como si acabara de sumergir mi codo en agua hirviendo. Alejándome bruscamente del contacto, uso el respaldo de mi silla para equilibrarme y salir de la mesa, y su mano permanece en el aire por un momento, luego regresa a su costado.

—Adelina...

—Déjame en paz —siseo entre dientes apretados mientras mantengo una sonrisa perfecta en mi rostro—, o escucharás una o dos verdades para las que no estás preparado. —Orgullosa de mi amenaza velada, me doy la vuelta y camino con toda la firmeza que puedo sobre tacones gatito con cuatro copas de vino difuminando el mundo que me rodea.

Tal vez debería comer algo. ¿Uber entrega en un lugar como este?

Vale la pena intentarlo.

Atravieso una de las puertas al final de la habitación, y el cambio en el aire me golpea como una bofetada en la cara. El pasillo es mucho más fresco que el salón de banquetes, y respirar es como la primera bocanada fresca en una mañana de invierno. De hecho, se siente como la primera respiración que he tomado en todo el día. Tambaleándome por el pasillo, me dirijo a la puerta más alejada del corredor. Empujarla requiere algo de esfuerzo, y tropiezo al entrar. Es una sala de estar con un bar en un extremo y varias sillas dispersas entre yo y las grandes ventanas que se abren a un vasto patio. Las llamas arden afuera en un pozo de fuego, enviando franjas anaranjadas y amarillas a través del suelo.

Un rápido escaneo de la habitación me dice que no hay ningún teléfono aquí, así que el bar tendrá que servir. Doy tres pasos cuando escucho esa voz irritantemente falsa y sedosa una vez más.

—Cuando los votos dijeron que compartiríamos todo, esto no es exactamente lo que imaginaba.

—¿Por qué me estás siguiendo? —espeto, sin molestarme siquiera en mirarlo mientras camino hacia el bar.

—Estás deambulando por mi casa —responde Raffaele—. No sería cortés dejarte hacer eso antes del recorrido.

—¿Por qué, tienes algo que esconder?

—Lo que es mío es tuyo —dice, su voz distante como si todavía estuviera en la puerta—. Pero eso no significa que quiera que lo veas todo de inmediato.

—Hablas como alguien que tiene algo que ocultar —murmuro—. Ya tienes lo que quieres, así que ¿qué tal si me dejas en paz, eh? —Al llegar al bar, intento agarrar una de las botellas del estante solo para descubrir que la botella está firmemente sujeta. Envuelvo ambas manos alrededor de la botella y tiro, pero el vidrio se mantiene firme sobre la madera—. ¿Qué...?

—Como dije —Raffaele parece materializarse a mi lado, y salto asustada por su repentina presencia cálida—. No deberías estar haciendo esto hasta después del recorrido.

—¿Qué es esto? —murmuro—. ¿Bloqueas tu licor?

—No —responde Raffaele. De repente, su cálida mano se desliza sobre el dorso de una de las mías. Los callos ásperos rozan el dorso

de mis nudillos, y su toque quema como si estuviera corriendo a cien grados o más.

Mi brazo se tensa, y surge el impulso de alejarme como el latigazo de un látigo, pero no lo hago. En cambio, observo cómo usa su otra mano para presionar un botón debajo del estante y la botella de repente se levanta en mi agarre. Sin embargo, antes de que pueda asegurarla, él me quita la botella.

—¡Oye!

—Creo que has bebido suficiente —dice—. Y soy yo quien logró recogerla.

—Usando algún tipo de truco —murmuro, pisoteando con un pie mientras Raffaele se mueve hacia el bar y deja la botella.

—No es un truco. —Antes de que la botella se asiente en el bar, la inclina y me muestra la parte inferior—. Imanes.

—¿Por qué diablos tienes imanes en el fondo de tus botellas?

—¿Por qué no? —Levanta una ceja mientras me observa—. ¿Tienes idea de lo alborotado que puede ponerse un lugar como este? Tener algo así evita que todo mi caro licor caiga al suelo cada vez que alguien choca con estos estantes.

Resoplo bruscamente. —No me sorprende que haya peleas aquí —murmuro—. Aunque es bueno saber que ni tus propios hombres te soportan.

—¿Eso es lo que entiendes de esto? —Raffaele parece imperturbable por mi comentario—. El alboroto no siempre significa pelea. A veces, las cosas simplemente se ponen un poco... excitables.

—Lo que sea. —No quiero hablar con él. No quiero saber nada de él. Ya he pasado demasiado tiempo en su presencia y una incómoda picazón se arrastra sobre mi piel—. Solo dame la botella.

Me lanzo por ella, y Raffaele hábilmente la aleja de mi alcance haciendo que tropiece hacia él. Se mantiene firme como una tabla y ni siquiera se inmuta cuando choco con él. Todo mi cuerpo se calienta ante el contacto mientras la rabia se agita en mis entrañas y sube a mi pecho como humo.

—¡Dámela!

—No. Has bebido suficiente.

—¿Quién eres tú para decirme eso? Has estado bebiendo tanto como yo.

—Y claramente manejándolo mejor.

—¡Cómo te atreves! —espeto. El calor inunda mi rostro, y después de esforzarme por alcanzar la botella, me alejo bruscamente de él. El calor se precipita por mi columna como la punción de cien agujas, y mi frustración aumenta tan rápidamente que siento como si alguien tuviera mi garganta en su mano—. ¡Necesito todo el alcohol que pueda conseguir si voy a sobrevivir casada con alguien como tú!

Hay un momento de silencio mientras Raffaele y yo nos miramos fijamente, luego una ligera sonrisa se dibuja en sus labios. —¿Alguien como yo?

—¡Sí! ¡Eres un hombre odioso, cruel y abusivo que no hace más que matar a su propia gente y atrapar a mujeres desprevenidas porque... porque... bueno, estoy segura de que alguna parte de ti encuentra divertido atar a alguna pobre mujer a tu lado por el resto de su vida!

—Estás enojada conmigo —responde casualmente en el tono más irritante—. ¿Por qué?

—¿Por qué? ¿No escuchaste ni una palabra de lo que acabo de decir? —Mis manos se cierran en puños tan apretados que mis uñas se clavan en mis palmas, pero el destello de dolor es algo secundario ante la oleada de ira e irritación que me invaden—. Te odio, ¿de acuerdo? No te confundas. Te odio con cada fibra de mi ser porque eres completamente vil. Torturas y matas a todos los que se interponen en tu camino. ¡Un pequeño error y no hay posibilidad de perdón, no hay posibilidad de redención! Eres solo un canalla hambriento de poder y codicioso, ¡y tu ambición desmedida de poder será tu caída!

Todo sale de mí como vómito, y las lágrimas brillan en mis ojos mientras miro fijamente a Raffaele. Cada pensamiento oculto, cada miedo disfrazado de ira y cada rumor que creo que es cierto sobre este hombre se convierte en mi arma para justificar mi odio hacia él. Simplemente no puedo obligarme a mencionar a Carlos. Su nombre

se atora en mi garganta y, en el fondo, sé que Raffaele ni siquiera sabrá quién es.

Para él, Carlos probablemente fue solo otra cara en un mar de muchas.

—Tu padre es quien te vendió —dice Raffaele, manteniendo la calma como siempre—. Seguramente, ¿lo odias tanto como me odias a mí por comprarte?

Mi respiración se atora en el fondo de mi lengua mientras lucho por evitar que escape un sollozo, y doy un paso lejos de él mientras mis pensamientos tumultuosos alcanzan sus palabras. —Mi padre es un gran hombre —digo con voz ronca—. E hizo lo que tenía que hacer para salvar a nuestra familia, así que respeto eso.

—¿De verdad? —En un instante, Raffaele está sobre mí. Me empuja contra la pared, derribando una pintura en el proceso, y me inmoviliza allí con su cuerpo, una mano en mi cadera y la otra colocada en la pared sobre mi cabeza—. ¿Realmente respetas a ese hombre?

—Quítate de encima —gruño, empujando ambas manos contra su amplio pecho y empujando sin ningún resultado.

—Vienes a mi casa, comes mi comida, bebes mi vino y luego me escupes en la cara. Y en el mismo aliento, alabas a tu padre por venderte porque *hizo lo que tenía que hacer*.

Mi corazón late furiosamente contra mis costillas como un conejo tratando de escapar de las garras de un águila. Pero Raffaele no me da espacio para escapar. Me encierra, y cada respiración que toma llena el espacio entre nosotros. Sus ojos, hermosos como son, brillan peligrosamente, y esa misma sonrisa ligeramente engreída descansa en sus labios.

Estoy furiosa.

Y al mismo tiempo, hay algo más enroscándose en mi interior. Un calor desconocido parpadea como la llama de una vela y envía una oleada de sensaciones confusas a través de mi pecho.

—Mi... mi padre hizo lo que pudo, sacó lo mejor de una situación terrible —espeto, aunque mis palabras han perdido una fracción de su calor anterior—. Algo de lo que tú no sabrías nada.

—¿Es así? —dice Raffaele. Su voz baja a un ronroneo aterciopelado, y se inclina una pulgada más cerca—. Dime en qué nos diferenciamos.

—Tú creas las situaciones terribles —espeto—. Lastimas a la gente. Matas a personas. Todos saben que has pasado la última década sacrificando personas como ovejas solo para obtener una fracción del poder que poseen.

—¿Lo he hecho? —Inclina la cabeza.

—Sí —jadeo. Ese calor desconocido arde más intensamente mientras Raffaele se acerca otra pulgada. Está tan cerca que puedo distinguir una pequeña cicatriz debajo de un ojo y otra a lo largo de su mandíbula, asomándose desde la sombra del vello que cubre su mandíbula inferior.

—¿Y si estuviera haciendo todo eso para proteger a mi familia? ¿Para cuidar de aquellos que aprecio?

—No te importa nadie —espeto. Mi pecho se eleva y se detiene cuando, de repente, Raffaele está lo suficientemente cerca como para estar pecho contra pecho. El aroma de su colonia invade cada centímetro de mis pulmones, al igual que en la ceremonia de boda, y el calor dentro de mí quema tan fuerte que mi vestido me asfixia.

—Me importa. Simplemente eliges no verlo.

—Alguien que mata por placer como tú no se preocupa —escupo entre dientes apretados—. Eres un monstruo.

—Entonces, ¿dónde está la línea? —Inclina la cabeza, y algunos mechones rubios escapan de su línea del cabello para rozar su frente —. Yo mato para proteger a mi familia y soy un monstruo. Tu padre mata y te vende, y él solo está haciendo lo que puede. Eso es un doble estándar.

—Tal vez —murmuro, empezando a jadear por lo apretado que se siente mi vestido, lo caliente que está mi piel y lo rápido que late mi corazón—. Pero la diferencia es que sé que eres un monstruo. Has eliminado a familias enteras. Al menos mi padre está tratando de salvar la nuestra.

—Puedo ver que no vamos a estar de acuerdo en muchas cosas, mi querida esposa...

—No me llames así —espeto enojada.

—¿Por qué no? —La mano de Raffaele de repente se dispara desde mi cintura para agarrar ligeramente mi garganta, y mi corazón late dolorosamente. Es un toque breve, luego desliza su palma hacia el costado de mi cuello y usa su pulgar justo debajo de mi barbilla para inclinar mi cabeza hacia arriba—. Es lo que eres ahora, y tengo muy pocas reglas, Adelina, pero hay una que seguirás si quieres sobrevivir aquí.

—¿Ah, sí? —Entrecierro los ojos—. ¿Y cuál es esa?

—Llámame monstruo todo lo que quieras. Pero ahora eres una Varricchio. Me debes tu respeto y lealtad.

—No respeto a las personas que odio.

—No me odias.

—¡Sí te odio! —La frustración se hincha dentro de mi pecho como un globo—. ¿No me estás escuchando?

—Si me odias tanto, ¿por qué dejaste de intentar alejarme? —Sus ojos se dirigen hacia donde mis manos permanecen presionadas contra su pecho, pero ya no hay fuerza detrás de ellas.

No la ha habido desde que esa extraña calidez floreció dentro de mí. En cambio, mis manos solo han estado descansando allí. Puedo sentir su corazón latiendo rápidamente bajo mi palma, y el calor irradia de él como si fuera algún tipo de faro. No tengo respuesta para él.

Levanto la mirada de mis manos y nuestros ojos se encuentran una vez más.

—Tú... —Mis palabras son tragadas por la inesperada presión de sus labios contra los míos. En una fracción de segundo, mi mente queda completamente en blanco. Todos mis argumentos desaparecen en la nada. No puedo pensar. Ni siquiera puedo respirar mientras me besa profundamente y empuja su lengua en mi boca como si estuviera tratando de consumirme. Su pulgar se desliza por el centro de mi garganta y su cuerpo presiona firmemente contra el mío. Un movimiento y desliza una pierna hacia adelante entre las mías.

Luego su muslo presiona hacia arriba y de repente me golpea como un rayo lo que es ese calor desconocido dentro de mí.

Estoy excitada.

Como, increíblemente excitada.

¿Qué demonios?

No es posible. Esto debe ser un error. Debe ser el alcohol o la confusión del día o algo así. ¡No hay manera de que esté excitada por Raffaele, seguramente!

Pero ahí está. Su muslo presiona entre mis piernas, y una ola sensual de placer inmediatamente me atraviesa. Se requiere todo mi autocontrol para no mover mis caderas hacia abajo, pero es una lucha. Ahora que soy consciente de lo excitada que estoy, me consume. Nunca antes me había excitado tan rápido, o de esta manera. Por lo general, me lleva mucho tiempo empezar y mucha preparación durante el día.

Ahora aquí estoy, con mi centro palpitante y el calor floreciendo a través de mí después de una discusión con Raffaele.

Él profundiza el beso por un momento, y agarro su camisa, con la intención de empujarlo. Pero no lo hago. Lo mantengo ahí, y mi mente se derrite en el calor de sus labios y la calidez de su cuerpo. Los músculos ondulan bajo la tela mientras se mueve contra mí, inclina la cabeza para cambiar el ángulo del beso, y presiona su muslo más fuerte entre mis piernas.

Esta vez, no puedo contener el leve gemido que se me escapa, y entonces se acaba.

Raffaele se aleja rápidamente, y me desplomo hacia adelante una pulgada, jadeando sorprendida de que el beso haya terminado, su pierna se ha ido y me dejan sintiéndome completamente arrugada sin nada que mostrar por ello.

Aturdida, levanto la mirada hacia los ojos de Raffaele y él sonríe con suficiencia. —Parece que te conozco bastante bien, después de todo.

—¿Eh? —Mi mente está lenta, y me toma un momento darme cuenta de que se está yendo—. Espera, ¿solo vas a...?

—¿Voy a qué? —Levanta una ceja y parece irritantemente inocente—. Me odias, ¿recuerdas? Tengo una fiesta que organizar. Arréglate y luego deberías unirte a mí. —Con eso, se aleja a grandes zancadas y sale de la habitación.

El frío entra para llenar el espacio que dejó frente a mí mientras una oleada de confusión se enrosca dentro de mí.

Qué imbécil.

¿Realmente acaba de...? Un minuto, estaba furiosa con él. Al siguiente, era plastilina en sus manos. ¿Cómo sucedió eso? ¿A dónde se fue mi ira?

Hierve bajo mi piel mientras tropiezo contra el bar para recuperar el aliento. Mi centro palpita, y estoy tan excitada que incluso caminar esos pocos pasos hacia el bar fue una tortura. Apoyo mi cabeza en el bar, acurrucando mi rostro en el pliegue de mi codo mientras mi otra mano encuentra su camino bajo mi vestido y dentro de mis bragas.

Estoy empapada y un solo toque en mi clítoris hace que mi vientre se contraiga en un poderoso giro.

Otro toque y me vengo con un jadeo, ahogando mi gemido mordiendo mi brazo hasta que mis piernas se convierten en gelatina. Me derrumbo en el suelo con un jadeo y un gemido, llevándome rápidamente a través de un orgasmo tan intenso que durante unos segundos no puedo respirar.

Maldita sea.

Odio a ese tipo.

6

RAFFAELE

Adelina es más interesante de lo que esperaba.

Dado lo que sé sobre su familia, esperaba que fuera cortada por el mismo patrón que su padre, pero el fuego en ella me intriga. Más allá de la inversión en el negocio de Pascal y la inyección de ingresos que recibiré al convertirme en lo que es esencialmente un accionista, no contemplé mucha interacción con Adelina aparte de la boda y luego algunas peticiones para hacer su vida aquí más fácil. Y ahora aquí estoy con su lápiz labial persistiendo en mis labios y un deseo inesperado ardiendo en mis entrañas.

Qué mujer.

Ella permanece en mi mente durante el resto de la noche aunque su reaparición en el salón de banquetes es meramente por compromiso. Se niega a interactuar conmigo y pasa el resto de la noche con su amiga, Marie. No es que me importe. No necesito su aprobación, pero a pesar de mis intentos de sumergirme en los negocios, no puedo apartar la mirada de ella por mucho tiempo. Afortunadamente, finalmente come algo y el resto de la velada transcurre sin incidentes.

Cortamos el pastel, aunque Adelina se mantiene distante. Vito da un breve discurso sobre la boda y agradece a todos los invitados por asistir, y la noche finalmente llega a su fin. Una vez que todos los invitados se han ido, encuentro a Adelina en la puerta principal despidiéndose de su amiga. Marie claramente ha bebido demasiado,

así que asigno a parte de mi seguridad para asegurarme de que llegue a casa con bien.

—No tenías que hacer eso —murmura Adelina mientras está a mi lado viendo a Marie subirse torpemente a una limusina.

—¿Hacer qué?

—Enviar seguridad con ella.

—¿Y arriesgarme a que añadas otra cosa a esa lista interminable de odio? —comento—. No, gracias. Además, todos los demás tienen algún tipo de escolta a casa, así que no tendría sentido enviar a la civil de regreso a la ciudad sola.

Adelina me mira con ojos entrecerrados, y sospecho que tiene una observación mordaz en la punta de la lengua. Sin embargo, elige no decir nada y en cambio reprime un bostezo.

—Estoy cansada.

Le hago una seña al guardia más cercano.

—¿Puedes escoltar a Adelina arriba hasta la habitación?

—No necesito una escolta para encontrar una habitación —murmura.

—Solo ve. Volveré pronto.

—¿Adónde vas? —El cansancio parece desvanecerse cuando mis palabras despiertan su interés.

—Tengo algunas cosas que atender, y tú tienes que quitarte ese vestido imposible.

—Lo que sea. —Malhumorada por mi negativa a responderle, Adelina se aleja de mí y camina enérgicamente hacia las escaleras.

La observo por unos minutos, luego me dirijo en la otra dirección por un pasillo adyacente a la cocina hasta que llego a mi oficina al final del pasillo. Vito está parado afuera y levanta ligeramente la ceja cuando me acerco, pero no dice nada. En cambio, abre la puerta y se hace a un lado para permitirme entrar.

Dentro, Pascal Castiglioni está sentado en el sofá de cuero con un grueso puro colgando de sus labios.

—Fumar mata —digo al entrar—. Apaga esa porquería.

—Los estabas regalando como favor de la fiesta —responde Pascal—. ¿Pero no son para fumarlos?

—No aquí. —Le lanzo una mirada fulminante, pero él no parece notarlo, concentrándose en apagar el puro. Camino detrás de mi gran escritorio e inmediatamente abro dos ventanas para deshacerme del olor—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Bueno —Pascal resopla mientras se levanta de su asiento—. Vine para asegurarme de que cuidarás de mi hija.

—Deberías haber pensado en eso antes de vendérmela —Lo enfrento, mi expresión lo más neutral posible—. Ahora no es el momento para cambiar los términos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Quieres asegurarte de que voy a cuidar de tu hija? Deberías haber incluido eso en los términos a acordar antes de que hiciéramos este trato. Pero no lo hiciste.

—Estaba implícito, seguramente —dice Pascal con un bufido. Frunce el ceño profundamente y su boca desaparece bajo su bigote —. Quiero que esté segura. Por eso hice esto.

—Entiendo eso —respondo—. Pero en ese momento, todo lo que te importaba era mi dinero. Mi dinero por tu hija, para salvar tu negocio, permitirte una porción del mercado farmacéutico para tu negocio con los hospitales y mantener el apellido de tu familia relevante en estos tiempos cambiantes. ¿No es así como lo planteaste?

—Más o menos —murmura Pascal.

—Exactamente. No incluiste ninguna regla, ninguna promesa. Ni siquiera incluiste una solicitud de divorcio después de cierto número de años. Honestamente, me sorprendí y esperaba que tu hija fuera una especie de bruja, con lo poco que parecías preocuparte.

—No te atrevas a insinuar que no me importa mi hija —espeta Pascal, apuntándome con un dedo grueso—. ¡Ella es lo único que me importa!

—Me cuesta creerlo.

—Tú, maldito...

—Yo tendría cuidado, Pascal —interrumpo fríamente—. Has bebido un poco esta noche, y estoy seguro de que fue un día emotivo para ti, así que dejaré pasar tu pequeña muestra de actitud. Pero debes saber que trataré a Adelina como me parezca

conveniente, dentro de los términos que negociaste. A menos que mi dinero ya no sea lo suficientemente bueno para ti.

Veo las ideas girar detrás de los ojos pequeños y ligeramente acuosos de Pascal. La retrospectiva es una cosa gloriosa, y tal vez se arrepiente de haber entregado a su hija como si fuera un pedazo de carne. Aunque eso no es mi culpa.

—Mis disculpas —dice después de un largo período de silencio—. Es la emoción del día, entiende.

—Por supuesto. —Me muevo hacia mi silla, y mientras me siento, despido a Pascal con un gesto—. El primer pago estará en tu cuenta mañana. Ve a casa, Pascal. —Mientras me siento, lo miro una vez más—. A menos que quieras ver a Adelina primero.

—No, no, está bien. —La mención del dinero parece haberlo animado un poco, y una sensación de disgusto recorre mi pecho mientras él se apresura hacia la puerta—. Buenas noches. Y felicidades.

—Buenas noches.

Qué hombre tan extraño. Hay algo en Pascal que no me gusta del todo —más allá de la venta de su hija—, pero no puedo identificarlo. Tal vez sea algo generacional. Mientras el silencio cae sobre mi propiedad como una manta, Vito envía un mensaje indicando que llevará a Pascal a casa para asegurarse de que llegue allí a salvo.

No podemos correr riesgos. Ya es una sorpresa que todo el día haya transcurrido sin contratiempos. La unión de dos familias como esa suele causar algún tipo de revuelo, pero hoy estuvo todo tan silencioso como un ratón. Debería estar agradecido, pero solo me hace sospechar. La cantidad de amenazas que recibo a diario resalta lo extraño que es que nadie intentara nada hoy.

Tengo la intención de investigarlo, pero cuando abro las cámaras de seguridad de la habitación en el otro monitor, Adelina llama mi atención y todos los pensamientos de trabajo nocturno huyen de mi mente.

Está de pie en medio de la habitación con los brazos retorcidos hacia su espalda mientras lucha con el último trozo de cordón que mantiene ese vestido de novia adherido a su cuerpo. No debería

mirar, pero no puedo evitarlo. Me atrae la forma en que se mueve de un lado a otro, y es divertido cómo patalea y se retuerce mientras lucha con el cordón. Cualquier otra persona en su sano juicio pediría ayuda, pero ella claramente está decidida a hacerlo por sí misma.

Su hermoso cabello cae sobre un hombro mientras lucha con la tela y gira en el lugar, y luego echa la cabeza hacia atrás en lo que presumo que es un grito de victoria por la forma en que sus labios están entreabiertos. El vestido finalmente cede y cae de su cuerpo, e inmediatamente lo patea lo más lejos posible. Estira los brazos por encima de su cabeza, luego mueve las manos de un lado a otro sobre sus costillas como si masajeara las marcas que dejó el corsé.

En sostén sin tirantes y bragas, se ve tan hermosa que se me seca la boca.

Qué inesperado.

Mientras la observo suspirar y moverse hacia el vestido descartado, mis ojos recorren su cuerpo. Es delgada, con un pecho pequeño y caderas anchas. Ese vestido acentuaba sus curvas, pero prefiero cómo se ve ahora. Esta es quien realmente es. El calor se arremolina en mi bajo vientre, y la excitación que reprimí anteriormente mientras la besaba en el bar regresa con una venganza rugiente. Mis pantalones se aprietan tan rápido que es doloroso, así que rápidamente me desabrocho y saco mi verga de los bóxers antes de que la restricción de la tela me cause algún daño.

Entonces Adelina toma un frasco de loción del tocador y comienza a untarse las largas piernas. Es difícil mirar y sé que debería apartar la vista, pero no puedo. Con mi verga en el puño, estoy completamente enganchado por la forma en que saca una pierna, luego se inclina para untarse la loción por toda la espinilla y la pantorrilla. Acaricia lentamente, masajeando músculos que seguramente están cansados después de semejante día.

Mi verga se contrae y mi vientre se tensa como un puñetazo.

Mierda.

Mi puño se mueve con mente propia, siguiendo el ritmo de las propias manos de Adelina sobre su cuerpo. Bajando por su pierna, subiendo por su rodilla, y luego a su cremoso y hermoso muslo.

Quiero que esa sea mi mano. Quiero sentir lo suave que es su piel, lo cálida que es entre sus muslos y lo sedosa que seguramente es la piel de su bajo vientre. Quiero trazar su ombligo, besar su cadera y mapear cada elevación y curva de su cuerpo con mi lengua.

Sus manos se mueven por su abdomen, luego suben hasta su pecho donde unta la loción sobre sus hombros y brazos. Luego se quita el sostén, y sus hermosos senos quedan completamente a la vista. Mi verga se contrae una vez más mientras muevo mi mano de la punta a la base, apretando el tronco en cada pasada. En la cámara, Adelina desliza sus manos cubiertas de loción sobre sus senos, y me lanzo hacia adelante contra mi escritorio cuando un golpe de placer me toma por sorpresa.

Tengo calor. Mi traje me asfixia. Mi piel hormiguea de calor, y mi verga anhela una satisfacción que mi mano apenas puede proporcionar. El líquido preseminal perla en la corona, y cada pasada de mi mano lubrica mis movimientos mientras la veo untarse y humectarse con movimientos lentos y cuidadosos. Luego desliza sus manos hacia arriba para masajear su espalda, y cuando su cabeza cae hacia atrás con sus labios en la forma perfecta de O, mi orgasmo me golpea sin previo aviso. Me vengo con fuerza, mi cuerpo rígido y solo como reflejo recordando agarrar un puñado de pañuelos de la caja. No puedo apartar mis ojos de ella, y mientras estoy en las oleadas del orgasmo, imagino cómo se sentirían sus pezones contra mi lengua, qué tan rápido palpitaría su pulso bajo mis dedos, y qué caliente estaría su coño si tuviera la oportunidad.

—Carajo.

Jadeando pesadamente, la realidad regresa rápidamente mientras me limpio, pero Adelina tiene otros planes. Hurga en los cajones preparados para ella y saca un camisón grande que se pone inmediatamente. Después de pasarse un cepillo por el cabello, bosteza y se mete en la gran cama con dosel. Justo cuando espero que se acomode para dormir, se acuesta boca arriba. La manta se hunde cuando separa las piernas, y una mano desaparece bajo la sábana.

—¿Está...? —murmuro suavemente, observando cómo su cabeza se inclina hacia un lado y sus ojos se cierran. Los movimientos son

sutiles, pero de repente se muerde el labio y se arquea ligeramente contra el colchón. Luego se da vuelta de lado, y sus ojos revolotean.

Se está tocando. ¿Sin mí?

No puedo permitir eso.

Apagando las cámaras, arreglo mi ropa e inmediatamente me dirijo a la habitación. Entro directamente sin llamar, y Adelina se incorpora de golpe como si acabara de quemarse. Con los ojos muy abiertos y el cabello ligeramente despeinado, sus mejillas se sonrojan de un rosa oscuro mientras me mira fijamente.

—¿Qué demonios? ¿No sabes tocar?

—¿Por qué debería tocar para entrar a mi propia habitación? —pregunto casualmente.

—¿Tu habitación? —Su boca se abre—. Aquí es donde me dijeron que durmiera. No sabía que era la habitación equivocada.

—No, esta es la habitación correcta —respondo, quitándome la corbata.

Sus manos todavía están bajo la manta y cuando nota que la estoy mirando, rápidamente las coloca sobre la manta y jala las cobijas firmemente a su alrededor.

—¿La habitación correcta?

—Compartiremos habitación —digo, colocando mi saco del traje en la silla cerca de la puerta.

—¿Qué?

—¿Por qué estás tan sorprendida? Estamos casados. —Mi camisa es la siguiente, y Adelina hace un terrible trabajo tratando de no mirarme a mí o a mi pecho desnudo.

—Eso... ¡eso no significa que debamos dormir en la misma cama!

Me quito los pantalones, quedando solo en bóxers mientras ella nuevamente mira mi cuerpo y luego aparta la vista cuando sus mejillas se vuelven rojas.

—Eres bienvenida a dormir en el suelo —digo cansado—. No me importa. Estoy cansado y me voy a dormir.

Su boca se abre y se cierra mientras repetidamente me mira y luego aparta la vista. Quedándome solo con mis bóxers, me deslizo en mi lado de la cama y rápidamente me pongo cómodo.

Adelina resopla bruscamente, pero no se va. En cambio, se mueve hasta el extremo más alejado de la cama en su lado y cruza los brazos sobre su pecho después de asegurarse de que la manta esté bien ajustada a su alrededor.

—Buenas noches —digo, y apago la luz, apenas capaz de ocultar mi sonrisa. Estoy bastante seguro de que la interrumpí en el momento justo para que no pudiera terminar de tocarse, lo que significa que la atormentará toda la noche.

—Buenas noches —llega su voz irritada a través de la oscuridad.

Como esperaba, no puede quedarse quieta. Al principio, sus movimientos son sutiles, como si estuviera tratando de no llamar la atención. Adelina se gira hacia un lado, luego hacia el otro. Sus piernas parecen tener vida propia y se mueven constantemente mientras lucha por ponerse cómoda en medio del estado de negación en el que la he dejado. Suspira repetidamente, cada vez más fuerte y audaz cuando presume que me he quedado dormido. Continúa hasta que no puedo soportarlo más.

—Adelina. —Dándome la vuelta en la cama, agarro su brazo en la oscuridad y la acerco a mí mientras ella chilla en protesta, pero antes de que pueda hablar, me pongo encima de ella y empujo mi muslo grueso entre sus piernas—. Ruégamelo y te ayudaré a venirte para que ambos podamos dormir.

7

ADELINA

Debería decir que no.

Debería empujarlo.

Debería decirle que nunca me toque de nuevo porque me da asco.

Lamentablemente, no quiero hacer ninguna de esas cosas.

Tal vez sea porque estoy de buen humor gracias al alcohol mezclado con el cansancio del día y la excitación en mi sangre. Tal vez porque lo vi desvestirse y me di cuenta de que Raffaele está esculpido como un dios griego debajo de ese traje. Tal vez porque estaba tan cerca del orgasmo cuando irrumpió aquí y me interrumpió, y mi sexo ha estado palpitando desde entonces.

Tal vez simplemente porque puedo.

La oscuridad es tan absoluta que ni siquiera puedo ver su silueta sobre mí. Todo lo que puedo sentir es su pecho desnudo y musculoso presionando sobre el mío y su antebrazo rozando mi mejilla desde donde su brazo debe estar apoyado al lado de mí. Está tan cerca, y aun así no veo nada.

Solo siento su calidez, su cuerpo alineándose con el mío y su muslo grueso y fuerte presionando entre mis piernas. Me cuesta toda mi fuerza no mover mis caderas contra él, y no quiero darle la satisfacción de decir que sí.

Pero lo deseo.

Quiero llegar al orgasmo y dejar que el estrés del día se desvanezca. Quiero perderme en un placer real en lugar de la pequeña explosión que experimenté abajo en el bar.

Y tal vez, solo tal vez, esto sea un sueño.

Entonces, ¿dónde está el daño en decir que sí?

—Está bien —susurro en el aire entre nosotros, y está tan cerca que siento el calor de mi propio aliento rebotar contra mi piel—. Por favor, déjame llegar al orgasmo. Estoy tan tensa y no sé cómo pudiste darte cuenta, pero... —aprieto mis muslos alrededor de su pierna y gimo—. Por favor, ayúdame. No me importa cómo, solo por favor no me dejes sufrir así toda la noche.

—Buena chica.

Su elogio envía un inesperado espiral de deleite a través de mí, y una sonrisa florece en mi rostro antes de que pueda evitarlo. De repente, sus labios presionan sobre los míos y todo su peso se asienta sobre mí como una especie de manta pesada, solo que mucho más pesada. Un jadeo escapa de mí, y justo cuando estoy a punto de decirle que es demasiado pesado, una profunda sensación de comodidad surge desde lo más profundo de mi alma. Me presiona contra la cama, empuja mis piernas más separadas con su muslo, y luego dos dedos ligeramente ásperos rozan los labios externos de mi sexo, todo mientras me mantiene inmovilizada con su cuerpo.

—Diablos —gimo contra sus labios, y me rindo a él enredando mis brazos alrededor de su cuello y acurrucándolo cerca.

Raffaele besa mi boca una última vez, luego entierra su rostro contra el costado de mi cuello y comienza a besar y mordisquear mi garganta mientras sus dos dedos se deslizan entre mis pliegues húmedos. Acarician de un lado a otro sobre mi clítoris, reavivando las brasas de placer que murieron en el momento en que me interrumpió. El placer regresa con toda su fuerza, y cierro los ojos, concentrándome solo en cómo sus dedos presionan, acarician y golpetean mi clítoris. Me retuerzo contra él lo mejor que puedo, levantando mis piernas y apoyando mis talones para darme impulso contra su toque. Justo cuando empujo mis caderas hacia arriba, sus dedos se deslizan cerca de mi entrada y entonces entran en un solo movimiento suave.

—Ahh... —Mi cuerpo se arquea con mente propia mientras me llena y presiona sus dedos hasta los nudillos. Sin pausa, comienza a follarme con ellos mientras roza sus dientes hasta mi clavícula. Su otra mano acaricia mi costado y agarra mi pecho a través del camisón. La presión de su palma contra mi pezón erecto aumenta el placer que corre por mis venas como oro líquido. Mantengo mi atención en su mano, moviéndome con cada embestida que es exactamente lo que me gusta, y parece aprender rápidamente.

Pero justo cuando estoy cerca, de repente retira sus dedos y levanta su cuerpo de mí.

La primera bocanada de aire completamente libre me golpea fuerte y me da una inesperada euforia. Ni siquiera me había dado cuenta de que con su peso sobre mí, estaba respirando más superficialmente, pero mi profunda bocanada es tan satisfactoria que no me doy cuenta de que me ha dejado por completo hasta que sus manos de repente agarran mis muslos.

Me arrastra por la cama un centímetro, y grito de sorpresa para luego disolverme en gemidos cuando su boca reemplaza a sus dedos. Presiona firmemente contra mi sexo con un gruñido que vibra a través de mí y enciende el placer en toda mi piel. Me retuerzo de un lado a otro, sacudiendo mi cabeza y agarrando la manta con los puños mientras su lengua firme se adentra en mis pliegues y se desliza dentro de mí con determinación.

Se hunde contra mí como si fuera el único lugar donde siempre querría estar, y su pasión desborda, como si hubiera estado esperando este momento toda su vida. Con sus manos alrededor de mis piernas manteniéndome atrapada contra él, cruzo mis tobillos en su espalda y me arqueo hacia arriba con un grito. Entre su lengua empujando dentro de mí, sus labios sellándose alrededor de mi clítoris para succionar, y la fuerza restrictiva de sus brazos cada vez que me muevo, mi placer alcanza alturas que no sabía que existían.

No puedo respirar adecuadamente. Estoy jadeando mientras el deseo se aprieta a mi alrededor como un espiral. El cálido peso en mi núcleo aumenta con cada movimiento de su lengua, y mis pensamientos permanecen enfocados en el creciente placer causado por su boca. Los colores destellan en mis párpados, y la manta se

vuelve sofocante contra mi piel acalorada e hipersensible. Soltando la tela con una mano, agarro mi pecho y aprieto mis dedos alrededor de mi pezón. Ese último pico de placer me lleva al límite, y grito mientras mis muslos se aprietan alrededor de la cabeza de Raffaele. Mis dedos de los pies se curvan y mis ojos giran tanto que duelen, pero todo palidece ante la explosión de placer que me atraviesa como olas rodantes.

Durante unos largos minutos, estoy suspendida en el éxtasis y luego, muy lentamente, me hundo de nuevo en la cama. Jadeando, aparto el cabello de mi frente húmeda y gimo mientras la lengua de Raffaele continúa lamiendo contra mi sexo, pero ahora es más suave. Es como una caricia hasta que mi cuerpo deja de temblar.

Lo escucho moverse a través de las sábanas y su peso desaparece de mi alrededor, dejando un extraño escalofrío en el aire. Luego, desde algún lugar a mi izquierda, su voz flota baja cerca de mi oído.

—Buenas noches, señora Varricchio.

8

ADELINA

—Me haces sentir como una prisionera.

Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas, y el silencio cae en la mesa del desayuno. Durante las últimas dos semanas que he estado viviendo con Raffaele, las cosas han sido un ajuste, por decir lo menos. Extraño a mi padre, pero siempre está ocupado cuando lo llamo. Marie ha estado atrapada en el trabajo, así que no ha podido visitarme, y establecerme en un nuevo hogar como mujer casada no es para nada como pensé que sería.

A dondequiera que voy, hay un guardia siguiéndome. Es como una sombra que solo desaparece cuando tengo que ir al baño, pero no puedo quedarme allí para siempre. Tan pronto como salgo, él vuelve a estar justo detrás de mí, vigilándome. Lógicamente, sé que es su trabajo y mi padre tenía guardias similares, pero ninguno de ellos estuvo jamás tan apegado a mí como lo está Levi actualmente. A estas alturas, siento que lo conozco mejor que a mí misma.

—¿En serio? —Raffaele finalmente habla desde el otro extremo de la mesa después de devorar su plato de huevos—. ¿Los prisioneros se dan festines como este? —Señala el desayuno frente a nosotros, repleto de panqueques, muffins, huevos, tocino, tostadas, cereal y tanta fruta que realmente estoy muy consentida para elegir.

—No exactamente —murmuro, entrecerrando los ojos—. Pero ese no es mi punto. La comida es genial, mis felicitaciones como siempre al chef. Pero no puedo hacer nada aquí.

Raffaele me observa por encima de su taza de café. —¿No puedes? Tus materiales de arte fueron traídos aquí y colocados en el invernadero. Hay una piscina para que nades, un gimnasio interno. Una sala de cine. Una biblioteca. Incluso hay una sala de juegos. ¿Realmente te faltan cosas que hacer?

—No hay privacidad —digo bruscamente—. A donde sea que voy, Levi está ahí observándome como un halcón. No puedo hacer nada sin tener que incluirlo, y no espero que entiendas lo difícil que es pintar con alguien revoloteando a tu alrededor como una mosca. —Miro a Levi, que permanece inexpresivo junto a la puerta—. Sin ofender.

Él no responde.

—Te está manteniendo a salvo —replica Raffaele.

—No puedo dormir sola. No puedo comer sola. No puedo hacer nada sola excepto usar el baño, ¡y aun así, la gente toca la puerta si estoy tardando demasiado!

Raffaele bebe profundamente, luego deja su taza. —Encontrarás mucha privacidad debajo de mi escritorio. —Sonríe con malicia.

—Eres asqueroso. —No hay forma de que este sea el mismo hombre que me voló la mente en nuestra noche de bodas. Carlos nunca me había practicado sexo oral antes, y no iba a alimentar el ego de Raffaele diciéndole que era mi primera vez recibiendo oral.

—¿Lo soy? —Los ojos de Raffaele se ensanchan una fracción—. Mira. Estás segura aquí, alimentada y cuidada. Tienes acceso a todo lo que posiblemente podrías desear, ¿y aun así tienes un problema con esto porque no puedes estar sola?

—¡Exactamente! —Levanto las manos—. Finalmente lo estás entendiendo. Me siento como una prisionera.

La sonrisa de Raffaele se desvanece y vuelve a la tableta junto a su plato. —Bienvenida a la vida de casada.

Mi frustración se hincha en mi pecho como si mi cabeza fuera a explotar, así que golpeo la mesa con las manos y empujo mi silla hacia atrás. Los cubiertos y los platos saltan por el impacto, pero Raffaele ni siquiera levanta la mirada.

—Eres insoportable —digo bruscamente, alejándome furiosa.

No es de extrañar que haya estado soltero todo este tiempo. No puedo imaginar a nadie entrando voluntariamente en este tipo de vida con un hombre así. La culpa que llevo por besarlo, y el sexo, es un peso asfixiante. Me avergüenzo de mí misma por ceder a mi lujuria y permitir que ese hombre se acerque a mí sabiendo lo que ha hecho. Solo quiero algo de tiempo a solas para procesarlo, pero me lo niegan.

Mi frustración me lleva al gimnasio interno, pero después de vestirme para hacer ejercicio, salgo y corro alrededor del enorme jardín que rodea la propiedad.

El cálido sol de mayo cae desde arriba, el cielo es de un hermoso azul con pájaros bailando en el viento. El suelo debajo de mí está seco, y no hay nada entre mi corazón palpitante y el agudo escozor del aire fresco mientras corro tan rápido y tan lejos como puedo. Cada golpe de mis pies contra el suelo es una nota de frustración por mi situación, el silencio de mi padre, mi confusión sobre mis sentimientos, mi culpa por Carlos y mi irritación porque no puedo salir de aquí para continuar con mis pasiones. No he visitado el hospital desde antes de la boda, y dado lo precioso que es el tiempo con esos niños, parte de mí teme que no estén allí cuando tenga la oportunidad de regresar.

Pasé meses viendo a mi madre consumirse en ese lugar. Vi a médicos y enfermeras de todo tipo hacer todo lo posible para ayudarla, pero al final, su enfermedad fue demasiado poderosa y la vi morir justo frente a mí. Nunca olvidaré a la doctora que se quedó conmigo mientras esperaba a mi padre, ni cómo elogió mis terribles dibujos. Si bien no puedo decir que alguna vez me recuperé de la pérdida de mi madre, eso ayudó a alimentar mi pasión por el arte. Lo que comenzó como un deseo de sentirme cerca de mi madre recreando su trabajo, se convirtió en una oportunidad para difundir alegría por el hospital e iluminar todas las pequeñas caras que albergan un dolor que conozco tan bien.

El dolor de esperar para ver si mejorarán. He puesto todo mi corazón en alegrar esas habitaciones, organizando subastas benéficas para recaudar dinero para tratamientos y donando para ayudar a pagar las facturas de niños que sufren síntomas similares a

los que tuvo mi madre. Mi padre solía decirme que mi madre había fallecido de cáncer, y aunque aprendí que eso era parcialmente cierto cuando cumplí dieciocho años y tuve acceso a sus registros, otros síntomas complicados obstaculizaron su tratamiento contra el cáncer.

Recaudar dinero es todo lo que puedo hacer para evitar que eso le suceda a alguien más.

Pero ahora estoy atrapada aquí en una burbuja de buena esposa, y es exasperante.

Corro hasta que mis pulmones arden, y cuando finalmente me detengo, jadeando pesadamente y sudando profusamente, Levi está en mi visión periférica en el mismo estado.

Por supuesto.

Me siguió hasta aquí porque no puedo sacudírmelo.

¡Esto es una locura!

De regreso en la mansión, me libero de Levi yendo a ducharme para quitarme el sudor de mi carrera. Una vez que termino, dejo la ducha corriendo y me visto rápidamente, luego llamo a mi padre por décima vez esta semana.

Esta vez, él realmente contesta.

—¡Papá! Ya era hora. Estaba preocupándome.

—¿Qué pasa, Adelina? —Su tono brusco me sorprende.

—He estado tratando de llamarte toda la semana y no has estado contestando.

—Lo siento —suspira—. El trabajo es estresante.

—¿No está ayudando el dinero de Raffaele?

—¡Oh, sí lo está! —Su tono se eleva—. Es solo que es mucho más trabajo del que esperaba, eso es todo.

—Eso es bueno.

—¿Eso es todo? —pregunta mi padre.

—No, quiero decir... simplemente odio estar aquí, papá. No puedo hacer nada de lo que amo. No puedo ir al hospital. Ni siquiera puedo pintar. Siento que me estoy asfixiando. —Mirando por la ventana, observo a dos pájaros envueltos en una danza en el vasto cielo azul—. Necesito salir de aquí.

—Cuidado —advierte mi padre—. Esta es tu vida ahora, Adelina. Esta es tu responsabilidad. Tienes que hacer que funcione. Por mí.

—Lo estoy intentando, pero yo...

—No, Adelina. No quiero oírlo. Necesitas ser una buena esposa para Raffaele porque no podemos permitirnos molestarlo. Es solo un ajuste para ti, ¿de acuerdo? Te acostumbrarás.

—Papá...

—Tengo que irme. Recuerda, simplemente sigue la corriente.

Cuelga antes de que pueda decir algo más, y me quedo en el calor del cuarto de la ducha con el agua corriendo libremente detrás de mí.

Sigue la corriente.

¿Qué clase de consejo es ese? Hice esto por él. Lo hice para salvarlo, pero en ninguna parte decía que tendría que renunciar a mi vida o a cualquier cosa que disfrutara. Nadie me dijo que estaría bajo vigilancia las veinticuatro horas, los siete días de la semana, y que todas las cosas por las que sentía pasión se detendrían.

La ira hierve debajo de mi piel mientras me seco el cabello con el secador y salgo furiosa del cuarto de la ducha. Levi está justo ahí, observándome como siempre, y a pesar de gritarle que se largue, simplemente no lo hace. Permanece conmigo toda la tarde hasta que me retiro a la sala de arte con la esperanza de que mi ira sea un excelente combustible para mi arte.

Spoiler, no lo es.

Necesito salir de aquí. Necesito poder respirar.

Con la espalda hacia Levi, contacto a Marie en mi teléfono y me pongo al día con ella. Me envía mensajes sobre su día y se adentra en información sobre un chico lindo que conoció en el puesto de hot dogs, luego me dice que necesita relajarse.

Ese es el tipo de noticias que necesito.

Le respondo con mi deseo de lo mismo y le pregunto cuándo está libre, pero justo cuando llega su respuesta, una mano se extiende sobre mi hombro y arrebata mi teléfono.

—¿Levi?

—No puedes salir sin permiso —dice Levi—. Así que no puedo permitir que esto continúe hasta que tengas ese permiso.

—¿Qué demonios? ¿Estabas leyendo por encima de mi hombro? —digo bruscamente, luego veo otro teléfono en su mano opuesta—. Espera un segundo, ¿clonaste mi teléfono?

—Como dije...

—¿Qué demonios? ¡Devuélveme mi teléfono, imbécil! —grito, abalanzándome sobre el dispositivo. Levi es más rápido que yo y lo mantiene fuera de mi alcance—. ¡Levi!

—Como dije —repite—. Necesitas permiso.

Mi ira hierve y en un ataque de frustración nacida de la rabia, agarro el lienzo en el que estaba trabajando y lo lanzo hacia Levi. Cuando él se agacha para evitarlo, salgo furiosa de la sala de arte y me dirijo pisando fuerte hasta la oficina de Raffaele, donde entro bruscamente sin llamar.

—¡No soy tu prisionera! —grito, el calor explotando desde mi cabeza y bajando por mis brazos y piernas—. ¡No puedes mantenerme aquí!

Raffaele tranquilamente deja su teléfono. —No eres una prisionera.

—Entonces, ¿por qué Levi me dice que no puedo salir sin permiso, eh? ¿Por qué sabe incluso lo que hay en mis mensajes de texto?

—Primero, Levi está haciendo su trabajo. Tiene un clon de tu teléfono porque, en caso de que lo hayas olvidado, has entrado a mi familia, pero eso no significa que confíe en ti. Así que te mantendré vigilada.

Lágrimas de frustración brotan en mis ojos. —Eso es tan retorcido.

—Es necesario para mantenerme a salvo —responde Raffaele—. No es espiar. Él simplemente se asegura de que no estés haciendo nada peligroso. Y sí, necesitas mi permiso para salir.

—¡Así que sí soy una maldita prisionera! Esto es una porquería. ¡Esto es completa y absolutamente una porquería!

—Despierta, Adelina —dice Raffaele con brusquedad—. Mira a tu alrededor. Ahora eres mi esposa y tengo muchos enemigos. Un solo error y podrías terminar en las manos equivocadas, e incontables personas usarían a mi esposa en mi contra. Así que sí, necesito

saber qué estás haciendo y dónde estás. Y yo decidiré si es lo suficientemente seguro para que salgas.

—Odio esto —grito—. ¡Y te odio a ti! No soy un peón para ser movido en tu tablero, ¿de acuerdo? ¡Soy una persona! Tengo una vida. Tengo cosas que hacer que no se detienen simplemente porque pusiste un anillo en mi dedo.

—Tal vez deberías haberle dicho eso a tu padre cuando hizo este trato —dice Raffaele fríamente—. Pero tal como están las cosas, no hay estipulaciones que yo deba mantener, así que haré lo que creo que es mejor, que es mantenerte a salvo. Quizás no me creas, pero no quiero que te suceda algo.

—Patrañas —escupo, limpiando rápidamente las lágrimas de frustración que escapan sin mi permiso—. No te importa eso. Si acaso, simplemente me dejarías morir como a todas las otras personas que han muerto bajo tu cuidado. Apuesto a que incluso disfrutarías de la excusa para matar a unos cuantos más, ¿eh?

El rostro de Raffaele se tensa repentinamente. —No sé por qué pensarías...

Un agudo trino del teléfono en su escritorio lo interrumpe y él suspira profundamente, pellizcándose el puente de la nariz.

—Piensa lo que quieras —dice mientras toma el teléfono—. Pero al final del día, me perteneces y eres una representación y extensión de mí. Así que harás lo que yo diga y te gustará. ¿Entiendes?

9

RAFFAELE

—Y después, y después fuimos a la playa y e-Isa-Isab-*Isbel* me está enseñando a nadar! —Una cara sonriente y con hoyuelos me mira desde la tableta en mi mano, con dos mejillas rosadas que brillan positivamente por el tiempo pasado bajo el sol italiano.

—Jaime —se escucha un marcado acento italiano fuera de la pantalla—. Te he dicho que me llames *Nonna*. Es mucho más fácil.

—Nonna —repite el niño, sonriendo alegremente a la mujer del otro lado de la pantalla—. ¡Nonna me está enseñando a nadar!

—Eso es genial, Jaime. ¿Podrías pasarme a Nonna? Tengo que hablar con ella.

—¡Está bien! —La pantalla se vuelve borrosa mientras la tableta cambia de manos, y escucho a Jaime gritando a todo pulmón por su hermana Katie, alejándose mientras presumiblemente sale corriendo.

—Raffaele. —Un rostro profundamente arrugado y bronceado aparece mientras Isabella se acomoda en su silla—. Me preguntaba cuándo tendría noticias tuyas.

—Perdón por tardar tanto. ¿Cómo se están adaptando los niños?

—Tan bien como pueden hacerlo niños de cinco y ocho años después de ser enviados al otro lado del mundo para escapar de su padre tirano —responde Isabella con brusquedad.

—¿Les dijiste lo que le pasó a su madre?

El rostro de Isabella se contorsiona, luego asiente secamente.

—Jaime es demasiado pequeño para entenderlo, pero sabe que Katie está triste. Ella lo está llevando bien. Creo que entendía que su madre estaba sufriendo.

—Bueno, los Amantes ya no son un problema para mí, ni una amenaza para ellos. He establecido fondos fiduciarios para cada uno, y si quieres enviarlos de regreso a Estados Unidos...

—No —interrumpe Isabella rápidamente—. Está bien. Han pasado años desde que el viñedo tuvo niños correteando. Me gusta.

—¿No es demasiado para tus viejos huesos?

—¡Oye! Menos insolencias. Nunca eres demasiado grande para una paliza, muchacho.

Sus palabras me arrancan una suave risa.

—Entendido. Gracias por hacer esto.

Ella niega con la cabeza y entrecierra los ojos contra el sol de la mañana.

—No es ningún problema. Necesitaban un lugar seguro donde quedarse, y tenemos mucho espacio aquí. Solo desearía que su madre hubiera podido venir con ellos.

Mi sonrisa desaparece inmediatamente. Pensé que tendría más tiempo con su madre, pero ella sentía más dolor del que pude anticipar y mi fracaso en protegerla continuará atormentándome. Ayudar a sacar a sus hijos del país y asegurarme de que ningún miembro de la familia Amante sobreviviera fue lo mínimo que pude hacer en su memoria.

—¿Qué estás haciendo despierto a esta hora de la noche? —Isabella mira su reloj entrecerrando los ojos—. ¿No son casi las cuatro de la mañana para ti?

—El trabajo nunca duerme, Isabella. Sabes eso. Me comunicaré de nuevo cuando pueda. Avísame si necesitas algo.

La llamada termina y la tableta se oscurece mientras mi auto se detiene frente a un edificio con luces de neón rojo oscuro y música suave fluyendo por las dos puertas abiertas. Meto la tableta en el bolsillo de la puerta y salgo del auto para ser recibido por Vito.

—Ponme al día —digo, arremangándome mientras nos apresuramos hacia la entrada.

—Son cuatro. Bastante seguro de que son irlandeses. Se pusieron rudos con un par de chicas, así que Ruby intentó cortarlo de raíz. Ahí fue cuando las cosas se pusieron feas —explica Vito.

Al llegar a la puerta, hago un gesto para que dos de los hombres apostados afuera me sigan. Una iluminación cálida nos recibe dentro del vestíbulo del burdel, con las luces colgantes en forma de lágrima brillando desde arriba. Las paredes rosa claro se funden en un rojo profundo por cada pasillo, que conducen a una serie de habitaciones privadas donde la gente encuentra su entretenimiento. En la recepción está Ruby, y mis ojos inmediatamente se fijan en el corte de su labio inferior.

La ira se enciende en mi pecho y aprieto los dientes.

—¿Dónde están?

Ruby señala por el pasillo izquierdo, aferrándose a un chal transparente sobre sus hombros.

—Se quedaron con una de mis chicas —grita mientras echo a correr por el pasillo—. ¡No la lastimes!

Normalmente, estaría furioso de que Ruby sintiera la necesidad de pedirme eso, pero dada la situación, no la culparé. La llamada llegó hace cuarenta minutos sobre clientes alborotadores que habían disparado a un guardia y estaban siendo excesivamente rudos con mis chicas. La única razón por la que mis hombres no asaltaron el lugar de inmediato fue porque la seguridad de mis trabajadoras aquí es lo primordial y no actuamos sin el permiso de Ruby.

Puede que sea el dueño de este burdel y de incontables otros similares, pero mujeres como Ruby son las que tienen el poder aquí.

Un grito amortiguado proviene de una de las puertas rosas cerradas, tres más adelante de donde estoy. Años de pelear juntos pone a Vito en mi hombro izquierdo con su arma levantada, pero al llegar a la puerta, extiendo mi mano y lo obligo a bajarla. Intercambiamos una conversación silenciosa con solo una mirada —no podemos arriesgarnos a usar armas con las chicas involucradas— y luego Vito patea la puerta con tanta fuerza que rebota violentamente contra la pared y se balancea de regreso hacia nosotros.

Para entonces, ya nos hemos amontonado en la habitación y con los dos hombres que traje con nosotros, estamos igualados en número. Una mujer rubia grita fuertemente y sale volando al suelo por una fuerte bofetada de uno de los brutos irlandeses. Él se convierte en mi objetivo. Lo alejo de un empujón de la mujer que se arrastra por el suelo, confiando en que Vito y los otros dos someterán a sus propios objetivos. El aire está impregnado con el hedor a alcohol y sexo. Manchas de sangre tiñen las sábanas, lo que solo alimenta mi ira mientras golpeo al bruto y lo envío estrellándose contra la pequeña mesa lateral de madera.

La madera se astilla bajo su peso. Lo golpeo una y otra vez. Trata de levantar sus puños para defenderse, pero está aturdido por mis golpes. Lo agarro por el cuello de su camisa y lo jalo hacia adelante, luego estrello mi rodilla contra su estómago. Intenta cargar contra mí y su hombro choca con mi estómago. Caemos al suelo. Gruño, evitando por poco su codo mientras se estrella cerca de mi cara. Envolviendo mis piernas alrededor de su grueso torso, nos volteo y lo golpeo directamente en la cara. Su nariz explota como un globo de agua y la sangre se esparce por su rostro. Grita y lanza un puñetazo mal dirigido. Esquivo, lo agarro por el codo y retuerzo su brazo hacia arriba hasta que algo hace un chasquido y él grita.

La pelea termina en diez minutos, y pronto, los cuatro brutos irlandeses están arrodillados en el pasillo con las manos atadas a la espalda y su obediencia entrenada bajo los cañones de las armas que los vigilan. Tres de ellos están jadeando en silencio mientras el cuarto, aquel cuyo codo rompí, está gruñendo y gimiendo con fuego ardiendo en sus ojos.

—Hijo de puta —escupe, y la sangre chorrea por su grueso labio inferior—. ¡El Capitán tendrá tu cabeza por esto!

Termino de limpiarme casualmente la sangre de las manos con un trapo mientras él habla, luego lo arrojo a la papelera a través de la puerta abierta de la habitación.

—Que lo intente.

—No necesitará intentarlo —balbucea el hombre—. Lo logrará, maldito imbécil.

—No le tengo miedo al Capitán irlandés —resoplo, divertido—. Si emplea a hombres tan *estúpidos* como tú, entonces no creo que represente ningún tipo de amenaza para mí.

—¿Por qué tú...? —Uno de los hombres se levanta bruscamente y es devuelto inmediatamente a sus rodillas por un golpe con la culata del arma de Vito.

—Siéntate —gruñe Vito.

—Mírenlos a todos. Patéticos. Causar problemas en uno de mis burdeles es una sentencia de muerte.

—Solo si quieres una guerra —gruñe el del Codo-Roto.

—Tal vez la quiero. —Me agacho lentamente frente a él, dejando que mi arma cuelgue libremente de mi mano—. Tal vez estoy *deseando* tener la oportunidad de librar a esta ciudad de ustedes, penes verdes. ¿Te hace sentir como un hombre, eh? ¿Pagar para golpear a mujeres que solo están aquí para complacerte? ¿Te da algún tipo de satisfacción enferma?

—No sabes una mierda —gruñe el hombre—. ¡La perra se llevó mi maldito dinero!

—No me digas, ¡esto es un puto burdel, imbécil! Pensé que los irlandeses se suponía que podían aguantar su alcohol.

—Él no es irlandés —se ríe tontamente uno de los hombres severamente borrachos a la izquierda. Se balancea de un lado a otro y sus ojos están vidriosos por demasiados tragos—. Es a*mericano*, solo piensa que es irlandés por su tatarata... tatara-abuelo o algo así...

—¡Cierra la puta boca! —sisea el del codo roto.

—Mierda. Eres de esos, ¿eh? —Los miro a todos con disgusto, luego me levanto y me alejo.

Vito se pone a mi lado.

—¿Qué quieres hacer con ellos?

—Definitivamente no quiero una guerra con los irlandeses —digo en voz baja—. Pero esto no quedará así. Mata a uno. No me importa cuál. Deja que Ruby decida qué pasa con el resto.

—Entendido.

Vito regresa rápidamente a los hombres atados, y lo dejo para que haga su trabajo.

En la oficina detrás del mostrador de recepción, Ruby está sentada con la mujer que rescatamos de la habitación. Está envuelta en una manta con una humeante taza de té en sus manos y lágrimas brillando en sus ojos. Me quedo junto a la puerta para darle el espacio que necesita y llamo la atención de Ruby con una inclinación de cabeza. Ruby frota la espalda de la mujer y le murmura algo que no puedo oír, luego se levanta y se acerca a mí.

—¿Cómo está? —pregunto, mirando más allá de ella.

—Está bien. Un poco agitada.

—¿Necesitan algo? ¿Un médico o algo?

—No, estamos bien.

—¿Segura? —Miro a los ojos de Ruby—. Vi sangre en la cama.

—De una botella rota —me asegura Ruby rápidamente, agarrando mi brazo—. No es su sangre. No te preocupes.

Una oleada de alivio me recorre. Me enorgullezco de ser un hombre peligroso, pero solo soy peligroso cuando se trata de mantener a las personas a salvo. Innumerables familias y negocios más pequeños dependen de mi capacidad para mantenerlos seguros.

Aquí, he fallado.

—Estamos encargándonos de uno —digo en voz baja—. El resto depende de ti. Apoyaré cualquier mensaje que quieras enviar.

Ruby asiente, metiendo un mechón de cabello rosado detrás de su oreja y apretando su chal más fuerte alrededor de sus hombros.

—Sabes cómo va esto aquí. Los emborrachamos y les quitamos el dinero. Supongo que uno de ellos se dio cuenta demasiado rápido o no bebió lo suficiente y luego decidió que la violencia era la forma en que quería pagarnos. —Niega con la cabeza.

Mis ojos vuelven a su labio roto.

—Voy a asegurarme de que el médico las visite.

—Raffaele, estamos bien.

—Eso no es una petición, Ruby. Nadie vuelve al trabajo hasta que ella dé el visto bueno, ¿entendido? Y dales a todas un tiempo libre. Conseguiré gente para arreglar el lugar y quedará como nuevo.

Ruby me mira entrecerrando los ojos, luego suspira y asiente.

—Bien. No estoy segura de cómo *eso* encaja en tu reputación de tipo duro.

—Nadie lo sabrá. —Sonrío suavemente—. Mantenme informado, ¿de acuerdo?

Ruby se inclina y besa mi mejilla.

—Entendido. —Regresa al lado de la otra mujer, y yo salgo rápidamente, no queriendo que mi presencia perdure demasiado tiempo. Parte de la razón por la que mi modelo de negocio funciona es porque no me quedo demasiado. Mi gente no tiene que preocuparse por mí, pero saben que estaré allí en el segundo que me necesiten.

Salgo y miro al cielo estrellado, reflexionando sobre los próximos pasos. Los irlandeses podrían buscar compensación por la muerte de su hombre, y no creo que al Capitán le importe mucho que sea más de lo que merecen.

Vito se me une diez minutos después y gime.

—Estoy bastante seguro de que trabajan para Hector.

—¿Hector O'Brien? —Pongo los ojos en blanco—. Genial. Justo cuando pensaba que era demasiado estúpido para involucrarse en mi territorio de nuevo.

—Podría ser un error honesto —responde Vito. Al captar mi mirada incrédula, resopla—. Está bien, probablemente no. Tal vez el cabrón solo está tanteando el terreno. Asegurándose de que sigues por aquí.

—¿Por qué, la gente piensa que estoy muerto?

—Nah, pero te casaste. Todo el mundo siempre espera algún tipo de ablandamiento cuando hay una mujer involucrada.

—Esas personas no han conocido a las mujeres italianas —digo secamente mientras Adelina llena mis pensamientos. Apenas me ha hablado en toda la semana desde que le dije que no podía salir de la propiedad. Solo espero que entienda que es por su propia seguridad.

—Hablando de eso... —Vito agarra mi brazo y detiene mi acercamiento al auto—. Estuve investigando más a fondo a Pascal.

—¿Para qué?

—Sus negocios, principalmente. Dados los artículos de lujo con los que comercia, no podía entender cómo estaba endeudado y en

apuros mientras también obtenía tantas ganancias.

—¿Crees que está apostando o algo así?

—No lo sé —suspira Vito, frotándose el puente de la nariz—. Hay algo que no cuadra. La cantidad que gasta es enorme, pero sus negocios no parecen ser rentables. Luego recibe regularmente grandes inyecciones de efectivo, pero también sigue necesitando préstamos y necesita que tú lo rescates.

Un repentino hormigueo calienta la parte posterior de mi cuello.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo... es casi como si gastara en exceso a propósito para endeudarse.

—¿Por qué demonios haría eso?

—No lo sé. ¿Quizás para que alguien lo rescate?

—Eso... —Mi teléfono empieza a sonar y detiene mis palabras mientras lo saco de mi bolsillo para ver el nombre de Levi aparecer en la pantalla. Mi estómago se anuda—. Eso es un desastre.

—Pero lo suficientemente preocupante como para que siga investigando.

—De acuerdo. —Contesto—. ¿Levi?

—¡Jefe! —Su tono agudo y en pánico inmediatamente convierte mi estómago en un depósito de ácido y el dolor me sube por la garganta.

—¿Qué pasa? —exijo bruscamente.

—¡Es Adelina! ¡Se ha ido, Jefe! ¡Se ha ido!

10

ADELINA

—¡Adelina! —Marie se tambalea hacia mí sobre sus tacones de quince centímetros, con una enorme sonrisa extendiéndose por su rostro en cuanto me ve al otro lado de la calle—. ¡Viniste!

—¡Por supuesto que vine! —me río, mirando a ambos lados de la calle y apresurándome a encontrarla en el medio—. ¿Pensaste que te dejaría plantada?

Ella se aferra a mis hombros desnudos cuando nos encontramos en medio de la calle.

—La última vez que intentaste organizar una salida conmigo la semana pasada, estuviste súper callada por como cuatro días. Así que cuando me llamaste esta vez, estaba casi segura de que me ibas a dejar plantada.

—¡Jamás lo haría! —Estallamos en un montón de risitas y abrazos, luego Marie se toma su tiempo para admirar el vestido plateado con volantes en el que me he metido a la fuerza. Por algún golpe de suerte, ella también está de plateado, solo que su vestido es de lentejuelas y su piel brilla con purpurina bajo la luz de la calle.

—Entonces, ¿cómo te escapaste de tu esposo? —Marie mueve las cejas sugestivamente mientras enlaza su brazo con el mío y nos dirigimos al club.

—No me escapé —me río. La mentira sale suave como la mantequilla.

Fue casi demasiado fácil engañar a los guardias una vez que aprendí su rutina. Después de que Raffaele decidiera ser un idiota y me dijera que no podía salir, escaparme fue todo en lo que podía pensar. Pero con Levi teniendo acceso a mi teléfono, tuve que ser astuta y organizar esta noche solo a través de llamadas telefónicas que no pudieran alertar a Levi de nada. Luego fue bastante fácil inundar el baño e iniciar un fuego en el bote de basura, esconderlo en el armario y esperar a que la alarma de humo causara conmoción.

Escabullirme durante ese fiasco fue emocionante, y mi corazón todavía late con fuerza aunque he estado libre de la finca por más de una hora. Ahora planeo pasar el resto de la noche bebiendo y de fiesta para mostrarle a Raffaele que está perfectamente bien que yo salga y haga las cosas normales de mi vida a las que estoy acostumbrada.

—Simplemente le dije que iba a salir y que no había nada que pudiera hacer al respecto —digo mientras nos colocamos en la fila del club. Las luces de colores del club iluminan los ojos de Marie mientras se ríe y sacude la cabeza, e incluso desde fuera, el retumbar de la música se puede sentir hasta en el esternón. Es una sensación extrañamente adictiva, y no puedo esperar hasta que la música sea lo único que sienta.

—Él podría haber salido con nosotras —dice Marie—. No me habría importado.

—A mí sí —resoplo.

—Oh, ¿problemas en el paraíso matrimonial? —Me guiña un ojo —. ¡Cuéntamelo todo!

El impulso de decirle la verdad es fuerte. No estoy segura de cuánto creería Marie. La perdería tan pronto como le dijera que el verdadero poder en esta ciudad está con las familias involucradas en el crimen organizado y no con la policía. Y tan pronto como comenzara a hablar sobre herederos, leyes tradicionales y reglas, ella pensaría que estoy loca o intentaría hacer que me arrestaran.

Así que, en cambio, trato de transformar mis frustraciones en algo ordinario.

—Es solo un ajuste, ¿sabes? Estoy acostumbrada a vivir mi vida como yo y hacer las cosas que me gustan. Extraño el hospital, y vivir en un lugar nuevo está afectando mi arte. Ahora tengo más en qué pensar que solo en recaudaciones de fondos. Y la forma en que él hace las cosas es diferente a mí.

—¿No es este el tipo de cosas que se discuten *antes* de casarse? —Levanta una ceja perfectamente delineada.

—Más o menos —me río—. Pero son todas cosas pequeñas como... ¿usas hilo dental y luego te cepillas, o te cepillas y luego usas hilo dental? ¿Cómo cocinas la pasta? ¿Cuánto tiempo debe durar una ducha por las facturas y esas cosas?

Marie de repente suelta una risa estruendosa.

—Vi dónde vive, ¿recuerdas? Si se pone pesado con las facturas, entonces niña, necesitas chupársela para que se relaje o algo así.

—¡Marie!

—¿Qué? —Rompe en un ataque de risitas—. ¿Me equivoco? Todas esas cosas son tan mundanas cuando él está tan bueno.

La empujo con mi cuerpo, y ella casi se cae con sus tacones, lo que nos envía a ambas a un ataque de risa. Me imagino que su respuesta sería muy diferente si le dijera la verdad sobre su negativa a dejarme salir o tratarme como propiedad, pero esa clase de verdad no se puede hablar. En cambio, es más fácil desahogarme sobre mentiras mundanas solo para obtener un poco de simpatía.

—Tal vez tengas razón —sonrío mientras llegamos a las puertas —. De todos modos, no importa. ¡Vamos a bailar!

—¡Sí, chica!

La noche comienza con dos cócteles afrutados y suficiente baile para darme el mejor ejercicio que he tenido en semanas. Después de unos cuantos cambios de canción, Marie quiere irse, así que abandonamos ese club y nos dirigimos a otro calle abajo. Otra bebida, otros treinta minutos de baile y shots caros nos llevan a un tercer club. Es como si volviera a ser adolescente y nada más importara. Con cada trago, la música suena mejor y el dolor de mis tacones se desvanece en la nada. Todo lo que me importa es bailar toda la noche, ver a Marie pasar el mejor momento de su vida y olvidarme por completo de mi vida y responsabilidades.

El siguiente club al que llegamos tiene una promoción de bebidas, lo que pone a Marie contentísima. Después de un descanso para tomar agua y la meada más larga de mi vida, estamos de vuelta en la pista de baile moviéndonos al ritmo de Shakira y música con ritmos tan potentes que hacen temblar mis dientes.

Me siento más viva de lo que he estado en meses.

Finalmente, mi garganta está seca, así que Marie y yo nos tambaleamos hacia el bar, riendo incontrolablemente y apoyándonos una contra la otra mientras esperamos a que el barman nos note.

—Voy a arrepentirme de esto por la mañana —se ríe Marie—. Debería haber usado zapatos diferentes.

Parpadeando a través de la ligera neblina del alcohol, me inclino lejos del bar y miro sus largas piernas hasta sus preciosos zapatos. Es imposible ver cómo están sus pies con la poca luz, así que le doy una palmadita en el hombro y me río.

—Estás bien.

—¿En serio? —Me mira con ojos grandes, lo que me hace reír más fuerte.

—¡Totalmente!

—Increíble —infla sus mejillas y se desploma contra mí—. Te quiero.

—Yo también te quiero —fuerzo unas respiraciones tranquilas y sacudo mi cabello empapado de sudor lejos de mis hombros, luego levanto la mano para llamar la atención del barman. Justo cuando lo hago, dos hombres con camisetas negras ajustadas aparecen a cada lado de nosotras.

—Buenas noches, señoritas —dice uno con una sonrisa encantadora y piel dorada—. ¿Podemos invitarlas a una copa?

Mi instinto es decir que no, pero Marie mira a uno de los hombres de arriba a abajo como si fuera lo más delicioso que ha visto jamás.

—No sé —ronronea—. ¿Pueden?

—Sería un placer —dice el hombre parado junto a mí. Es alto, con cabello negro azabache y músculos por todas partes. Es atractivo, pero cuando lo miro, Raffaele aparece en mi mente. Ahora *ese* hombre es hermoso, y este extraño no le llega ni a los talones

en el departamento de apariencia. Pero no diré que no a una bebida gratis.

—¿Qué dices? —Marie se ríe en mi oído, no tan silenciosamente como podría pensar—. Es alcohol gratis, ¿no?

Mi pulgar se desliza sobre mi palma hasta el cálido anillo alrededor de mi dedo. No es como si estuviéramos en una relación. Mi matrimonio es solo un acuerdo de negocios, y sentirme deseable por una bebida gratis no puede hacer daño, ¿verdad?

—De acuerdo —le sonrío al hombre—. Si puedes llamar la atención del barman antes que nosotras, claro. Pueden invitarnos a una copa.

—Excelente —sonríe el hombre a mi lado—. Soy Jim, por cierto.

—Adelina.

—¡Marie!

—Soy Geoff —el otro hombre se ríe—. Encantado de conocerte, Marie.

—Mmhmm, seguro que sí.

—Entonces, ¿qué te trae por aquí, Adelina? —pregunta Jim, apoyándose en el bar con un brazo.

Mis ojos son inmediatamente atraídos a donde los músculos de su brazo se marcan, y mi corazón acelerado comienza a latir más rápido.

—Solo estamos teniendo una noche de chicas.

—¿No se permiten hombres, entonces? —Me da una sonrisa fácil.

—Depende —digo—. ¿Qué tienes para ofrecer?

Jim chasquea los dedos, y el barman está frente a nosotros un segundo después.

—Una bebida, para empezar.

Impresionada por la rapidez con la que llamaron la atención del barman, Marie pasa su brazo alrededor de los hombros de Geoff y hace un brindis.

—Genial —sonrío—. ¿Qué otros trucos tienes bajo la manga?

Jim me guiña un ojo.

—¿Cuánto tiempo tienes?

Pedimos unos cócteles más mientras Jim y Geoff eligen cervezas. Marie comparte detalles sobre su curso universitario, su aspiración

de comenzar su práctica privada y su interés en la cirugía cosmética. La música retumba y las luces parpadean, y ambos hombres parecen estar disfrutando mientras están con nosotras.

Rápidamente veo hacia dónde va esto. Al principio, me atraía un poco Jim, y la idea de estar con él para superar a Raffaele era emocionante, pero cuando Jim de repente se acerca para besarme, mi estómago se revuelve.

¿Es culpa? Difícilmente estoy traicionando a Raffaele cuando no somos nada en primer lugar.

¿Es por Carlos?

No, esto es diferente. Mi estómago se tensa, y lo que se siente como culpa de repente se convierte en unas ganas muy reales de vomitar. Jim se acerca más, pero antes de que me bese, coloco mi mano en su pecho pegajoso y lo empujo hacia atrás.

Ni siquiera puedo terminar mi bebida.

—Espera —gimo—. Creo... creo que necesito un poco de aire. ¿Marie?

Marie está en medio de una risa, pero se vuelve hacia mí y sus cejas se fruncen inmediatamente.

—¿Adelina?

—¡Creo que necesito aire! —grito por encima de la música—. ¿Podemos...? —inclino la cabeza, y Marie asiente rápidamente.

—No te vayas a ninguna parte —le ordena a Geoff, luego se aleja del bar para tomar mi mano. De la nada, Marie pierde el equilibrio y cae al suelo en un ataque de risas, y cuando me acerco para ayudarla a levantarse, mi mundo se tambalea y casi me uno a ella. Lo único que me detiene es un brazo fuerte alrededor de mi cintura, pero la presión contra mi estómago aumenta las náuseas calientes.

¿Qué me pasa? Claro, hemos estado bebiendo toda la noche, pero hemos estado tomando cócteles de bajo contenido alcohólico, no licores fuertes. Intento apartar el brazo mientras trato de explicar que la presión me está haciendo sentir mal y que solo necesito aire fresco, pero las palabras se enredan en mi lengua.

Parpadeo y Marie ya no está. Una multitud de personas se interpone en el camino, y el calor del club se vuelve asfixiante. No puedo respirar. No puedo moverme. No puedo pensar a través de

una repentina niebla en mi mente, y cuando trato de concentrarme en lo que estoy haciendo —salir afuera— los pensamientos se me escapan como la bruma.

Otro parpadeo y, de repente, el aire cálido de la noche me envuelve. Mi cabeza se inclina hacia atrás y las estrellas sobre mí se difuminan en humedad que se aferra a mis pestañas. Estoy sobrecalentada. Es como si mi sangre estuviera hirviendo, y el brazo alrededor de mi cuerpo se está apretando con cada segundo que pasa.

—Espera... —trato de alejar el contacto, y cuando me sueltan, pierdo el equilibrio y golpeo la pared. El ladrillo áspero roza mis dedos y se clava en mis palmas. Mi bolso se desliza de mi muñeca, y cuando me giro para intentar atraparlo, una visión sobria me congela en el lugar.

Marie está completamente inconsciente, siendo cargada sobre el hombro de Geoff hacia un auto negro.

—¡Marie!

Oh, Dios.

Algo está mal.

Mis piernas no me escuchan. Mi cuerpo se está calentando hasta el punto de ebullición y la presión hincha mi cráneo, haciendo imposible ver con claridad. Veo cómo Marie es metida en el asiento trasero del auto.

—¡Marie! —¿Es esa mi voz? No puedo distinguir si estoy gritando en voz alta o en mi mente. Mientras avanzo tambaleándome, una mano atrapa mi antebrazo y me gira para enfrentar a Jim.

—Tu turno —escucho su voz, aunque el sonido parece llegar a mis oídos mucho después de que sus labios se muevan. Las alarmas suenan en mi mente y trato de liberar mi brazo de su agarre, pero él no cede. De repente, me suelta, y tropiezo directamente con Geoff. Él me da la vuelta, luego me abofetea tan fuerte en la cara que toda mi mejilla se entumece. Mi cabeza gira hacia un lado y el dolor sube por el costado de mi cuello.

Intento gritar, pero no puedo emitir ningún sonido más allá de mi respiración jadeante.

Lo último que veo cuando me arrojan al maletero del auto es a Jim con mi bolso en la mano y una fría sonrisa en sus labios.

RAFFAELE

—¿Quiere que lo lleve a casa?

—¿Por qué mierda querría ir a casa? —espeto, lanzando una mirada fulminante a mi conductor—. ¿Acaso está ella en casa? ¿Tienes información que yo no tengo? ¿Eres un maldito psíquico y puedes decirme que ella simplemente ha estado escondida en casa todo este tiempo, eh?

Mi conductor palidece ligeramente y regresa de inmediato a su asiento mientras Vito me pone la tableta en las manos.

—Mira —dice, tocando rápidamente la pantalla—. Hizo una llamada diez minutos antes de que se activara la alarma de humo y luego salió por la puerta lateral. Ella corre por allí bastante seguido, así que algo debe haberle dado la confianza para salir por ese camino.

—¿A quién llamó? —pregunto entre dientes, apretando la tableta con tanta fuerza que el plástico cruje.

—Estoy trabajando en eso.

—Entonces trabaja más rápido.

Desaparecida. Adelina ha desaparecido.

¿Es esto mi culpa? ¿Debería haber indagado más en su silencio durante esta semana? ¿Debería haber hecho algo con ella esta noche? Si el desastre en el burdel no hubiera consumido mi tiempo, habría llegado a casa horas antes de que se escabullera y tal vez esto no habría sucedido.

¿Se ha ido? ¿Era tan infeliz que su única opción fue inundar el baño, prender fuego al lugar y escabullirse como una adolescente rebelde?

Mi corazón se oprime y un dolor atraviesa mi pecho, como si mis venas se convirtieran en alambre de púas. Cientos de cosas horribles podrían haberle sucedido en las horas que ha estado ausente, y apenas puedo soportar pensar en todas ellas. Conozco la oscuridad en esta ciudad. Sé cuán crueles se vuelven las personas bajo el manto de la noche. Demonios, normalmente soy yo quien hace que las sombras salten, pero nunca lastimaría a Adelina a menos que ella me diera motivos para hacerlo.

Y tendría que ser un motivo legítimo.

—¿Algo de Pascal?

—Lo llamé —dice Vito—. Lo mantuve casual. No ha sabido nada de ella.

—No le digas nada —digo, mis palabras salen bruscas por la tensión en mi mandíbula—. No necesito que esto se divulgue.

—Entendido. Aquí está. —Me envía un archivo a través de airdrop —. Llamó a su amiga Marie.

—¡Conductor! —grito, haciendo que el hombre se dé la vuelta de golpe. Le muestro la tableta—. Llévame aquí.

—Entendido, señor.

El viaje al apartamento de Marie es una tortura. Apenas puedo quedarme quieto y paso la mayor parte del tiempo llamando al teléfono de Adelina con la esperanza de que ver mi nombre tantas veces finalmente la haga contestar. Cada vez que la llamada se corta, mi corazón late más y más rápido hasta que se convierte en solo un borrón de sensaciones en mi pecho.

Normalmente no soy un hombre nervioso, pero algo en esto es diferente.

Algo en Adelina es diferente.

La mayoría de los días, no puedo sacármela de la cabeza. La veo cada vez que cierro los ojos. No puedo dejar de observarla cuando estamos juntos. Y no tengo idea del porqué. He entretenido a mujeres antes, pero algo en ella es tan diferente. Tal vez es porque me dio una probada y luego volvió a odiarme. ¿La hace más

atractiva para mí el hecho de que no quiera tener nada que ver conmigo más allá del acuerdo comercial?

Y luego hace mierdas como esta. Más le vale tener una jodidamente buena explicación o la ataré a la cama por el resto de nuestro matrimonio.

Al llegar al apartamento de Marie, salimos rápidamente del auto y subimos corriendo las escaleras. Golpeo la puerta con tanta fuerza que el pestillo rebota con cada impacto de mi puño hasta que una voz alarmada grita desde adentro.

—¡Ya voy! ¡Por Dios, estaba durmiendo! —La puerta se abre un poco y un ojo somnoliento nos mira a través de una cadena dorada que impide que la puerta se abra demasiado—. ¿Quiénes son ustedes?

—Marie —ladro—. Necesitamos encontrar a Marie inmediatamente.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡Porque te lo estoy preguntando, por eso! —grito, levantando mi puño hacia la puerta una vez más. Vito rápidamente interviene, arrastrándome hacia atrás por las escaleras y tomando mi lugar.

—Lo siento, pero creemos que alguien está en problemas y estuvo en contacto por última vez con Marie. Estamos realmente preocupados, así que, ¿podrías por favor decirnos dónde está Marie?

—Ella, ehm... —La persona gime suavemente—. Salió a tomar con una amiga, creo.

—¿Cuándo?

—No lo sé. ¿Hace tres horas, tal vez? —La persona suspira—. Podrían intentar en Revenge. Le gusta beber allí mucho.

Ya estoy bajando a toda prisa las escaleras hacia el auto. Revenge es uno de mis clubes. Soy dueño de todos los clubes nocturnos de la ciudad, al menos en el radio más amplio, así que si Marie y Adelina fueron a un club nocturno, no debería ser demasiado difícil rastrearla.

—Raffaele, tienes que controlarte —advierte Vito mientras se apresura a entrar al auto conmigo—. No puedes perder el control.

—No voy a perder el control —espeto, iniciando sesión en el sistema central que conecta todas las redes de los clubes.

—¿En serio? ¿Asustar a un civil a las seis de la mañana es estar en control?

Mi atención se dispara y lo fulmino con la mirada.

—Sabes tan bien como yo cómo se ve esto. ¿Perder a mi esposa un mes después de casarnos? Este acto de rebeldía me hace parecer jodidamente débil y no necesito esa mierda si los irlandeses se están volviendo más atrevidos.

—No es por eso que estás enojado —dice Vito, con un tono de voz frustrante mente amable.

—¿Ah, no?

—Estás preocupado de que algo le haya pasado.

—Deja de analizarme psicológicamente y pon a todos los hombres disponibles revisando todas las grabaciones de todos los clubes en los que tenemos participación —espeto enojado—. Más vale que alguien encuentre algo o no serán solo los irlandeses los que aparezcan flotando en el maldito río.

Vito guarda silencio y obedece mientras mi conductor nos lleva hacia Revenge. Intento concentrarme en la tableta frente a mí mientras reviso mis tarjetas de crédito y las de Adelina. No hay cargos, así que Marie debe haber estado pagando todo. Eso tomará más tiempo para conseguir ese tipo de información, pero de todos modos hago la solicitud a un contacto.

Las palabras de Vito tocan un punto sensible. Preocuparme por Adelina sugiere que me importa más allá de mi atracción por ella, y eso no es cierto. Apenas nos conocemos, y ella dejó claro que me odia debido a mi reputación. Puedo vivir con eso.

Entonces, ¿por qué siento como si alguien tuviera las manos alrededor de mi garganta, restringiendo todo, desde el aire hasta el flujo sanguíneo?

Me gusta verla en el desayuno. Me gustan los suaves aromas que deja después de su ducha. Me gusta verla correr por el jardín y me gusta su calidez junto a mí en la cama por la noche. Puede que rara vez me hable, pero hay una compañía allí que ha estado calmando silenciosamente una parte de mí que ni siquiera sabía que estaba dañada.

Cuando ponga mis manos sobre ella, estará en tantos problemas.

—¡La encontré! —Vito se inclina hacia adelante en su asiento, haciendo que su cinturón de seguridad se bloquee y lo jale hacia atrás—. El metraje está retrasado seguro, pero ella estaba en Crystal Maze con Marie... hace treinta minutos.

—Es lo más cercano que tenemos. ¡Conductor!

—En ello, jefe.

—Buen trabajo, Vito.

Él me lanza una sonrisa pero no habla. Probablemente una sabia decisión.

A pesar de la velocidad con la que el conductor se mueve por la ciudad, todavía tardamos demasiado en llegar a Crystal Maze. El auto apenas se ha detenido cuando ya estoy saliendo por la puerta y corriendo hacia la entrada. El portero levanta una mano, pero al ver a Vito inmediatamente se hace a un lado y nos deja pasar. Nos dirigimos a través de un mar de personas borrachas y sudorosas hacia la oficina de seguridad detrás del bar, donde un guardia de seguridad se levanta de un salto de su asiento mientras se atraganta con lo que sea que acaba de meterse en la boca.

—¡Jefe!

—Muévete —ladro, empujándolo fuera del camino y tomando el control de las cámaras. El retraso de las cámaras en tiempo real al sistema central nunca ha sido un problema debido a lo raro que es requerir metraje inmediato como este, pero ahora se siente como la peor cosa del mundo. Alineo las cámaras con la marca de tiempo del video de Vito y reproduzco el metraje en avance rápido mientras Vito hace que nuestros hombres registren el club en caso de que ella todavía esté aquí.

Adelina aparece en la pantalla y parece estar pasándola de maravilla con su amiga. Está bailando y riendo, lo que sería divertido a un ritmo tan rápido, pero la visión hace que mi pecho se apriete como si un peso estuviera oprimiéndome.

¿Por qué simplemente no me lo pidió? Podría haberlo organizado si me hubiera dicho que quería salir con una amiga. Estos son los beneficios de ser dueño de los clubes.

Claro, le dije que no, pero eso fue porque es más difícil asegurar el hospital que frecuenta tanto.

Para cuando Vito aparece, tengo a Adelina en un bar con Marie y dos hombres extraños. Miro a Vito y él brevemente niega con la cabeza.

Adelina no está aquí.

Lo que significa que tenemos que seguir buscando.

Vito continúa mientras reproduzco el video hasta que algo en la pantalla hace que mi sangre se hiele.

Mientras Adelina y Marie se ríen entre sí, las manos de los hombres extraños pasan brevemente sobre sus bebidas. Es tan rápido, pero reconozco cuando alguien droga a otra persona.

—Raffaele... —Vito se inclina sobre mi hombro, y su agarre se vuelve de hierro mientras vemos a Marie caerse y a Adelina tratando de ayudarla. No pasa mucho tiempo hasta que Adelina parece estar desorientada y ambas son llevadas por los extraños. Las sigo en las cámaras hasta que desaparecen afuera. El ángulo no es bueno, pero veo a Marie siendo cargada en la parte trasera y algo los retrasa en el maletero del auto.

Luego salen a toda velocidad y desaparecen en la noche.

—Encuentra ese auto —digo entre dientes a Vito, y mi voz suena débil a mis propios oídos—. ¡Encuéntralo AHORA!

Vito se va en un instante para hacer precisamente eso.

—Y tú. —Me levanto lentamente y me dirijo al guardia que todavía tiene restos de pastelillo pegados al labio inferior—. ¿Cómo mierda pudiste perderte eso?

Los ojos del guardia se agrandan.

—Pero eso pasa todo el tiempo. Es solo una de esas...

Sus últimas palabras quedan vacías cuando saco mi pistola del cinturón y le disparo justo entre los ojos. Cae como una roca.

—¡No te pago para que veas cómo sucede esta mierda! —gruño, dándole una patada rápida a su cuerpo sin vida—. ¡Maldito gordo de mierda! ¡Estúpido jodido... —Otra patada rápida, y vuelco toda mi rabia y terror en la siguiente patada.

Tratamos con drogas, es cierto. Pero no drogamos a la gente. Vendemos drogas recreativas a adolescentes borrachos, no sedantes a malditos depravados. Le doy una patada de nuevo con toda la fuerza que puedo justo cuando Vito entra corriendo.

—El auto ya estaba marcado por pasarse dos semáforos en rojo en la siguiente calle. Pertenece a un tipo llamado Geoff Roulston. Nos están enviando la última dirección conocida ahora.

—Bien. —Paso por encima del cuerpo, pero justo cuando paso junto a Vito, él me agarra del brazo.

—Hay una cosa más.

—¿Qué? —espeto—. ¿Qué más podría haber?

—He visto ese nombre antes.

—¿Dónde?

—En las transacciones bancarias de Pascal.

12

ADELINA

Me está matando la cabeza.

En todos mis años bebiendo, he tenido la suerte de nunca sufrir una resaca, pero claramente esto es diferente. Mientras la consciencia regresa lentamente a mi mente, el dolor en mi cabeza pulsando al ritmo de los latidos de mi corazón es lo primero a lo que me aferro. Está en la parte superior de mi cabeza, extendiéndose hasta mi frente, y la idea de abrir los ojos me llena de temor.

¿Puedo simplemente volver a dormir?

Seguramente eso aliviará mi dolor si solo duermo hasta que desaparezca. Trago, y un dolor ardiente atraviesa mi garganta, resaltando la extraña sensación algodonosa en la parte superior de mi lengua. Olvídate del sueño. Necesito agua.

Dios, ¿cómo logré llegar a casa? ¿Me quedé en lo de Marie?

Eso tiene sentido. No hay manera de que hubiera ido a casa para enfrentar a Raffaele. Cuando su rostro entra en mi mente, una extraña sensación se arrastra por mi pecho como una especie de estática borrosa. Es similar a llevar un suéter áspero que pincha tu piel cada vez que te mueves más de un centímetro.

Esa sensación da paso a una ráfaga de frío y una oleada de piel de gallina recorre mis brazos y piernas. Mis dedos se curvan contra mi palma e intento darme la vuelta, buscando la manta para cubrirme y poder volver a dormir y olvidar el dolor.

Pero no puedo.

Algo se cierra sobre mis muñecas y se aprieta cuando intento mover mis brazos. Mis intentos de moverme envían dolor a través de mis hombros y la niebla en mi mente comienza a despejarse.

No recuerdo haber llegado a casa de Marie.

Ni siquiera recuerdo haber salido del club.

Intento mover mis brazos otra vez, luego giro mi cuerpo para tratar de sentarme, pero la misma clase de tensión se cierra alrededor de mis tobillos y tampoco puedo mover mis piernas. Todo esto ocurre en apenas unos segundos y las alarmas en mi mente cobran vida. Mi corazón se acelera, aumentando la dolorosa presión en mi cráneo, y abro los ojos.

Un techo blanco sucio cubierto de puntos de moho negro y manchas amarillas cuestionables me recibe. Parpadeo, esperando ver el azul del techo de la habitación de Marie o incluso los elegantes remolinos del de Raffaele.

No, sigue siendo el blanco sucio.

Mi corazón da un salto, y la sensación de aleteo se mueve al centro de mi pecho como si mi corazón estuviera a punto de salirse por mi boca mientras lentamente tomo conciencia de mi entorno. Hay una única ventana cerca de la cama a la que estoy atada, con cristales sucios que están deformados por el tiempo. Una cortina de red sucia cuelga frente a la ventana junto con una única cortina azul ceniza rasgada en el lado izquierdo. Una sola bombilla amarilla cuelga del centro del techo, iluminando la pintura descascarada, apenas ocultando las paredes que se desmoronan.

Miro alrededor, y una repentina luz blanca brillante me obliga a cerrar los ojos con un gesto de dolor y un grito ahogado. En la esquina más alejada hay una luz de escenario brillante apuntándome. Es tan brillante que mirar cerca de ella es como mirar directamente al sol, añadiendo un dolor agudo a la opacidad que ya recorre mi cuerpo palpitante. Me duele la mejilla, caliente por el impacto de una bofetada que sacude mi memoria.

Trago con fuerza y me obligo a abrir los ojos.

Mi vestido ha desaparecido. Me han dejado en ropa interior y me han atado con las extremidades abiertas a un colchón que apesta a algo tan fuerte que mi nariz duele solo de respirarlo. Junto a la luz

cegadora están Jim y Geoff, y la noche anterior regresa a mí en una dolorosa explosión de recuerdos.

Marie y yo estábamos bebiendo. Nos habíamos limitado a cócteles, pero de repente, las bebidas me golpearon tan fuerte que no podía mantenerme en pie. Y Marie se desmayó después de que bebimos las bebidas que esos hombres nos compraron.

Nos drogaron. Es lo único que explica esto.

Había sido cuidadosa, o eso creía.

No lo suficiente.

Mi corazón se acelera y un calor húmedo recorre mi piel desnuda mientras examino la habitación en busca de Marie. No se la ve por ninguna parte. Las únicas cosas en la habitación somos yo y esta cama de mierda, Geoff y Jim, la luz brillante y cegadora, y una...

Oh, no.

Una cámara.

El miedo corta cualquier confusión persistente del alcohol, curando mi resaca más rápido que cualquier medicamento, pero mis pensamientos están lentos mientras trato de mantener el miedo bajo control.

Tengo que salir de aquí.

De alguna manera.

¿Cómo demonios voy a hacer eso?

Geoff y Jim tienen sus cabezas juntas junto a la cámara y están hablando en voz baja, sus palabras no son más que un suave murmullo.

Tiene que haber algún tipo de error, ¿verdad? No se supone que deba estar aquí.

—¿Qué...? —trato de hablar, y mi garganta en carne viva protesta agudamente, atrapando las palabras en mi garganta—. ¿Qué está pasando?

Geoff se anima en el momento en que escucha mi voz y camina más cerca. Mientras entra en la luz brillante, veo la segunda cámara de mano en su poder y su sonrisa carece de toda la calidez que tenía anoche cuando coqueteaba con Marie.

—Miren quién está despierta.

—¿Qué... qué están haciendo? —no puedo evitar tirar de las ataduras que me mantienen amarrada. Cada segundo de restricción envía mi corazón volando salvajemente contra mi caja torácica—. ¿Qué está pasando?

—Cállate —ordena Geoff.

No puedo. Una vez que he comenzado, no puedo parar—. Por favor, no sé qué es esto. No sé... ¿pueden dejarme ir? Por favor, déjenme ir. No quiero esto. Por favor, por favor, no...

Me golpea tan fuerte en la cara que mis dientes cortan el interior de mi mejilla y la sangre instantáneamente se esparce por mi lengua. Las lágrimas brotan de mis ojos cuando mi cabeza gira hacia un lado, y las ataduras alrededor de mis muñecas se clavan con fuerza mientras trato de alejarme de él.

—No hables —murmura Geoff—. Ellos no quieren escucharte hablar. Quieren ver lo que tienes. Así que cierra la maldita boca, ¿de acuerdo? Pórtate bien, actúa bonita, y tal vez no te matemos. Odiaría tener que deshacerme de algo tan hermoso como tú. —Sus dedos crueles se hunden en mi mandíbula y obligan a mi cabeza a volverse para mirarlo.

Su expresión fría se tambalea a través de mis lágrimas, e intento respirar, pero todo lo que puedo hacer es hipar y sollozar mientras mi miedo alcanza alturas vertiginosas. ¿De quién está hablando?

—Además, si no eres atractiva —dice Jim desde donde está parado junto a la cámara más grande—, nadie te comprará. Al menos no alguien que te trate bien. A menos que te guste ese tipo de cosas, en cuyo caso, habla todo lo que quieras.

—Claro —Geoff está de acuerdo, hundiendo su dedo en mis adoloridas mejillas. El dolor estalla en las articulaciones de mi mandíbula, y con un gemido de dolor, mi boca es forzada a abrirse. Toso, rociando sangre hacia arriba. Rueda desde la comisura de mi boca, y las lágrimas caen cuando parpadeo.

Geoff acerca la cámara y clava sus dedos con más fuerza en mis mejillas, forzando mi boca a abrirse más—. Mira eso. Podrías meter tu verga ahí y todavía quedaría espacio. Quizás dos. Has una fiesta y veamos cuántas podrías meter.

—Rómpele la mandíbula, y nunca tendrías que preocuparte por esos dientes perlados causándote problemas —llega la voz de Jim con un bufido divertido.

El terror me agarra como un tornillo, y un feroz temblor sacude mi cuerpo—. Por favor —jadeo húmedamente alrededor de sus dedos—. Yo...

—Mira —Geoff me interrumpe con una risa oscura—. Es una habladora. Así que no puede seguir instrucciones simples, pero estoy seguro de que alguien se divertirá domándote. —Finalmente libera mi mandíbula, pero su mano se mueve a mi garganta y se inclina hacia atrás para dar a la cámara de mano una buena vista—. Garganta estrecha como la mierda, se ajustaría como un maldito guante. Pero sé que todos ustedes quieren ver la verdadera mercancía. Cualquiera con una boca puede hacer un buen oral con la motivación correcta, pero es la decoración lo que vende.

¿Con quién están hablando? Esto debe ser algún tipo de transmisión en vivo, pero los pensamientos son borrosos a través del miedo que me sacude.

Geoff se aleja y se para sobre mí en el colchón con un pie a cada lado de mis caderas. Sostiene la cámara y comienza a escanearme de arriba abajo con una retorcida expresión de alegría en su rostro.

—Tiene buenas tetas. No las más grandes que hemos visto, pero aun así un buen puñado. Buen cuerpo, y miren esas malditas caderas.

Cuanto más bajo va, más aprieto mi cuerpo como si solo tensar mis músculos fuera suficiente para salvarme del resplandor de la cámara.

Trago un bocado de sangre, incapaz de dejar de temblar mientras la realidad de la situación me cae encima.

No tengo idea de dónde estoy, lo que significa que nadie más lo sabe tampoco. Me escapé de Raffaele, y ahora estoy en algún tipo de exhibición para el mejor postor. Esto es una pesadilla.

Una pesadilla total y completa.

Cierro los ojos y las lágrimas fluyen completamente sin obstáculos. No puedo detenerlas. No puedo dejar de temblar, y

cuando Geoff me patea en las costillas, no puedo evitar que los sollozos escapen de mí.

—Abre tus ojos, perra. Todavía no estás muerta —escupe.

No tengo elección. Obedezco y encuentro la cámara de nuevo en mi cara—. Por favor —jadeo—. No hagan esto, no quiero esto. Déjenme ir, ¡por favor déjenme ir!

—¿Qué piensan, chicos? ¿Deberíamos dejarla ir? —se burla Geoff, balanceándose hacia adelante y hacia atrás con la cámara.

—Las ofertas están entrando —viene la voz de Jim—. Pero sé que pueden ofrecer más que eso. Muéstrales de qué está hecha realmente.

—¿Quieres dar un espectáculo, Adelina? —se burla Geoff—. Vamos, estabas muy metida en esto anoche.

—No lo estaba —sollozo—. No lo estaba... esto no es... ¡no!

Mis sollozos dan paso a gritos de terror cuando Geoff agarra el frente de mi sostén y tira hacia atrás y hacia adelante. En segundos, la tela se rasga y una de las correas se rompe. Arranca el sostén de mi cuerpo y lo sostiene en alto como una especie de trofeo mientras Jim se ríe y abuchea desde la esquina. La náusea sacude mi estómago como una vara al rojo vivo, y me ahogo con mis lágrimas, luchando por darme la vuelta y ocultarme de la vista.

Con las ataduras tan apretadas, no puedo ir a ninguna parte.

—Tiene un buen par de tetas —dice Geoff emocionado, y su garra carnosa aterriza en mi pecho, agarrando dolorosamente mi seno izquierdo—. Te mantendría entretenido por horas. ¿Pero el verdadero premio? —Se pone en cuclillas sobre mí y sus uñas raspan hacia abajo hasta el borde de mis bragas.

—¡No! —sollozo, tirando desesperadamente de mis ataduras y rezando a todo lo que existe para que se rompan y me liberen.

Geoff engancha un dedo alrededor de mis bragas y acerca la cámara—. Este es el verdadero premio por el que están pagando —sonríe.

La puerta de la habitación se abre violentamente sin previo aviso y un disparo resuena en el aire, claro como una campana. Geoff se congela sobre mí por una fracción de segundo, y nuestros ojos se encuentran a través de mis lágrimas, luego la sangre brota de su

boca y me rocía por completo. Luego colapsa hacia adelante. Su cuerpo cae sobre mí, forzando todo el aire de mis pulmones.

Sangre, caliente y pegajosa, se extiende por mi cuerpo, y grito de terror mientras su peso muerto me inmoviliza.

—¡Oye! —grita Jim—. ¿Qué carajo estás haciendo aquí?

No puedo ver nada sobre el bulto del cuerpo de Geoff y mi cuerpo se bloquea. Mi sangre se convierte en hielo, y cada salpicadura pegajosa de la sangre caliente de Geoff envía oleadas de absoluto disgusto por mi garganta. Tengo arcadas, ahogándome con las ganas de vomitar mientras lucho por meter suficiente aire en mis pulmones para hacerlo.

—Aléjate —grita Jim de nuevo—. Esta mierda no tiene nada que ver contigo. Esto no es asunto tuyo.

—Una mierda que no es mi asunto —viene una voz tan familiar que no queda nada que me impida disolverme en sollozos desesperados y rápidos—. ¡Hicieron que fuera mi asunto en el segundo en que drogaron y secuestraron a mi esposa!

13

RAFFAELE

El grito de terror de Adelina me atraviesa como una hoja al rojo vivo. Mi mundo entero se reduce a ese lugar en la cama donde ella desaparece bajo el cuerpo de ese maldito, y mi corazón se me sube a la garganta.

—¡Vito! —grito, levantando mi arma y apuntando al secuestrador que sigue vivo en la esquina. Aprieto el gatillo y la bala se hunde en su muslo. Se desploma contra la pared con un grito, agarrándose la pierna mientras la sangre brota de la herida. La única razón por la que no está muerto es porque necesito respuestas, pero no habrá nada que pueda decir que lo salve de correr la misma suerte que su compañero.

La rabia se filtra por mi cuerpo como lava, impulsándose a través de mis extremidades hasta que incluso las puntas de mis dedos parecen estar en llamas. Salto sobre la cama, abandono mi arma para agarrar el cinturón y la camisa del hombre que cubre a Adelina. Sus gritos se vuelven roncos mientras levanto el cuerpo muerto y lo dejo rodar a un lado. Ya no es mi preocupación.

En el momento en que desaparece, mi corazón se detiene en mi pecho como si la fría garra de la muerte acabara de tocar mi piel.

Adelina está cubierta de sangre. Mancha su piel, salpica su rostro y empapa el colchón debajo de ella. Jadea húmedamente, sollozos desesperados salen de su boca abierta, y en la fracción de segundo

que me detengo para examinarla rápidamente en busca de heridas, nunca he sentido tanto alivio y pánico al ver a alguien con vida.

—¡Adelina!

Ella balbucea ligeramente mientras sus gritos se convierten en lamentos entrecortados de dolor. Me arrodillo a su lado y mi mano se cierne cerca de su rostro, deseando consolarla, pero su cabeza se aparta bruscamente de mí mientras forcejea en sus ataduras.

—¡Vito! —Mi cabeza gira hacia él en el momento en que entra corriendo a la habitación—. ¡Dame tu cuchillo!

Obedece al instante, y deslizo la hoja con todo el cuidado posible a través de la áspera cuerda que ata las muñecas de Adelina al cabecero metálico. Es difícil mantenerla a salvo de la hoja mientras lucha, pero la cuerda rápidamente se desprende de sus muñecas. Mientras me giro para hacer lo mismo con sus tobillos, ambas manos de ella arañan mi espalda y agarra mi camisa con tanta fuerza que es un milagro que no salten algunos botones. Corto las cuerdas de sus tobillos y le devuelvo el cuchillo a Vito, quien está parado sobre el secuestrador herido, luego me giro para enfrentarla.

—Adelina. Está bien. Estás bien. Estás a salvo ahora. Estoy aquí mismo. Estoy aquí. Estás bien. Te tengo ahora, ¿me oyes? Te tengo.

Todas las alarmas en mi mente me gritan que no la toque hasta que haya sido examinada por un médico, pero sus sollozos de dolor me atraviesan. Nada en el mundo puede impedirme rodear con mis brazos su torso desnudo y apretarla fuertemente contra mi pecho.

Adelina no lucha. Enreda sus puños en la parte delantera de mi camisa y se acerca más, sollozando desconsoladamente contra mi hombro. Todo su cuerpo tiembla como una hoja. Mantengo un brazo firme alrededor de su cuerpo mientras el otro rodea su cabeza, como si al sostenerla contra mí, pudiera protegerla de todo lo que la rodea.

No es que vaya a ayudar.

Llegué demasiado tarde.

Debería haber sido más rápido.

Nunca debería haberla dejado sola en primer lugar.

—Está bien —digo suavemente, meciéndome hacia adelante y hacia atrás mientras ella encoge las piernas contra mí y se empuja

tan fuerte contra mi cuerpo que parece que está tratando de arrastrarse hacia la seguridad dentro de mi caja torácica—. Te tengo. Estoy aquí mismo. Ya terminó. Estás a salvo ahora, Adelina. Estás a salvo. —Mi voz se quiebra bruscamente, y mientras la ira aún hierve bajo mi piel, el dolor surge.

Culpa.

—Mi... —Adelina se ahoga, su voz amortiguada contra mis hombros—. ¡Mi amiga, Marie! Estábamos... No sé dónde... ¿Está bien? Solo estábamos bebiendo, no sé dónde está. ¿Dónde está? ¿Dónde está? No lo sé. ¡No entiendo, no entiendo!

Tropieza con sus palabras, luchando por sacarlas entre sus jadeos por aire, y cuando su preocupación por su amiga eleva su voz a volúmenes alarmantes, se ahoga y comienza a hiperventilar.

—¡Adelina!

Su cuerpo se tensa contra mí y se aleja, con la boca abierta mientras jadea, pero el aire no logra pasar por la opresión que la ha consumido.

—¡Oye! Respira, Adelina. Está bien, encontraremos a tu amiga. Estás bien. Estás a salvo, ¿de acuerdo? ¿Me ves? Mírame, Adelina. Estoy aquí mismo. Estoy aquí mismo. Estás a salvo. —Se necesita cada gramo de fuerza que no sabía que tenía para mantener mi voz tan calmada y nivelada como puedo. No sé si es mi voz lo que ayuda o la forma en que agarro sus hombros y la traigo de nuevo contra mi pecho, pero eventualmente jadea con dificultad.

—Lentamente —susurro contra su cabeza—. Respira lentamente. Estoy aquí, cariño. Estoy aquí mismo.

Mientras se disuelve en sollozos contra mí, la recojo en mis brazos y me levanto del colchón sucio. Al girarme, Vito está allí con su chaqueta, que coloca sobre el cuerpo desnudo de Adelina. Ella tiembla en mis brazos, acurrucándose contra mi pecho y aferrándose a mi camisa con sus puños cerrados.

Vito y yo no hablamos.

No es necesario.

Él encontrará a la otra chica y se encargará de esto.

Llevando a Adelina fuera del apartamento, uso la chaqueta y mi cuerpo para protegerla de cualquier mirada indiscreta que se atreva

a dirigirse hacia nosotros mientras bajo rápidamente las escaleras hacia donde estacionamos los autos desordenadamente. Este complejo habitacional abandonado es un paraíso para las drogas y el crimen.

Ahora quiero quemar todo este maldito lugar hasta los cimientos.

Los sollozos de Adelina no disminuyen ni siquiera cuando entramos al auto. Se acurruca en mi regazo y llora mientras la sostengo tan fuerte como me atrevo, acariciando tiernamente su cabello.

—Estás a salvo ahora, cariño —murmuro repetidamente.

Nunca más voy a dejarla fuera de mi vista.



ADELINA SE QUEDA CALLADA durante el viaje a casa. Sus sollozos se convierten en jadeos silenciosos, y luego el shock parece consumirla y se vuelve completamente silenciosa. Me permite llevarla a la mansión y subir a nuestra habitación, pero cuando menciono dejar que el médico la examine, sacude desesperadamente la cabeza. Sin querer dejarla, hablo con el médico de la familia a través de la puerta, y me informa que volverá mañana pero estará disponible si Adelina cambia de opinión.

Deja algunos medicamentos para ayudar con el sueño, por si acaso.

Por mucho que quiera que la examinen, no voy a presionarla para que haga algo que no está dispuesta a hacer.

Después de que el médico se va, Adelina se queda de pie en medio de la habitación con la chaqueta de Vito aferrada a sus hombros. Su cabello cuelga en mechones sucios alrededor de su cara, su maquillaje ha desaparecido casi por completo debido al llanto, y la piel que puedo ver está manchada con la sangre seca de su atacante.

Tengo que ayudarla.

—¿Adelina? —digo suavemente, acercándome lentamente.

Sus ojos recorren la habitación como si esperara que algo terrible saliera del armario, luego se dirigen hacia mí y ella gime en el fondo de su garganta.

—Cariño, necesito saber algunas cosas antes de limpiarte. Necesito saber... ¿te lastimaron?

Una pregunta obvia, pero necesito saber cuánto daño le hicieron. Entrar y encontrarla desnuda con ese hombre encima me enfureció de maneras que nunca supe que eran posibles y me arrepiento de haberlo matado tan rápido. Quiero volver y destrozarlo pedazo a pedazo por atreverse siquiera a mirar en su dirección. Pero no conozco los detalles. Estuvo desaparecida durante horas, y lo último que quiero es desencadenar algo tocándola.

Ella no aparta la mirada de mí. Sus ojos se llenan de lágrimas mientras sacude la cabeza.

—¿Estás segura? —Me acerco unos pasos más—. Puedes decírmelo. Está bien. Estás a salvo aquí conmigo.

Ella sacude la cabeza otra vez y sus labios se separan, pero no salen palabras. En cambio, cierra los ojos y las lágrimas caen silenciosamente por sus mejillas. Una está profundamente magullada y mi corazón continúa rompiéndose por cada nuevo detalle doloroso que noto.

—Bien —murmuro—. Está bien. ¿Recuerdas algo de lo que te hicieron?

Una vez más, ella sacude la cabeza rápidamente.

—Está bien, cariño, está bien. —Claramente este no es el momento. Aunque hacerle estas preguntas mientras está fresco en su mente me ayudaría, no parece estar ayudándola a ella. Acorto la distancia restante y cuando extiendo mi mano, preparándome para preguntarle si puedo tocarla nuevamente, ella se derrumba hacia adelante en mis brazos con otro gemido silencioso.

Ahí está mi respuesta.

Es ligera como una pluma cuando la tomo en mis brazos y la llevo al baño. La chaqueta de Vito cae de sus hombros, y me anoto mentalmente asegurarme de quemarla. Cuantos menos recordatorios tenga de esta noche, mejor.

Llenamos la bañera con agua, burbujas y algunos aceites esenciales para tratar de aliviar su cuerpo adolorido. Ni una sola vez me permite alejarme demasiado de ella. Incluso cuando la coloco sobre el mostrador para preparar el baño, su agarre sobre mí se vuelve como hierro y no tengo corazón para alejarme. Así que trabajo alrededor de su necesidad de aferrarse a mí.

—Muy bien, ahora voy a ayudarte a entrar al baño, ¿de acuerdo? —Frente a Adelina, tomo suavemente su hombro desnudo—. ¿Estás lista?

Me da un medio asentimiento, permaneciendo en silencio mientras la ayudo a levantarse, le quito las bragas y la ayudo a entrar en el agua tibia. Me he asegurado de que no esté demasiado caliente y mantuve el agua corriendo con el tapón a medio cerrar para asegurarme de que el agua del baño continúe drenando el agua sucia.

Ella se sienta en la bañera y se aferra a una de mis manos, mientras las lágrimas caen silenciosamente por sus mejillas.

¿Cómo puedo ayudarla?

¿Cómo me aseguro de que se sienta segura aquí?

Esas preguntas y más revolotean en mi mente mientras verbalizo mis acciones mientras trabajo. Con jabón y un paño, lavo cuidadosamente la sangre de ese bastardo de su piel. Ella no se mueve. Tampoco suelta mi mano, así que continúo trabajando a su alrededor. El flujo constante de agua evita que tenga que sentarse en agua sucia, y pronto no queda ni una mancha de sangre en ella.

La lavo una vez más por todas partes, solo para estar seguro, luego paso a su cabello y su cara. Lavar su cabello es la parte fácil, pero las cosas se complican cuando trato de lavar las manchas de maquillaje de sus mejillas. Se estremece ante mi toque, así que me detengo, pero luego me mira con ojos tan doloridos e inclina la cabeza hacia arriba que entiendo que quiere que continúe.

Soy tan tierno como puedo al lavar su mejilla magullada, conteniendo el odio que surge cada vez que miro las marcas en su piel.

Definitivamente maté a ese bastardo demasiado rápido.

Una vez que su cara está limpia, paso mucho tiempo atendiendo las quemaduras de cuerda en sus muñecas y tobillos. Cada vez que le pregunto si siente dolor, ella niega con la cabeza. Esa es la extensión de las respuestas que obtengo de ella, pero lo hago funcionar. Una vez que está completamente limpia, la saco del agua y la coloco sobre algunas toallas para secarla con palmaditas. Cuanto más tiempo permanece silenciosa y dócil, más crece mi preocupación más allá de mi inquietud inicial.

¿Estoy haciendo lo correcto?

Tal vez debería haber insistido con el médico.

Hacer las cosas a su ritmo solo vale la pena si la ayuda, y yo no soy médico. No sé si su silencio es algo bueno o no. Esta es la primera vez en mi vida que cuido de alguien a este nivel, y dado el trauma por el que ha pasado, me duele hacer que todo esté bien.

—Muy bien —digo una vez que la he ayudado a ponerse un pijama suave—. Déjame traerte algo de agua. Necesitas mantenerte hidratada.

Ella no responde, pero suelta mi mano una vez que la acompaño a la cama. Usando un vaso de la mesita de noche cerca de la ventana, lo lleno con agua del lavabo del baño. Mientras el vaso se llena, mi teléfono cobra vida con un mensaje de Vito.

Vito: Encontré a la otra chica. Sobredosis. No sobrevivió. El imbécil está en las celdas.

Mierda.

Marie.

Miro a través de la puerta a Adelina, que está sentada en la cama bajo las sábanas con su cabello envuelto en una toalla y sus brazos apretados alrededor de su cuerpo.

¿Cómo demonios le digo sobre su amiga?

Saber que el otro secuestrador está en la mansión reaviva la ira desenfrenada en mi interior, así que llevo el vaso hasta Adelina. —Aquí tienes, cariño. El médico dejó algunos medicamentos para ti, para ayudarte a descansar. Creo que podría ser una buena idea.

Darle espacio y privacidad me parece el siguiente paso correcto, y quiero poner mis manos sobre ese bastardo que está abajo en el

sótano, pero cuando me alejo de la cama, Adelina sale disparada de la cama para agarrar mi mano con las suyas.

—¡Espera! —grazna, y escuchar su voz me hace saltar ligeramente después de tanto silencio.

La preocupación inmediatamente me envuelve como una ráfaga de aire caliente. —¿Qué pasa? ¿Qué necesitas?

—Quédate conmigo, por favor —gimotea, mirándome con ojos enormes y tristes—. N-no quiero estar sola. No en la oscuridad. Por favor no me dejes. Por favor.

Parpadea, y las lágrimas brillan en sus ojos una vez más.

Solo hay una respuesta aquí, y mi corazón se aprieta dolorosamente en mi pecho.

—Por supuesto —digo, deslizándome de nuevo en la cama y tomándola en mis brazos cuando se acurruca contra mí—. Estoy aquí mismo. No voy a ninguna parte.

14

ADELINA

Lo de ayer no fue real.

No puede haber sido real.

Tuvo que ser algún tipo de pesadilla en la que quedé atrapada, porque si fue real, entonces significa que realmente fui secuestrada. Realmente fui agredida.

No quiero que eso sea verdad.

Cuando cierro los ojos, mis párpados arden, pero ya no me quedan más lágrimas para derramar. Las lloré todas en los brazos de Raffaele ayer por la mañana cuando me abrazó en la cama y me arrulló hasta dormir. Las lloré todas cuando desperté un par de horas después para vomitar y arrastrarme de vuelta a la ducha para lavar las sensaciones fantasmas que se aferraban a mi piel.

Todavía lo siento.

A Geoff.

Sus manos en mi cuerpo. Su peso en mis caderas. Su sangre caliente en mi piel.

Todavía lo siento, y lo único que logró eliminar esa sensación fueron los brazos de Raffaele alrededor de mí.

Pero él no puede abrazarme todo el tiempo.

Un plato tintinea frente a mí, y lentamente abro los ojos para encontrar a Raffaele de pie junto a mí con un vaso de jugo de naranja en una mano. Su tortilla casera reposa en el plato frente a mí, acompañada de unos tomates cherry y algo de pollo.

—Adelina —dice suavemente—. Tienes que comer algo. Por favor.

Mi estómago se contrae ante la idea. Puedo saborear el ácido en la parte trasera de mi lengua y las ganas de vomitar surgen una vez más. Debió ser evidente en mi rostro porque Raffaele se sienta a mi lado.

—Te sentirás peor si no comes algo. No tiene que ser todo. Solo algo. ¿Por favor?

Nunca en mi vida pensé que escucharía a Raffaele Varricchio decir la palabra por favor.

—¿Te quedarás conmigo? —pregunto, haciendo una mueca cuando mi garganta se tensa al hablar. He llorado tanto que todo dentro de mí se siente en carne viva.

—Sí —responde Raffaele, colocando el jugo de naranja frente a mí—. Siempre y cuando comas.

Eso suena como un trato justo. A pesar de mi falta de apetito, su presencia me calma, y anhelo eso más de lo que deseo no comer. Así que él gana.

Tomando mi tenedor, pincho uno de los pequeños tomates y lo meto en mi boca. En el instante en que la dulzura estalla en mi lengua, tengo arcadas, pero logro tragarlo rápidamente. Raffaele me observa atentamente, pero no dice nada.

No ha dejado mi lado desde que me rescató, y no estoy segura de por qué. ¿Es responsabilidad lo que siente? ¿Lástima? ¿Obligación?

En un extraño giro de los acontecimientos, su amabilidad después de mi rescate es la mayor gentileza que he recibido de alguien. Fue paciente y dulce conmigo, avanzó a mi ritmo y no ha cuestionado mi necesidad de ducharme cada pocas horas. Simplemente está aquí, paciente y callado.

—Lo siento —digo finalmente, picoteando los huevos con mi tenedor.

Raffaele frunce el ceño, con su taza de café a medio camino hacia su boca. —¿Por qué demonios te estás disculpando?

Su confusión parece genuina, lo que hace que lo que necesito decir sea aún más difícil. Siento un calor punzante detrás de mis

ojos y mantengo la mirada baja en mi plato. —Lamento haber huido. Sé que debes estar furioso conmigo.

Raffaele permanece en silencio, lo que me da una desafortunada oportunidad para seguir hablando.

—Simplemente no entiendo por qué no estás enojado o gritándome y dándome problemas. Rompí tu confianza. Básicamente te mandé a la mierda y salí furiosa de aquí.

Raffaele suelta un inesperado resoplido suave. —Creo que es la primera vez que te escucho maldecir de verdad.

Levanto la mirada. —Pero sabes a lo que me refiero.

—¿Es eso lo que quieres? —Sorbe su café—. ¿Quieres que haga eso?

Me encojo de hombros. —No entiendo por qué no lo haces.

—Adelina. —Deja su taza y se inclina hacia adelante, sus ojos más suaves de lo que jamás los he visto—. Estás herida. Traumatizada. El terror de lo que te sucedió es seguramente castigo suficiente por haberte escapado. ¿Y todo lo demás? —Sus ojos brevemente se desvían hacia los moretones rojos que rodean mis muñecas—. Piensas que soy un monstruo, pero cariño, no soy ni de cerca tan malo como crees.

Surge el instinto de decirle que estoy bien.

Lo intenté más temprano esta mañana cuando vino a verme la doctora. Ninguno de los dos me creyó. Ella me examinó bastante minuciosamente con Raffaele observando como un halcón. Parecía listo para intervenir y protegerme en el momento en que la doctora hiciera algo que no me gustara, pero el examen transcurrió sin problemas y ella me dio el visto bueno físico con algunos analgésicos.

Está siendo tan gentil, y la forma en que me llama cariño envía todo tipo de emociones complicadas a través de mi oprimido pecho. Emociones que no tengo la capacidad de desentrañar ahora mismo, pero es difícil imaginar que el hombre que me prepara el almuerzo y me ayuda a bañarme es el mismo hombre que me ladró que nunca haría nada sin su permiso.

—Eres mi esposa. Yo soy tu esposo —dice Raffaele mientras mi silencio se prolonga un poco—. Sin importar lo que sientas por mí,

haré todo y cualquier cosa para cuidarte. Te protegeré en todas las formas que conozco. Fallé en ese departamento, por lo cual estoy profundamente arrepentido. Pero te prometo que nunca volverá a suceder. Y sin importar lo que necesites para sentirte mejor, me aseguraré de que lo tengas.

Sus palabras traen lágrimas a mis ojos. Son inesperadas y por su tono, claramente él cree en cada palabra. Es solo que... sorprendente. Como si algún tipo de interruptor se hubiera activado y ahora puedo ver este lado de él. O tal vez este lado ya existía y simplemente nunca lo noté.

—Gracias —digo en voz baja—. Por venir a buscarme.

—Siempre —responde Raffaele inmediatamente—. Ahora come. Por favor.

Logro tragar unos cuantos bocados, concentrándome en el sabor del queso de la tortilla para intentar evitar que mis pensamientos divaguen, pero eventualmente, todo regresa a esa noche, y un escalofrío recorre mis hombros. Tragando con dificultad, acompaño mi comida con un sorbo de jugo de naranja y miro a Raffaele.

—¿Encontraste a Marie?

Él hace una pausa antes de beber, su rostro inexpresivo. —Adelina.

Un enorme vacío se abre inmediatamente en mis entrañas. —¿Dónde está?

—No creo que...

—Raffaele, ¿dónde está? ¿Está en el hospital? ¿Puedo ir a verla? También lograste salvarla, ¿verdad? —Las preguntas salen de mí, y soy incapaz de detenerme mientras el rostro de Raffaele me dice todo lo que necesito saber. Parece afligido.

Solo hay una razón por la que se vería así.

El mundo a mi alrededor se difumina, y los ojos de Raffaele permanecen como dos puntos de anclaje brillantes. —Dime que está bien —susurro.

—No quería decírtelo ahora mismo —responde Raffaele, con voz tensa—. Pero... Vito la encontró poco después de que yo te encontré a ti. Lo siento, Adelina. Parece que la drogaron para mantenerla callada y la cantidad que le dieron... fue demasiada.

—No...

—Lo siento, cariño. No lo logró.

—No, no, no. ¡Oh, no... no! —Mi corazón se rompe en mil pedazos y cada fragmento crea su propia sensación punzante a través de mi pecho. Jadeo en busca de aire, y las lágrimas brotan mientras mi cabeza da vueltas. Raffaele me alcanza, y su mano calienta la parte superior de mi antebrazo—. ¿Se ha ido?

—Lo siento, Adelina.

Un terrible lamento escapa de mi garganta. Intento sofocarlo con mi mano, pero el dolor escapa entre los huecos de mis dedos y me desplomo hacia adelante, directo en los brazos de Raffaele. Él me sostiene con fuerza mientras lloro desconsoladamente, tratando de entender cómo esto puede ser real.

Está muerta.

Marie está muerta.

Mi mejor amiga.

La mataron.

... Yo la maté.

—Esto —jadeo, ahogándome en mis sollozos—. Esto es mi culpa. Yo la maté.

—No —espeta Raffaele levemente.

—Yo la invité a salir. Yo hice esto. Todo lo que sucedió fue por mi culpa. ¡Está muerta por mi culpa!

—Adelina, mírame. —Acuna mi rostro con su mano cálida y me obliga a mirarlo.

Me cuesta distinguir los detalles de su rostro mientras las lágrimas corren por mis mejillas. Siento como si mi pecho estuviera siendo desgarrado desde adentro y no puedo respirar.

—Tú no hiciste esto —afirma Raffaele con firmeza—. Lo que te pasó a ti y lo que le pasó a ella no es tu culpa. ¿Me estás escuchando? No es tu culpa, cariño. No lo es. Llegaré al fondo de lo que pasó, te lo juro. Pero no es tu culpa. Ambas simplemente estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Pero estábamos allí por mi culpa —lloriqueo, con hipo violento mientras mi cuerpo lucha contra el dolor para hacer entrar aire en mis pulmones—. ¡Está muerta por mi culpa!

—No, Adelina. No, no lo está. —Me atrae con fuerza contra su pecho y me abraza mientras lloro, pero sus palabras me brindan poco consuelo. El dolor es peor sabiendo que ella no logró salir conmigo, y ni siquiera habría estado allí de no ser por mí.

¿Cómo demonios puede ser esto real?

Pierdo la noción del tiempo que lloro en los brazos de Raffaele. Él me sostiene todo el tiempo sin una sola queja y solo me suelta cuando lo empujo para volver a sentarme en mi propia silla. Me entrega una servilleta para secar mis lágrimas y me observa atentamente.

—Tengo algo que atender —dice en voz baja—. Pero no te dejaré sola.

Mientras habla, la puerta del comedor se desliza y entra una mujer alta con pelo rubio puntiagudo y gafas cuadradas. Me dedica una sonrisa cortés y ajusta el cinturón de sus jeans.

—¿Por qué? —gimo—. ¿Puedes quedarte?

—Esto es importante, pero prometo que volveré pronto. Ella es Caterina. Es tu nueva guardaespaldas. Estará a tu lado cada momento que yo no pueda, ¿de acuerdo?

Sollozando, asiento lentamente. Mis pensamientos son espesos y nublados, y el impulso de dormir para escapar del dolor está aumentando. Raffaele se pone de pie y luego se inclina, presionando un beso inesperado en la parte superior de mi cabeza. Ese punto de contacto hormiguea incluso cuando él se aleja.

—Espera.

Él se detiene y se vuelve hacia mí. —¿Sí?

—¿Qué... Qué pasó con Levi?

El rostro de Raffaele se endurece como una roca y su mandíbula se tensa, haciendo que el nervio a lo largo de su mejilla salte. —Lo maté.

—¿Qué?

—Saliste lastimada bajo su vigilancia —afirma Raffaele con tensión—. Y eso es imperdonable.

15

RAFFAELE

La carne impacta contra carne con un sonido húmedo y resbaladizo *splach*. La piel se abre bajo el impacto, los huesos crujen y protestan, y un gruñido ahogado de dolor surge de la víctima debajo de mí.

No es que jamás lo llamaré así.

Esta retorcida excusa de ser humano puso a Adelina en la peor posición posible, y voy a hacerlo sufrir por ello. Desde que rescaté a Adelina de ese asqueroso complejo de apartamentos, este desgraciado llamado Jim ha estado sometido a un prolongado y extenso dolor a manos de Vito. Algo que yo mismo habría pasado cada segundo haciendo, pero no pude alejarme de Adelina hasta ahora. Ella me pidió que me quedara con ella, y esa es una petición que nunca rechazaré.

Especialmente no ahora.

Pero dado que está descansando después de pasar el día llorando a su amiga perdida, tengo suficiente tiempo para finalmente obtener algunas respuestas reales de esta mierda humana.

Jim balbucea a través de su mordaza empapada de sangre, tirando frenéticamente de sus ataduras pero sin éxito. Vito es un experto atando nudos, y este hijo de puta no irá a ninguna parte atado verticalmente a varias tablas de madera. Hago girar mi cabeza sobre mis hombros y le propino otro feroz golpe en sus costillas ya maltratas. Luego otro, y otro más. En este momento, no es más que

un saco de boxeo de carne recibiendo cada golpe de mi ira y frustración.

La sangre gotea por su torso desde los cientos de incisiones que Vito hizo por todo su cuerpo. Su cabello se ha ido, mal afeitado con tijeras que golpearon y rasparon su piel. Un pezón se perdió durante alguna forma de tortura, y el destrozado desastre de su patético y asqueroso miembro entre sus piernas me produce una alegría mínima. Tiene suerte de seguir vivo, teniendo en cuenta lo intensamente que deseo matarlo repetidamente por cada segundo que mantuvo a mi chica como rehén y la agredió.

Lo golpeo hasta que mis hombros duelen y el sudor corre por mi espalda, acumulándose en la cintura de mis pantalones. Jadeando, le doy un último golpe al estómago ennegrecido del bastardo y retrocedo. Vito aparece desde las sombras con una toalla y me la entrega con una mirada sombría.

Él comparte mi ira.

Aunque Vito no tiene conexión emocional con Adelina, su captura y agresión reflejan negativamente su capacidad para garantizar mi protección y la de mi gente. La venganza también es algo que él aprecia.

Me aparto y permito que Vito proceda con el siguiente paso en la tortura de Jim mientras seco el sudor de mi piel. Vito tira de una palanca al lado del dispositivo al que Jim está atado, y este se inclina violentamente hacia atrás. Jim gime de miedo, su pecho agitándose con respiraciones desesperadas que apenas logra tomar a través de su nariz rota. Vito coloca un cubo de madera debajo de la cabeza del hombre, luego bombea la palanca para que quede inclinado hacia abajo y su cabeza cuelgue por debajo de sus pies.

Luego Vito agarra una botella de líquido de la mesa cercana, coloca un trapo sucio sobre la cara y nariz de Jim, y vierte.

Los desesperados sonidos ahogados del submarino llenan la pequeña celda del sótano que será la cripta de Jim. No es que el bastardo merezca algo tan elegante.

Mientras Vito trabaja, me apoyo contra mi mesa cerca de la puerta. La laptop que descansa allí atrae mi atención, y toco la barra espaciadora con el corazón pesado. Un video comienza a

reproducirse, llenando el aire con los ruegos y sollozos desesperados de Adelina entre los ruidos de tortura. No tardamos mucho en rastrear la transmisión en vivo en la que ella había aparecido, y además de torturar a Jim, Vito estaba trabajando para cerrar todo el sitio del mercado negro.

Las manos italianas no comercian con tráfico humano.

Es una línea que nunca hemos cruzado y que *jamás* cruzaremos.

Ver la tortura de Adelina es algo que nunca compartiré con ella. Su dolor es suyo en este sentido, pero necesitaba saber exactamente qué le sucedió, hasta el último detalle minúsculo. El destino de Jim quedó sellado en el momento en que puso algo en la bebida de Adelina en el bar, pero para asegurarme de que sus últimos momentos en esta tierra sean apropiadamente dolorosos, tenía que saberlo todo.

La retorcida risa de Jim y su ahora muerto compañero, Geoff, surge de la pantalla, enviando oleadas de ardiente *rabia* por mi sangre.

Jim pudo haber sido quien la drogó, pero Geoff fue quien la agredió. Lo maté demasiado rápido.

Arrojando mi trapo sobre la mesa, cierro la laptop de golpe y le hago un gesto a Vito para que ponga fin a su tortura. Vito vacía lo último de su botella sobre Jim, luego bombea la palanca para volver a colocar a Jim en posición vertical.

Su rostro tiene un tono morado intenso y su abdomen se hunde con cada respiración desesperada y escasa que logra tomar a través de su mordaza. Vito arrastra el paño empapado lejos de su cara, y Jim balbucea cuando la mordaza es arrancada de sus labios partidos y sangrantes.

—¡Mierda! —grazna con voz ronca, tosiendo un pulmón lleno de agua—. M-Mierda...

—Patético —gruño, cruzando los brazos sobre mi pecho y agarrando con fuerza mis bíceps para evitar pulverizar al bastardo por hablar—. Solo te voy a dar una oportunidad para darme las respuestas que necesito, ¿entiendes? Una oportunidad. Habla fuera de turno y te arrancaré esa cosa patética que llamas pene y te la meteré por la garganta. ¿Entendido?

La cabeza de Jim cae hacia adelante, y sus brazos tiemblan tratando de mantenerla levantada. Asiente mientras la sangre le chorrea del labio inferior.

—Esto. —Inclino mi cabeza hacia la laptop—. ¿Quién dirige la subasta?

Jim se encoge de hombros. —N-No tengo idea.

Doy un paso adelante, y Jim se retira contra sus ataduras en pánico.

—¡T-Te lo juro, viejo! ¡No tengo idea, ese no es mi negocio! ¡No lo es!

—¿Entonces de quién es?

Jim se desploma, temblando violentamente. —Geoff manejaba toda esa mierda —murmura—. Yo solo estaba ahí para ganar dinero rápido.

—¿Drogando y agrediendo a mujeres jóvenes? ¿Crees que hay algún tipo de honor en algo tan *asqueroso* como eso?

Jim me mira desde debajo de su hinchada ceja. —¿No es eso lo que hacen todos ustedes los criminales?

—Las manos italianas no tratan con tráfico humano —escupo enojado.

—Algunas sí —balbucea, dejando caer su cabeza nuevamente.

La ira me domina y estrello mi puño cerrado en su estómago, haciéndolo gritar de agonía, luego aplasto su garganta con mi otra mano y obligo a sus ojos nublados a encontrarse con los míos.

—Será mejor que pienses muy cuidadosamente tu próxima respuesta porque insultar a mi familia no te va a ganar misericordia, pedazo de mierda.

—Es una mierda, viejo —gime Jim, con lágrimas acumulándose en sus ojos—. ¡No hice nada!

—Drogaste y secuestraste a mi *esposa*. Solo eso es una sentencia de muerte, y no saldrás vivo de aquí. Pero la información que me des, si me complace, te ganará una muerte más rápida.

—Mierda, viejo. —Jim llora, derrumbándose bajo mi agarre.

Una fría satisfacción se enrosca en mis entrañas, pero no es suficiente. Adelina va a vivir con este trauma por el resto de su vida,

y no puedo quitárselo. Todo lo que puedo hacer es asegurarme de que quienes lo causaron nunca lastimen a otra alma.

—Cuéntame sobre tu asqueroso plan. —Soltando a Jim, doy un paso atrás, y Vito me entrega el trapo una vez más para limpiar la asquerosa sangre de mis manos.

Jim se desploma en sus ataduras, colgando como un pedazo de carne vieja. —No lo sé —solloza—. Yo solo...

Se necesita todo mi control para no atacarlo nuevamente. Si muere en mis manos, terminaré sin respuestas. Especialmente porque el auto que rastreamos resultó pertenecer al hombre muerto, así que no hay respuestas que encontrar allí.

—Es un trabajo fácil —llora Jim mientras se derrumba—. Nos pagan un montón de dinero por ir a clubes y encontrar a hombres y mujeres jóvenes y atractivos. Es fácil. Les hablamos, ponemos algo en su bebida y luego los llevamos a los apartamentos. Filmamos algo para la subasta, y generalmente se venden bastante rápido. Todo lo que tenemos que hacer es transmitir hasta que recibimos una llamada.

—¿Quién te llama?

—No lo sé, viejo —gimotea Jim—. Algún tipo del sitio web. Números diferentes cada vez. Una vez que alguien es vendido, los mantenemos drogados y los llevamos a la terminal de autobuses. A veces los recogen y otras veces tenemos que ponerlos en un autobús. De cualquier manera, son enviados a sus nuevos dueños.

—*Dueños*. —Mi estómago se revuelve de disgusto ante la palabra —. Las personas no son productos.

—Como sea —balbucea Jim—. Escuché a algunos hablar italiano, como la gente de la estación de autobuses.

—¡Solo porque alguien hable italiano no significa que sea parte de la Mafia, maldito racista! —Golpearlo no alivia la asquerosa tensión dentro de mí, pero trae una pequeña nota de satisfacción.

Gorgotea y se ahoga con una bocanada de sangre.

—¿Alguna vez te cogiste a alguno de tus cautivos?

—Solo me golpearás de nuevo —balbucea Jim.

—Respóndeme, hijo de puta.

—A veces —gimotea—. Era demasiado difícil resistirse.

—La otra chica. —Tragando con fuerza, la tensión hace que apriete los dientes—. La segunda chica que secuestraste. ¿Te la cogiste?

La mirada de Jim se aparta de mí.

—¿Te la cogiste mientras moría por una reacción alérgica al veneno que le inyectaste? ¿Ni siquiera tuviste un pensamiento sobre su sufrimiento? ¿Ni siquiera un *segundo* para pensar que era una persona y tal vez deberías conseguirle ayuda?

—¿Sabes qué? Que te jodan, viejo —gruñe Jim débilmente—. Todos ustedes criminales organizados creen que son dueños del mundo del crimen, pero lo que sea, viejo. Ella solo era una vagina con actitud, así que sí, me la cogí, y también me hubiera cogido a esa otra perra hasta que estuviera gritando y rogando que parara, y la hubiera destrozado...

No arremeto esta vez. Una fría rabia se apodera de mí, enfriando el calor de mi ira. Mi corazón palpitante comienza a desacelerarse y levanto la barbilla, apretando los dientes.

—Jefe. —Vito toca mi brazo y luego sostiene una tableta que muestra la información bancaria de nuestro cautivo—. Tienes que ver esto.

—¿Qué carajo? —Mostrado en una larga lista está cada pago importante que Jim recibió. Algunas de las cantidades superaban los quinientos mil dólares, calderilla en mi línea de trabajo, pero eso no es lo que llama mi atención.

El dinero proviene de una cuenta offshore que se muestra en una segunda ventana más pequeña justo debajo del pulgar de Vito. El nombre salta a mi vista como una daga.

Pascal Castiglioni.

—No lo haría... —Mis ojos se encuentran con los de Vito—. No hay manera de que esto sea preciso.

—Es una cuenta bloqueada —murmura Vito—. Usé todo lo que sé para llegar hasta aquí, pero seguiré investigando.

—Por favor. Y Vito?

—¿Mmhm?

—Ni una palabra a nadie hasta que estemos seguros, ¿entiendes?

Vito asiente y pone los ojos ligeramente en blanco. Su lealtad y discreción se dan por sentadas, pero dada la naturaleza sensible de esto, tengo que asegurarme. —Claro, pero Jefe... ¿cómo es que alguien supuestamente tan endeudado puede permitirse pagos como estos?

Pascal no se dedicaría al tráfico humano, ¿verdad? La mayoría de nosotros seguimos reglas tácitas, y transportar personas como carga va contra uno de los principios fundamentales que nos mantiene en la cima. No puedo soportar la idea de que esté involucrado en una línea de trabajo tan asquerosa.

¿Y cómo encaja esto con sus deudas? Proporcioné una gran suma de dinero cuando me casé con Adelina y le permití entrar en varias rutas de suministro de drogas. Aun así, Pascal insistió en que esas drogas eran para esquemas hospitalarios donde estafa a las compañías de seguros para ganar dinero rápido.

Algo que encontré extraño, pero dado que la madre de Adelina murió por enfermedad, quizás sea algo personal. Entonces, ¿cuál es la conexión?

Hay demasiadas preguntas sin respuesta, y lo último que necesito es tomar una decisión precipitada que joda aún más las cosas.

Lo único que sé con seguridad es que he terminado aquí.

—Tu nariz está rota, así que no puedes olerlo —le digo a Jim mientras me mira débilmente. Su falso arranque de confianza se desvanece rápidamente—. Pero Vito no te hizo el submarino con agua.

Los ojos de Jim se agrandan y la confusión brilla como un faro desde ellos.

Metiendo la mano en mi bolsillo, mis dedos se cierran alrededor de un encendedor. Sacándolo, abro el borde y una sola llama florece.

Los ojos de Jim se ensanchan.

—Era gasolina.

Con un movimiento de muñeca, el encendedor vuela por el aire y aterriza contra el pecho de Jim, donde permanece un segundo antes de que la gravedad lo arrastre hacia el sur.

Un segundo es todo lo que se necesita para que la llama encienda la gasolina que empapa la piel de Jim. Las llamas estallan sobre su pecho, encendiendo pelo y piel mientras se elevan hacia su rostro empapado de gasolina.

Jim abre la boca para gritar y arrastra las llamas hacia sus pulmones en el momento en que toma aire. Se enciende como una mecha de vela, y sus moribundos gritos de terror son música para mis oídos. Jim se agita con una fuerza inesperada, pero está completamente envuelto en llamas en diez segundos.

—Buen detalle con la gasolina —le digo a Vito, quien sonríe con orgullo.

—Nunca se lo esperan.

—Maldito hijo de puta. —Ver arder vivo a ese cabrón frente a mí por lo que le hizo a Adelina es satisfactorio, pero no borra lo que hizo ni lo traumatizada que está Adelina. Todo lo que puedo hacer es eliminar a sus captores de la existencia.

—Quiero que esa grabación desaparezca —digo, inclinando la cabeza hacia la laptop—. Cada copia eliminada, ¿me oyes?

—Entendido.

—Y organiza una reunión con Pascal. —Observo a Jim quemarse hasta quedar carbonizado, sus gritos desgarrados lentamente convirtiéndose en nada más que croares débiles mientras sucumbe a sus heridas—. Tengo algunas preguntas para él.

16

ADELINA

La lluvia cae como una fina neblina, empapando cualquier prenda que no esté protegida bajo uno de los grandes paraguas negros. Mis zapatos me pellizcan los tobillos y me aprietan los dedos, esta falda está demasiado ajustada alrededor de mis caderas, y una de mis horquillas está en un ángulo extraño contra mi cuero cabelludo.

Me obligo a sonreír a pesar de todo porque en el momento en que deje de concentrarme en mantener esta sonrisa en su lugar, me derrumbaré en un charco de lágrimas y apenas podré llegar a casa.

El funeral de Marie no es nada como lo imaginé. A veces bromeábamos diciendo que los funerales deberían estar llenos de luz y risas, una celebración de la vida en lugar de lamentar la pérdida. Marie me dijo una vez que quería que tocaran una canción realmente loca mientras la cremaban, algo que resultaría horroroso en el momento pero hilarante como recuerdo.

Quería darle eso. Quería darle todo lo que ella hubiera amado, pero esta vez, estaba fuera de mi control.

Los padres de Marie planearon el funeral después de que Raffaele les diera la noticia de que su hija había muerto en un terrible accidente. Un choque automovilístico. Yo quería estar ahí cuando él les dijera, pero cuando llegamos a su casa, no pude salir del auto.

Raffaele les dio la noticia por mí y se quedó con ellos durante unas horas para consolarlos. Mientras tanto, yo permanecí en el

auto, obligándome a entrar, pero no pude.

¿Cómo podría enfrentarlos después de lo que había hecho?

Raffaele ha pasado las últimas dos semanas diciéndome que lo que sucedió no fue mi culpa. Fuimos víctimas de un ataque terrible y aleatorio, y la culpa no recae en mí. Ninguna de sus palabras ha aliviado la culpa que se asienta como un peso asfixiante en mi pecho. Él tiene buenas intenciones, pero su constante consuelo ha provocado algunas discusiones explosivas durante estas últimas dos semanas.

A veces, lo culpo a él. Si no me hubiera prohibido salir sin permiso, nunca habría escapado a escondidas con Marie ni me habría ocultado tan bien como lo hice.

A veces, culpo a mi padre. Si no me hubiera casado por conveniencia, nunca habría estado en una posición en la que sintiera que tenía que escapar.

Luego culpo a Raffaele de nuevo porque si no hubiera matado a Carlos, nada de esto habría sucedido. La culpa da vueltas en un círculo antes de asentarse donde pertenece.

Conmigo.

Yo tomé esas decisiones. Escapé e invité a Marie a salir conmigo. Yo elegí el último club al que fuimos. Todo fui yo, y ahora mi mejor amiga está muerta.

Esos pensamientos giran como un disco en mi mente, entrelazándose con todas las palabras de condolencia que fluyen de amigos y familiares a mi alrededor. El suelo brilla con la lluvia constante, y miro fijamente mis zapatos mientras presiono los dedos contra el lodo que se ablanda.

Los padres de Marie están cerca, en una profunda conversación con Raffaele, lo que me sorprende. Cuando llegamos aquí hace unas horas, él estaba pegado a mi lado y permaneció allí durante toda la ceremonia. Su presencia fue un consuelo cuando mi mente no lo culpaba venenosamente por su muerte. Los padres de Marie optaron por enterrarla en lugar de cremarla como yo sabía que ella hubiera preferido, y no tuve el valor de decirles lo equivocadas que estaban sus elecciones.

Perdieron a su hija. No puedo decirles cómo deben llevar su duelo.

Aunque, una pequeña parte de mí se alegra.

De esta manera, tendré una lápida que visitar cuando quiera verla de nuevo.

—¿Puedo traerte algo? —Caterina, mi nueva guardaespaldas, se coloca bajo mi paraguas y me muestra una pequeña sonrisa comprensiva—. ¿Una bebida? ¿Un pañuelo?

Niego con la cabeza, incapaz de hablar por temor a que el dolor brote de mí como vómito. Caterina me examina con la mirada y luego asiente, solo una vez, antes de retroceder.

Ha sido muy amable conmigo desde que Raffaele me la asignó. Me ha contado historias locas de otras personas que ha protegido a lo largo de los años, como príncipes de otros países y diplomáticos extranjeros. Se unió a la familia de Raffaele hace un par de años después de la muerte de su hermano. Raffaele la ayudó a vengarse del ruso que lo asesinó, y desde entonces le ha sido leal. Ahora, me es leal a mí.

Y me reconforta que sea mujer.

Es extraño cómo mi mundo cambió después del ataque. Necesito medicamentos para dormir. A veces, no puedo respirar cuando Raffaele no está conmigo, y otras veces, su presencia me disgusta. Él ha estado tranquilo ante ambas actitudes, permitiéndome procesar de las formas que necesito.

Saber que mis secuestradores están muertos me da un gran consuelo, pero a veces me quedo despierta por la noche deseando haber podido verlos morir para estar completamente segura de que nunca me encontrarán de nuevo.

Todavía me ducho varias veces al día. Es un hábito que necesito romper ya que mi piel sensible me está gritando, pero basta un solo destello de recuerdo y necesito limpiarme completamente. Es doloroso pero funciona.

Por ahora.

Los rostros pasan a mi lado, ofreciendo sus condolencias por mi pérdida, y luego se dirigen a los padres de Marie. Su madre no ha dejado de llorar. Cuando nos encontramos en la iglesia, me abrazó

tan fuerte que no podía respirar y me dijo lo maravilloso que era que Marie tuviera a alguien como yo en su vida.

La culpa pesa mucho.

Cierro los ojos y me concentro en el sonido de la lluvia que golpea las losas de piedra cercanas. Es un sonido suave, pero me ancla contra las olas de dolor que chocan contra mi determinación de no derrumbarme hoy. Le debo al menos eso a Marie.

Mientras escucho, las palabras de Raffaele captan mi atención.

—... entiendo completamente. En momentos como estos es realmente importante que apreciemos a los que amamos. No puedo hacer nada para aliviar el dolor que están sintiendo, pero puedo prometerles que serán cuidados por el resto de sus vidas.

—Gracias —solloza la madre de Marie.

—Marie debe haber dejado una gran impresión —dice su padre con aspereza—. No podemos agradecerle lo suficiente por lo que ha hecho por el funeral, y por nosotros.

—Por favor, no es ningún problema. Ni lo mencionen.

Abro los ojos. Raffaele tiene la mano del padre de Marie entre las suyas mientras se saludan, y su rostro está lleno de simpatía.

¿Lo dice en serio?

¿Realmente los cuidará de esa manera cuando son extraños para él? La confusión se retuerce en mis entrañas mientras trato de comprender por qué haría tal cosa, pero no tengo tiempo para analizarlo completamente ya que otro viejo amigo aparece para ofrecer sus condolencias.

Mi sonrisa permanece en su lugar hasta que algo se quiebra en mi mente y quiero irme.

Raffaele está justo allí conmigo en el momento en que expreso ese deseo, y uso lo último de mi fuerza para despedirme de los padres de Marie.

Las lágrimas aparecen en el segundo en que estamos en el auto. Mi cabeza cae en mis manos, y lloro en silencio, temblando violentamente hasta que no puedo respirar por mi nariz congestionada y mis ojos hinchados. Solo entonces levanto la cabeza mientras el auto se mueve silenciosamente por la ciudad empapada por la lluvia.

Raffaele está sentado a mi lado, observándome intensamente. Al verme levantar la cabeza, se acerca a mí con un pañuelo, y un reflejo doloroso hace que me estremezca.

—Lo siento —susurro, alcanzando el pañuelo en su mano.

—No te preocupes —responde con calma—. No me ofende.

—Debería —murmuro, irritada por su comprensión—. No me has hecho nada, y sin embargo me estremezco ante ti.

La mano de Raffaele regresa lentamente a su regazo. —No controlamos nuestras respuestas traumáticas, así que sentir desprecio hacia ti por eso sería bastante jodido.

Me limpio los ojos con los pañuelos, haciendo una mueca cuando las manchas de rímel manchan el algodón.

A prueba de agua, y una mierda.

Sorbiendo por la nariz, trato de secar las lágrimas, pero continúan cayendo mientras mi corazón duele dolorosamente en mi pecho. —¿Tú...? —comienzo a hablar, pero mi llanto ha dejado mi garganta en carne viva. Tosiendo suavemente, lo intento de nuevo —. Te escuché decirle a los padres de Marie que los cuidarías. ¿Lo decías en serio?

La ceja de Raffaele se levanta ligeramente. —Por supuesto que sí.

—¿Por qué? —pregunto directamente—. No son nada para ti.

Raffaele suspira suavemente, mirando brevemente por la ventana hacia la ciudad gris que pasa. —Me hago cargo de los daños colaterales cuando puedo. Los padres de Marie son tan inocentes como ella en todo esto.

—Pero matas a gente inocente todo el tiempo —las palabras se me escapan sin pensarlo mucho—. ¿Desde cuándo te importa?

La mano de Raffaele se flexiona contra su muslo. —Tienes una visión bastante monstruosa de mí.

—Tu reputación habla por sí sola —¿estoy tratando de iniciar una discusión para sentirme mejor? No puedo saberlo. Una parte de mí quiere que se enoje, que me grite y me culpe para que pueda sentirme justificada en mi culpa. Pero desde mi rescate, no ha sido más que dulce y considerado. Es casi como si realmente se preocupara.

—Mi reputación está cuidadosamente elaborada —responde Raffaele—. Con cuidado y dedicación. Pero has estado a mi alrededor durante algún tiempo. ¿Realmente sigues creyendo todo lo que has oído sobre mí?

—Masacras familias —mi tono se vuelve mordaz—. Has cortado a innumerables personas en tu sed de poder. Desde pequeñas familias que solo intentan salir adelante, hasta otras más grandes con poder. Nadie está a salvo contigo. Y no dejas a nadie con vida, ni siquiera al personal de servicio. Cuando te fijas en alguien, los matas a todos sin piedad. Eres como la peste negra, yendo de puerta en puerta y masacrando a todos los que están adentro. La sangre inocente se derrama y tú celebras.

La mandíbula de Raffaele se tensa, haciendo que el nervio salte sobre su mandíbula, pero continúa observándome. —Nadie en la Mafia es inocente —responde—. No puedo darte todos los detalles, pero cualquiera que haya muerto bajo mi mano lo ha merecido de alguna manera. Y sí, tienes razón. Mataré a todos. El hombre de la casa podría ser un asesino que prefiere a las chicas jóvenes. Él muere, y también su esposa que mira hacia otro lado cuando escucha a esas chicas gritar pidiendo piedad. Mataré a los guardias que la sujetan, al personal que cierra las puertas y luego lava las sábanas, al conductor que entregó a la chica, y a los guardias que entierran el cuerpo.

—¿Y si hay niños? —exclamo—. También has matado niños.

—¿Lo he hecho? —pregunta Raffaele en un tono extraño, como si el concepto le fuera ajeno—. No lo sabía.

—¿Por qué, porque has matado a tantos?

—Parece que mi reputación tiene vida propia ahora —responde con calma.

Habla como si la mitad de lo que he oído no fuera cierto. Tal vez piensa que puede fingir conmigo o actuar como si no fuera el monstruo que sé que es.

Aunque, este es el hombre que mató por mí. Me rescató de ese infierno, me bañó con sus propias manos y me sostuvo durante toda la noche. Me alimenta, viene cuando lo llamo y ha soportado cada

segundo de mis arrebatos furiosos y llenos de culpa. No se ha quejado. No ha respondido. Simplemente ha estado aquí.

Se está convirtiendo en este hombre dulce y amable que no encaja con todo lo demás que conozco.

A menos que siempre haya sido así y nunca lo noté.

Secándome los ojos, me alejo de Raffaele mientras mi dolor da paso a nuevos sentimientos diferentes. Debajo del dolor hay algo más que no puedo nombrar. Este impulso intenso de estar cerca de él para sentirme segura surge constantemente, y cuando no está conmigo, casi me siento en pánico. ¿Es solo infatuación porque me salvó la vida o es algo más?

Ciertamente nunca sentí esto por Carlos.

¿Qué me pasa?

Brevemente, cierro los ojos y alejo las lágrimas. El cuero a mi lado cruje y Raffaele se aclara la garganta.

—Hay algo que debes saber.

Abro los ojos y lo miro. —¿Qué es?

—Haremos un viaje pronto. Para el verano, para alejarte de todo... *esto*.

—¿A dónde vamos?

—A Italia. Nos quedaremos en uno de los viñedos que poseo.

—¿Es por negocios?

—Sí.

—¿Entonces por qué me llevas?

Raffaele parece visiblemente sorprendido. —Nunca te dejaría atrás.

—Oh. —Estoy acostumbrada a que mi padre se vaya de viaje por mucho tiempo. Que Raffaele quiera que esté con él es diferente pero no desagradable. Es solo una sorpresa.

—Pero para ti, este viaje es para que puedas relajarte. Tómate tiempo para ti misma. Quiero que seas feliz, Adelina.

Resoplo suavemente y me alejo mientras mi estado de ánimo se amarga, y el impulso de esconderme del mundo surge en ausencia de mis lágrimas. —Sabes, si alguna vez te hubiera importado la felicidad de las personas, nunca habrías asesinado a mi prometido. *Él* sí era inocente, por cierto. No es que te importe.

RAFFAELE

Carlos Giordana.

Un nombre que comienza a atormentarme.

La semana pasada, en el funeral de Marie, Adelina fue muy clara sobre lo que piensa de mí. No puedo culparla por escuchar los rumores cuidadosamente elaborados que existen sobre mí, aunque por sus palabras parece que algunos de ellos se han salido de mi control. Cree que podría dañar a niños y que mato sin razón. Quiero decirle que está equivocada, pero no me creerá.

Por culpa de Carlos.

Su prometido.

Su muerte, aparentemente, fue por mis manos. Parece que estábamos condenados desde el principio. Ella se negó a explicar por qué me culpa de su muerte y, considerando todo lo que ha pasado, no tengo la costumbre de presionarla hasta tener hechos concretos para respaldarme. Así que en los días posteriores al funeral de Marie, ordeno una investigación sobre Carlos Giordana.

Y por investigaciones, me refiero simplemente a Vito haciendo todas las averiguaciones posibles para conseguir información relevante.

Pascal se convierte en mi foco de atención mientras tanto. El hombre esquivó varias solicitudes de reunión, dejándome cociendo a fuego lento con el conocimiento de que su nombre —o al menos su

cuenta bancaria— pagó a los miserables que secuestraron y agredieron sexualmente a mi esposa.

¿Una coincidencia?

No puedo imaginar que Pascal pondría en peligro a su propia hija.

Aunque, por otro lado, me la vendió con lo mínimo de un acuerdo —un acuerdo que lo benefició a él y dejó a Adelina bajo mi cuidado sin instrucciones ni promesas. Podría hacerle cualquier cosa, y estaría dentro de los lineamientos que su querido padre estableció.

¿Y si él no es directamente responsable? Más le vale ayudarme a descubrir quién lo es.

—¿Jefe? —Vito golpea con los nudillos en la puerta, sacándome de mis pensamientos—. Pascal está aquí. Lo puse en su oficina.

Apartando la mirada de donde Adelina está parada afuera en el patio, contemplando sin rumbo un lienzo vacío, asiento con la cabeza.

—¿Quiere ver a Adelina?

—No dijo nada —responde Vito mientras se detiene junto a mí—. Solo me dijo que no tenía tiempo para esto.

—Hmm. —Mi atención vuelve hacia afuera. Adelina salió temprano esta mañana y colocó su caballete, junto con innumerables materiales de arte que nunca podría entender. Y luego se quedó allí mirando su lienzo. Varias horas después, ni una gota de pintura ha sido utilizada.

—¿Qué está haciendo? —Vito entrecierra los ojos mirándola.

—Creo que está procesando algo —respondo en voz baja—. Su trauma. La pérdida de su amiga. La culpa del sobreviviente. Quiero sacarla de aquí.

—¿Realmente crees que eso ayudará? —Vito me mira de reojo—. ¿Llevarla a Italia?

—Tal vez. Lo que es seguro es que no la dejaré aquí. Solo... —La duda silencia mis palabras y sacudo la cabeza. No puedo expresar los sentimientos contradictorios que tengo hacia Adelina. Quiero ayudarla, desesperadamente. Pero no hay nada que pueda hacer porque ella no me lo permitirá. Así que todo lo que puedo hacer es crear un espacio para que sane, aunque ella no lo vea.

Vito me mira expectante, esperando a que termine, pero nunca lo hago. Me doy la vuelta y salgo de la habitación, dirigiéndome directamente a mi oficina.

Pascal está de pie cerca de la estantería con la cabeza inclinada hacia atrás mientras lee los lomos de varios volúmenes de los estantes superiores. Tiene las manos juntas en la parte baja de su espalda mientras se balancea sobre sus talones, luego gira para enfrentarme cuando el crujido del suelo delata mi entrada.

—Raffaele.

—Pascal.

—Espero que tenga un buen motivo para convocarme aquí.

—¿Necesito un buen motivo? —Arqueando una ceja, paso junto a él hacia el carrito de bebidas, donde varias garrafas de cristal medio llenas brillan con una variedad de alcohol—. Somos socios comerciales y, en cierto modo, familia.

—Soy un hombre ocupado —Pascal aclara su garganta—. Podría llamar.

—¿Está seguro de eso? —Sirvo un vaso de whisky, luego levanto la garrafa hacia él ofreciéndole.

Niega con la cabeza, rechazándolo.

—Contestaría.

—Me tomó más de dos semanas hacerlo venir aquí. Ni siquiera vino al funeral de Marie. La mejor amiga de su hija. —Tomando mi vaso, me muevo lentamente hacia mi escritorio y me apoyo contra la madera—. Me sorprende.

—Apenas conocía a la chica. —Pascal aclara su garganta, pero por alguna razón, no puede mirarme a los ojos.

Marie, que en paz descanse, es mi puerta de entrada para preguntar por qué el nombre de Pascal estaba en las cuentas conectadas con esos *malditos*, pero justo cuando la pregunta surge, Pascal me mira con aire acusatorio.

—Y ya que estamos hablando de personas que apenas conocemos, ¿por qué demonios está tratando de sacar a mi hija del país?

La audacia de su acusación silencia mi propia pregunta y lo miro, levantando las cejas.

—*¿Disculpe?*

—Acaba de perder a su amiga. Debería estar aquí, rodeada de amigos y familia. No siendo arrastrada al otro lado del mundo porque usted decide que necesita estar en cualquier lugar menos aquí.

La ira lame mis pensamientos y un calor surge en el fondo de mi mente. Qué hombre tan audaz e irritante está resultando ser Pascal. No me importa mucho cómo se enteró, pero desafortunadamente para él, en el momento en que alguien me dice que no puedo o no debería hacer algo, se convierte en lo único que quiero hacer.

—¿Rodeada de amigos y familia? —repito lentamente—. ¿Debo recordarle que usted, su *querido* padre, me la vendió? Ella es mi esposa, lo que me convierte a *mí* en su familia. Así que va donde yo vaya. —Me levanto del escritorio y doy un paso hacia Pascal.

Sus ojos se ensanchan un poco y, una vez más, no puede sostener mi mirada.

—¿Ya olvidó los términos de nuestro acuerdo? En el momento en que firmamos ese trato, Adelina dejó de ser su asunto. Usted no estableció *nada* para protegerla de mí, así que francamente, lo que elija hacer con mi esposa no es de su maldita incumbencia.

—No está bien —murmura con aspereza—. No debería ser trasladada de un lado a otro mientras está de duelo. Debería quedarse aquí donde todo es estable y cómodo.

—¿Ha hablado con ella?

—Bueno, no...

—¿La ha llamado?

—De nuevo, no.

—¿Entonces cómo sabe lo que necesita? —No diré ni una palabra sobre lo que le pasó a Adelina con esos hombres, y como todos los demás, Pascal creerá que Marie murió en un accidente automovilístico. Hasta que obtenga las respuestas que necesito.

—Bueno, es mi hija y nunca le ha gustado viajar. Preferiría que se quedara donde pudiera contactarme fácilmente si necesitara ayuda.

—Nunca acudirá a usted por ayuda —respondo fríamente—. Insisto, usted la *vendió*. Difícilmente imagino que su bienestar emocional sea de su interés ahora.

La extraña insistencia de Pascal en que Adelina debería quedarse aquí despierta mis sospechas. Resopla y murmura para sí mismo, haciendo que su bigote salte de un lado a otro, y un destello de ira aparece en sus ojos. Simplemente no estoy seguro de conocer la causa.

—Además —continúo casualmente—, ella me ha estado ayudando con estos recientes sucesos extraños en mis clubes nocturnos. Se están usando drogas por razones menos comerciales. Desapariciones que tienen a la policía husmeando. ¿No sabrá algo sobre eso, no?

Pascal no me mira a los ojos.

—¿Por qué demonios me preguntaría eso?

—Nuestro acuerdo pone una línea de medicamentos farmacéuticos en su poder. —Mi vaso se inclina hacia él—. Tal vez esté drogando a gente para canalizarlos hacia sus hospitales.

—¿¡Cómo se *atreve*!?

Levanto una mano con una sonrisa fría.

—No estoy juzgando. Pero es el tipo de atención no deseada sobre la que agradecería un aviso.

—No tengo idea de lo que está hablando —responde Pascal bruscamente—. Si tiene un problema de *drogas*, tal vez debería mirar más cerca de casa. Las drogas son lo suyo, después de todo. —Se eriza y sus hombros se elevan, luego saca su teléfono del bolsillo y estudia la pantalla—. Tengo que irme.

—¿Urgente? —pregunto con un tono de gran incredulidad.

—Sí —murmura Pascal, ajustando su chaqueta—. Dele mi cariño a Adelina.

—Hágalo usted mismo —replico—. Ya que está tan preocupado por que ella salga del país.

Pascal finalmente me mira a los ojos con una mirada fría, y algo poco familiar cruza su rostro. Es como si estuviera conteniendo algo explosivo. Lo que sea que lo ayude a controlarse debe ser fuerte porque no dice nada más y sale apresurado de mi oficina como si mis sabuesos le mordieran los talones.

Dejo a un lado mi bebida sin tocar y masajeo ligeramente el puente de mi nariz.

¿Qué demonios le pasa a ese hombre?



—¿Mi padre estuvo aquí? Adelina está en el umbral de la cocina, envuelta en un grueso cárdigan. Sus dedos juguetean con el borde de la manga y se muerde el labio inferior mientras espera a que yo levante la vista.

Cuando lo hago, ella esboza una pequeña sonrisa.

—Sí. —Retiro la sartén del fuego para que el chisporroteo no interfiera con su voz suave—. ¿No vino a verte?

—No.

—Fue una conversación de negocios, principalmente. Sobre los clubes nocturnos.

—¿Le contaste? —Sus ojos se agrandan, y la preocupación no expresada flota en el aire entre nosotros.

—No —le aseguré firmemente—. No le dije nada.

—Bien —responde ella, asintiendo mientras desvía la mirada—. Bien. —Su segunda palabra es más silenciosa, como si se estuviera asegurando a sí misma de que nadie más sabe lo que le pasó.

—¿Quieres comer conmigo? —Inclino la cabeza hacia el plato de pasta que estoy haciendo—. Hay suficiente para dos.

—No. —Con eso, Adelina se aleja hacia la oscuridad del pasillo y desaparece. Alcanzo a ver un leve vislumbre de Caterina siguiéndola y surge el impulso de llamarla. Entiendo que necesita tiempo, pero una parte de mí desea que tomara ese tiempo conmigo.

Es una sensación extraña.

—Huele bien —dice Vito mientras entra a grandes zancadas en la cocina—. ¿Despediste al chef?

—Está enfermo —explico—. Y tengo hambre.

—Justo. —Vito salta para sentarse en la encimera cercana y deja caer una carpeta azul a mi lado.

—¿Qué es esto?

—Carlos Giordana —responde Vito.

Bajando el fuego de la estufa, recojo la carpeta y la abro. Su foto está en la primera página, junto con sus registros médicos.

—¿Quién es? No lo reconozco.

—¿Recuerdas a la familia que eliminamos en marzo? ¿Los que robaron tres cargamentos de drogas de los contenedores que se *perdieron en el mar*? —Hace las comillas en el aire y pone los ojos en blanco—. Esos eran los Giordana.

—Lo recuerdo. —Paso a la siguiente página donde se detalla su poco conocida historia de vida—. Perdimos alrededor de cuarenta millones por culpa de ellos, ¿verdad?

—Mmhmm.

—Recuerdo esa noche. Una cena familiar, ¿no?

—Así es. Bastante rápido y fácil para tratar con ladrones —responde Vito.

—Pero no lo recuerdo a él. —Vuelvo a su foto—. Recuerdo a todos los que matamos esa noche. No lo reconozco para nada.

—Pensé lo mismo. —Vito hace chasquear la lengua detrás de sus dientes—. No tengo la memoria increíblemente buena que tienes tú con los asesinatos, pero recordaría a un tipo así. Parece un villano de Disney.

Resoplando suavemente, cierro el archivo y suspiro.

—Bien. Quiero vigilancia sobre Pascal. Se comportó de manera extraña antes respecto a que Adelina y yo vayamos a Italia. Estaba evasivo. No confío en él.

—No confías en nadie. —Vito toma el archivo de mis manos.

—Porque cuando lo hago, me roban cuarenta millones —le recuerdo—. ¿Alguno de nuestros policías está en el caso de Carlos?

—Puedo averiguarlo. —Vito se desliza de la encimera—. ¿Qué estás pensando?

—Todavía no lo sé. Pero quiero todo lo que tengan sobre él, desde delitos pasados hasta su autopsia.

—Me encargo. —Vito inclina la cabeza y sale rápidamente de la cocina, dejándome con mi cocina.

Hay muchas piezas moviéndose en mi cabeza, pero por extraños que sean Pascal y este Carlos, finalmente tendrán que esperar.

Italia viene primero.

ADELINA

Italia es *hermosa*.

Un brillante cielo azul se extiende hasta donde alcanza la vista, hogar de un sol que calienta mi piel con un calor agradable. El aire resplandece a mi alrededor, los pájaros cantan melodías que nunca había escuchado mientras revolotean sobre nosotros, y el aroma cálido de la tierra se mezcla con la dulzura de las uvas que cuelgan en racimos gordos y jugosos de las hileras de vides que parecen extenderse hasta los confines de la Tierra.

Raffaele no exageraba cuando dijo que los viñedos son el paraíso en la tierra. Nunca antes había visto un lugar tan impresionante. Pensaba que la propiedad de Raffaele era lujosa, pero la mansión que se encuentra en el centro del viñedo es de otro mundo. Los ladrillos rojos y las tejas rosadas del techo le dan un aire romántico, con un camino de tierra bordeado por árboles gigantescos tan gruesos que se podría pasar un día entero intentando rodear uno corriendo. Una gran fuente se encuentra frente a la casa con delfines de mármol que saltan desde la piscina para lanzar agua por los aires.

Una gran piscina ocupa la mayor parte del jardín trasero, y la mansión está situada en la cima de una colina, por lo que el viñedo se extiende hacia abajo como un gran océano de hojas. A lo lejos, la bodega se yergue como un guardián, vigilando la fruta que cultivan personas que han vivido aquí durante generaciones.

Cuando llegamos, Raffaele me dijo que todo el vino se elaboraba en el viñedo. En sus palabras, esto ayuda a asegurar que cada centavo vaya a las personas que trabajan aquí, pero me pregunto si hay alguna razón fiscal involucrada.

No es que tenga algún deseo de aprender sobre los impuestos en Europa.

—¿Adelina? —La voz de Caterina corta a través de mis divagantes pensamientos, trayéndome de vuelta al presente. Parpadeo y miro hacia abajo, a un puñado de uvas que descansan en mi palma. Son de un púrpura brillante, pero una ha estallado, dejando escurrir jugo rojo por mi mano.

Mi corazón se salta un latido.

Parece que el jugo de uva es dolorosamente similar a la sangre.

La mano de Caterina sujeta mi codo y me guía unos pasos hacia atrás, volteándome para encararla. —Adelina, ¿está todo bien?

Mirándola, la intensidad del sol me obliga a entrecerrar los ojos a través de mis gafas de sol. El calor irradia desde mis mejillas, empañando la parte inferior de mis lentes mientras fuerzo una sonrisa y asiento. —Estoy bien.

—¿Estás segura? —Caterina inclina levemente la cabeza, y sus ojos me recorren, como si estuviera inspeccionándome en busca de algo que no puedo ver. Toma su trabajo increíblemente en serio, lo cual no le reprocho considerando lo que le sucedió a mi último guardia. Sin embargo, es amable, de una manera aterradora. Su habilidad cuando entrenamos juntas es intimidante, pero justo cuando dudaba que pudiéramos ser amigas, resultó que compartimos los mismos gustos en películas. Es tan nerd como yo, aunque nunca ha sostenido un pincel en su vida.

—Solo estaba pensando.

—¿En qué?

—En este lugar. —Miro a nuestro alrededor, vislumbrando a personas dispersas atendiendo las vides.

—¿No te gusta?

—No, no es eso. Es hermoso aquí. Casi siento como si hubiera entrado en otro mundo. El aire es diferente. El sol es diferente.

Cierro los ojos y siento como si estuviera siendo envuelta por unas grandes manos cálidas.

—Este viñedo es una belleza —concuerda Caterina—. En todos mis años trabajando con él, nunca ha traído a nadie más a este en específico.

—¿Cuántos tiene?

—Doce. —Caterina alcanza un racimo de uvas y las arranca de la vid—. Si recuerdo correctamente, ocho ya estaban en la familia cuando él asumió el control y los últimos cuatro los adquirió recientemente.

—¿Robados a alguien más? —Levanto una ceja e inclino la mano, dejando que las pocas uvas que tengo se deslicen y caigan al suelo.

—No. Verás. —Caterina arranca una uva del racimo y me la ofrece, luego comenzamos a caminar—. Los viñedos ya estaban en la familia de Raffaele. Son parte de su linaje. El problema que tuvo su familia fue cómo hacerlos rentables, ya que el mercado del vino no es exactamente exclusivo en estos días.

—No puedo imaginar que haya mucha demanda. —Al meter la uva en mi boca, el repentino estallido de dulzura me toma por sorpresa, y mi rostro debe haber delatado mi asombro, por la forma en que Caterina se ríe de mí.

—Dulce, ¿verdad?

—Siento como si acabara de comer algo demasiado puro para mi lengua. —Me río suavemente—. Wow.

—Exactamente. Estos viñedos son cuidados con amor, así que las uvas son deliciosas. También el vino. Pero, de nuevo, la competencia en el mercado es dura. Hasta que Raffaele descubrió cuán flexibles pueden ser las aduanas con los envíos de vino.

—¿Cómo es eso?

—Cuando la reputación y la costumbre se establecen, la gente no mira tan de cerca. Y si lo hacen, entonces es fácil untarles las manos. Raffaele vende su vino por todo el mundo, y es la manera más rápida de mover drogas de alta calidad por toda Europa. Causó todo un boom de drogas recreativas aquí.

—Drogas —repito en voz baja. La palabra hace que mi pecho se contraiga y, en un instante, los fríos recuerdos de esa terrible

habitación y Marie inundan mi mente. Se detienen cuando Caterina agarra mi muñeca devolviéndome a la realidad.

—Debo decirte que Raffaele no trafica con las drogas que te usaron a ti o que mataron a Marie. Ese no es su estilo, y ni siquiera está en nuestra producción. Lo verifiqué.

—¿Lo verificaste?

Caterina asiente. —Él me dejó una cosa clara. Debía cuidarte contra cualquier amenaza, y por la forma en que lo dijo, era como si se incluyera a sí mismo. Así que lo tomé en serio e hice algunas averiguaciones por si pensabas que había alguna conexión. Lo que usaron contigo y tu querida amiga fue porquería del mercado negro. Las cosas de Raffaele son todas puras y él se enfoca en usuarios recreativos. En sus palabras, no puede ganar dinero si su clientela muere.

—Siento que debería importarme más el hecho de que esté bombeando drogas ilegales por todo el mundo —murmuro—. Pero ese es el mundo en el que vivimos. Mis manos tampoco están limpias.

—Tu padre —reflexiona Caterina—. ¿A qué se dedica?

—Construcción hasta cierto punto, pero se especializa en vehículos de lujo y bienes de lujo falsificados.

—Ah, por supuesto. —Asiente con una sonrisa irónica—. Creo que caí en eso una vez.

—¿En serio?

—Mi querido bolso caro no era tan lujoso, me di cuenta rápidamente.

—¡Oh, no, lo siento mucho! —La risa brota, levantándome inmediatamente el ánimo—. ¿Te haría sentir mejor saber que son de alta calidad?

Caterina arruga la nariz. —No.

—Mala suerte.

Ella esboza una sonrisa y me da un empujoncito. —Es bueno escucharte reír.

Normalmente, mi sonrisa desaparecería cuando la culpa por Marie surgiera, pero estar aquí la mantiene a raya por alguna razón.

Es como si realmente estuviera en un mundo diferente y todo lo que sucedió antes de venir aquí simplemente no importara.

Continuamos caminando lentamente a través de las vides, intercambiando historias sobre travesuras infantiles. Caterina viene de una familia numerosa, todos viven alrededor del mundo haciendo tantas cosas diferentes que es difícil creer que ella eligió quedarse con Raffaele.

Pero entonces, quizás no sea tan sorprendente. Su reputación de ser un asesino frío y calculador parece ser cierta, pero después de vivir con él durante tanto tiempo y experimentar su amabilidad después de mi ataque, hay otro lado en él.

Un lado mucho más humano.

Se muestra una vez más cuando caminamos hacia la mansión y Raffaele aparece a la vista. Está de pie con una mano en la cadera, su dedo recorriendo la cintura de sus vaqueros que cuelgan muy bajos. Una camisa de algodón blanca adorna sus hombros, sostenida por solo dos botones cerca de su abdomen. La brisa ligera hace que la tela ondee y se levante, mostrando una variedad de sus hermosos músculos dorados. Una fina capa de vello oscuro cubre su pecho y un solo punto calvo cerca de sus costillas llama mi atención.

Una cicatriz.

Interesante.

Sin darme cuenta, mis pasos se ralentizan a medida que nos acercamos más y más a Raffaele.

Se ve... impresionante.

Como si algún tipo de dios broncíneo hubiera bajado de los cielos para saborear la dulzura de las uvas. Muy lejos del hombre duro vestido solo con trajes que existía en Estados Unidos. Es como una persona completamente diferente.

Está inmerso en una conversación con un jardinero que habla animadamente sobre la salud de la vid y la cosecha esperada, así como algunos problemas que tuvieron en la bodega. Raffaele parece absorto e incluso ofrece su consejo, lo que es aún más sorprendente.

No es solo un señor rico y poderoso. Parece conocer realmente el viñedo y la elaboración del vino.

—¿Ves algo que te gusta? —bromea Caterina en voz baja.

Mis pasos lentos la han hecho adelantarse y pasar, y ahora está unos metros más adelante con una sonrisa cómplice en sus labios.

—No —digo apresuradamente, apartándome de Raffaele mientras el calor me sube por las orejas.

—No estoy juzgando —dice Caterina—. Al fin y al cabo, es tu esposo.

—Sí, pero... —Dudo. Es un hombre terrible. Mató a mi prometido. Y después de lo que pasé, ¿cómo puedo siquiera entretener pensamientos sobre su pecho reluciente y sus brazos gruesos? Aparto la mirada de Caterina y acelero mi paso alejándome de Raffaele como si pudiera dejar esos pensamientos atrás con él.

Caterina no dice nada más, pero mantiene una ligera sonrisa en sus labios durante el resto de la mañana.

Raffaele se une a mí para el almuerzo, pero antes de que podamos discutir cualquier cosa, una llamada de alguien capta su atención. Se disculpa y se apresura a irse. Lo veo de nuevo en los viñedos ayudando a transportar cestas de uvas arriba y abajo por las vides, un trabajo poco interesante, pero lo que mantiene mi atención es que lo hace sin camisa.

No puedo culparlo dado el calor del sol italiano, pero la visión de sus músculos tensos, su piel brillante de sudor y la forma sexy en que se estira mientras se limpia la frente envía mis pensamientos en una espiral pecaminosa y sucia.

¿Lo deseo?

Es solo apreciación, tiene que serlo. Es un hombre atractivo.

Pero no es importante.

Es solo un estúpidamente sexy, de piel dorada, de ojos brillantes, musculoso *dios* con jeans que cuelgan demasiado bajos en sus caderas y kilómetros de piel desnuda que podría explorar con mi lengua y dientes.

Es la primera vez desde el ataque que he considerado siquiera la idea de estar cerca de alguien, ya que Raffaele me ha estado dando espacio y privacidad, incluso en el dormitorio. La idea de ser tocada me asustaba antes, pero aquí afuera, las cosas se sienten diferentes.

Lo observo durante horas, simplemente admirando lo bronceado que se ve bajo el sol de la tarde. Ayuda a la gente a cargar las cestas en los camiones, recoge bayas de las vides y se ríe con los jardineros, compartiendo bromas e historias que no puedo oír.

Entonces me doy cuenta.

Nunca lo había escuchado reír antes. No así.

Es un sonido hermoso y sincero que envía cosquilleos por todo mi cuerpo y me alerta de cuánto tiempo he estado holgazaneando bajo el sol, embobada con su belleza.

Paso las siguientes horas refrescándome en la piscina, nadando hasta que el agotamiento tiñe mis músculos. Luego borro todos los pensamientos sexy sobre Raffaele de mi mente. Culpo al calor del sol y al cambio de escenario, que hizo que todo se sintiera más sexy y dorado de lo normal.

Hasta la hora de la cena.

Raffaele llega vistiendo una camisa negra de algodón que queda abierta sobre sus hombros. Los extremos rozan su piel cuando se mueve, y cuando se estira sobre la mesa para tomar una botella de vino, los pantalones ligeros que lleva abrazan su trasero como una segunda piel.

Mi boca se seca.

Con miles de estrellas centelleando arriba, música suave sonando desde un equipo de sonido cercano y el ambiente sutil de la vida nocturna italiana, es difícil mirar a cualquier otro lado que no sea él.

—¿Tuviste un buen día? —pregunta Raffaele mientras me sirve una copa de vino—. Lamento no haber podido quedarme para el almuerzo.

—Fue agradable. Caterina y yo caminamos por los viñedos y fui a nadar.

Después de mirarte fijamente durante unas horas.

—Eso escuché —dice Raffaele suavemente—. ¿Qué te pareció?

Mis mejillas se calientan instantáneamente cuando nuestros ojos se encuentran. —¿De qué?

—¿El viñedo?

Oh.

Claro.

—Es bonito —digo, con el corazón acelerándose ligeramente—. Nunca he estado rodeada de tanta naturaleza.

—Hermoso, ¿no es así? —Por la forma en que mantiene mi mirada, podría estar hablando de mí. Raffaele se mueve hacia el otro extremo de la mesa, encendiendo las velas a su paso, y luego se sirve una copa de vino—. Pruébalo. Este es de cosecha propia. El mejor vino que jamás beberás.

Tomando mi copa, lo observo por encima del borde mientras doy un sorbo. Un vino tinto dulce y ácido se derrama sobre mi lengua y la saliva inunda mi boca, persiguiendo el sabor. —Wow.

—¿Verdad? —Toma asiento y levanta su propia copa, acercándola a su nariz—. No pretendo ser un esnob con estas cosas, pero el trabajo que hacen aquí me hace desear poder pasar el resto de mis días aquí.

—¿Por qué no lo haces?

Raffaele se ríe. —Demasiado que hacer. Siempre hay demasiado que hacer.

Sorbe su vino. Mis ojos se fijan en su mandíbula afilada y en el movimiento de su garganta al tragar. Una pequeña gota de sudor baja por su cuello y besa brevemente su clavícula antes de empapar su camisa.

Mi boca se seca.

Mi propio vestido de verano se me pega mientras una oleada de ardiente *deseo* palpita por mi cuerpo.

Entonces me pongo de pie.

Algo se apodera de mí que no puedo controlar.

No quiero controlarlo.

Llego a Raffaele en cuatro pasos y levanto una pierna sobre su rodilla. Luego me deslizo en su regazo y coloco una mano en su amplio pecho. Su piel arde al tacto y su corazón late poderosamente bajo mi palma.

—¿Adelina? —Arquea una ceja.

Nuestros ojos se encuentran. —Házmelo.

Los sonidos nocturnos de la naturaleza son tragados por el estruendo de Raffaele enviando todas las botellas y platos a

estrellarse contra el suelo mientras barre la mesa con un brazo y usa el otro para arrojarme sobre ella.

RAFFAELE

Su vestido sedoso se acumula alrededor de su cintura mientras me coloco entre sus piernas y la empujo contra la mesa con toda la fuerza que me atrevo a usar. Sus mejillas se sonrojan y sus ojos, antes tan azules como el océano cercano, se oscurecen por el deseo.

Mi corazón late con fuerza.

Mi verga se endurece en el instante en que ella envuelve sus piernas alrededor de mi cintura y las aprieta, acercándome tanto que el calor que irradia de su sexo atraviesa directamente la delgada tela de mis pantalones.

¿Quién soy yo para negarme a tal petición?

¿Quién soy yo para resistirme cuando la mujer más hermosa que he visto jamás se derrama en mi regazo con semejante exigencia?

Inclinándome sobre ella, apoyo una mano en la mesa junto a su cabeza y reclamo su boca en un beso profundo y mordaz. Ella jadea y arquea su espalda, tensándose como la curva de un arco y presionando sus pechos contra mi torso desnudo.

Cada caricia es eléctrica. El calor abrasa mi piel donde sus manos se aferran a mis hombros y recorren mis brazos. Ella se mece contra mi verga endurecida, y una sonrisa ansiosa se extiende por sus labios.

—¿Qué estás esperando?

¿Debería hacer esto?

Considerando lo que ha pasado, ¿sería correcto complacerla o mejor negarme?

Rechazarla cuando está tomando una decisión tan audaz seguramente haría más daño que bien.

Y no quiero rechazarla.

La deseo.

Quiero sentirla contra mí.

Quiero escuchar todos los sonidos que puedo arrancarle. Quiero ver el momento exacto en que la empujo al borde del orgasmo y observar cómo se deshace por mi causa.

Así que la beso de nuevo. Acunando su rostro, acaricio su barbilla con mi pulgar y profundizo el beso metiendo mi lengua en su boca. Sus manos descienden hasta mi cintura donde sus uñas se clavan en la piel más suave, luego empuja con insistencia el borde de mis pantalones.

—Dímelo —murmuro contra sus labios—. Dime otra vez qué es lo que quieres.

Adelina gime suavemente, un dulce sonido que burbujea en el fondo de su garganta. —Quiero que me cojas.

—Otra vez. —La beso más profundamente.

—Cógeme.

—Otra vez. —Rompo el beso y trazo un sendero de besos y mordiscos por su garganta.

Ella echa la cabeza hacia atrás contra la mesa y cuando gime, vibra ligeramente contra mis labios.

—*Cógeme* —jadea—. *Por favor*.

Sus súplicas llevan mi verga a su máxima dureza, y nada me satisfaría más que hundirme en su calor apretado y húmedo en este instante. Pero todavía no.

Mi camino de besos me lleva sobre la curva de sus pechos donde tiro de su vestido a un lado, exponiendo sus pezones rígidos al cálido aire nocturno. Cada uno sufre bajo mi lengua: lamo, chupo y mordisqueo lo suficientemente fuerte como para hacerla saltar y mecerse debajo de mí. Luego beso la longitud de su cuerpo glorioso y desaparezco bajo su vestido.

El calor entre sus muslos sedosos es divino, pero no tan divino como el primer sabor de su dulzura cuando sus jugos estallan sobre mi lengua. Enterrándome contra su sexo, mi mente se aquieta y me concentro en descubrir exactamente a qué responde más. Empujar mi lengua dentro de ella no provoca mucha respuesta de placer, pero presionar mi lengua plana sobre su clítoris sí lo hace. Después de varios movimientos, está claro que es más sensible a la izquierda de su clítoris, así que enfoco la mayor parte de mi presión allí con cada lamida a través de sus pliegues húmedos.

Sus muslos se cierran rítmicamente alrededor de mi cabeza y sus manos buscan desesperadamente aferrarse a mi cabello. Lo consigue con un gemido y tira lo suficientemente fuerte como para enviar una chispa de emoción por mi columna. Así que presiono con más fuerza contra su sexo, ahogándome en sus jugos mientras mi lengua alterna entre plana y puntiaguda sin un patrón real. Cada cambio la hace gemir, cada pasada de mi lengua le hace soltar un quejido, y cuando me concentro exclusivamente en suaves y repetidos golpecitos directamente sobre su clítoris, gimotea como si todo el aire le fuera arrebatado.

Adelina se corre con un grito fuerte y tenso que termina ahogado cuando aprieta sus piernas alrededor de mi cabeza y cabalga su placer. Acaricio sus muslos y la suave piel de su trasero, sosteniéndola lo mejor que puedo hasta que la liberación del placer la hace derrumbarse contra la mesa y se relaja con un jadeo.

Al levantarme, mis pantalones caen de mis caderas y me inclino sobre ella nuevamente, pero esta vez, cuando voy a besarla, ella coloca sus manos en mi pecho y me mantiene a la distancia de un antebrazo. No lo fuerzo. El beso es breve y dulce. Su rostro está sonrosado por el placer, y el sudor la hace brillar bajo la tenue luz dorada de las lámparas que bordean la cubierta.

—Voy a cogerte ahora —le digo, moviendo mis caderas hacia adelante. Sus ojos se ensanchan cuando mi verga roza su sexo y luego se desliza a través de sus jugos resbaladizos. Su calor es increíble, y ni siquiera estoy dentro de ella todavía. Un escalofrío recorre todo su cuerpo, pero no la penetro aún. Le estoy dando la oportunidad de cambiar de opinión.

No lo hace.

Entro en ella de una sola embestida, separando su delicioso cuerpo con un único y poderoso empujón de mi verga. Relajada por su orgasmo, se abre fácilmente para mí, pero su sexo aún me aprieta como un guante de seda y el placer golpea mi interior.

—Por favor —jadea Adelina, aferrándose al borde de la mesa con una mano mientras la otra se curva alrededor de mi muñeca.

No la hago pedirlo de nuevo.

Moviéndome hacia adelante, levanto una pierna y apoyo mi rodilla en la mesa, lo que fuerza a que su pierna quede contra mi pecho y sobre mi hombro. Acuno su muslo contra mí y uso este nuevo ángulo mientras comienzo a cogerla tan duro como puedo.

—¡Sí! —Los ojos de Adelina se ensanchan y grita su placer, arqueando su cuerpo magnífico fuera de la mesa una vez más. La luz de la luna besa sus curvas, y siento celos. Quiero ser yo ese resplandor que acaricia sus curvas y besa cada centímetro de su piel dorada, pero su mensaje fue claro cuando me mantuvo a distancia.

No quiere sentirse abrumada.

Así que me concentro en cogerla, embistiendo tan profundo como puedo llegar en este ángulo. Cada embestida la empuja hacia arriba en la mesa, pero su agarre en mi brazo la trae de vuelta. Sus pechos rebotan y se balancean, sus ojos se ensanchan cuando cada una de mis embestidas da justo en el punto correcto, su cabello se extiende como un halo rojo, y mi corazón late a un ritmo diferente mientras sus ojos brillantes como gemas se fijan en los míos.

Es única en su tipo.

Y es mía.

Beso su pantorrilla. Nuestros gemidos se mezclan bajo las estrellas, tejiendo nuestra propia melodía al ritmo del crujido de la mesa y los jadeos sin aliento que se me escapan cada vez que necesito respirar. Más y más rápido, la cojo mientras me aseguro de mantener mis caricias tan tiernas como puedo. Sus uñas se clavan en la suave carne de mi muñeca cuando coloco una mano sobre su vientre bajo y aplico apenas un toque de presión.

—¡Dios *mío*! —grita Adelina, y su cabeza cae hacia atrás. Su sexo se aprieta alrededor de mí más fuerte que antes y se aferra a mi

antebrazo—. ¿Qué...?

—Déjate llevar —jadeo, presionando de nuevo y forzando un sutil cambio de ángulo que me permite golpear directamente contra su punto G con cada embestida.

Los gemidos y gritos de Adelina se convierten en quejidos y jadeos. El placer se enrosca como anillos de calor dentro de mí, y el aire nocturno contra mi piel hipersensible me irrita. Lo único que quiero sentir es a ella. Quiero envolverme en ella, sentir su suavidad contra mí y respirar su aroma por el resto de mis días.

Quiero que me mire con deseo constante. Quiero que solo mi nombre esté en sus labios como una plegaria. Quiero conocer cada centímetro de su cuerpo y ser el único pensamiento en su mente. Quiero cogerla tan duro que no pueda caminar, hasta que suplique por mi verga porque somos tan jodidamente perfectos el uno para el otro.

Quiero...

Ella se corre con un jadeo. Sus ojos revolotean, sus labios exuberantes se separan en una forma de O perfecta, su pecho se eleva, y su espalda se arquea mientras su sexo me aprieta como si nunca quisiera soltarme.

Yo nunca quiero que me *suelte*.

Porque creo que la amo.

No, sé que la amo.

De alguna manera, se ha colado bajo mi armadura y se ha anidado debajo de mis costillas, llenando un espacio que ni siquiera sabía que existía.

Esa revelación es todo lo que necesito, y después de tres embestidas entrecortadas profundamente dentro de ella, me corro con un grito y la lleno con mi liberación hasta que estoy seguro de que está rebosante.

Solo entonces Adelina me atrae hacia ella y me permite besarla de nuevo.

Obedezco al instante porque en este momento, me doy cuenta.

En lo que respecta a Adelina, ya no soy yo quien tiene el control.

20

ADELINA

La noche pasada fue increíble.

El sexo con alguien que odio no debería sentirse tan bien, ¿verdad?

Recuperar esa parte de mí misma después del ataque fue increíble, y dormí toda la noche sin una sola pesadilla. Al despertar a la mañana siguiente, mis pensamientos se dirigieron instantáneamente a Raffaele y a la posibilidad de más.

¿Me dará más?

¿O fue algo de una sola vez? Aunque considerar la idea quizá no sea la decisión más sabia, durante todo el desayuno y mi larga ducha matutina, mis pensamientos permanecen en Raffaele. Fue amable y atento, arrancándome un placer que ni siquiera sabía que existía. Habiendo experimentado placer por mí misma, la última persona con la que dormí fue Carlos, pero él era un amante muy diferente.

Requería las luces apagadas, posición del misionero, y terminaba muy rápido. Pensé que eso era lo normal.

Raffaele demuestra lo contrario. No solo se aseguró de que tuviera un orgasmo antes de que siquiera cogiéramos, sino que el ángulo en el que me penetró despertó sensores de placer que ni siquiera sabía que existían dentro de mí. Fue como magia. A pesar del calor de la ducha, mi piel palpita y hormiguea con cada beso prolongado y roce de dientes que dejó en mi cuerpo. Incluso mi

sexo duele ligeramente mientras camino y me visto con un vestido ligero de color rosa claro y contemplo mis planes para el día.

Contemplación que es constantemente interrumpida por pensamientos sobre el apuesto rostro de Raffaele y su sexy cuerpo. Sus músculos ondulantes eran tentadores al tacto, sus besos firmes pero tiernos, y su pene me llenó por completo y aún más.

¿Fue tan bueno porque fue un polvo de odio, si es que eso cuenta?

¿Acaso lo odio realmente?

Pensamientos en conflicto batallan en mi mente, seguidos por una oleada de tristeza cuando mi primer instinto es hablar de esto con Marie. Pero ella ya no está aquí.

Sé lo que ella diría, y lo reproduzco en mi cabeza mientras me aplico loción en mi piel húmeda.

Me preguntaría por qué lo odio. Si pudiera decirle la verdad, le contaría sobre su reputación de matar y masacrar a cualquiera que lo mire mal. Esa parte es innegable, pero contrasta con este nuevo lado de él que he visto desde que llegué aquí. El asesino frío de Nueva York apenas parece el mismo hombre que se ensucia las manos en el viñedo. Le contaría sobre Carlos y el asesinato a sangre fría que me lo arrebató.

Mientras mis pensamientos se dirigen a Carlos, una cosa se vuelve abundantemente clara.

Lo que sentí por Carlos no le llega ni a los talones a los sentimientos que se arremolinan dentro de mí por Raffaele.

Carlos era amable y dulce. A veces, parecía desinteresado y lo atribuía al cansancio, pero era un buen hombre, hasta donde yo sabía. Me gustaba cómo me besaba y me miraba como si fuera invaluable. Mi padre pensaba que éramos la pareja perfecta.

Pero es diferente con Raffaele. Cuando pienso en él, mi corazón se acelera ligeramente y me quedo extrañamente sin aliento. Quiero hacerle preguntas tontas solo para escucharlo hablar de nuevo. Quiero que me mire constantemente porque cuando lo hace, me mira como si fuera la primera vez que me ve en *décadas* y estuviera eternamente agradecido por una última mirada. Quiero sus manos en mi piel, enviando esos tentadores impulsos eléctricos a través de

mi cuerpo como si estuviera tratando de sintonizarse conmigo. Quiero verlo sonreír y escuchar su risa.

Quiero que me llame *cariño* y me empuje la barbilla con sus nudillos para robarme un beso.

Nunca sentí nada de esto con Carlos.

¿Simplemente estoy sintiendo lujuria por Raffaele?

¿O no tuve sentimientos tan fuertes por Carlos como creía? ¿Me gustaba porque estaba tan acostumbrada a seguir las expectativas?

Tal vez ni siquiera sabía lo que era realmente el amor hasta ahora.

Ahora, Raffaele está capturando mi corazón y no sé qué se supone que debo hacer al respecto.

Para cuando termino de hidratar mi piel, el calor italiano ha secado mi cabello. Apartándome del tocador, salgo al balcón que se extiende hacia la reluciente piscina. El agua salpica y las olas surgen mientras el hombre mismo, Raffaele, balancea sus brazos y llega al borde de la piscina. Se gira rápidamente y se impulsa contra las baldosas, nadando otra largada mientras lo observo.

Lo odio.

No, no lo odio.

Me salvó la vida. Está cuidando de mí de formas que ni siquiera sabía que se podía cuidar a otra persona. Incluso anoche cuando me cogió y le hice mantener su distancia, no se quejó ni una vez. Sé que si le dijera que tener a alguien sobre mí de esa manera me desencadenaría, lo entendería, pero curiosamente, no siento que tenga que decírselo.

Es como si ya lo supiera.

Raffaele nada hasta el borde de la piscina una vez más, luego coloca sus manos en el borde y se impulsa fuera del agua. Las gotas caen en cascada sobre sus músculos dorados mientras se levanta a su altura completa y pasa una mano por su cabello. La tela ajustada de color azul de su traje de baño se adhiere a cada ángulo tentador y admiro todo.

Entonces Raffaele se gira y me mira directamente desde el balcón.

El calor pulsa a través de mi cuerpo al ser sorprendida mirándolo, y surge brevemente el impulso de alejarme rápidamente.

Pero no lo hago.

Le devuelvo la mirada.

Sacude la cabeza para eliminar el exceso de agua y coloca una mano en su cadera cincelada. Su pecho se agita con respiraciones profundas y luego aprieta los labios.

Una oleada de atrevimiento se apodera de mí. Levanto una mano hacia mi hombro y aparto el tirante de espagueti de mi cuello. El tirante se desliza por mi brazo, y la tela de mi vestido se engancha en la curva de mi pecho desnudo.

¿Quién puede usar ropa interior con este calor?

Hago lo mismo con el otro tirante, y el vestido cae de mis hombros en la siguiente respiración. Después de demorarse por un segundo, la tela cae de mi cuerpo y se acumula en mis tobillos. Me paro en el balcón, completamente desnuda, mientras Raffaele me mira desde abajo.

Se relame los labios y sus ojos se nublan de lujuria.

La emoción me invade mientras bajo las escaleras corriendo, y Raffaele está allí para recibirme cuando salgo corriendo hacia la piscina. No pienso en nada más allá del deseo inmediato de estar en sus brazos. Salto hacia él, y me atrapa como si no pesara nada. Nuestras bocas chocan en un beso apasionado mientras me abraza fuertemente contra él y me hace girar.

Su cuerpo está más fresco que el mío gracias al agua, pero se calienta rápidamente bajo mis manos errantes. Todo mi cuerpo palpita de necesidad. Un dolor se forma en lo profundo de mi núcleo mientras Raffaele prodiga atención en mi cuello y hombro desnudo, luego me deposita en la tumbona. En lugar de trepar sobre mí, se acomoda en la tumbona a mi lado y atrae mi cuerpo contra el suyo, mi espalda contra su pecho.

Inclinando mi cabeza hacia atrás contra su hombro, nos besamos profundamente. Su pene se eleva a la atención graciosamente rápido, presionando contra la parte posterior de mi muslo mientras me abraza en sus brazos y desliza sus manos sobre mi abdomen desnudo.

—Hueles increíble —murmura contra mis labios, atrapando ligeramente la curva de mi labio inferior entre sus dientes.

—Acabo de ducharme —murmuro—. Pero no tengo idea de qué había en ese gel de baño.

—Lo que sea que fuera, es divino —Me besa de nuevo, con más hambre, y me entrego a él. Hay fuerza y control en su toque mientras se mueve contra mí, liberando su pene de los confines de su traje de baño y deslizándolo entre mis muslos con un jadeo. Pero también hay ternura. Aunque firme, todo lo que hace es seguido por un beso y una caricia, como si le estuviera mostrando a mi cuerpo que no hay nada que temer.

Mostrándome a *mí* que estoy segura con él.

Solo duro unos pocos empujes de su palpitante pene deslizándose entre mis muslos antes de suplicarle sin aliento que haga algo con lo excitada que estoy.

Uno de sus brazos me rodea por debajo y agarra mi mandíbula, inclinando mi cabeza completamente hacia atrás para que pueda besarme boca abajo justo cuando presiona su largo, grueso y caliente pene profundamente dentro de mí. Su otra mano se frota a lo largo de mi muslo mientras presiona más y más profundo, y justo cuando rompo el beso para tomar aire, su mano se desliza entre mis muslos y roza mi clítoris.

Gemir se vuelve más importante que el aire. Enredados como redes, se balancea dentro de mí con empujes poderosos y profundos. Cada empuje se encuentra con una atención continua a mi clítoris que envía chispas y olas de placer por todo mi cuerpo. No puedo concentrarme en una sola cosa: mi clítoris palpita de necesidad mientras mi núcleo duele cuando su pene presiona tan profundamente dentro de mí que es como si fuera parte de mí.

Me besa profundamente. Cada presión de sus labios y pasada sensual de su lengua me arroja más y más profundamente a un estado intensamente relajado en sus brazos. Me vuelvo como plastilina, siguiendo el ritmo de sus empujes con una mente vacía y llena de dicha.

Nada importa excepto el placer que recorre nuestros cuerpos.

Llegamos al clímax juntos en cuestión de momentos uno del otro. Mis ojos se ponen en blanco y mi cuerpo se tensa mientras hormigueos cálidos se extienden desde la parte superior de mi cabeza hasta las puntas de mis dedos curvados, y Raffaele se hunde profundamente dentro de mí justo donde pertenece.

Es perfecto.

Mientras los espasmos y las olas de placer se disipan lentamente, Raffaele no sale de mí incluso cuando su pene se ablanda dentro de mí. Me mantiene en sus brazos, acurrucada contra su pecho y moviéndose lentamente contra mí mientras me besa justo debajo de la oreja.

—Eres tan hermosa —murmura.

—Mmhmm —gimo suavemente—. Solo dices eso porque tu pene sigue dentro de mí.

—No —responde suavemente—. Me gusta aprender lo que te hace funcionar.

Mi cabeza descansa sobre su brazo, y me inclino lo suficiente para poder mirarlo—. ¿Como qué?

—Como todo —Sus ojos oscuros me miran y sonríe suavemente —. Quiero conocer cada detalle que te hace deshacerte así.

—¿En serio? —Río suavemente—. ¿Y si ni siquiera lo sé?

Raffaele gime de repente y su frente cae para descansar brevemente contra mi mejilla—. Tu sexo me aprieta tan fuerte cuando te ríes.

—Oh, lo siento.

—No seas tonta —Levanta la cabeza—. ¿Por qué te disculparías por eso?

—No lo sé. De alguna manera sentí que debía hacerlo.

—Nunca te disculpes —Besa mi sien—. Pero si no sabes lo que te gusta, te ayudaré.

—¿Cómo?

—Porque sé lo que me gusta.

Eso despierta mi curiosidad y surge a través de mi mente aturdida por el placer—. ¿Como qué?

—Bueno, acabo de descubrir que me gusta cuando te ríes y estoy dentro de ti. Pero fuera de eso, tengo gustos variados.

—Eso es muy vago, gracias.

—Me gustan los juguetes. Me gusta dar placer. Me gusta poder controlar cada detalle. También sé que te verías absolutamente hermosa envuelta en cuerda de seda. Dorada para que haga juego con tu cabello. Quiero saber qué ruidos harías si te atara y te obligara a venirte una y otra... y otra... vez —Me besa dulcemente cada vez—. Me encanta practicar sexo oral a una mujer y me encanta el anal, y tienes un trasero precioso.

Mi corazón se salta un latido—. Yo... nunca lo he intentado.

—Está bien —Raffaele sonríe de nuevo—. Por la forma en que acabas de apretarme, ¿no estás en contra?

—No lo sé —respondo honestamente, estudiando su rostro—. Juguetes y otras cosas, cuerdas y similares. Nunca he... —Niego con la cabeza—. Mi vida sexual nunca ha sido tan emocionante.

—Bueno, entonces ya sé lo que voy a hacer durante el resto de este viaje.

—¿Qué es eso?

—Voy a descubrir cada cosa que te gusta a ti y a tu cuerpo.

RAFFAELE

Adelina es una droga.

Llevamos dos días follando constantemente y no es suficiente. Nunca es suficiente. Cada vez que le provoco un orgasmo, quiero hacerlo de nuevo. Quiero vivir en un mundo donde los sonidos más dulces y sexys escapen de ella con solo tocarla. Quiero volverla loca y hacer que se vuelva tan adicta a mi verga como yo lo estoy a su coño.

A su presencia.

Cuando no estoy dentro de ella, estoy contando los minutos hasta poder estarlo. Es mi lugar favorito y cada vez que algo nos interrumpe, considero renunciar a mi trabajo solo para poder pasar más tiempo conociéndola a ella y a su cuerpo.

Vamos despacio. Su inexperiencia con el kink es comprensible, pero lo está adoptando con una sorprendente disposición. Quizás sea porque es algo nuevo y emocionante o porque le da algo en qué enfocarse. Sea como sea, estoy feliz de que esté interesada en mí.

Puedo soportar que me odie y me lance miradas fulminantes desde diferentes rincones de la mansión, pero esto es mucho mejor.

No me había sentido así en años.

Adelina gime contra mí, luego grita cuando su tercer orgasmo de la mañana pulsa a través de ella. Está apoyada en mi hombro mientras la presiono contra la pared de la ducha y entierro mi cara en su coño caliente y dulce. Sus dedos se retuercen y arañan mi

cabello mojado, sus talones golpean contra mi espalda, y sus muslos se aprietan alrededor de mi cabeza cada vez que piensa que va a caerse.

Pero está segura sobre mis hombros.

Yo la sostengo.

Su coño se contrae alrededor de mi lengua mientras la bebo y luego, muy lentamente, la bajo de mis hombros, acunándola en mis brazos. El agua caliente cae en cascada sobre nosotros y ella jadea pesadamente, luego gime cuando la pongo de pie.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Mmhmm. —Adelina asiente rápidamente—. Tres orgasmos tan rápido es ehm... —Se da palmaditas en el pecho mientras respira con dificultad—. Guau.

—Te dije que trabajaría contigo para ver hasta dónde podías llegar, pero podemos parar en cualquier momento.

—Fue... fue emocionante. —Se gira hacia mí, acurrucándose bajo el chorro de la ducha—. Estar allá arriba y sentir esa especie de... sacudida cada vez que pensaba que iba a caerme fue bastante excitante.

—¿Te sentiste segura? —Rozo mis nudillos contra su mejilla mojada.

—Sí. —Me mira, con sus pestañas aleteando bajo el agua—. Sabía que no me caería. Sabía que me atraparías.

Habla con tanta honestidad que mi corazón se eleva. Tomando su barbilla, inclino su cabeza hacia atrás y la beso profundamente hasta que el agua cae y amenaza con inundar nuestro beso. Ella se aparta con una risa, y nos conformamos con lavarnos mutuamente durante el resto de la ducha.

En el fondo, sé que deberíamos hablar.

El sexo es una cosa. El kink es otra.

Pero ella me está haciendo *sentir* cosas. Puedo amar desde lejos. Eso no es un problema. Si Adelina necesita usarme de alguna manera para recuperar el control sobre sí misma y su cuerpo después de lo que le pasó, también está bien.

Pero necesito asegurarme de que esté en esto por las razones correctas.

La oportunidad de hablar no ha surgido aún, pero me ronda la mente mientras terminamos la ducha y nos vestimos en el dormitorio. La observo mientras se pone un vestido de verano más corto que los largos que ha estado usando desde que llegamos aquí. Este tiene una falda más corta y esponjosa, y un cordón cerca de sus pechos que realza su busto cuando lo ajusta.

Hermosa.

—Asegúrate de elegir buenos zapatos —le digo, empujándola juguetonamente al pasar para alcanzar mi camisa—. Vamos a salir hoy.

—¿En serio? —Sus ojos se iluminan y nuestras miradas se encuentran en el espejo—. ¿Adónde?

—Es una sorpresa. De hecho...

—¿Raffaele? —Unos nudillos golpean la puerta, y la cara apologética de Caterina se asoma—. Lamento molestarlos. Vito está en línea para ti.

—De acuerdo, gracias. —Beso la mejilla de Adelina—. Buenos zapatos, ¿recuerdas?

Caterina y yo intercambiamos lugares. Una cosa que hemos perfeccionado es que Adelina nunca está sola. Caterina y yo hemos estado intercambiando lugares sin problemas para asegurarnos de que ella esté siempre protegida y siempre tenga a alguien cerca si lo necesita.

Abajo en la cocina, la cara de Vito llena la pantalla de la tableta mientras me acerco. —Hola, jefe.

—Vito, ¿está todo bien?

—No estoy seguro. ¿Cómo van las cosas por allá?

—Bien. Los problemas de suministro que estábamos experimentando a través de Europa no fueron tan difíciles como anticipé. Algunos cambios fronterizos en algunos países solo significan que tenemos que untar algunas manos más. Los que fueron codiciosos fueron tratados. Probablemente podría haberse resuelto por teléfono pero... —Apoyo una mano en el mostrador y suspiro—. Este viaje ha sido increíble para Adelina hasta ahora. Le está haciendo muy bien.

—Me alegra oírlo —responde Vito, evidentemente viajando a algún lado por el sutil balanceo en la pantalla—. No quiero reventar tu burbuja, pero tengo algunas noticias preocupantes.

Toda la suavidad de los toques gentiles de Adelina se desvanece. —Dime.

—He estado siguiendo a Pascal como pediste, pero no ha habido nada sospechoso hasta ahora. En mi tiempo libre, he estado investigando más a fondo a los dos hombres que secuestraron a Adelina y a su amiga.

—¿Y?

—No son los tontos matones que pensábamos. De hecho, eran asesinos altamente entrenados con una reputación considerable y una impresionante lista de víctimas. En otra vida, quizás hasta los hubiéramos contratado.

—¿Qué carajo? —¿Qué demonios estaban haciendo asesinos entrenados drogando y secuestrando personas para un esquema de tráfico de piel en el mercado negro?—. Eso no tiene sentido.

—Eso mismo pensé. Por un lado, quizás así es como el dinero de Pascal terminó en sus cuentas. ¿Tal vez los contrató para un trabajo diferente y el comercio de esclavos sexuales era solo un negocio secundario?

—Quizás. Aunque es todo un pasatiempo. —Algo oscuro se retuerce en el fondo de mi mente. Constantemente siento como si hubiera algo más fuera de vista, algo que ni siquiera estoy cerca de comprender—. Averigua si puedes encontrar su lista de clientes. Si él los contrató para un trabajo, quiero saber todos los detalles.

—Entendido.

—¿Detalles de qué? —Adelina aparece en la puerta con su hermoso cabello rojo en una cola de caballo esponjosa y un toque de maquillaje brillante en ojos y labios.

—Detalles sobre cómo expandir algunas ventas de la vinícola —miento con fluidez—. Las drogas son una cosa, pero la élite es *snob* cuando se trata de vinos.

—No me sorprende —responde Adelina—. Hola, Vito.

—Hola, te ves bien. ¿Ustedes dos van a salir?

—Algo así. —Termino la llamada y extiendo mi mano hacia Adelina—. ¿Lista?

Ella me sonríe radiante. —¡Seguro!



El paseo por el pueblo local solo se ve perturbado por una cosa. No puedo quitar mis ojos de Adelina. Se ve radiante y feliz. Su cabello se balancea mientras camina, saluda a todos los que le sonríen, y hay un rebote en cada paso. Es tan diferente de la mujer que dejó Nueva York y solo han pasado unos días. Sigo extremadamente consciente de que todo esto podría ser un acto y que está a punto de derrumbarse, pero hasta ese momento, apoyaré su felicidad.

Visitamos algunas tiendas pequeñas, de propiedad familiar, luego almorzamos ligeramente en un restaurante escondido cerca del mar. Adelina habla animadamente con el personal e incluso me cuenta algunas historias sobre sus vacaciones de niña. Reanudamos nuestro paseo por el pueblo, visitando boutiques donde la consiento con ropa y joyas que serán enviadas a la viña, luego termino el viaje llevándola al destino original que tenía en mente.

—¿Una tienda de sexo? —sisea Adelina, aferrándose a mi brazo mientras entramos—. Este pueblo parecía demasiado tranquilo para tener una de estas.

—Aunque no lo creas —murmuro en voz baja—, la gente aquí no es mojigata.

Ella pone los ojos en blanco con una sonrisa, luego un rubor rosado cubre sus mejillas mientras observa la tienda. Las luces están bajas y el dependiente no nos presta atención mientras pasamos frente a exhibiciones de disfraces sexys y equipos BDSM. La guío hacia la sección de juguetes, manteniendo su mano en la mía.

—¿Recuerdas que dije que quería aprender todo sobre ti?

—Mmhmm. —Adelina ni siquiera me mira. Su atención está en las exhibiciones de pared y las vitrinas de cristal que albergan los juguetes más interesantes.

—Quiero que elijas cualquier cosa aquí que creas que podría interesarte.

Ella se detiene en seco. —¿Y si no sé para qué sirve?

Mis ojos se encuentran con los suyos. —Te explicaré cualquier cosa que no entiendas, y tú decides si quieres probarlo. O podemos irnos.

Veo el debate en sus ojos mientras mira alrededor, luego me mira y asiente. —Está bien.

Comenzamos con algo simple: bondage. Adelina inmediatamente se aleja de la cuerda y la cinta, pero muestra interés en las esposas, especialmente cuando demuestro lo fácil que es liberarse de ellas. Son más para una muestra de obediencia que para una restricción real. Exploramos la gama de dildos, y sus ojos se iluminan ante algunos de los diseñados para parecer lenguas y vergas de monstruos, expresando asombro por cómo deben sentirse.

Me divierte cuando encuentra las sondas uretrales e inmediatamente las rechaza, pero está interesada en el estimulador del punto G, plumas, masajeadores clitoriales, juguetes de temperatura y una mordaza de anilla.

—¿Esto? —La mordaza de anilla cuelga de mi dedo curvado—. ¿Usarías esto para mí?

Sus mejillas se oscurecen. —Evitaría que cerrara la boca, ¿verdad?

—Mmhmm. Y entonces podría deslizar mi verga entre tus lindos labios y follar salvajemente tu garganta.

Sus muslos se presionan sutilmente.

—¿Eso te excita?

—Tal vez —susurra tímidamente—. No sé. Como que... quizás me gusta esa idea. —Sus ojos bajan por mi cuerpo—. No me has pedido que te la chupe.

—No —admito—. Porque no he sentido el deseo. Pero no estoy en contra, créeme.

Ella asiente lentamente. —Pero, ¿y si estuviéramos haciendo eso? ¿Cómo te pediría que pararas?

—Acordaríamos una señal no verbal como un gesto con la mano o un número de toques en mi brazo o pierna.

Asiente pensativa, luego toma la mordaza y la añade a la canasta.

Continuamos un paseo tranquilo por la tienda, y ella recoge algunos vibradores más. Su sonrojo se intensifica con cada juguete y casi se vuelve morado cuando juguetea con una fusta. La agrego a la colección ya que ella parece demasiado tímida, y para cuando terminamos, puedo notar que está excitada.

Su respiración es más superficial, sus ojos oscuros y vidriosos, y constantemente cruza los tobillos cada vez que nos detenemos.

—Ven conmigo. —Con los juguetes en una mano y Adelina en la otra, la conduzco a través de una cortina de terciopelo en la parte trasera de la tienda. Conduce a un pasillo oscuro con una puerta al final que, al abrirla, nos presenta varias habitaciones para entretenimiento.

—Espera. —Adelina duda—. ¿Quieres... aquí?

—¿No quieres?

—No, yo... ¿No tenemos que pagar?

Le sonrío con suficiencia y tomo su barbilla entre mi pulgar e índice. —Confía en mí, cariño. Soy lo suficientemente rico como para que pudiéramos follar con cada uno de los juguetes que tienen y no haría mella. Ahora vamos.

ADELINA

—¿Cómo se sienten? —Raffaele está de pie sobre mí con su mano sujetando la pequeña cadena que une mis esposas —. ¿No están muy apretadas?

—No —niego con la cabeza, aunque mi corazón comienza a acelerarse. Estar atada casi me lleva a esa noche que no quiero recordar, pero la idea de estar restringida bajo el cuidado de Raffaele es excitante. Saber que las esposas pueden romperse fácilmente significa que depende de mí no tirar demasiado fuerte, dándome la red de seguridad que necesito.

—Bien —Raffaele suelta la cadena y luego coloca su palma extendida sobre mi abdomen. Estoy acostada sobre una mesa de goma suave en ropa interior con una variedad de juguetes que elegí colocados junto a mí en una bandeja. No bromeaba cuando dijo que probaríamos todo.

—Ahora recuerda, si necesitas que me detenga en cualquier momento, házmelo saber, ¿de acuerdo?

Asiento.

—Dímelo con palabras.

—Si necesito que te detengas en cualquier momento, te lo diré —repito.

—¿Y si no puedes hablar?

—Entonces te daré tres golpecitos en cualquier parte de tu cuerpo.

—Buena chica.

Todos los músculos de mi centro se tensan y aprieto los muslos mientras el calor invade mi rostro. No esperaba una reacción física tan intensa ante ese tipo de elogio, pero me encanta. Raffaele se quita la camisa, permitiéndome contemplar su hermoso y musculoso pecho, y mi boca se seca. Luego sigo su mano hacia la variedad de juguetes que seleccioné.

—¿Tienes alguna preferencia por dónde empezar? —pregunta suavemente.

—No —digo, mirándolo nuevamente—. Confío en ti.

Los ojos de Raffaele encuentran los míos y hay una suave calidez en ellos que nunca había notado antes. Se inclina y me besa, y entonces comienzan los juegos.

La mayoría los elegí por curiosidad sobre cómo se sentirían, pero Raffaele claramente sabe un par de cosas sobre el placer. Comienza con una tonta pluma suave que me provoca escalofríos en brazos y piernas desde el primer contacto. Recorre todo mi cuerpo, sin dejar ni un centímetro sin tocar, y cuando llega al borde de mi sostén, Raffaele usa la pluma y sus dedos para quitármelo. El roce de la pluma sobre mis pezones rígidos es una sensación extraña, una presión cosquillosa que casi parece estar en mi mente a pesar de lo que puedo ver.

Un impulso de ser tocada con más firmeza surge a través de mí, haciéndome arquear hacia el contacto de la pluma, pero Raffaele mantiene el tacto ligero. Usa el mismo método entre mis piernas cuando me quita las bragas, y el susurro suave de las plumas sobre mi sexo es más como una tortura.

Estoy jadeando cuando cambia de la pluma a una vara suave y flexible que hace chasquear entre sus manos. Cuando toca mi piel, una descarga de frío me atraviesa.

—¡Dios mío!

—¿Demasiado? —pregunta Raffaele, sosteniendo el extremo de la pequeña vara fría contra mi pezón.

—No, no —niego con la cabeza—. Solo... extraño. Es agradable.

Eso creo. El frío después de un jugueteo tan suave y sutil con la pluma es confuso. Una parte de mí quiere apartarse del frío, pero la

mordida del escalofrío es bienvenida después de tanta cosquilla. Para cuando desliza la vara fría sobre mi sexo, acunándola contra mi clítoris, estoy jadeando pesadamente y gimiendo con cada respiración.

La vara queda contra mi clítoris, acariciándolo de un lado a otro mientras Raffaele lubrica un dildo con forma de tentáculo y lo presiona contra mi entrada. La curiosidad fue la razón por la que lo elegí. Fue una excelente elección.

En el segundo que lo desliza dentro de mí, me arqueo sobre la mesa con un grito y un gemido. El frío contra mi clítoris casi mantiene mi orgasmo a raya, pero la presión me hace mover las caderas hacia arriba. Raffaele se concentra en follarme lentamente con el tentáculo, y mi mente se queda completamente en blanco.

Cada protuberancia y relieve en ese dildo se desliza profundamente dentro de mí, acariciando mi punto G con movimientos repetidos para que no haya ninguna pausa en el placer. No sé en qué concentrarme. ¿Las caricias frías contra mi clítoris? ¿La presión tentadora acariciando cada centímetro de mis paredes interiores? ¿El cálido antebrazo de Raffaele rozando mi muslo?

Me corro con un grito, y Raffaele continúa follándome a través del orgasmo con el juguete, pero incluso mi orgasmo no indica el final. Él quita la vara fría y calma el escalofrío con largos lametones planos de su lengua. El dildo tentáculo es descartado en favor de un estimulador de punto G que se desliza dentro de mí con facilidad. Pero cuando lo enciende, una fuerte descarga de placer me recorre y mis caderas se sacuden. Solo que no tengo adónde ir. El juguete permanece firmemente dentro de mí, y estoy indefensa ante el asalto.

Y eso no es todo. Raffaele coloca un estimulador de clítoris contra mi botón y lo enciende, enviando otra oleada de placer a través de mí. Los movimientos de succión de la goma cálida se sienten diez veces más intensos debido a lo sensible que está mi clítoris por el frío. Luego sube besando mi cuerpo y masajea mis senos con sus manos y su lengua.

Luego elige la rueda de púas.

El dolor no es algo que consideraba erótico, pero la rueda era el menos intimidante de los juguetes. Colocándola contra mis costillas, hace rodar la rueda sobre la curva de mi pecho y cada pinchazo se siente como si sus uñas estuvieran rozando mi piel. Es más aguda sobre mis pezones, y grito pero no le pido que se detenga. La presión aguda es casi abrumadora, y el juguete que vibra entre mis piernas me hace perder toda coherencia.

Raffaele me explica todo lo que hace. Cuando me corro con los juguetes, los cambia por vibradores. Cuando me corro con esos, me da vuelta y usa la fusta para azotar mi trasero hasta dejarlo bonito y rojo. No espero que eso sea erótico hasta que desliza dos dedos dentro de mí y me corro con un chillido.

Es agotador, y Raffaele me da un respiro... metiendo la mordaza de anilla en mi boca y luego deslizando su grueso y caliente miembro entre mis labios. Su intenso aroma hace que mis ojos se entornen, y estoy tan relajada que su pene se desliza profundamente en mi garganta en una sola embestida. Aunque que folle mi boca no es completamente desagradable, mi atención está puesta en él.

Los sonidos que hace cuando el placer es justo lo correcto, los pequeños jadeos que se le escapan cuando agarro sus testículos y los masajeo con mi palma, y los gruñidos que siguen mientras se acerca más y más al orgasmo. Cuando se corre, vierte su carga en mi garganta y se mantiene allí, manteniendo el contacto visual hasta que mis ojos lagrimean y me atraganto con su grosor. Solo entonces se libera y me besa repetidamente con elogios brotando de sus labios.

Me saca tres orgasmos más con varios juguetes, siendo el último el más intenso. Una píldora vibratoria se agita contra mis pezones, un vibrador zumba profundamente dentro de mi sexo, y la lengua de Raffaele baila de un lado a otro sobre mi ano mientras la vibración más poderosa que he sentido en mi vida zumba en ondas sobre mi clítoris hinchado y sensible.

—No puedo —jadeo sin aliento, moviendo la cabeza de un lado a otro—. ¡No puedo hacerlo otra vez!

—¿Estás segura? —murmura Raffaele, besando los suaves moretones rojos en mi trasero—. ¿Quieres que me detenga?

—No —gimoteo—. No, no, no te detengas. No...

Me corro tan fuerte que mi mundo se vuelve blanco. Mi cuerpo se bloquea y mis músculos cansados se vuelven piedra mientras estoy suspendida en una abrumadora oleada de placer. Mi sexo pulsa rítmicamente, el sudor brilla en mi piel, y mi corazón late tan fuerte que mis dientes tiemblan.

Es el mejor orgasmo de mi vida.

Cuando finalmente me derrumbo sobre la mesa, Raffaele está ahí con sus brazos alrededor de mí, besándome y elogiándome como si hubiera hecho algo mucho más maravilloso que tener un orgasmo.

Nunca había tenido sexo tan increíble. Ni siquiera sabía que era posible.

Mientras Raffaele me tranquiliza y comienza los cuidados posteriores, mi mente perezosa divaga con una sola realización.

Me gusta.

Y peor aún, creo que me gusta mucho.

RAFFAELE

—¡Sí, sí, SÍ!

Adelina grita con fuerza, echando la cabeza hacia atrás y aferrándose con los puños a los cojines que me rodean mientras uso mis dedos para llevarla a otro orgasmo más. Se mece hacia adelante y hacia atrás sobre mi regazo, gimiendo y temblando como si estuviera a punto de romperse en pedazos. Luego se desploma hacia adelante en mis brazos, jadeando intensamente.

—Dios mío —suspira, tragando audiblemente y temblando en mis brazos—. Incluso cuando duele se siente tan bien.

—La sobreestimulación puede ser un amplificador —digo suavemente, tomando la toalla cercana para limpiarla—. Pero creo que has llegado a tu límite, cariño.

—No —murmura desafiante, pero jadea y se sacude hacia arriba cuando acaricio ligeramente su clítoris—. Bueno, quizás.

—Conoce tus límites —le recuerdo suavemente, luego la tomo en mis brazos mientras me pongo de pie—. Vamos, es hora de descansar.

Siendo Adelina mi adicción, me resulta difícil apartarme, pero después de ayudarla a ducharse y secarse, y luego acomodarla en la cama, logro alejarme y dirigirme al balcón para ponerme al día con algo de trabajo. Adelina se está convirtiendo rápidamente en mi único enfoque, lo que desafortunadamente significa que estoy

descuidando más de lo que debería, y ahí es cuando ocurren los errores.

Con el cálido aire nocturno envolviéndome, las cortinas de seda ondeando en la suave brisa y Adelina durmiendo profundamente a unos metros de distancia, es el momento perfecto para retomar el trabajo que he estado dejando de lado. Con mi laptop en mano, reviso algunos informes que he pasado por alto y me pongo a trabajar para asegurarme de que todos los que dejé en Estados Unidos sigan funcionando bien. Puede que no esté allí en persona, pero eso no significa que alguien pueda holgazanear.

Una vez que estoy seguro de que nada más urgente requiere mi atención, llamo a Vito y mantengo la voz baja.

—Hola.

—Hola, jefe, ¿cómo va todo?

—Viviendo la vida, ya sabes —comento—. ¿Cómo vamos con Pascal?

—Quisiera tener buenas noticias.

—Mierda. ¿Algo más?

—Tengo información sobre Carlos.

—¿Ah sí? —Echando un vistazo hacia Adelina, que duerme al otro lado del cristal, mi corazón se comprime inesperadamente. Nos hemos estado divirtiendo. Ha sido ligero, fácil y, ¿me atrevo a decir, romántico? Pero la realidad está a solo un parpadeo de distancia y Adelina dejó muy claro lo profundamente que me odia por lo de Carlos, su ex prometido.

El hombre del que no tengo ningún recuerdo.

—Está bien —suspiro, volviendo a mi laptop—. ¿Qué tienes?

—El cuerpo de Carlos fue recogido junto con el resto de las personas en la casa de los Giordana.

—Así que fui yo —murmuro—. Mierda.

—En realidad... —el rostro de Vito se tuerce ligeramente en la pantalla mientras comparte sus archivos—. Le cortaron la garganta. La autopsia muestra que definitivamente esa fue la causa de la muerte.

—¿La garganta? —Con unos pocos clics, las imágenes aparecen en mi pantalla—. Ese no es mi estilo.

—Eso es lo que pensé —coincide Vito—. Todos los demás fueron baleados, y aunque se encontró una bala en el cuerpo de Carlos, estaba en su riñón y la autopsia indica que fue post-mortem.

—¿Alguien le disparó después de que muriera?

—Sí.

—Qué carajo.

—Exactamente.

—No lo reconozco. Ni siquiera recuerdo haberlo conocido jamás.

—Lo verifiqué y oficialmente, nunca lo hiciste.

—Pero recuerdo esa noche. Recuerdo a las personas que maté.

—Es posible que uno de nuestros hombres lo matara, pero hablé con todos y ni uno solo afirma haber matado a alguien de esa manera. Siempre con armas, y un cuello roto que pude rastrear entre los otros cuerpos.

—Claro. Tal vez se cortó su propia garganta. Y luego se disparó. —El sarcasmo gotea de mis palabras—. No lo entiendo. ¿Algo más sobre los asesinos del club?

—No, pero tengo una teoría.

—Dispara.

—Revisé las grabaciones de seguridad del club de los últimos meses. Pude identificar a bastantes personas involucradas en esta red de tráfico sexual. Un montón de ellos están muertos. Algunos otros son perdedores que solo buscan ganar algo de dinero rápido. Habría descubierto más si *alguien* no hubiera disparado al guardia de seguridad.

—Sin arrepentimientos —respondo.

—De todos modos, nuestros dos asesinos aparecieron una semana o así antes de que secuestraran a Adelina. No pude encontrar mucho sobre sus otras víctimas, pero una cosa que noté es esto. —Vito me envía un clip.

El video se reproduce y mi estómago se anuda ligeramente cuando Marie aparece en la pantalla, bailando por la pista con otras personas que no reconozco. Entonces aparece otro rostro familiar.

Geoff.

Baila bastante cerca de Marie durante un buen rato antes de tropezar con ella, corregirse y luego alejarse deprisa. Unos minutos

después, Marie nota que falta algo en su bolso, arma un escándalo y luego se apresura a salir de la toma.

—El teléfono de Marie fue entregado en objetos perdidos —dice Vito después de unos momentos de silencio.

—La marcó —digo—. ¿Por qué haría eso?

—No estoy seguro, pero creo que tomó su teléfono, lo clonó y luego lo entregó a seguridad para que ella lo recuperara. Y luego esperaron.

—¿Para qué? —pregunto, aunque la respuesta ya está formándose en mi mente.

—Adelina.

—¿La querían a ella?

—No puedo asegurarlo, pero piénsalo. —Vito se acerca más a la pantalla—. Marcan a Marie y luego aparecen la única noche que Adelina está con ella. El dinero de Pascal estaba en su cuenta, pero no he podido averiguar por qué. Y esa misma noche, ¿dónde estabas tú? Atrapado con los irlandeses causando problemas en el burdel.

Lentamente, las piezas van encajando. —Crees que fue una trampa.

—Sí. No sé por qué, pero alguien se esforzó mucho para llegar a Adelina *y* asegurarse de que estuvieras al otro lado de la ciudad. No tengo respuestas, pero sería una coincidencia *increíble*, ¿no crees?

—Pero... ¿por qué? —Miro hacia adentro a mi esposa dormida—. ¿Es por Pascal? Sus deudas eran alarmantes... ¿Tal vez les debía dinero? Asesinos profesionales sabrían que ella es mi esposa.

—Y querrían quitarte del camino —coincide Vito—. A menos que la misma Adelina esté metida en algo de lo que nosotros no tenemos idea.

—No lo creo —murmuro—. Lo que le hicieron, eso no fue por culpa de ella. Si ella hubiera sido su objetivo porque fuera su culpa, no habrían intentado venderla.

—Cierto. —Vito se recuesta con un gemido—. Seré honesto, tampoco creo que tú mataras a Carlos. No es nuestro estilo y es extraño que recibiera un disparo después de su muerte. Creo que alguien quería hacerlo *parecer* como que nosotros lo matamos.

Ponerle una de nuestras balas hace parecer que quedó atrapado en el fuego cruzado o que era el objetivo.

—Pero ni siquiera conozco al maldito tipo. —La frustración aumenta. La investigación de Vito es buena, pero todas estas piezas en movimiento solo me hacen sentir como un peón en el juego de alguien más y lo detesto—. Bien. Quiero saber todo sobre Carlos, hasta cuántas veces meaba en un puto día. Tiene que ser la clave. Si podemos averiguar por qué lo mataron, tal vez eso nos lleve a por qué querían echarme la culpa. En cuanto a los asesinos... —Me arrastro una mano por la cara, masajeándome mientras lo hago—. Carlos está vinculado a Pascal. Pascal ha tenido tratos con esos asesinos. ¿Qué nos estamos perdiendo?

—Quién diablos sabe —se queja Vito—. Pero me pondré a trabajar. —Hace una pausa y su rostro se suaviza—. ¿Se lo dirás a Adelina?

—¿Qué parte?

—Que no mataste a su prometido.

—¿Cuál es el punto? No me creerá. Me odia, y creo que en realidad lo necesita. Necesita a alguien a quien odiar por esa pérdida. Así que se lo permitiré.

—Pero no fuiste tú.

—No. Pero puedo hacer esto por ella. Entiendo esa necesidad —digo, cerrando los ojos—. Porque eso es exactamente lo que yo necesitaba después de que murió Serena.

ADELINA

Una semana de absoluta felicidad pasa.

Buena comida. Buen vino. Sexo increíble. Raffaele no bromeaba cuando dijo que quería explorar todo conmigo. Tal vez sea el aire fresco de Italia, o la calidez del sol, o el hecho de que estamos de vacaciones. Algo es diferente, y me gusta.

Me gusta mucho.

Las personas que administran la mansión en ausencia de Raffaele son tan amables como él. La jefa de la casa me enseña a cocinar. Lo hago terriblemente, pero ella elogia mi entusiasmo. También hacemos vino juntas, y después de la sensación inicial desagradable de aplastar uvas entre mis dedos, se vuelve increíblemente divertido. Pero hay algo que me llama la atención más que cualquier otra cosa.

Hay niños aquí, dos niños que claramente son estadounidenses. Cuando pregunto sobre ellos, todos se quedan callados y no es hasta tarde una noche durante una lección de cocina que descubro la verdad. Estos niños pertenecían a una familia en Estados Unidos, los Amantes. Su familia está muerta, y aunque nadie me da los detalles exactos, parece que Raffaele estuvo involucrado, pero no al grado que yo esperaría. Raffaele envió a los niños aquí a petición de su madre para mantenerlos a salvo. Ella se quitó la vida poco después, y Raffaele se aseguró de que las personas que la llevaron a eso ya no caminaran por esta tierra. Y ahora están siendo cuidados con el dinero de Raffaele.

Esta es otra información que desdibuja la reputación de monstruo de Raffaele. Los niños son pequeños pero claramente felices, y aunque mi corazón se solidariza con su madre, estoy segura de que ella estaría feliz de verlos seguros y con vida.

Raffaele tiene tantos secretos. No he pasado mucho tiempo conociéndolo porque al principio no me importaba, pero la historia sobre los niños alimenta aún más mi interés en algo que escuché hace una semana.

Un nombre.

Atrapada entre la bruma del despertar y el sueño, escuché a Raffaele hablando con alguien en el balcón. Sus palabras eran bajas, y el murmullo de su voz me estaba arrullando de vuelta a dormir justo cuando un nombre se deslizó.

Serena.

¿Quién es ella?

¿Es algo que puedo preguntar?

Mi curiosidad estalla una tarde mientras caminamos de la mano por la playa. La arena se calienta entre mis dedos, las olas ruedan suavemente una sobre otra, y una brisa fresca mantiene el calor sofocante del sol a raya por el momento.

—¿Raffaele?

—¿Hmm? —Me mira con una leve sonrisa, haciendo que algunos mechones de su cabello rubio se deslicen por su frente.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que sea.

—¿Quién es Serena?

Su mano se tensa brevemente en la mía. —¿Dónde escuchaste ese nombre?

Tal vez este es un mal tema. —La semana pasada, creo. Estaba volviendo a dormirme y tú estabas en el balcón, y sonó como si dijeras algo sobre alguien llamada Serena. A menos que haya escuchado mal, en cuyo caso, simplemente ignórame. —Intento quitarle importancia con una risa, repentinamente cautelosa de que insistir en este asunto podría convertir a Raffaele en un desastre enojado e irritado. Mi padre es exactamente así cuando insisto en asuntos que no me conciernen.

—¿Eso es todo lo que escuchaste? —pregunta Raffaele suavemente—. ¿Solo un nombre?

—Si es que incluso era un nombre. —Me río incómodamente y niego con la cabeza—. No importa. —Concentrándome intensamente en mis próximos pasos en la arena, esquivo un grupo de conchas y dirijo mi atención a los hermosos edificios blancos que bordean la playa a lo lejos.

—Ella fue mi amor de la infancia —responde Raffaele después de un largo silencio—. Y mi esposa.

La arena se convierte en lodo y tropiezo de sorpresa, mirándolo boquiabierta. —¿Tu esposa? ¿Estuviste casado antes?

—¿Es realmente una sorpresa?

—Bueno, quiero decir no. Pero ¿también un poco? —Tropezando con mis palabras, el calor me calienta las mejillas—. *Realmente me metí en algo increíblemente personal, ¿no?* —Es solo que no tenía idea de que hubiera alguien antes que yo, eso es todo.

—Fue hace mucho tiempo. —Su sonrisa se desvanece ligeramente, aunque mantiene brevemente el contacto visual—. Crecimos juntos. Mi madre era cercana a su madre, y éramos buenos amigos antes de que se desarrollara algo romántico. La pubertad nos golpeó fuerte a ambos, y ella era la única persona a la que podía soportar tener cerca cuando la vida se ponía difícil. Y la vida se puso *realmente* difícil.

No hablo. Interrumpirlo me parece demasiado grosero.

—Nos casamos jóvenes, y todos nos dijeron que fracasaríamos. Al final tenían razón. Solo que no de la manera correcta.

—¿Qué pasó? —pregunto suavemente cuando Raffaele permite un silencio más largo.

—Murió cuando yo tenía veintinueve años. Cáncer. Hace casi diez años. Estuvo enferma durante mucho tiempo, y nada de lo que pude hacer ayudó. No tenía el dinero que tengo ahora, así que no pude ayudarla con sus tratamientos. Ni siquiera sé si el tratamiento habría ayudado, pero al final, solo tuve que verla desvanecerse.

Mi pecho se oprime como si me hubieran puesto un peso encima, y mis pensamientos se dirigen a mi madre. Aunque su enfermedad

nunca fue diagnosticada, el dolor de ver sufrir y desvanecerse a un ser querido me resulta dolorosamente familiar.

—Lo siento mucho. —Mi pulgar se desliza por sus nudillos—. Debió ser terrible para ti.

—Cuando ella murió, mi mundo se volvió negro y se quedó así. Nada importaba. Durante años, no pensé que quedara color alguno y estaba feliz de simplemente dejar que todo se esfumara hasta que llegara mi hora. —Se detiene, tirando suavemente de mí para que me detenga, y nuestros ojos se encuentran—. Hasta que te conocí.

Mi corazón revolotea como una mariposa enjaulada y aparto la mirada, luchando contra la ola bastante excitable de tensión que me anuda el estómago. —Lamento que la hayas perdido —digo—. Puedo relacionarme un poco.

—¿Con tu madre?

Asiento con la cabeza y vuelvo a caminar con Raffaele a mi lado. —Solo era una niña, así que no recuerdo mucho. Pero recuerdo sentirme muy frustrada porque no podía hacer nada para ayudar. Mi padre me regañaba por buscar remedios en internet, pero mi madre, bendita sea, probó cada té curativo que pude conseguir. —Una sonrisa afectuosa se dibuja en mis labios—. Pero al final, no había nada que pudiera hacer.

—Lamento tu pérdida —dice Raffaele en voz baja, y se inclina más cerca, rozando sus labios contra mi sien—. Parece que estamos hechos de una tela similar en cuanto al duelo.

—Mmhmm. —Asiento lentamente. No hay nada como ver cómo tu mundo se desvanece y ser impotente para intervenir—. Nunca se vuelve más fácil, ¿verdad? —Miro hacia él, su cabello brillando como oro líquido bajo el sol—. El dolor.

—No. Pero se vuelve más fácil de manejar. A veces cuando golpea, es peor que cualquier cuchilla o bala. Pero encontrar algo más en qué enfocarse ayuda.

Ahora lo entiendo, creo. Por qué Raffaele me mira con tanta intensidad. Él ha vivido viendo a su anterior esposa desvanecerse y morir, así que ha aprendido a apreciar momentos como estos, por pequeños que sean.

—Y te prometo —continúa suavemente—, que nunca más tendrás que presenciar algo así. Yo te cuidaré a ti y a todos los que te importen remotamente. Nadie en tu vida que te importe sufrirá si puedo evitarlo.

—Una promesa difícil —digo, deteniéndome en la orilla. El agua cálida lame mis pies descalzos y tobillos mientras el brazo de Raffaele se apoya ligeramente sobre mis hombros. Mis pensamientos se dirigen brevemente a Marie, y aunque el dolor sigue siendo tan intenso como el corte de una navaja, creo que Raffaele la habría salvado si hubiera habido una manera.

—Una promesa que pretendo cumplir —responde, mirando hacia el océano—. Y tal vez algún día, dejarás de odiarme.

—Nunca —bromeo suavemente—. El sexo no sería ni la mitad de bueno si no te odiara.

Raffaele se ríe a carcajadas.

Por dentro, mi estómago se retuerce al oír su risa.

No lo odio.

Ya no.

Honestamente, ni siquiera estoy segura de haberlo odiado alguna vez.

Pero una cosa se está volviendo abundantemente clara durante este viaje.

Tengo sentimientos por él.

Y me asusta lo profundos que son.

25

ADELINA

—Vas a estar irreconocible cuando vuelvas a casa —bromea Caterina desde donde está recostada junto a mí al lado de la piscina.

—¿A qué te refieres? —abro un ojo y la miro por encima de mis lentes de sol.

—Bueno, cuando te conocí, eras comprensiblemente tímida. Habías pasado por un infierno, y no te culpo por eso. Pero mírate ahora. ¿Qué es, julio? Y te has convertido en esta hermosa diosa bronceada.

—¿Qué puedo decir? —sonrío con suficiencia—. Nací para vacacionar bajo el sol.

—Claramente. ¿Quieres un poco? —Caterina se incorpora y me ofrece su bandeja de galletas y quesos variados.

Aunque me gustan, hay algo en el olor del queso que me revuelve el estómago y niego con la cabeza, cerrando los ojos una vez más—. Estoy bien.

—¿Segura? —la tumbona de Caterina cruje mientras se mueve—. No cenaste anoche.

—Sí. Tal vez he tomado demasiado sol, en realidad, me he estado sintiendo un poco... —abro los ojos y miro el glorioso cielo azul sobre mí—. No sé. Un poco mareada, creo.

—Mariscos en mal estado —dice Caterina con confianza—. Siempre son los mariscos en mal estado.

—¿Tú crees?

—Solo no le digas a la chef que dije eso o podría servirme a mí para la cena.

—Voy a decírselo ahora mismo —sonrío, dejando que mis ojos se cierren—. Después de tomar un poco más de sol.

Estoy en un sueño. Tiene que ser así. Hemos estado aquí tanto tiempo que la idea de la vida en casa se siente distante y casi extraña. Este es donde quiero pasar el resto de mis días.

Me pregunto si Raffaele podría conseguirme algunos materiales de arte. Pintar el paisaje de este lugar sería increíble para enviarlo al hospital.

Entonces me doy cuenta.

Raffaele ha sido amable, atento y cariñoso desde que llegamos. No hay forma de que me impida retomar mis visitas al hospital cuando volvamos a casa, ¿verdad? Reflexiono sobre la mejor manera de abordar el tema, pero ya no siento que necesito andarme con rodeos. Preguntarle directamente debería darme la respuesta que deseo.

Inclinándome sobre la tumbona, recojo mi teléfono de donde descansa en la sombra debajo de la mesa y toco la pantalla. Justo cuando estoy a punto de deslizar el dedo hasta el número de Raffaele, una llamada aparece en la pantalla e interrumpe mis pensamientos.

Me siento erguida de inmediato.

—¿Estás bien? —Caterina, imitando mis movimientos, también está alerta mientras se incorpora.

—Es mi papá.

—Oh. ¿Necesitas que...? —Caterina chasquea la lengua y señala por encima de su hombro, sugiriendo que puede irse.

—No, no, está bien —toco la pantalla y me llevo el teléfono a la oreja—. ¿Hola?

—¡Addie!

Mi corazón se encoge ante el viejo apodo, y de repente, soy una niña otra vez—. ¿Papá?

Él tose fuertemente, un sonido áspero que termina en una respiración débil y entrecortada.

—¿Papá? ¿Estás bien?

—No, Addie —mi padre tose de nuevo, fuerte y dolorosamente—. No lo estoy. Necesitas volver a casa. Necesitas volver a casa ahora.



El vuelo de regreso a casa es tenso.

Nada como una llamada críptica de mi padre enfermo para traer una bofetada de realidad a mi vida. Tan pronto como le conté a Raffaele el problema, nos hizo empacar y subir al jet de regreso a Estados Unidos en menos de dos horas. Nunca he estado más agradecida por su dinero o su influencia. Vomité varias veces antes del avión, y aún más veces *durante* el vuelo, por el estrés de recibir una llamada tan terrible.

Mi padre no me dijo nada. Tosía más de lo que hablaba, y cada vez que intentaba obtener respuestas de él, sonaba como si estuviera a las puertas de la muerte.

Nada me hizo sentir mejor. Raffaele habló sobre médicos y hospitales, juró que cualquier cosa que estuviera mal, se resolvería y que no debería preocuparme. Caterina ofreció su propio consejo en la misma línea, pero sus palabras no significaban nada para mí.

Todo lo que podía pensar era en mi padre, solo en esa mansión.

Enfermándose y consumiéndose mientras yo me excedía en mi estancia en Italia. Nunca debí haberlo dejado atrás.

Debería haber llamado más.

Enviado más mensajes.

Había sido tan claro la última vez que hablamos apropiadamente. Quería que fuera la esposa de Raffaele y ya no tenía tiempo para mí. ¿Hizo eso para facilitarme las cosas? ¿Estaba enfermo también en ese entonces?

Es difícil separar lo que le pasó a mi madre de lo terrible que sonaba mi padre cuando me suplicaba que volviera a casa. Me sentí como si estuviera de nuevo en los zapatos de mi infancia, escuchando la tos debilitante y las respiraciones demacradas de ella.

—Todo estará bien —dice Raffaele mientras bajamos de la limusina frente a la casa de mi padre.

—¿Lo estará? —Apenas puedo mirarlo mientras cierro de golpe la puerta, luego me doy la vuelta y corro hacia la entrada.

El portero responde después del tercer golpe y me apresuro a entrar, dirigiéndome directamente al estudio de mi padre donde normalmente pasa su tiempo a estas horas de la noche. Suponiendo que incluso pueda mantener su antigua rutina. Mi corazón salta a mi garganta cuando abro la puerta y encuentro la habitación vacía y fría, sin un solo indicio de vida.

—¿Papá? —llamo, moviéndome a la siguiente habitación y a la siguiente.

Estoy a punto de echar a correr y recorrer toda la casa cuando finalmente lo encuentro en la cocina. Está envuelto en una gruesa bata, acurrucado en una de las sillas con una humeante taza de té entre sus manos.

—¡Papá!

Se sobresalta sorprendido y se gira, con los ojos muy abiertos, luego estalla en un fuerte ataque de tos. Solo que no suena tan mortal o tan áspero como lo hizo por teléfono hace tantas horas.

—¡Addie! Oh, Dios, no puedo creer que estés realmente aquí.

Me apresuro a su lado y agarro su brazo, examinando su rostro en busca de signos de enfermedad que me han retorcido de preocupación desde el final de nuestra llamada telefónica—. Dime, ¿qué pasa? ¿Cómo está tu salud? ¿Necesito conseguirte algo? Raffaele puede ayudar a ingresarte en el mejor hospital, ¿de acuerdo? Estoy aquí y voy a cuidarte.

—Oh, esa es mi Addie —dice con voz ronca, pero su voz no está tan quebrada como lo había estado por teléfono.

Lentamente, me siento a su lado—. Papá, dime qué está mal.

—Solo me enfermé un poco, eso es todo —sonríe cálidamente y toma mi mano entre las suyas—. Es tan bueno verte.

—Pero tú... —examino su rostro, incapaz de comprender cómo, después de todo, se ve bien. Un poco desmejorado, pero en ningún caso al borde de la muerte como había estado imaginando en el avión de regreso a casa—. Sonabas *terrible* por teléfono.

—No es nada —continúa—. Solo me enfermé mucho, pero oh, hija mía. Verte de nuevo es la mejor medicina. ¡Mírate! —se reclina y

frunce el ceño—. Has tomado demasiado sol.

—Papá —insisto—. Dime la verdad. Sonabas horrible, y estaba muy asustada. Pensé que algo terrible había sucedido, así que vinimos directo aquí. Raffaele tuvo suerte de poder conseguirnos vuelos tan rápido.

Algo parpadea en el rostro de mi padre, algo oscuro que inmediatamente es tragado por un repentino ataque de tos. Aprieto mi agarre en su mano. Mi frente se arruga dolorosamente por la preocupación.

—Una tos, un poco de moqueo. Debilidad y cosas así —explica mi padre rápidamente—. El médico dice que estoy bien.

—La gripe —viene la voz de Raffaele desde la puerta—. ¿Tienes una gripe de verano?

Los ojos de mi padre se estrechan ligeramente—. Si quieres llamarlo así, claro.

Retiro mi mano, estudiando a mi padre mientras le lanza una mirada penetrante a Raffaele—. ¿Tú... solo tienes un resfriado?

—No, querida —la atención de mi padre vuelve a estar en mí—. Es mucho peor que eso y yo también estaba asustado. Temía lo peor, y nunca verte de nuevo me rompería el corazón, Addie.

La confusión se mezcla con la preocupación en mi pecho, y una cálida sensación de náusea hace que la parte posterior de mi cuello hormiguee.

Estoy cansada.

Hemos estado sin parar desde que recibimos la llamada. En menos de veinticuatro horas, Raffaele nos subió a un avión que cruzó medio mundo y condujimos directamente hasta aquí, todo porque pensé que mi padre estaba muriendo. No lo está.

Solo tiene gripe.

—Papá, me asustaste —digo cansadamente—. Pensé que... después de mamá, pensé que...

—Podría haber sido —me asegura mi padre rápidamente—. Hiciste lo correcto al venir aquí. Verte es mejor medicina que cualquier cosa que los médicos puedan darme. Por favor, Addie. ¿Te quedas conmigo un rato?

Es tentador, pero mi preocupación rápidamente se convierte en irritación. Mi padre parece infinitamente menos grave de lo que sonaba por teléfono, y todas esas horas de preocupación me están pasando factura rápidamente. Y no estoy segura de que quiera estar cerca de él ahora mismo, ya que no parece preocupado por haberme hecho enfermar de la preocupación.

—Me encantaría —digo con una pequeña sonrisa—. Pero estoy exhausta. Quiero ir a casa y desempacar. Fue un vuelo largo.

—Addie...

—Me alegra que estés bien, papá. Puedo venir mañana y contarte todo sobre mis vacaciones, ¿te parece?

—Puedo arreglar eso —dice Raffaele desde donde sigue parado en la puerta. Ni siquiera intenta ocultar el tono de molestia en su voz —. Vamos a llevarte a casa.

Mientras me levanto, mi padre de repente me agarra bruscamente la mano y aprieta con fuerza mi muñeca—. Deberías quedarte —dice con urgencia, su voz baja. Me mira con ojos muy abiertos—. Estoy mal. Te necesito.

Si no estuviera de repente tan agotada por la falsa preocupación, podría haber sido más comprensiva con su enfermedad, pero mi irritación gana y retiro mi mano.

—No, papá. Me voy a casa. Te veré mañana.

RAFFAELE

—Tienes derecho a estar enojada.

—¿Enojada? —Adelina deja de mirar por la ventana hacia la vida nocturna que pasa y me dirige una mirada confusa—. ¿A qué te refieres?

—Con tu padre.

—Oh. —Sus ojos se abren como si de alguna manera hubiera olvidado el viaje que acabamos de hacer para visitar a su padre enfermo.

Quizás está más agotada por el largo viaje de lo que pensaba.

—No estoy enojada —continúa después de un segundo de reflexión—. Solo me siento... —Se detiene, sacude la cabeza y suspira suavemente—. Italia fue hermosa.

Lo fue. El viaje solo debía durar unos días, pero al ver lo bien que Adelina estaba después de todo lo que le había pasado, extendí la estadía por algunas semanas. Si hubiera sido por mí, habría retrasado nuestro regreso hasta el final del verano para que ella pudiera tener unos meses decentes de relajación y felicidad.

Ya, el peso de la realidad está volviendo a caer sobre ella. Su sonrisa no llega del todo a sus ojos, juguetea repetidamente con el dobladillo de su falda, y a pesar del brillo bronceado en su piel, es como si comenzara a retraerse otra vez.

Eso no puede suceder.

—Enviaré un equipo médico para asegurarme de que tu padre esté bien.

—No creo que sea necesario —responde, mostrándome una sonrisa cansada.

Dejo que el silencio se prolongue, dándole la opción de continuar y contarme más si quiere.

—Es que... por teléfono, sonaba tan enfermo. Como mortalmente enfermo. De repente, volví a ser una niña escuchando a mi mamá decirme que estaba bien cuando podía ver que no lo estaba. Así que todo ese conducir y volar solo para venir aquí y verlo con un resfriado o una gripe de verano, es simplemente... —Sus manos se cierran en puños y sus labios se presionan repetidamente mientras busca las palabras adecuadas—. No es justo.

Compartimos una línea de pensamiento similar, pero mientras Adelina está preocupada por la salud de su padre, yo estoy más preocupado por la razón por la que exageró su enfermedad para hacernos volver a América.

—Además —continúa, mirando con dureza por la ventana—, insistió tanto en que me quedara con él como si la razón por la que *no* estoy con él no fuera su culpa. Si quería que lo cuidara, entonces no debería haber... —Adelina se detiene y me mira con las comisuras de la boca hacia abajo—. Lo siento. No quiero sonar desagradecida.

—No me ofendo. —Tiene razón. Si su padre no me la hubiera vendido, ella habría estado a su lado, cuidándolo como él repentinamente quería. Considerando todo lo que me contó sobre su madre, la habría dejado quedarse si lo hubiera pedido, pero ella eligió venir conmigo.

Eso eleva mi corazón más de lo que quisiera admitir.

También aumenta mi sospecha. —No será Italia —digo mientras saco mi teléfono—, pero puedo hacer que la transición de vuelta a la vida normal sea un poco más suave.

—¿Qué estás haciendo? —Adelina se esfuerza contra su cinturón de seguridad mientras intenta ver mi teléfono, pero lo inclino lejos con una pequeña sonrisa.

—Estoy haciendo que nuestras vacaciones duren un poco más.

~

El Hotel Perla Escarlata es uno de los pocos hoteles de la ciudad donde necesitas ser miembro incluso para entrar por la puerta principal. Por suerte, mi familia ha sido miembro durante algunos años. Cuando era niño, pasaba frente a hoteles como estos y me preguntaba qué tipo de persona escandalosamente rica se hospedaría en un hotel tan exclusivo.

Ahora, como un rey de la Mafia escandalosamente rico que sacó a su familia de la miseria, lo entiendo. Es un símbolo de estatus en muchos sentidos. Caminar por esas puertas te pone en cierto mapa donde las personas que dirigen el hotel también ofrecen varios otros servicios. Hay de todo, desde armas y mujeres hasta drogas y contrabando de la más alta calidad. Cuando obtuve mi membresía, intenté ver si podía comprar el hotel, pero rápidamente descubrí que el hotel se mantiene algo neutral en medio de los conflictos familiares que gobiernan estas calles.

Y tienen suficiente dinero para respaldarlo.

—Wow —jadea Adelina mientras contempla la gigantesca araña de cristal rojo rubí característica del hotel que cuelga en el vestíbulo —. Nunca he visto algo tan hermoso.

—Yo sí —comento suavemente, apretando con afecto su mano.

Ella hace una mueca de fastidio, pero capto la sonrisa complacida que baila en sus labios.

—He pasado tantas veces por aquí en auto y nunca imaginé entrar. Mi padre solía decir que un lugar como este era para lo peor de lo peor.

—Es cierto, soy terrible.

No toma nada de tiempo registrarnos y asegurar el penthouse. Mientras subimos en el ascensor exterior de cristal, Adelina se presiona contra el vidrio y contempla la ciudad.

—Gracias por cuidarme.

—Es lo mínimo que puedo hacer.

—No... podrías haberme hecho a un lado. O haber considerado lo que me pasó como mi culpa, pero no lo hiciste.

—No soy *tan* terrible.

Entrecierra los ojos ligeramente. —Sabes a qué me refiero.

Algo en el tono de su voz llama mi atención, así que me acerco a ella. —¿Qué tienes en mente?

—Pasar tiempo en Italia fue increíble. Conocer a los niños que ayudaste también fue inesperado. No te pido una explicación, pero estos últimos meses han sido tan agitados que he descuidado a mis propios niños.

Mi corazón da un vuelco. —¿Disculpa?

—En el hospital. No he pintado en mucho tiempo porque sentía como si algún agujero oscuro se estuviera abriendo dentro de mí. Me casaron con un extraño, fui agredida, perdí a un prometido y a una mejor amiga. Siento que dejé de ser yo por un tiempo.

—Nadie puede reprochártelo —respondo suavemente.

—Lo sé. Pero siento que puedo volver a ser yo misma, si eso tiene sentido. Quiero pintar de nuevo. Quiero volver al hospital y ver a todos los niños con los que solía pasar tiempo y asegurarme de que estén bien. —Se presiona una mano contra el pecho—. Espero que todos sigan allí. Y... —Inclina la cabeza, haciendo que su cabello castaño rojizo caiga en cascada sobre un hombro—. Quiero ayudarlos.

—¿A todos ellos?

Asiente. —Cuando era niña, no tenía a nadie. Solo me sentaba con mi mamá y la veía consumirse porque mi padre estaba demasiado ocupado o no podía soportar ver a la mujer que amaba desvanecerse ante sus ojos. Pero las enfermeras hicieron todo lo posible para que me sintiera cuidada, y yo había estado haciendo eso por los niños. Pero con tu dinero, creo que podríamos marcar una verdadera diferencia. Muchas de esas familias no pueden permitirse el mejor tratamiento para sus hijos, y sé que no podemos ayudar a todos, pero ese hospital fue como mi hogar durante mucho tiempo.

—Nuestro dinero —corrijo.

—¿Eh?

—Estamos casados, ¿recuerdas? Es nuestro dinero. Puedes hacer lo que quieras con él.

Adelina parece como si ese pensamiento nunca se le hubiera ocurrido antes. —¿No te importaría?

Deslizo mis dedos por su brazo desnudo hasta el codo y la atraigo suavemente hacia mí. —Si este es el siguiente paso que se siente correcto para ti, para que vuelvas a encaminarte, entonces compraré cien hospitales si es necesario.

—Vaya —respira con asombro, colocando perezosamente sus brazos sobre mis hombros—. Mi mamá estaría tan feliz de que me casé con alguien rico.

Nos reímos, y Adelina se derrite contra mí mientras la atraigo a un beso lento y apasionado justo cuando el ascensor llega suavemente al penthouse.

Sabiendo dónde está su corazón, haré que sea mi misión hacerlo realidad para ella. Puso tanto de sí misma en espera después de la boda, principalmente por mi culpa, y aún más después de su ataque. Al verla entrar en el penthouse con los ojos muy abiertos y alegría absoluta ante el lujo que la rodea, sé que estará bien.

Su barbilla está alta y la determinación ha vuelto a su corazón.

—No puedo creer que exista un lugar como este. —Adelina se ríe mientras se quita los zapatos y corre por la gruesa y esponjosa alfombra.

Altas ventanas se extienden desde el suelo hasta el techo, cubriendo una pared con una hermosa vista del horizonte. Una chimenea arde en una esquina detrás de un vidrio de seguridad, rodeada por una acogedora zona de estar que conduce a una cocina de planta abierta donde hay varios menús dispuestos para nosotros. Una escalera de caracol conduce hacia arriba al dormitorio y al lujoso baño. Adelina descubre inmediatamente la puerta que conduce al balcón y vuelve a entrar corriendo con una sonrisa.

—¿Hay un jacuzzi?

—Hay de todo. —Me río—. Aunque, pareces exhausta. ¿Qué tal un baño primero?

Ella contempla mis palabras mientras mordisquea su labio inferior, luego asiente. —Estoy cansada.

—Un baño será, entonces.

Colocando mi mano contra la parte baja de su espalda, la guío escaleras arriba donde ella vuelve a reírse maravillada ante la gran cama y luego la enorme bañera ovalada. Se pone a llenarla con agua y una cantidad alarmante de burbujas, todo mientras habla entusiasmada sobre las ideas de pintura que tiene para los niños y la clase de arte que puede organizar para ellos.

Observarla es un deleite. Su padre podría haber sido rico a los ojos de un estadounidense común, pero no está ni cerca de ser tan rico como yo y ella merece ser mimada.

Me quedo con ella hasta que se hunde profundamente en las burbujas y descubre los chorros de masaje, luego beso su frente húmeda y bajo las escaleras.

El aire está más frío aquí y la sospecha vuelve a mi corazón. Vito es mi primera llamada.

—¿Cómo se siente estar de vuelta en Estados Unidos? —resopla Vito por teléfono.

—No me hace diferencia —digo, caminando hacia el balcón—. Pero ya está sofocando un poco la luz de Adelina. No estaba lista para volver. No realmente.

—¿Hay algo que pueda hacer?

—¿El hospital donde pasó tanto tiempo? Consígueme la lista de pacientes del departamento en el que era voluntaria. Y asegúrate de que Caterina esté al día sobre el edificio y todas las rutas de entrada y salida. Quiere volver allí, así que quiero asegurarme de que esté a salvo.

—Lo haré. ¿Algo más?

—Pon a todos en alerta máxima. Y sal de la mansión.

La voz de Vito cambia inmediatamente. —Entendido. ¿Alguna razón?

—¿Confiarías en mí si te dijera que es una corazonada?

—Sí —responde Vito—. Pero pediría más detalles.

—Pascal. —La tensión se extiende por mi frente, e intento ahuyentarla con mis dedos—. No puedo explicarlo, pero no confío en él. Sonaba tan violentamente enfermo, pero cuando llegamos aquí, solo tenía un maldito resfriado.

—¿Crees que quería que volvieras aquí por alguna razón?

—Tal vez. De cualquier manera, no confío en ese cabrón. Así que sal de la mansión. Dile a Caterina que estamos en el Perla Escarlata y que debe venir aquí. La mandé a descansar cuando aterrizamos, pero la quiero de vuelta.

—Entendido. ¿Algo más?

—No, eso debería ser todo.

La llamada termina y una brisa fría me golpea la cara, trayendo los sutiles aromas de la ciudad abajo. Si fuera cualquier otra persona, ya habría usado mis puños y la verdad estaría tan expuesta como su sangre sobre la piedra.

Pero Pascal es el padre de Adelina.

Tengo que ser cuidadoso. Y seguro.

Actuar demasiado pronto podría destruir el vínculo que finalmente se está formando entre nosotros, y no puedo permitir eso.

Rápida e inesperadamente se ha convertido en la persona más importante de mi vida, así que si tengo que jugar a largo plazo con su maldito padre, lo haré.

—¿Raffaele?

Escuchar su llamado hace que la adoración se hinche en mi pecho. Me alejo del deslumbrante horizonte y vuelvo adentro. Adelina está en lo alto de las escaleras con un negligé de seda y su cabello húmedo cayendo en rizos alrededor de su rostro.

—¿Sí, cariño?

—¿Vienes a la cama conmigo?

Soy impotente para resistirme.

Subiendo las escaleras de dos en dos, envuelvo mis brazos a su alrededor y absorbo el calor persistente del baño. —¿Te sientes mejor?

—Mucho. —Bosteza ampliamente—. Estoy tan cansada, pero emocionada por volver a mi arte.

—Preocúpate por eso mañana —digo, besando su frente—. Esta noche, solo descansa.

Adelina toma mi mandíbula con una mano, mirándome a los ojos mientras acaricia mi mejilla con el pulgar. —Te quedarás conmigo, ¿verdad?

—Por supuesto. —No estoy seguro de por qué siente la necesidad de preguntar. Tal vez es porque estamos de vuelta en Nueva York, y las cosas ya se sienten diferentes, pero si necesita seguridad, la daré.

Nos derrumbamos juntos en la cama, y el agotamiento por la preocupación, el viaje y el vuelo nos alcanza instantáneamente. Adelina apenas se ha acurrucado en mis brazos cuando caemos profundamente dormidos.

Me despierto a las seis de la mañana con un mensaje de texto de Vito.

La mansión ha sido atacada.

ADELINA

—Entonces tomas tu pincel y lo sumerges en la pintura...

—¿Cuánta pintura? —pregunta una niña, levantando su pincel.

—Toda la pintura que quieras.

—¿Toda la pintura? —se queda boquiabierta, luego mira al niño a su lado—. ¡Frank, eso es demasiada pintura!

—¡No! —declara con una risita malvada—. ¡No es *suficiente* pintura!

—¡Frank!

—¡Más pintura! —Con un timing cómico, Frank recoge tanta pintura como puede sostener con sus dos manos y la aplasta sobre el papel frente a él, para horror total de Kelly.

Varios niños estallan en risitas por toda la habitación, y la sonrisa que se dibuja en mi rostro es la más cálida que he mostrado en meses.

—¿Señorita? —Aparece otro niño a mi lado con un pincel roto colgando patéticamente de sus dedos—. Creo que mi pincel se rompió.

Riéndome, tomo su mano y lo conduzco lentamente hacia el carrito de materiales de arte.

—No te preocupes, David. Podemos elegir otro.

En esta sala, lejos de los medicamentos, las máquinas, las agujas y los doctores, cada niño es exactamente eso. Un niño. Las líneas de suero no existen, nadie siente su calvicie o sus miembros frágiles,

nadie piensa en cuándo será la próxima vez que alguien exigirá más pruebas, y nadie se preocupa por ver a sus padres llorando en el pasillo.

En esta sala, la enfermedad se queda en la puerta.

Estar de vuelta aquí es abrumador pero de la manera más gratificante. Algunos de los niños con los que solía pintar se han ido. Dos tristemente fallecieron y uno se recuperó lo suficiente para volver a casa. Me rompe un poco el corazón, pero ver un mar de caras felices por mi regreso hace que todo valga la pena. Incluso Caterina no puede evitar sonreír cuando los niños corren hacia ella con sus pinturas o preguntas sobre sus tatuajes.

Más tarde tengo una reunión con alguien de la junta directiva, y me sorprende cómo Raffaele lo organizó tan rápido. Solo le conté mi idea hace uno o dos días, y ya ha puesto las cosas en marcha.

Lo amo por eso.

Esto es lo que quiero hacer con mi vida.

Demasiada sangre se derrama en mi mundo, y lo mínimo que puedo hacer es difundir algo de alegría con pintura y poner parte de la escandalosa riqueza de Raffaele en manos de quienes la necesitan.

—¿Puedo tener este? —David me mira, parpadeando lentamente mientras sostiene un pincel naranja en su puño.

—¡Por supuesto que puedes!

—Excelente —levanta su pequeño puño—. Quiero pintar una tarjeta para mi mamá.

—¿Necesitas ayuda?

—¿Puedes ayudarme a pintar todas las estrellas?

—Claro que puedo —Con David a mi lado, nos acomodamos alrededor de una mesa pequeña y comenzamos a pintar mientras mi mente divaga un poco hacia Raffaele.

Ha estado muy ocupado los últimos días e insistió en que me quedara en el hotel. No es que me moleste. Es tan lujoso que casi parece que todavía estoy de vacaciones, y está más cerca del hospital, así que puedo pasar todo el tiempo que quiera aquí.

Solo espero que el miembro de la junta escuche mi propuesta. A la gente así siempre le interesa el dinero, ¿verdad?

—¿Y si lo hago así? —De repente, David agita su pincel en el aire, enviando una ráfaga de pintura que salpica toda la mesa, mi ropa y luego mi cara.

—¡Ah! —Cegada por un grueso pegote de pintura blanca, me levanto tambaleante de mi asiento mientras lucho por mantener la calma para que ninguno de los niños se asuste.

—¡Lo siento! —llega la voz de David a través de la oscuridad creada por la pintura en mis ojos.

—¡Adelina! —Caterina está a mi lado en un instante.

—¡Estoy bien! —les aseguro rápidamente a ella y a David—. Estoy bien. Es pintura segura para los niños.

—Eso no hace ninguna diferencia —dice Caterina bruscamente.

Logrando abrir un ojo, la miro con dificultad mientras el otro se convierte en una bola de fuego.

—Caterina, por favor. ¿Puedes vigilar a los niños? Solo necesito limpiarme.

David comienza a llorar con voz ronca.

—¡Lo siento!

—Está bien amigo, está bien —le revuelvo el pelo mientras paso junto a él—. Caterina te ayudará a limpiar.

Caterina me lanza una mirada de *¿en serio?*, pero luego se vuelve para ayudar a David a secar sus lágrimas mientras yo me dirijo hacia la puerta. De todos los lugares donde podría meterme pintura en los ojos, el hospital probablemente sea el mejor. Agarrando mi bolso de la silla junto a la puerta, salgo de la habitación y me apresuro al baño cercano. No es la primera vez que sucede esto, y prefiero no molestar al personal médico por algo que he resuelto antes.

La pulcritud del baño me hace estremecer, así que me apresuro a entrar y me dirijo directamente al lavabo. El grifo está frío contra mis dedos cuando lo abro de golpe y me enjuago la cara con toda el agua que puedo acunar entre mis manos. Lentamente, mi visión comienza a aclararse y la sensación de ardor desaparece con cada porción de agua con la que la ahogo.

Parpadeando rápidamente, mi rostro borroso aparece en el espejo, con un ojo inyectado en sangre por la pintura. Unos

parpadeos más y otro enjuague completo con agua, y puedo ver de nuevo.

—Maldición —cerrando el grifo, uso varias toallas de papel para secarme las manos y la cara, dando toquecitos suaves alrededor de mi ojo—. Esto podría ser lo único que no he extrañado.

Sorbiendo por la nariz a través de las lágrimas que brotaron del dolor, me seco lo mejor que puedo y luego rebusco en mi bolso para encontrar mi maquillaje. Arreglar mi cara antes de volver con los niños hará que todo parezca mucho menos dramático, y no quiero que David se estrese por un accidente.

Ya tiene suficientes preocupaciones.

Agarrando un puñado de mi maquillaje, lo esparzo por el mostrador del baño y me quedo paralizada cuando veo algo que recogí por accidente.

Un tampón. Debe haber estado dando vueltas en el fondo de mi bolso para emergencias y se enganchó con mi rímel y corrector.

Pero ahora que lo veo, algo me golpea y un torrente de hormigueo recorre mis hombros.

¿Cuándo fue mi último período? ¿Fue antes de Italia?

No, no puede haber sido.

Pero no tuve mi período en Italia. Llegamos a principios de junio y ahora estamos a mediados de julio.

Solo estoy retrasada. Debe ser eso. El estrés de todo.

Me encuentro con mi propia mirada en el espejo.

Estoy retrasada.

Veinte minutos después, estoy sentada en un cubículo del baño con la mano entre mis muslos orinando en una prueba que Caterina compró en la farmacia de la planta baja. Ella juró guardar el secreto y volvió con los niños casi inmediatamente, pero vi la pregunta en sus ojos.

La misma pregunta ha estado en mi mente desde que calculé mi retraso.

¿Estoy embarazada?

Raffaele y yo no fuimos rápidos con la protección en Italia. Simplemente no parecía importante y estaba procesando tantas

cosas que cuando surgió el momento, nunca pensé en detenerme para buscar un condón.

Terminando, coloco la prueba en el mostrador y pongo un temporizador.

No puedo estar embarazada.

¿O sí?

Mierda. ¿Y si lo estoy? ¿Es algo que incluso quiero? ¿Es algo que Raffaele quiere?

Nunca hemos hablado de cosas así. La vida ha sido demasiado agitada para pensar en cualquier tipo de futuro a largo plazo. Solo hace unas semanas me di cuenta de que no lo odiaba, que en realidad me gusta mucho.

Él está ocupado con el trabajo. Yo quiero dedicar mi tiempo a este hospital y hacer algo con mi vida.

Un bebé lo cambiará todo.

El temporizador me hace saltar cuando suena ruidosamente, y me llevo una mano al pecho mientras me acerco al mostrador y miro la prueba.

Dos líneas rosadas me devuelven la mirada.

Embarazada.

Oh, no.

Mi primer instinto es llamar a Marie mientras una oleada de emoción inesperada me invade. ¿Estoy feliz por esto? ¿Realmente quiero esto?

La realidad me golpea como una ola fría cuando recuerdo que no puedo llamar a Marie. Nunca más.

Agarrándome al mostrador, las lágrimas calientan las esquinas de mis ojos adoloridos. Estoy embarazada.

Del bebé de Raffaele.

Mierda.

¿Se lo digo a Caterina? No, ella trabaja para Raffaele. Por lo que sé, podría contárselo a Raffaele antes de que yo estuviera lista. No tengo amigos a quienes llamar, pero necesito hablar con alguien sobre esto. La presión crece dentro de mí como si estuviera a punto de estallar hasta que no puedo respirar y mi cabeza da vueltas.

Solo tengo una opción.

—¿Adelina? —Mi padre suena sin aliento cuando contesta el teléfono—. ¿Qué pasa? ¿Está todo bien? ¿Estás a salvo?

Apenas escucho su pregunta mientras suelto todo de inmediato.

—Papá, estoy embarazada.

—*¿Qué?* —Está tan sorprendido que es imposible saber si está feliz o no.

—Estoy embarazada. Y sé que suena una locura porque es Raffaele y todos piensan que es un hombre terrible, pero en el fondo, realmente no lo es. Me está tratando mejor de lo que nunca me han tratado, y sé que tú lo ves como un rival y sé que lo odiaba porque mató a Carlos, pero creo que ya no lo odio. Honestamente, ni siquiera creo que amaba a Carlos. Solo me gustaba por obligación, pero papá, las cosas con Raffaele son tan diferentes y solo necesitaba contárselo a alguien porque Marie ya no está, así que por favor no te enojes conmigo.

Todo sale de mí apresuradamente, una hija que busca desesperadamente el consuelo y el consejo de su padre.

Su silencio se alarga, y en ausencia de sus palabras, mi mente llena el vacío. Enojo y decepción. Tal vez incluso asco de que pudiera permitir que el enemigo me embarazara.

—Adelina —comienza, hablando lentamente—. Esas son... ¡*fantásticas* noticias!

—Espera —mi corazón se detiene en mi pecho—. ¿En serio?

—¡Sí! Es absolutamente fantástico. ¡Estoy muy feliz por ti!

Y lo parece. Definitivamente no esperaba que mi padre estuviera feliz mientras yo todavía estoy procesando la conmoción.

—¿Realmente crees que esto es algo bueno?

—¡Sí! —respondió rápidamente—. Es lo mejor que podría haber pasado, Adelina. ¡Es increíble!

—No le he dicho a Raffaele —admito—. Todavía estoy en el baño, acabo de enterarme...

—No se lo digas todavía —me interrumpe mi padre.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Tú lo conoces mejor que yo —responde—. Pero, ¿realmente crees que tomaría bien este tipo de noticia? ¿Especialmente con todo lo demás que está pasando? Podría enojarlo tener una cosa

más de qué preocuparse. Algo que ni siquiera podría llegar a concretarse porque es muy temprano.

—¿Crees que debería esperar?

—Te lo aconsejaría —dice suavemente—. Tal vez unos tres meses más o menos, hasta que sea seguro y puedas darle la buena noticia con confianza.

Tiene un buen punto. Me dará tiempo para procesarlo y decidir si incluso quiero conservar al bebé antes de crear falsas expectativas a Raffaele. Y para entonces, estaré segura de mi decisión independientemente de cómo se sienta él.

—De acuerdo, papá. Eso tiene mucho sentido.

Mientras cuelga, me doy cuenta de que nunca me preguntó cómo me sentía. Dejando mi teléfono en el mostrador, me miro en el espejo.

Mi vida ha cambiado tanto en seis meses y ahora hay un bebé dentro de mí. ¿Tengo siquiera lo que se necesita para ser madre?

¿Puedo criar una familia con un hombre como Raffaele?

Es dulce, cariñoso y adorable por ahora, sí, porque estamos cogiendo. Pero, ¿va más allá de eso?

¿Realmente se comprometerá a criar una familia conmigo?

RAFFAELE

—Capturamos a tres, matamos al resto —explica Vito mientras se apresura para mantener mi paso a través del jardín—. Cualquier persona importante había sido retirada de la mansión en la hora siguiente a tu llamada, así que las únicas personas que estaban aquí eran de seguridad.

—¿Alguna baja de nuestro lado?

—Una. Francis recibió un escopetazo en la cara.

—¿Francis?

—¿El tipo alto, flaco, con los rizos rubios bien apretados? —Vito imita el estilo con sus dedos—. ¿El que mató a golpes con un palo de golf a un tipo por atropellar a su hija hace unos años?

—Ah, Francis, el del atropello y fuga. Lo recuerdo. Su familia...

—Será cuidada —interrumpe Vito rápidamente—. Hemos cubierto los gastos del funeral y una vez que su esposa esté lista para hablar con nosotros, nos aseguraremos de que estén cuidados de por vida.

—Bien.

Me duele que hayamos perdido a uno de los nuestros. Siempre es algo esperable en esta línea de trabajo, pero he entrenado a mis hombres a niveles excepcionales, lo que hace que duela un poco más cuando realmente perdemos a uno. Una parte de mi mansión está envuelta en la oscuridad donde tuvo lugar el tiroteo la otra noche. Una sola baja no está mal para un ataque sorpresa basado en un presentimiento.

—Los tres que capturaron —digo mientras nos acercamos al garaje donde los tienen retenidos—. ¿Qué puedes decirme sobre ellos?

—Son irlandeses —dice Vito con un gruñido de disgusto.

—¿Irlandeses? ¿Otra vez? —Los irlandeses atacaron mi burdel, pero extrañamente se quedaron callados cuando intenté confrontar a los involucrados. Había considerado la idea de que solo fue mala suerte de su parte haber entrado al burdel equivocado, pero ¿dos veces? Eso es más que una coincidencia.

—El mismo clan también —dice Vito, pasándome una fotografía de sus tatuajes—. O'Brien. Los hemos dejado fermentar en la oscuridad por unos días.

—¿Qué carajo hice para cabrear a los irlandeses?

Vito sonríe con oscuridad. —¿Existir?

—Quizás. —Le devuelvo la foto mientras llegamos a la puerta del garaje donde uno de mis guardias la abre de golpe.

Dentro, tres hombres están atados, amordazados y con los ojos vendados en sillas. Muestran signos visibles de una fuerte paliza, probablemente a manos de Vito, y la cabeza de uno cuelga más baja que la de los otros. Vito permanece en la puerta mientras yo entro y desenfundo mi arma.

Le disparo al primero en el cráneo, haciendo que los otros dos salten y se estremezcan por el sonido. Su cuerpo cae inerte hacia un lado y luego derriba la silla al suelo con un fuerte estrépito. Le disparo al segundo en el mismo lugar. Se desploma hacia atrás con su cabeza colgando torpemente de la silla.

El tercero gruñe detrás de su mordaza y sacude su cabeza de lado a lado. Presiono el cañón caliente de mi arma contra su frente, y trata de apartarse del dolor, pero no lo dejo. La venda se desenrolla bajo mi segunda mano, y la arrojo a un lado, quedando cara a cara con un par de furiosos ojos verdes.

—Eres del clan O'Brien. Qué curioso cómo seguimos encontrándonos. Primero atacan uno de mis lugares de trabajo, y soy lo suficientemente amable para enviar una advertencia. Ahora, sus sucias patas están por toda mi casa. Eso es un movimiento jodidamente atrevido, ¿no?

—Un acto de *guerra* —dice Vito desde atrás de mí.

—Un acto de guerra —repito.

El irlandés no hace ningún sonido, simplemente mirándome con odio en sus ojos. Odio que no estoy seguro de merecer siquiera.

Bajo el arma, y los hombros del irlandés se hunden ligeramente. —Sosténganlo.

Sus ojos se ensanchan mientras Vito y el otro guardia se mueven a su alrededor y lo agarran firmemente con sus brazos, manteniéndolo inmóvil en la silla. Con un asentimiento, Vito y el guardia obligan al hombre a doblarse, lo que ejerce una dolorosa presión sobre las ataduras que sujetan sus muñecas a la silla.

—No soy un hombre indulgente —digo mientras enfundo mi arma y saco una navaja automática de mi bolsillo—. Esta es mi casa. Podría haber estado aquí. Mi chica podría haber estado aquí. Considerando que eligieron esa noche para atacar, la misma noche en que regresé a los Estados Unidos, bueno... Algunos dirían que es toda una coincidencia. O un plan bien elaborado.

El hombre gruñe y lucha brevemente contra su posición forzada, pero Vito es implacable al mantenerlo inmovilizado.

El irlandés tiene un tatuaje en su espalda, un sombrero elegante que lleva una insignia de trébol de cuatro hojas con una cinta de tartán a rayas sobre dos espadas cruzadas. La marca del Clan O'Brien.

Grita a través de su mordaza mientras clavo mi navaja en su espalda justo al lado de su tatuaje. —Uno de mis hombres murió. ¿Lo sabías? No me importa si lo mataste tú o uno de tus compinches irlandeses lo mató. El punto es que está muerto. Has tomado algo de mí. Así que yo voy a tomar algo de ti.

El hombre grita hasta quedarse ronco mientras atravieso con la hoja la gruesa y musculosa carne de su espalda, siguiendo un contorno aproximado del tatuaje. La sangre corre como un río por su espalda y un hedor cobrizo llena el aire. Cada vez que lucha contra la agonía, mi hoja se desliza y mis intentos de un contorno suave se ven obstaculizados.

Rápidamente tallo a lo largo del contorno de su tatuaje y cuando las líneas se encuentran, inclino mi navaja horizontalmente y

comienzo a separar la piel del músculo. Los gritos del irlandés pasan de la agonía al terror mientras despellejo su espalda, cortando su precioso tatuaje de su cuerpo. Soy consciente de lo simbólicos que son estos tatuajes para los irlandeses, y me alegra que duela.

Este cabrón podría haber lastimado a Adelina si yo no hubiera tomado la decisión repentina de quedarme en un hotel esa noche.

Cualquiera que sea la razón para que los O'Brien hagan un movimiento como este, ya no importa.

Voy a matarlos a todos.

La piel se separa de la carne con un sonido húmedo *schluck*, dejando al irlandés sollozando y temblando en su silla. Cuelga como cuero empapado en mi mano, y camino hacia el frente de él mientras Vito y el guardia lo enderezan.

Esta vez no puede sostener mi mirada.

—Entras en *mi* casa. Amenazas a mi familia. Matas a mi gente. Puede que O'Brien no quisiera una guerra al tratar de eliminarme silenciosamente. Pero ahora la tiene.

Le disparo al último irlandés entre los ojos y veo su cuerpo desplomarse como una roca hacia un lado. El trozo de piel que contiene su tatuaje se coloca sobre la superficie más cercana. —Envía esto a Hector —ordeno en voz baja—. Y quiero ojos sobre él. Necesito saber exactamente cómo reacciona.

—Entendido, jefe. —El guardia asiente rápidamente, y yo salgo del garaje, limpiándome la sangre de las manos con un trapo y con Vito a mi lado.

—¿Crees que tenemos un soplón? —pregunta Vito en voz baja cuando estamos lejos del garaje.

—Quizás. No voy a comprometerme con algo así todavía, pero si Hector llama a alguien, quiero saberlo. Tal vez llame a quien le dijo que yo estaba de regreso en Estados Unidos.

—Sobre eso. —Vito extiende una mano para detenerme cuando nos acercamos a la mansión—. Tengo algunas noticias sobre Carlos.

El ex prometido de Adelina. La principal razón por la que ella me odia. —Dime.

—Carlos Giordana. Estaba relacionado con los Giordana que matamos, pero no directamente. Era el sobrino del hombre que

lideraba la familia que matamos. Su propia familia era pequeña, dos hermanos que terminaron muertos. Uno por sobredosis, y otro fue baleado en una redada de drogas.

—Explica por qué se acercaría a su familia extendida para mantenerse relevante —murmuro.

—Exactamente. El tío lo acoge para casarlo con alguien de mayor nivel por seguridad, mientras Carlos pasa tiempo con su familia y tiene la oportunidad de controlar las drogas que mataron a sus hermanos. Probablemente por eso nos robaban. El tipo vio una oportunidad y con sangre fresca añadiendo algo de audacia, mordieron más de lo que podían masticar.

—Y aun así no lo recuerdo de esa noche —digo, estudiando la cara de Vito como si tuviera las respuestas.

—Pero eso no es todo. —Vito hurga en su bolsillo y saca una hoja de papel arrugada, luego la despliega y me la ofrece—. Un par de semanas antes de su muerte, empezó a llamar a Pascal casi todas las noches. Las llamadas eran breves, pero investigué un poco el GPS de Carlos. Pensé que si podía averiguar dónde estaba cuando hacía esas llamadas, podría tener una idea de cómo estaba cuando las hacía.

—¿Y? —presiono, con el pulso acelerándose en anticipación.

—Envió un montón de mensajes de texto crípticos, y Pascal le dijo que viniera a encontrarse con él. Tuvo una tremenda discusión a gritos con Pascal a plena luz del día en uno de los concesionarios de autos que Pascal usa para enviar sus mercancías falsificadas.

—No es lo que esperarías del hombre a punto de casarse con Adelina.

—Exactamente. Solo pude conseguir las cámaras de CCTV del otro lado de la calle, pero fue una pelea tremendamente explosiva. Y eso no es todo. —Vito se acerca más—. Una semana antes de esa pelea, Carlos tuvo varias llamadas largas con un funcionario del estado. Y un intercambio de correos electrónicos que ha sido eliminado.

—¿Qué carajo? —Reanudamos lentamente nuestro camino hacia la casa—. ¿Qué diablos estaba haciendo Carlos involucrado con funcionarios del estado? ¿Y qué tiene que ver eso con Pascal?

—Ni idea. —Vito suspira—. Tendría más información, pero... —Hace un gesto hacia las rápidas reparaciones que ocurren en la mansión y los tres cuerpos adicionales ahora en el garaje.

—Quiero saber quién era. —Al llegar a la puerta, hago una pausa con la mano sobre la madera—. Lo que sea que estuviera pasando fue suficiente para que Carlos tuviera discusiones a gritos con Pascal. Encuéntrame a ese funcionario. Quiero saber lo que sabe.

RAFFAELE

—Te ves agotado —Vito detiene el automóvil pero aún no desbloquea las puertas—. ¿Estás seguro de que quieres hacer esto hoy?

Lucho contra un bostezo y asiento. —Estoy bien.

—¿Seguro? —Me da esa misma mirada que me ha dado durante años, una mirada de cansada incredulidad.

—Estas últimas dos semanas han sido estresantes. Adelina está entregándose por completo a su proyecto del hospital. Sabía que era apasionada después de lo que le sucedió a su madre, pero a este ritmo, va a comprar todo el edificio y hacer que el tratamiento de todos sea gratuito. Así que ha estado trabajando duro, y no la he visto tanto como me gustaría.

—Es bueno, sin embargo —responde Vito—. Ella está de vuelta a su ser normal, o al menos a una versión de él. Siguiendo sus pasiones.

—Solo me preocupa que pase todo su tiempo alrededor de esos niños enfermos. No todos sobreviven.

—Estoy seguro de que ella es consciente de eso. —Vito desbloquea las puertas—. Te aguanta a ti, así que me imagino que los niños son pan comido.

—¿Qué se supone que significa eso?

Vito me lanza una mirada fulminante mientras salimos del auto. —Sabes exactamente lo que quiero decir. Cargas con este peso

sobre su padre, y lo has hecho desde que los irlandeses atacaron la mansión. Realmente creo que deberías decírselo.

—No puedo. —El edificio de oficinas frente a nosotros parece ondular ligeramente en el húmedo calor de agosto—. Le rompería el corazón.

—Si tienes razón, lo descubrirá eventualmente.

—Lo sé. Quiero asegurarme de tener todo para ella, toda la información antes de lastimarla.

—¿Quién diría que eras tan romántico? —Vito mantiene la puerta abierta para mí y entramos con esfuerzo.

—Díselo a alguien y te mataré.

—Mmhmm.

—Entonces, ¿cómo van las cosas con los irlandeses? —pregunto mientras caminamos hacia el ascensor escondido detrás de un escritorio sin personal.

—Bueno, Héctor no llamó a nadie cuando recibió el paquete. Lo cual es realmente muy extraño. No ha hecho ningún movimiento, ni siquiera cuando quemamos tres de sus licorerías.

—¿Crees que está esperando una oportunidad?

—Honestamente, estoy perdido. Espero que esperar dos semanas para que este maldito funcionario regrese al país no sea en vano. Él tiene que ser la clave de todo esto. El tipo casi se orinó cuando lo sacamos del aeropuerto.

—¿Tú crees? —Mi estómago se tensa mientras el ascensor nos lleva hacia arriba—. La mafia y el gobierno no se mezclan.

—Y sin embargo, Carlos llamaba a este tipo más de lo que yo llamo a mi propia madre.

—¿Cómo está ella, por cierto?

—Tan feroz como siempre. *¿Cuándo vas a traer a una buena chica a casa, Vito? ¿Cuándo me vas a dar nietos? ¿Cuándo vas a visitarme?*

—Deberías hacerlo, ¿sabes?

Los ojos de Vito se agrandan. —No me digas que te has convertido en un hombre de familia. Adelina te ha *cambiado*.

—No lo sé. —Me río entre dientes—. Llegar a casa con ella y ver cómo me sonríe es... —Niego con la cabeza, me faltan las palabras

—. Honestamente, no puedo describir lo bien que se siente eso.

—¿Y por eso le estás dando un hospital?

—Por eso le estoy dando un hospital —suspiro.

La conversación ligera llega a su fin cuando las puertas se abren en el octavo piso y el hombre atado, sudoroso y con cara púrpura sentado bajo dos guardias armados inmediatamente tropieza consigo mismo para hablar.

—¡Por favor, no me maten! Por favor, lo que sea que necesiten, puedo conseguirlo. Conozco gente. ¡Puedo llamar al alcalde! ¿Necesitan que retiren los cargos? Considérenlo hecho. Solo, por favor, no me maten. Tengo familia. Sé que no les importa, pero mi hijo está por entrar a su último año y quiero verlo graduarse. Acabo de dar un pago inicial para una casa nueva. Por favor, no me maten, ¡por favor!

Vito y yo intercambiamos una breve mirada divertida, luego compongo mi rostro y camino hacia adelante. —¿Tu nombre?

—S-soy Hank. Hank Breaker.

—Quiero información, Hank.

—Lo que sea —balbucea—. Lo que quieran, ¡solo por favor! —Gruesas lágrimas brotan de sus ojos—. Por favor, no me maten.

Ahí está: la diferencia entre la gente de mi mundo y el ciudadano común. Los civiles valoran sus vidas, sus familias y cosas como hipotecas y graduaciones. En mi mundo, todo se trata de lealtad.

Hank claramente no tiene ninguna.

—Un hombre vino a verte —digo cuidadosamente.

—Claro. —Hank asiente, mirando rápidamente a todos—. Veo a mucha gente. Muchos hombres. Todo el tiempo.

—Carlos Giordana.

El color se desvanece ligeramente del rostro del hombre, pero aún asiente. —Claro, conozco a Carlos.

—¿Para qué vino a verte?

—Yo... escuchen, solo estaba haciendo mi trabajo, ¿de acuerdo? Realmente no soy tan importante en el esquema general de las cosas.

—¿Así que no puedes llamar al alcalde? —comenta Vito fríamente.

—¡Puedo! Solo no puedo prometer que contestará. Lo siento. ¿Van a matarme ahora? —Su cara se arruga y las lágrimas se deslizan por sus mejillas—. No quiero morir.

—¿Para qué vino Carlos a verte? —pregunto, desenfundando mi arma y descansando mis manos frente a mí, entrelazadas en la muñeca—. No me repetiré de nuevo.

—Vino a verme por su hermana. Ella, eh... murió y él tenía algunas preguntas.

Golpeo mi arma contra mis nudillos, señalando mi impaciencia. Hank palidece aún más.

—Lo siento —dice débilmente—. Carlos estaba investigando la muerte de su hermana. Nunca le pareció bien que dijeran que había muerto por sobredosis porque afirma que ella nunca consumió drogas. Nunca probó el producto o lo que sea. Él estaba persiguiendo rumores, principalmente.

—¿Qué rumores?

—Niveles de toxicidad en las aguas de la ciudad. Encontró... encontró a otras personas que compartían los mismos síntomas que su hermana. A distancia, podría parecer consumo de drogas, pero él insistía en que no era así. La ciudad dictaminó que su muerte fue por sobredosis y él estaba furioso. No sé cómo lo hizo, pero consiguió una autopsia privada y descubrió que ella no había muerto por sobredosis. Tenía razón.

—¿Cómo murió? —pregunta Vito.

—Consumo tóxico prolongado —dice Hank apresuradamente.

—¿Alguien la estaba envenenando? —Levanto una ceja—. ¿Y tú estás conectado cómo?

Hank se pasa una mano por la cara, tratando de quitarse la acumulación de sudor. —Él estaba siguiendo rumores sobre toxicidad en el suministro de agua que alimenta a la ciudad desde los embalses en las colinas. Rumores así no tienen mucho mérito, pero una vez que comenzó a preguntar, no se detuvo. Era tan persistente, y yo me sentía tan *culpable* por todo el asunto.

Hank parece que está a punto de deshacerse en pedazos. Aprieta ambas manos juntas y se balancea hacia adelante y hacia atrás.

—Preguntó sobre esos rumores y ¿algo lo condujo hacia ti?

—Sí. —Hank asiente repetidamente—. Encontró mi nombre en algunos documentos antiguos y supo, preguntando a las personas correctas, que cualquiera con una queja sobre el agua era dirigido a mí. Y... mi trabajo era enterrar esas consultas y preocupaciones. Cualquier cosa sobre preocupaciones de calidad del agua, yo la enterraba o-o destruía. Incluyendo...

Hank se ahoga como si las palabras lo estrangularan desde dentro.

Me acerco e inclino más cerca. —¿Incluyendo?

—Incluyendo preocupaciones de que la gente se estaba enfermando y-y *muriendo* por el agua.

Lentamente, el rompecabezas comienza a armarse en mi mente, como piezas cayendo lentamente de la caja. —¿Cuántas preocupaciones enterraste, Hank?

Se encoge de hombros y baja la cabeza. —Un par de miles. Lo siento, lo siento mucho.

¿Tantas preocupaciones? Vito y yo intercambiamos una mirada mientras el calor de la ira lame los bordes de mi mente. —¿Le dijiste esto a Carlos?

—Sí. —Hank asiente, derrumbándose—. Sus preocupaciones sobre la muerte de su hermana fue una-una de las preocupaciones que enterré.

Mierda.

—¿Es cierto?

Hank me mira con ojos desorbitados. —¿Es qué cierto?

—Las quejas, imbécil. Las preocupaciones. ¿Hay algo malo con el agua de los embalses?

—Sí —solloza Hank, desmoronándose ante mis ojos—. Lo ha habido durante *décadas*.

A PESAR DE ALGUNAS BOFETADAS, Hank no sabía nada sobre Pascal. Dada la facilidad con la que reveló toda la otra información, decidí creerle con la promesa de volver si alguna vez me sentía

insatisfecho. El tipo literalmente se orinó mientras me iba después de darme el nombre del médico encargado de encubrir las muertes.

Le dio el mismo nombre a Carlos.

Bryan Glow. En palabras de Hank, él sabría más.

—¿Qué crees que significa esto? —El rostro de Vito se tensa mientras caminamos por el brillante y vacío corredor hacia la puerta marcada como *Morgue* al final.

—¿Honestamente? —Lo miro—. Ni siquiera estoy seguro de querer especular.

Vito asiente solemnemente.

—Nuestros asuntos son privados. Nunca consideré una intervención externa. Es decir... —Me detengo brevemente y lo miro —. Manejamos nuestros problemas con los puños. Todo este sigilo, susurros a personas en cargos públicos, y agua tóxica apenas están en mi campo de acción.

—¿Y si este Bryan es tan inútil como Hank? ¿Toda información débil y sin razón?

—Podría matarlo solo para sentirme mejor. Además. —Reanudo la marcha—. Si esta fue la última parada de Carlos antes de morir, tal vez lo merezca.

Alguien, probablemente Hank, advirtió a Bryan sobre nuestra visita. Está en medio de meter papeles en un maletín color canela cuando Vito derriba la puerta de una patada.

—Oh, no —chilla y dirige su atención a su escritorio donde lucha con un cajón que se atasca en sus bisagras y chirría tan fuerte como él.

Vito lo alcanza antes de que pueda sacar la pistola del cajón y lo golpea rápidamente en la cara, enviándolo hacia atrás en su silla.

—Esperen... —jadea a través de una nariz ensangrentada—. No estaba...

—¿Tratando de deshacerte de evidencia? —pregunto, recogiendo algunas hojas de papel sueltas de su escritorio. La mayoría me resulta extraña. No sé mucho sobre esta línea de trabajo, así que los nombres y datos mostrados bien podrían estar en francés.

—¿Fue Hank? —gruñe Vito, sujetando a Bryan por el cuello a la silla—. ¿Te llamó? ¿Te dijo que veníamos?

—Sí, sí —balbucea Bryan—. No pensé que fueran en serio hasta que los vi en el CCTV.

Su monitor de computadora muestra el CCTV de todo el edificio. Dado el aspecto descuidado del edificio y el hedor a orina afuera, no esperaba que hubiera algún CCTV funcionando, y menos uno tan detallado como este.

—Bastante avanzado para una oficina de callejón de mala muerte —murmuro, tocando la pantalla para cambiar entre vistas—. Un poco fuera de tu presupuesto.

—Ahorro —jadea Bryan, sin quitar los ojos de Vito.

—¿Por qué estabas buscando un arma, Bryan? —pregunta Vito, empujándolo más profundamente en la silla—. ¿Conciencia culpable?

—¿Qué carajo? —La sangre corre sobre su boca balbuceante—. Hank sonaba raro. Pensé que estaba borracho, pero cuando los vi, ¡me di cuenta de que estaba asustado! ¡Por supuesto que voy a defenderme!

Es un desafío mantener a raya mi temperamento cuando tanto de este misterio está envuelto en sombras. La verdad se siente al alcance, pero ¿cuántas personas más como esta vamos a perseguir?

—Seré breve, Bryan, porque estoy realmente muy cabreado persiguiendo mi propia cola. Un hombre vino a verte con el nombre de Carlos. ¿Lo recuerdas?

Bryan palidece ligeramente y sacude la cabeza. —No.

—Eres un mentiroso —gruñe Vito, empujando con fuerza a Bryan y levantando su puño. Lo golpea con fuerza en la cara una y otra vez.

Bryan trata de defenderse con algo de instinto de supervivencia, pero aparte de lograr desalojar la chaqueta de Vito de su hombro, no hace nada más. Vito lo saca de la silla y lo estrella contra el escritorio, luego saca su pistola y la mete bajo su barbilla.

—¡Raffaele te va a preguntar de nuevo y será mejor que digas la maldita verdad esta vez!

Me inclino sobre los dos y encuentro los ojos salvajes y aterrorizados de Bryan. —Carlos. ¿Por qué vino a verte?

—Porque... —Bryan se ahoga y jadea, moviendo su cabeza de un lado a otro—. Mierda, no puedo. ¡Me matarán!

—Y yo te mataré si no lo haces —gruñe Vito.

Tengo curiosidad sobre *ellos* pero no voy a detallar cualquier información que Bryan tenga. No todavía.

—¡Mierda! —Bryan golpea su cabeza contra el escritorio y arruga su rostro golpeado, luego se desinfla como si toda la pelea hubiera salido de él—. Carlos... vino a verme por su hermana.

—¿Y? —lo insto cansadamente.

—Quería saber cómo murió.

—¿Fue una sobredosis? —pregunto, desafiándolo a mentirme en la cara.

Los ojos de Bryan giran en derrota y sorbe espesamente. —No —murmura—. No, ella murió por sobreconsumo de un componente tóxico.

Vito y yo cruzamos miradas, luego Vito suelta a Bryan y retrocede, pero mantiene su arma apuntándole.

—Cuéntame todo lo que le dijiste a Carlos. —Me acerco más—. Y si detecto aunque sea un indicio de que me estás mintiendo, haré que Vito te entierre vivo ahí afuera. ¿Entendido?

Bryan asiente, levantándose lentamente del escritorio y arreglándose la camisa arrugada. —Él quería ver el informe de autopsia real. —Habla rígidamente, como una especie de viejo juguete de cuerda—. Realmente no podía mentirle después de que Hank le contó sobre el suministro de agua, así que le mostré la verdad. Solo pensé que quería una maldita clausura.

—Pero quería algo más, ¿no?

—Sí. —Bryan limpia su nariz ensangrentada en su manga—. Quería saber por qué lo encubrí. Le dije exactamente lo que te diré, ¿de acuerdo? Tengo una familia que alimentar y proteger. ¿Este trabajo? Es ingrato. El estado apenas me paga una mierda y tengo que lidiar todo el día con policías cansados y arrogantes empeñados en atribuir cada muerte a un tiroteo de pandillas. Así que cuando me ofrecieron un trato, lo acepté.

—¿Cuántos? —interviene Vito de repente, y por la expresión de su rostro está claro que ha comprendido algo—. Carlos quería saber, ¿no es así?

Bryan asiente mansamente. —Sí.

—Entonces, ¿cuántos? ¿Cuántas muertes has encubierto por beber agua contaminada, eh?

Bryan se desploma en su silla y comienza a escribir en su computadora con la cabeza caída. —Muchas. Pero tienes que entender, solo enterré las que vi. No puedo hablar por ningún otro lugar.

Con unos pocos clics, muestra una larga lista de números de archivo, todos con nombres adjuntos. Al girar el monitor hacia mí, mi pecho se aprieta como si estuviera atrapado en un tornillo. Hay demasiados para contar y más páginas de las que me interesa mirar.

—¿Los catalogaste? —Vito se burla.

—Tenía que hacerlo —responde Bryan—. Necesitaba saber sobre quién mentir si alguien venía a preguntar, y luego quería algo que usar en caso de que... en caso de que algo como esto sucediera.

Efectivamente, la hermana de Carlos está en la lista.

Esto está más allá de mí. Las muertes son comunes en mi línea de trabajo. Las guerras se extienden a las calles y la gente muere todo el tiempo, pero hay secciones de la ciudad bajo mi protección. Y bajo la protección de todos los demás jefes de la Mafia con algún tipo de séquito. No podemos tener tanto poder solo con amenazas. Ayudamos a la gente. Los protegemos. Cuidamos de ellos.

¿Cómo mierda protejo a la gente del agua tóxica? Los nombres se desplazan y se desplazan mientras Bryan continúa divagando. —Esas personas iban a morir de todos modos y la mayoría ni siquiera recibió una causa de muerte. Algunos fueron listados como si hubieran tenido un ataque cardíaco. Algunos simplemente murieron. Es difícil probar el envenenamiento tóxico sin pruebas muy específicas.

—Y tú analizas a todos, ¿no es así? —gruñe Vito—. ¿De qué otra manera sabrías la verdadera razón por la que murió la hermana de Carlos?

—Sí. —La cabeza de Bryan se hunde más—. Hay algunas señales que busco, pero realizo las pruebas y luego entierro la causa de su muerte.

Cada nombre es como una gota de gasolina en el fuego ya furioso dentro de mí. Tanta gente. —¿Qué más quería Carlos? —

pregunto, mirando hacia arriba desde la pantalla—. ¿Qué más le dijiste?

La respuesta de Bryan se pierde para mí porque en el momento en que vuelvo a mirar la pantalla, un nombre destaca como un faro resplandeciente.

Lucia Castiglioni.

La madre de Adelina.

No.

Hago clic en el nombre y una foto de ella aparece en la pantalla, completa con todos los detalles de su muerte. Fragilidad, tos y debilidad en las extremidades. Dolores de cabeza, hemorragias nasales inexplicables y más. Fue catalogado como cáncer con algunas notas inexplicables más allá de mi comprensión.

Mi sangre se congela y antes de que pueda detenerme, escribo un nombre en la barra de búsqueda.

Serena Monroe.

Aparece un resultado.

Mi sangre se convierte en hielo y reacciono sin pensar mucho. La rabia me consume mientras vuelo sobre la mesa y tacleo a Bryan sacándolo de su silla. Caemos al suelo, y su grito de miedo es cortado por mi puño destrozando su cara una y otra vez. El fuego quema mis articulaciones, la sangre retumba en mis oídos, y un temblor doloroso se apodera de todo mi cuerpo.

No Serena.

No la mujer que amé consumiéndose por una misteriosa enfermedad.

Nunca, jamás habría considerado un envenenamiento, e incluso si lo hubiera hecho, habría culpado a los rusos o a los irlandeses.

Y Lucia.

La madre de Adelina.

Muerta.

—¿Quién te pagó para enterrar esto? —rujo, golpeándolo una y *otra vez*.

La cara de Bryan se convierte en papilla mojada mientras la piel y el músculo se parten bajo el impacto repetido de mi puño. Los

dientes se desprenden, el hueso se fractura y se rompe, y su cara se hincha como una pelota de playa.

—¿Quién mierda te pagó?

—Cast... —croá Bryan cuando finalmente detengo mi furioso ataque. Tose y la sangre sale de su boca. Un ojo se hincha cerrándose, y el otro está vidriado y opaco.

Lo agarro por la garganta y lo acerco a mi cara. —¿Quién? —exijo con una voz fría y vacía.

—Castig-*tos*-scal... pas... oni...

—¿Quién?

—*Pascal*.

30

ADELINA

Mis hormonas me están volviendo loca. Google me dice que es normal sentirme descontrolada durante el primer trimestre, pero eso no lo hace más fácil. Un minuto, estoy tan excitada por Raffaele que me duele físicamente cuando se aparta para atender asuntos de trabajo. Esta mañana se fue diciéndome que tenía algo *extremadamente* importante que atender, y me sentí como una niña a la que le niegan un dulce mientras todos los demás se comen el suyo frente a ella.

Al minuto siguiente, estoy abrumadoramente triste por Marie y mi madre y todos los niños del hospital que no tienen idea de que ahora estoy pagando sus facturas médicas y dándoles acceso a tratamientos que nunca habrían podido imaginar. No necesito agradecimientos —los padres llorosos y agradecidos son más que suficientes— pero la tristeza crece cuando mi mente se llena de miedo de que no todos estos niños estén en condiciones de beneficiarse de un mejor tratamiento. Algunos sufren enfermedades tan misteriosas como la de mi propia madre.

Y luego está la ira. La pobre Caterina soporta la peor parte de mis sofocos y mis rápidas fluctuaciones de humor, y no es su culpa. Simplemente es la única que está lo suficientemente cerca para recibir mi ira. Esta mañana se llevó la peor parte cuando mi excitación y la falta de mi esposo me irritaron hasta el punto de sacar toda mi ropa de las cómodas y armarios para luego

enfurecerme porque nada se sentía bien cuando la volví a guardar en un orden diferente.

Necesito hablar con alguien, y el único que sabe de mi embarazo es mi padre.

Así que le dejo un mensaje a Raffaele, llamo a mi padre y lo convenzo para cenar conmigo. Al principio se muestra un poco reacio, pero al final no acepto un no por respuesta.

Llega la noche y los apetitosos aromas de pollo condimentado, montones de pasta y verduras frescas y crujientes casi abruman mis sensibles sentidos mientras me siento a la mesa con mi padre frente a mí. Él desdobla su servilleta y luego se aclara la garganta tan bruscamente que Caterina, que estaba en proceso de sentarse a mi lado, se queda congelada.

—Caterina, ¿te importaría dejarnos?

Sus ojos se entrecierran ligeramente. —Adelina no debe salir de mi vista.

—Aunque es admirable, me gustaría mucho cenar a solas con mi hija.

—Papá, no será un problema. Su presencia me hace sentir segura y mantiene a Raffaele tranquilo.

Los ojos de mi padre también se entrecierran. —Addie, querida. Tenemos cosas delicadas que discutir.

Oh.

Tiene razón.

No le he contado a Caterina sobre el embarazo, y no puedo hablar de ello mientras ella esté aquí. Aclarándome la garganta, le sonrío ampliamente. —Estaré bien, Caterina. En realidad, solo necesito algo de tiempo con mi padre. Ha pasado mucho tiempo desde que estuvimos solo los dos.

Caterina parece dudar por un momento, luego asiente y sale del comedor.

—¿Siempre está así de pendiente? —pregunta con un suspiro, cargando inmediatamente su tenedor con una montaña de pasta.

—Solo está haciendo su trabajo —respondo—. Es mi amiga además de mi guardia, así que nos llevamos bien.

—Claro. Y dime, ¿cómo está ese esposo tuyo?

En el pasado, esa palabra de mi padre me habría disgustado, pero mis sentimientos que crecen rápidamente por Raffaele me hacen sonreír sin control.

Esposo.

—Está bien. Ha estado bastante ocupado con una construcción en la mansión. Hubo algún tipo de accidente mientras estábamos en Italia, así que eso le está tomando mucho tiempo. Pero me ha estado dejando bastante libertad en todo. De hecho, ¿sabes el hospital donde paso tanto tiempo? ¿El que cuidó tan bien de mamá? ¿Donde los niños dan clases de arte y pintan para las paredes?

Mi padre asiente.

—¡Pues me he convertido en miembro de la junta directiva!

Mi padre se atraganta repentinamente, y me levanto a medias de mi silla alarmada. —¡Papá!

—¡Estoy bien! —Tose rápidamente con ladridos cortos y agudos —. Estoy bien. Solo fue un hipo.

Volviendo a sentarme, suspiro aliviada. —Ten cuidado, papá.

—Sí. Lo siento, ¿te has convertido en miembro de la junta?

—Sí. Mientras estaba en Italia, hice una especie de introspección y me di cuenta de que quería hacer más que solo pintar para esos niños. Con el dinero de Raffaele —*nuestro* dinero— hay mucho más que puedo hacer por ellos. Podemos apoyar a los padres exhaustos y conseguir mejores tratamientos para los niños, acceso a una mayor calidad de atención médica y medicamentos que antes estaban fuera de sus presupuestos, ¿sabes? Me reuní con la junta hace unas semanas, y puedo ser bastante persuasiva. Aunque todavía no estoy segura de cómo terminé en la junta. —Masticando pensativamente un ramillete de brócoli, me río—. Tal vez simplemente compré mi entrada.

—¿Por qué harías eso? —Mi padre me observa intensamente.

—¿Qué quieres decir?

—¿Raffaele no considera que es un desperdicio?

—Primero, no me importaría incluso si lo considerara así —respondo—. Es importante para mí. Y segundo, él lo alentó. De hecho, fue él quien señaló que tengo acceso a sus miles de millones

a través de nuestro matrimonio, así que realmente podría haberlo pensado antes. ¿Por qué?

—Parece muy... costoso.

—¿Y? —Mis cejas se juntan—. Esos niños y sus familias están en la misma situación en la que estábamos nosotros, papá, teniendo que quedarnos sentados viendo cómo nada funciona para salvar a quien quieres. —Recuerdos de mi madre destellan brevemente ante mis ojos—. No sé si algo de esto ayudará, pero lo mínimo que puedo hacer es brindar consuelo a esos padres ayudándoles a probar cada última oportunidad para ayudar a sus hijos. Creo que eso significa mucho.

—¿Y qué hay del tuyo? —Alcanza su copa de vino—. No le has dicho a Raffaele todavía, ¿verdad?

Bajo la mirada y deslizo inconscientemente una mano sobre mi estómago. —No —digo suavemente—. Quiero hacerlo, pero también me preocupa ilusionarlo y si algo sucede, no tendré nada que darle. También quiero estar segura de que esto es lo que quiero primero.

—Por supuesto que es lo que quieres. —Mi padre inclina la cabeza, bebiendo lentamente—. ¿Qué otra cosa podrías querer?

Resoplo suavemente, divertida. —Aunque no lo creas, no he pasado mucho tiempo pensando en hijos. Y Raffaele es mucho mayor. Me sorprende un poco que incluso pudiera dejarme embarazada.

—Es brillante que lo haya hecho.

Mi padre parece más emocionado de lo que me había imaginado, dado que nunca he hablado con él sobre hijos. —¿Tú crees?

—Lo sé.

—Bueno, de todos modos, tengo tiempo. Estoy casi en los tres meses según mis cálculos aproximados, y voy a decírselo a Caterina mañana para que pueda ayudarme a acudir a algunos chequeos. Pensé en hacerlo en el hospital, pero no quiero que me vean como débil. ¿Convertirme en miembro de la junta directiva y luego irme en seis meses para tener un bebé?

—Eso no será un problema —responde mi padre—. Pero no le dirás a Raffaele hasta que estés segura, ¿verdad?

Asiento y luego niego con la cabeza. —¿Honestamente? —Es difícil contener una sonrisa—. Las cosas han ido muy bien. No es en absoluto como el hombre que pensé que era. Es mucho más... humano de lo que parece.

—Yo no estaría tan seguro —responde mi padre, apuñalando agresivamente su pasta.

—No lo conoces como yo. —Mi estómago se aprieta ligeramente, y el siguiente bocado no se asienta tan agradablemente—. Es amable. Y dulce. Atento, también. Simplemente lo oculta.

—No olvides que es una persona peligrosa. Un bebé no cambiará eso.

Instantáneamente, el aire cambia. La cena cálida y amistosa con mi padre de repente se siente como un interrogatorio sobre Raffaele. Donde quiero encontrar apoyo, solo veo juicio.

Tal vez sea mi culpa. Tal vez debería haber involucrado más a mi padre.

Aunque, él me dijo que fuera y fuese una buena esposa.

Dejando mi tenedor, limpio mi labio inferior con la servilleta y fuerzo una sonrisa. —Sabes, en realidad estoy muy cansada. Debe ser el embarazo. Ya sabes cómo son estas cosas.

Mi padre asiente, pero su atención de repente está en su teléfono.

La irritación brota dentro de mí, así que empujo mi silla hacia atrás y me pongo de pie. —Me voy a casa, papá. Lo siento. Pero la próxima vez que hagamos esto, invitaré a Raffaele y tal vez puedas ver el lado de él que yo veo.

Agarrando mi bolso, busco dentro mi teléfono para contactar a Caterina, con la intención de pedirle que me encuentre afuera.

Justo cuando me acerco a la puerta, esta se abre de repente y varios de los guardias de mi padre entran y bloquean deliberadamente la puerta.

—Disculpen —digo, dejando clara mi molestia en mi tono.

—Lo siento, Adelina. —Mi padre está de pie con su teléfono en la mano.

—¿Por qué lo sientes?

Se acerca a mí y gentilmente toma mi mano, sonriéndome como si estuviera orgulloso y triste al mismo tiempo. —No puedo dejarte ir.

Esas palabras envían un escalofrío punzante por mi columna. —¿De qué estás hablando?

—Todo tendrá sentido pronto —dice—. Pero necesitas quedarte aquí. Entonces, finalmente serás libre de Raffaele.

—¿Libre? —Me burlo suavemente—. Papá, no quiero ser libre. No hay nada de él de lo que necesite ser *libre*.

—Puedes dejar la actuación —dice, dándome palmaditas en la mano incluso mientras la aparto bruscamente de él—. Has interpretado tu papel mejor de lo que jamás podría haber esperado, pero Addie, querida. Es hora del acto final.

RAFFAELE

Un silencio sofocante llena el auto mientras Vito y yo conducimos por las calles de la ciudad que rebosan de vida nocturna, ajena al peligro que la rodea. Un peligro proveniente de lo que debería ser la cosa menos peligrosa del maldito planeta.

El agua del embalse.

Mucho de lo que hemos descubierto hoy parece como piezas rotas de una vasija que se agitan dentro de una bolsa esperando ser armadas.

Vito está sentado a mi lado en el asiento del copiloto, golpeando furiosamente sus dedos contra su muslo. Justo cuando estoy a punto de preguntarle qué está pensando, habla.

—Así que Pascal ha estado pagando a médicos para falsificar certificados de defunción y sobornando a funcionarios del gobierno para aplastar cualquier intento del público de cuestionar la calidad del agua que viene del embalse —chasquea la lengua contra los dientes—. Una lista que incluye a Lucia, la madre de Adelina, y... a Serena.

Por el rabillo del ojo, noto que me está mirando, pero no hablo. No puedo. Que Serena esté en esa lista no tiene sentido porque ella murió de cáncer. Eso es lo que me dijeron. Se enfermó. Tuvo cáncer y murió. Es imposible que la hayan envenenado.

Imposible que estuviera tan enferma y yo no lo notara.

Mi agarre se tensa en el volante, volviendo mis nudillos blancos.

—Pero la pregunta importante ahora es por qué —continúa Vito —. ¿Y cómo? ¿Cómo es que el agua es tan tóxica que envenena lentamente a la gente y los enferma tanto que no hay nada que pueda ayudarlos? ¿Y por qué encubrirlo? ¿Por qué pagar a gente para mantener algo así escondido, especialmente cuando se ha llevado la vida de tu propia *esposa*?

Vito está tratando de encontrar una conexión en este desastre, pero actualmente parece que no la hay. Todo es incoherente y confuso. La madre de Adelina sufrió y murió, y en lugar de destrozar el mundo para averiguar por qué, Pascal pagó para encubrirlo.

Yo no podría hacerle eso a Adelina. El mundo ardería si algo así le sucediera a ella.

Tal como debió haber sido con Serena.

Si tan solo hubiera mirado un poco más profundo y hubiera visto algo, incluso algo aleatorio y desconectado...

Freno de golpe, haciendo que el auto se detenga con un chirrido. Ambos somos lanzados hacia adelante y varios autos a nuestro alrededor tocan la bocina mostrando su molestia por mi parada repentina, pero me golpeó tan rápido que de repente todo tiene completo sentido.

—Los irlandeses.

—¿Qué? —Vito tose, ajustando el cinturón de seguridad contra su pecho—. Mierda, eso dolió.

—Lo siento, pero ¿no lo ves? —me giro para mirarlo—. Es raro que los irlandeses causaran tantos problemas en mi burdel, pero podría explicarse como que estaban demasiado borrachos para darse cuenta con quién se estaban metiendo. Pero esa misma noche, Adelina fue agredida. Y luego el ataque a la mansión la *misma* noche que regresamos de Italia. Tal vez podría justificarlo pensando que los irlandeses ni siquiera sabían que yo estaba fuera del país y que quizás solo estaba encerrado.

Los ojos de Vito comienzan a abrirse a medida que llega a la misma conclusión que yo. —¿Crees que están conectados a todo lo demás, que no es algo aleatorio?

—*Exactamente*. Pascal. Él sabía cuándo íbamos a volver de Italia. De hecho, él es la maldita razón por la que volvimos. Pero el ataque

al burdel... no sé cómo está conectado, pero tiene que haber algo.

—¡Pascal está confabulado con esos malditos irlandeses! —Vito golpea con la mano el tablero, luego hace una seña obscena agresivamente a un auto que pasa rugiendo alrededor nuestro.

—Tiene que estarlo. Y más que eso, mierda, no puedo creer que no haya pensado en esto antes, pero los irlandeses hacen su dinero a través del petróleo y la energía, ¿verdad? Tienen esas grandes plataformas en el océano, tienen todas esas plantas de energía e instalaciones por toda la ciudad.

—Pero siempre predican sobre lo *verde* que es su energía. Todos esos malditos chistes verdes irlandeses, presumiendo de lo seguras que son sus prácticas.

—¿Y si no lo son? Quiero decir, carajo. Algo está contaminando el suministro de agua. Pascal lo sabe y está pagando grandes cantidades para mantener a la gente callada, lo que significa que está encubriendo a alguien. Lo que significa que *él* sabe qué está haciendo que el agua sea tóxica.

—Y los irlandeses no operan aquí —añade Vito—. Están al otro lado de la ciudad.

—Exactamente. Para cualquiera que revise sus cosas, parecen tan verdes como la maldita hierba, pero ¿y si le están pagando a alguien más para deshacerse de sus desechos tóxicos, tirándolos tan lejos que incluso si fueran descubiertos, no los relacionarían con ellos? Y mantienen que su propia forma de producir energía es *segura y verde*.

—¿Pero por qué? —Vito me mira a los ojos—. Me gusta esta teoría. Mucho. Pero ¿por qué encubrir el hecho de que la gente se enfermó y murió? Incluyendo a su propia *esposa*. ¿No lo habría enfurecido eso y habría querido venganza? ¿Por qué aliarse con los irlandeses en primer lugar?

—Yo... —ahí es donde mi teoría flaquea—. No lo sé. Él vendió a Adelina, así que tal vez no sea tan orientado a la familia, eso es seguro. Pero sí sé una cosa.

Vito levanta una ceja.

—Carlos descubrió lo que acabamos de descubrir. Y luego tuvo discusiones a gritos con Pascal hasta que apareció muerto. Una

muerte que fue encubierta por *yo* matando a su familia por robar ese cargamento de drogas.

—¿Crees que fue falso?

—Me vuelvo para mirar la carretera, apretando los dientes con tanta fuerza que me duele la mandíbula—. Creo que me han usado. Soy un peón en el juego de alguien más, y tan pronto como les ponga las manos encima, los voy a matar.

Los pensamientos de venganza encienden un nuevo y fresco fuego en mi alma que arde durante todo el camino a casa. Puede que no conozca toda la verdad, pero sé lo suficiente para asegurarme de que Pascal será polvo cuando termine con él. Y luego seguirán los irlandeses.

Espero que Adelina me perdone, pero tengo el presentimiento de que lo entenderá.

Ese fuego existe hasta que regreso a la mansión donde el portero tropieza consigo mismo para alcanzarme cuando Vito y yo entramos a zancadas.

—¿Qué sucede? —pregunto en el momento en que nuestros ojos se encuentran.

Él me entrega una nota, jadeando por sus pasos apresurados. —Su esposa, señor. Adelina. ¡Fue a cenar con su padre hace algunas horas y nunca regresó a casa!

ADELINA

—¿Qué quieres decir con que no puedo *irme*? Quiero volver a casa.

—Addie, esta es tu casa —mi padre intenta tomarme la mano nuevamente, pero algo en ese muro opresivo de guardias entre la puerta y yo hace que mi ansiedad aumente más fuerte y aguda de lo que ha estado desde aquella noche en ese motel de mierda.

—Papà, me voy a casa. A mi verdadera casa.

—Addie...

—¡Déjenme pasar! —Aparto mi mano de su agarre y me acerco a uno de los guardias, pero él refleja mis movimientos y se mueve a un lado conmigo—. ¡Muévete! —Intentar pasar empujándolo resulta inútil en cuestión de segundos y mi pulso comienza a acelerarse—. ¡Caterina! ¡¡Caterina!!

—Ya nos ocupamos de Caterina —dice mi padre con voz suave mientras regresa a la mesa.

Los nervios que me recorren la columna empeoran. Un escalofrío recorre mis hombros y una inesperada sensación de malestar me retuerce las entrañas mientras me giro lentamente para mirarlo.

—Papà... ¿qué has hecho?

—Pensé que estarías agradecida —se sienta con un suspiro relajado y vuelve a su comida.

—¿Agradecida?

—Tener a alguien acosándote las veinticuatro horas del día difícilmente resulta cómodo, ¿no?

—Ella no me estaba *acosando*, me estaba protegiendo. Es mi amiga, Papà. ¿Qué le has hecho? —El frío escalofrío se adentra más en mi cuerpo, extendiéndose por mi pecho como si acabara de tragar un trozo de hielo—. Dime que no la has lastimado.

—Me *ocupé* de ella. Eso es todo lo que necesitas saber —responde—. Ahora siéntate. Come.

—No tengo hambre, carajo.

Sus ojos se clavan en mí. —No traigas ese lenguaje vulgar a mi casa.

—¿Actúas así y lo único que te provoca algún tipo de reacción es mi forma de *hablar*? —Apenas puedo contener mi asombro. Las paredes parecen más cercanas y un cosquilleo se desarrolla en mis manos. Un impulso de correr. De salir de aquí antes de encontrarme tan atrapada como lo estuve en ese motel.

—Te crié mejor —responde.

—Papà, cómo me criaste no significa nada cuando soy una mujer adulta.

—Una mujer adulta que, si me permites decirlo, toma las decisiones más estúpidas que he visto jamás. Quizás tengas razón. Quizás cómo te crié sea irrelevante porque claramente no fue lo suficientemente bien.

Me acerco a la mesa, tratando de encontrar un espacio cómodo entre los guardias y mi propio padre. —¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de *eso* —señala agresivamente mi estómago con el tenedor.

Inmediatamente cubro mi abdomen con una mano. —¿El bebé?

—Sé que tuviste que dejar que ese hombre terrible te tocara, pero ¿dejar que te embarazara? Es asqueroso pensarlo. Lo único bueno que saldrá de *eso* es lo que podemos hacer con él.

Mi corazón late tan rápido que es un borrón de sensaciones en mi pecho, con latidos ocasionales, extraños y poderosos golpeando mis costillas. El suelo se tambalea, y agarro el respaldo de la silla más cercana para sostenerme. —No entiendo. Pensé que estabas feliz por mí.

—Entendiste mal —mete comida en su boca como si estuviéramos teniendo una conversación normal durante la cena—. Te ayudaré a deshacerte de él, no te preocupes, pero que lo sigas llevando por un tiempo más funciona a nuestro favor.

—*¿Qué?*

—Mira a tu alrededor, Adelina. ¿Olvidaste todo lo que te enseñé sobre Raffaele antes de que ustedes dos se casaran? Sus destrozos por cada familia italiana que lo miró mal. Los negocios que robó. Las mujeres y niños que masacró para asegurarse de que no quedara nadie para desafiarlo. Nuestra ciudad se estaba convirtiendo en su patio de juegos ensangrentado y yo estaba cansado de esperar para ver si éramos los siguientes.

Pienso en los niños de la viña, llevados a un lugar seguro bajo la vigilancia de Raffaele. Pienso en las personas a las que ha ayudado silenciosamente y cómo cada persona que ha matado era una persona terrible, terrible. Desde fuera, parece un frenesí sin sentido, pero ahora lo sé mejor. Veo lo profundamente que se preocupa por su gente. Veo el dolor que carga y la responsabilidad de proteger y ayudar a quienes no pueden luchar por sí mismos.

—Estás equivocado —digo con amargura—. Ves lo que quieres ver.

—Veo las cosas como son, Adelina. Y tu *marido* estaba a un paso de destruir lo que he estado construyendo durante *décadas*.

—Entonces explícame, Papà —espeto, buscando un asiento para intentar que el suelo deje de tambalearse—. Explícame qué demonios está pasando.

—¿Alguna vez has mirado alrededor de nuestra gran ciudad? —Extiende su brazo sobre la mesa como si fuera una representación de la ciudad que dice amar tanto. Luego toma la botella de vino y la vuelca sobre su cabeza. El líquido rojo inmediatamente salpica y empapa el mantel, extendiéndose en una ola—. Mira cómo se propaga la enfermedad. Raffaele es esa enfermedad. Y yo he estado trabajando duro para limpiar este lugar para que aquellos con verdadera visión, verdaderos *ideales*, puedan guiarnos mejor.

—No estás diciendo nada coherente, Papà.

—Adelina, los irlandeses me han estado financiando durante décadas. ¿No lo notaste? Mis negocios estaban fracasando. Otras familias me estaban superando a pasos agigantados, burlándose de mis decisiones comerciales y pisoteándome cuando les convenía. Estaba cansado de que me menospreciaran, cansado de que mi esfuerzo fuera eclipsado por algún ratoncito arrogante con más balas que sentido común.

—Por eso lo odias tanto —digo en un susurro bajo mientras la realización se asienta pesadamente en mi corazón—. Porque Raffaele estaba luchando por debajo de ti y logró construir un imperio. Ha hecho todo lo que tú no pudiste.

El rostro de mi padre se retuerce de ira y furiosamente arroja su tenedor. —Esa cucaracha no es *nada* comparado conmigo.

—Claro. Pero... —Frunzo el ceño—. ¿Por qué a la mafia irlandesa le importaría? ¿Qué les importa a ellos si una familia italiana pequeña como la nuestra estaba en apuros?

—Los irlandeses tenían un problema —su ira se transforma en arrogancia en un instante—. Lo descubrí por accidente, pero en lugar de hacer lo que la mayoría haría y usarlo para impulsarme por un corto período, invertí en ese problema durante mucho tiempo. Les di una solución a su problema único y, a cambio, pagaron mis deudas. Apoyaron mi negocio. Nos han mantenido tan en verde durante tantos años que casi tengo demasiado dinero. ¡Imagínate! —Se ríe y levanta su copa para beber.

—Pero en mi boda... me dijiste que habías pedido otro préstamo para mantenerte a flote hasta que llegara el dinero de Raffaele. ¿Eso fue mentira?

—¡Por supuesto! Escucha, Adelina. Ese préstamo era simplemente un pago de Hector O'Brien. Solo lo retorcí un poco porque necesitaba que estuvieras lo suficientemente frágil como para que Raffaele fuera tu mejor opción. Necesitaba que estuvieras dedicada a estar cerca de él.

¿Mi propio padre me manipuló de manera tan grave? Lágrimas de ira y frustración se acumulan detrás de mis ojos. —¿Pero por qué?

—Raffaele es un problema. Sus destrozos contra las familias más pequeñas nos pondrían en su camino tarde o temprano. Y si yo caía, los irlandeses perderían su solución a su problema. Verás, me hice indispensable para ellos y reconocieron que había que encargarse de Raffaele si yo iba a seguir ayudándolos. Y tú eras la forma más perfecta de mantener un ojo constante sobre él.

—Me haces sonar como si fuera una especie de espía.

—Lo eras, querida. Simplemente no lo sabías. Desafortunadamente, Raffaele ha demostrado ser una cucaracha escurridiza. Enviamos asesinos tras él en sus clubes, pero su plan falló. Lamento que te vieras involucrada en eso, por cierto.

Mi corazón cae como una piedra y el mundo se vuelve borroso mientras parpadeo. —Espera... ¿asesinos? —Los recuerdos de esa noche regresan como una avalancha—. ¿Tú sabías de eso?

—Lo sabía.

—Entonces tú... —Apenas puedo hablar mientras la incredulidad me ahoga en oleadas—. ¿Tú sabías que esos hombres nos drogaron a Marie y a mí? ¿Todo fue una trampa para atraer a Raffaele y matarlo?

Mi padre asiente. —Una lástima que fallara.

—¿Una lástima que fallara? —repito débilmente—. ¿Una lástima que fallara? —La ira surge a través de mí y agarro el plato más cercano de verduras y lo lanzo directamente hacia él—. ¡Fui atacada! ¡Fui agredida y casi violada, Marie maldita sea murió, y todo lo que puedes decir es que es una lástima que fallara?

Mi padre logra evitar el plato y se rompe en mil pedazos en el suelo detrás de él. Parece sorprendido mientras se ajusta la camisa. —Solo estaban jugando contigo, Adelina. No hay necesidad de ser tan dramática.

—¿Tienes alguna idea de lo jodidamente traumatizante que fue eso para mí? —grito, agarrando el siguiente plato más cercano. Antes de que pueda lanzarlo, uno de los guardias se acerca y me lo quita de las manos—. Estuve aterrorizada durante semanas. *Semanas*. No podía dormir. Me sobresaltaba con las sombras. ¿Y todo este tiempo fue por tu culpa?

—No, fue por culpa de Raffaele —Mi padre golpea la mesa con una mano, haciendo saltar los vasos—. Tu pequeño marido resultó más escurridizo de lo que cualquiera esperaba. Deberías saber esto, Adelina. A veces, tenemos que aguantarnos y seguir adelante. Es el mundo en el que vivimos. Y sabía que si mataba a Raffaele cuando los irlandeses habían fallado, obtendría más dinero y poder del que jamás había soñado.

—Todo a costa de tu hija. —Las lágrimas impregnan mis palabras, cayendo lentamente por mis mejillas.

—Desafortunadamente, no pude alejarte de él después de eso, y luego salieron del país, así que me encontraba en un callejón sin salida.

—Nunca estuviste enfermo, ¿verdad?

Sus ojos se encuentran con los míos. —No. No lo estaba. Solo necesitaba que él volviera a Estados Unidos. Y entonces los irlandeses hicieron otro movimiento y, mira tú, Raffaele fue más inteligente una vez más. Los llevó a ambos a un hotel.

—¿Qué? —Me limpio la mejilla—. ¿De qué estás hablando?

—¿La noche que regresaron? Llamé a Hector. ¿La renovación que Raffaele está haciendo en la mansión? Son reparaciones porque los irlandeses atacaron esa noche. Y luego él masacró a uno de sus hombres como venganza. Iban a asesinarlo abiertamente hasta que me dijiste que estabas embarazada y me di cuenta de que podríamos matarlo mucho más fácilmente, y exactamente como queremos.

De alguna manera, me siento aún más enferma. Cada latido de mi corazón parece lento. Mis entrañas se revuelven y las náuseas suben por mi garganta, amenazando con traer consigo la poca cena que comí. Todo lo que sabía ha sido una mentira. Mi padre amoroso y protector no es más que una serpiente, y la verdad está destrozando mi mundo.

Por alguna ironía del destino, Raffaele, el hombre que todos ven como una amenaza, es la única persona que realmente me ha protegido.

—Con esa cosa repugnante dentro de ti y tú aquí, podemos dirigir a Raffaele exactamente a donde queramos. No dirá que no. El

muy idiota se enamoró de ti exactamente como esperaba que lo hiciera, y ahora que te he alejado de él, los irlandeses pueden hacer lo que quieran. Lo mataremos y luego nos desharemos de ese asqueroso engendro que llevas dentro.

La desesperación da paso a una repentina oleada de ira, pero esta es diferente de la furia explosiva que me hizo arrojar los platos. Esta es más silenciosa. Más fría. Con lágrimas aferradas a mis pestañas y un labio inferior tembloroso, miro fijamente a mi padre.

—No.

—¿No? ¿Qué quieres decir con no?

En solo unos segundos, mi incertidumbre sobre este bebé se solidifica en un impulso protector que es más fuerte que cualquier cosa que haya sentido antes en mi vida.

—Te *mataré* antes de que siquiera te acerques lo suficiente para dañar a mi bebé. ¿Entiendes? Este es mi bebé. *Mío*. Y no te dejaré quitármelo.

ADELINA

Hay demasiado que procesar, y siento que me estoy volviendo loca.

Mi propio padre me hizo sujetar a la fuerza en una silla y estoy usando hasta la última gota de energía para no entrar en pánico por la presión de las esposas que uno de los guardias puso alrededor de mis muñecas para mantenerme quieta. No voy a decirles por qué es aterrador estar de repente atada y atrapada en una habitación llena de hombres mayormente desconocidos, porque lo más importante ahora es mi padre.

Ya no me siento segura con él.

Así que no voy a mostrarle ni una gota más de mi trauma.

—Te ha lavado el cerebro, Adelina —dice, colocando mi teléfono sobre la mesa frente a él—. ¿Dónde está mi niña enérgica que compartía el sueño de grandeza para esta familia?

—Creció —mis palabras son afiladas como cuchillos—. Se dio cuenta de que hay cosas más importantes.

—Ah. Como tu precioso hospital. —De repente, no puede mirarme a los ojos—. Acabaremos con eso.

—¡Ni lo sueñes! —Me impulso hacia adelante, el metal se clava en mis muñecas y mis hombros se echan hacia atrás bruscamente—. No puedes decirme qué puedo y qué no puedo hacer con mi dinero.

—Que pronto será mi dinero —responde mi padre—. Tan pronto como nos ocupemos de un pequeño asunto.

—Papà, por favor...

—Basta, Adelina. Ya he escuchado suficiente. —Toca la pantalla y el sutil burbujeo del tono de llamada llena el aire. Luego un clic.

—¿Adelina? —La voz de Raffaele se escucha con total claridad, y mi corazón se eleva. Las lágrimas brotan inmediatamente de mis ojos solo con el sonido de su voz—. ¿Adelina, estás bien? Cariño, ¿estás a salvo?

—¡Raffaele! —Me impulso hacia adelante una vez más, y una mano pesada cae sobre mi hombro para mantenerme sentada.

—¡Adelina!

—Raffaele. —Mi padre interrumpe, y la llamada queda mortalmente silenciosa.

Entonces Raffaele habla.

—Pascal. —Hay tanto veneno frío en su tono. Nunca lo había escuchado sonar así. Jamás.

—Estoy seguro de que a estas alturas, has descubierto más de lo que se suponía que debías saber —dice mi padre, no, Pascal.

—¿Quién te llamó? —espeta Raffaele—. ¿Fue Hank?

—En efecto.

—Maldito cobarde.

—Deberías haberlo matado, Raffaele. Eso es muy impropio de ti.

Raffaele gruñe, y aun a través del teléfono, su furia es suficiente para cargar el aire que nos rodea.

—Si le tocas un solo *cabello*, te destazaré como a un cerdo y te mantendré con vida solo el tiempo suficiente para que presencies la destrucción de todo lo que has construido.

—Apenas estás en posición de hacer amenazas —responde Pascal con una arrogancia presumida que nunca he visto en mi padre. La máscara ha caído por completo y se presenta ante mí como realmente es. Un hombre frío y calculador, ávido de poder.

—No tienes idea de en qué posición estoy.

—Creo que sí. Es simple, Raffaele. Te entregarás para una muerte rápida si quieres mantener a mi querida hija viva e ilesa.

—¡Está mintiendo! —intervengo rápidamente—. Raffaele, no lo escuches. No me hará daño, así que no hagas nada estúpido, ¿está bien?

—Adelina. —Su tono es infinitamente más suave al decir mi nombre—. Por favor, ten cuidado. Tu padre es más peligroso de lo que podrías imaginar.

—¿Estás tratando de ponerla en mi contra? —murmura Pascal—. Debes saber, Raffaele, que esto no es una negociación. Tengo a mi hija de vuelta donde pertenece, y tú vendrás a entregarte. Así de simple.

Pongo los ojos en blanco, luchando contra un escalofrío de miedo que se desliza por mis hombros. Las propias acciones de Pascal me han puesto en su contra. Nada más.

—¿En serio? ¿Crees que ella simplemente volverá al molde que tallaste para ella? —espeta Raffaele—. Ella es una mujer independiente. Pero ¿por qué no ves qué tan bien funcionará ese pequeño truco después de que le cuentes lo que le hiciste a Carlos?

—¿Qué? —Un pulso de frialdad irradia desde mi pecho, enfriando mis extremidades, seguido por una oleada de escalofríos por mi espalda.

—Dile cómo lo mataste. ¡Dile cómo eres responsable de las muertes de Serena y de tu propia esposa, maldita sea!

Pascal golpea con la mano el teléfono, terminando la llamada y dejando que las palabras de Raffaele persistan en el silencio que queda.

Mi corazón late tan fuerte que me duele la cabeza, y mi visión se nubla por las lágrimas contenidas mientras miro del teléfono a mi padre.

—¿Qué... De qué está hablando?

—No lo escuches —gruñe Pascal.

—¿A qué se refiere? Carlos y... y *Madre*...

Llega rápidamente a mí y me da una fuerte bofetada en la cara. El calor y el dolor florecen en mi mejilla mientras mi cabeza gira hacia un lado, y jadeo, dejando finalmente que las lágrimas corran por mis mejillas.

—Dije que no lo escuches.

—¡Dímelo! —Mi cabeza gira de vuelta y lo miro fijamente con dureza—. ¡Dime la verdad! ¿Qué hiciste?

Los labios de Pascal se abren brevemente, luego retrocede y se frota la barbilla como si estuviera debatiendo qué partes de la verdad puede contarme.

—Ya no importará. Nada de esto importará —dice rígidamente—. Una vez que mate a ese maníaco, el resto no importará.

—Ese *maníaco* vendrá hacia acá —digo entre dientes, sacudiendo la cabeza contra el dolor de su bofetada—. ¿De verdad crees que puedes matarlo antes de que me cuente la verdad?

—¡La verdad es lo que yo digo que es! —grita Pascal, señalándome con un dedo rechoncho—. Recuerda eso, Adelina. Soy tu padre y sé lo que es mejor para esta familia. Siempre he sabido lo que es mejor.

—¿En serio? Porque parece que tu *mejor* ha sido inútil hasta que los irlandeses intervinieron —me burlo, y luego me enderezo ligeramente y retrocedo—. Los... ¿qué... qué es lo que haces para ellos?

—¿Hmm? —Mirando su propio teléfono, frunce profundamente el ceño ante mi pregunta.

—Me dijiste que los irlandeses tenían un problema que tú arreglaste. ¿Cuál... cuál era el problema?

Los hombros de Pascal se elevan como si se estuviera inflando, luego malhumorado guarda su teléfono en el bolsillo y me enfrenta.

—Bien. ¿Quieres saber la maldita *verdad* tan desesperadamente? Los irlandeses tienen un problema de residuos tóxicos y yo me encargué de ello. Necesitaban a alguien para transportarlos y desecharlos, y yo era perfecto para eso. Nadie mira dos veces mis camiones viajando por la ciudad porque piensan que están llenos de productos falsificados como bolsos y zapatos. Pero no es así. Están llenos de todos los desechos tóxicos de las plantas de energía irlandesas.

Mi corazón late cada vez más fuerte. ¿Mi padre ha estado desechando residuos tóxicos para los *irlandeses*? Los irlandeses son famosos por sus afirmaciones de poder trabajar con petróleo de la manera más segura posible sin ser una amenaza para nadie.

Entonces, ¿por qué Raffaele mencionó a Serena? ¿Y a mi madre?

A menos que...

Serena estaba enferma. Recuerdo que Raffaele me contó lo enferma que se puso y nadie sabía la causa. Luego falleció y lo dejó con el corazón roto hace unos diez años. ¿Y mi madre?

—¿Dónde? —pregunto, mi voz tensa y débil por el esfuerzo de mantenerme bajo control—. ¿Dónde desechas los residuos?

Pascal suspira y se apoya contra la mesa.

—En el embalse.

—¿El de las colinas?

—Sí.

—¿El... el que abastece a todo el lado oeste de esta ciudad?

—Solo hay un embalse, Adelina.

—Pero eso es una *locura*. ¿Por qué harías algo así? Seguramente debes saber que envenenaría a las personas.

Pascal no responde.

—¡Contéstame! —levanto la voz, inclinándome hacia adelante en mi silla—. ¡Dime la maldita verdad por una vez!

—¡Bien! —Algo en Pascal finalmente se quiebra y se vuelve hacia mí con fuego ardiendo en sus ojos—. He estado desechando sus residuos tóxicos durante años. Técnicamente, los hemos estado enterrando, pero se filtraron a través del suelo y llegaron al agua. Pequeñas cantidades, así que apenas importaba, pero con los años, empeoró. Y tu maldito prometido lo descubrió porque no pudo superar la muerte de su hermana.

—¿Carlos?

—Exactamente. Ese pedazo de mierda se volvió arrogante. Creo que como se estaba casando con nuestra familia, pensó que tenía suficiente respaldo para apoyar su investigación, pero luego conectó los puntos hasta llegar a mí y estaba furioso. Amenazó con decírtelo, con decírselo al mundo. No podíamos permitir que eso sucediera.

—No... —Carlos era un buen hombre. Tan decente como se podía ser en este negocio, aunque un poco aburrido—. ¿Tú lo mataste?

—Lo hice —admite Pascal con alegría—. Maté a esa pequeña rata. Con la ayuda de los irlandeses, fue fácil robar algunos cargamentos de drogas de Raffaele y dirigir su ola de asesinatos hacia una familia que lo había traicionado.

Gruesas lágrimas brotan en mis ojos, cayendo silenciosamente por mis mejillas. Raffaele no lo habría sabido mejor. Todo lo que habría visto era una familia amenazando su sustento y los sustentos de todos a quienes trataba de proteger. Los habría matado sin misericordia, y no lo culpo. Ya no.

—Tiramos el cuerpo de Carlos allí después de la carnicería, y todo quedó resuelto.

—Me tomaste de la mano —susurro con voz ronca—. En su funeral. Me tomaste de la mano y me consolaste. Estabas tan triste como yo.

—Estaba aliviado —corrige Pascal—. Había estado cavando demasiado profundo y había que ocuparse de él. Además, su postura moral sobre todo era asfixiante. Claro, algunas personas se estaban enfermando y muriendo, pero es mínimo en comparación con los hogares y negocios que dependen de la energía que producen las plantas irlandesas. Y mantienen bajo el costo del gas.

—Y... —Estoy casi demasiado enferma para preguntar— ¿Mamá? ¿Ella también descubrió la verdad?

—¿Tu madre? —Se burla como si nunca hubiera compartido un solo momento afectuoso con ella—. Ella fue daño colateral. Pero Adelina, tienes que entender que ella ya tenía cáncer cuando se enfermó. Probablemente habría muerto de todas formas.

—¡Maldito! ¡Maldito retorcido! ¡No sabes eso! —Me levanto de un salto en mi asiento, arrastrando la silla conmigo mientras me abalanzo sobre mi padre con odio retorciéndose en mis venas—. Podríamos haberla salvado, podríamos haberla ayudado. Incluso podrías haberla llevado a otro lugar, lejos del maldito agua. ¿Por qué dejaste que muriera? ¿Por qué? ¿Por qué la mataste?

Varios guardias se apresuran a avanzar y me arrastran hacia atrás cuando estoy a un centímetro de mi traicionero y parásito padre. A pesar de mis esfuerzos, no puedo liberarme.

Mi corazón late tan fuerte que mis dientes palpitan. Mi piel está caliente y mi ropa de repente se siente como si estuviera hecha de paja áspera por cómo raspa contra mi cuerpo.

—Fue una muerte desafortunada —responde Pascal, ajustándose la ropa mientras retrocede—. Pero como dije, estas son muertes

necesarias para mantener fluyendo energía barata para miles.

—¿Es por eso que no quieres que trabaje en ese hospital? ¿Estabas preocupado de que lo descubriera?

—Algo así.

—Estaba equivocada —sollozo mientras caigo de nuevo en mi asiento, mis muñecas inflamadas por mis esfuerzos contra las esposas.

—Una vez que me ocupe de Raffaele, te mostraré a qué me refiero. ¿Realmente puedes sopesar un puñado de muertes contra el sustento de miles?

—Estaba tan equivocada contigo. —Lloro desconsoladamente—. Estaba equivocada sobre Raffaele, sobre ti, sobre todo. Espero que Raffaele te mate. Espero que te mate lentamente.

—Vamos, Adelina. —Pascal se acerca y, por un momento, parece como si realmente esperara ver comprensión de una hija en mis ojos —. No me digas que realmente tienes sentimientos por ese hombre. No puedes amar a un monstruo como él.

—Él no es el monstruo —siseo entre dientes apretados, levantando la cabeza y mirando con veneno a mi padre—. Tú lo eres.

RAFFAELE

Se convierte en un juego de espera, pero no me quedo sentado sin hacer nada mientras espero a que Pascal establezca las reglas cuando decida devolverme la llamada. Cada segundo que Adelina pasa con él es un segundo en el que podría quitármela para siempre, y nunca podré vivir conmigo mismo si no hago todo lo que esté en mi poder para salvarla.

Tengo a mis hombres peinando la ciudad en busca de Adelina en todos los lugares que se nos ocurren. Ninguno de los negocios de Pascal está fuera de límites. Tampoco sus lugares habituales ni sus casas de vacaciones. Además de eso, he pedido todos los favores posibles para poner a la policía en alerta máxima, rastrear cada vehículo a nombre de Pascal, y saquear y desmantelar cada propiedad que él y sus guardias hayan visitado alguna vez.

El único lugar que no ha sido destrozado es la mansión de Pascal. Ya habría demolido el lugar si no fuera por las imágenes de las cámaras de seguridad que muestran cómo Adelina fue arrastrada fuera de allí poco después de que Pascal me llamara. La ha escondido en algún lugar, y voy a encontrarla.

—¡Jefe! —Vito corre hacia mí con el brazo extendido, metiendo su tableta en mi mano cuando se detiene—. Captamos una señal... de su teléfono... Esa es la dirección —jadea entre respiraciones.

Miro fijamente la pantalla. Es una casa en las afueras de la ciudad, muy lejos del área de búsqueda que hemos estado

revisando. Tiene sentido que intentara esconderla en un lugar donde pensaría que yo no buscaría.

—¿Cuándo apareció esto?

—Hace diez minutos.

—Llévame allí.

—Jefe, podría ser una trampa. O tal vez está preparándose para llamarlo y llevarlo a otro lugar.

—Si llama, contestaré. —Empujo la tableta contra el pecho de Vito—. Hasta entonces, llévame allí.

El viaje es tenso. A pesar de la velocidad con la que Vito navega por la ciudad, no es lo suficientemente rápido para mí. Mi pecho está en un constante estado de opresión, tengo un dolor de cabeza justo detrás de los ojos, y mi estómago está retorcido en nudos tensos y ácidos.

Debería haber cuidado mejor de Adelina.

Nunca debería haberme alejado de su lado.

Tal vez incluso debería haberle dicho la verdad sobre su padre tan pronto como sospeché algo. En mis esfuerzos por protegerla, dejé que volviera inocentemente a sus brazos.

Esto es mi culpa.

Cuando frenamos bruscamente frente a la casa abandonada, saco mi pistola de la funda y salgo corriendo del auto solo para ser detenido por la mano de Vito en mi brazo.

—Deberíamos esperar refuerzos. Podría ser una trampa.

—Probablemente lo sea —digo, liberando mi brazo—. O ella está ahí dentro y esperar afuera no hace más que mantenerla lejos de mí.

Vito pone los ojos en blanco y saca su arma. —Eres un idiota.

—Lo que sea.

Juntos, corremos por el camino hacia la casa y llegamos a la puerta. La derribo inmediatamente, sin dudar mientras entro a la vivienda.

—¡Adelina!

Vito mantiene un arma en alto con la atención dividida en su teléfono, donde está marcando el número de Adelina. Nos detenemos en el pasillo. Examino las oscuras escaleras que

conducen al segundo piso, luego miro las puertas a mi izquierda y derecha. Un pasillo paralelo a las escaleras conduce a una cocina sucia al final, y mi pecho se contrae brevemente cuando las notas musicales del teléfono de Adelina llenan el aire.

—¡Aquí dentro! —Atravieso la puerta a mi derecha y tropiezo al entrar en la habitación. Mi sangre se congela ante la escena.

Un cuerpo yace desplomado en el suelo, encorvado y de costado. El olor dulzón y cobrizo de la sangre me llega a la nariz, y salpicaduras de carmesí brillan en el suelo, reflejando la luz que se filtra a través de las polvorientas cortinas de encaje sobre la ventana.

—Adelina —jadeo suavemente, tropezando conmigo mismo para llegar a ella—. ¡Adelina!

Caigo de rodillas en el duro suelo, guardando mi pistola y agarrando su hombro. No hay pensamientos en mi mente mientras la volteo, solo horror.

Luego alivio.

No es Adelina.

—¿Caterina? —Vito jadea sobre mi hombro, cayendo a mi lado.

Caterina está gravemente golpeada con una mordaza empapada de sangre en su boca. Su torso está cubierto de múltiples moretones oscuros y laceraciones, con su ropa apenas adherida a su cuerpo.

—Mierda. —Sosteniendo su cabeza, trabajo en desatar la mordaza mientras sus ojos parpadean y se abren.

Se ensanchan en el momento en que me ven y sus labios se mueven alrededor de la mordaza, pero sus palabras permanecen ahogadas.

—Espera —la tranquiliza Vito rápidamente—. Vamos a sacarte de aquí. —Se inclina sobre su cuerpo y recoge el teléfono de Adelina, terminando la llamada con un toque del botón. Lo desliza dentro de su chaqueta justo cuando logro desatar el nudo de la mordaza.

—¡Trampa! —grazna Caterina débilmente—. S-Salgan, él preparó la habitación para...

La explosión destruye toda la pared a mi izquierda, enviándonos a Vito y a mí a estrellarnos uno contra el otro y luego contra el viejo sofá entre nosotros y la ventana. El calor es intenso mientras una

bola de fuego pasa sobre nosotros, quemando piel y cabello antes de elevarse hacia el techo.

Un agudo zumbido llena el aire, instalándose en mis oídos por el sonido de la explosión, y la onda expansiva expulsa todo el aire de mis pulmones. Me quedo ahí, incapaz siquiera de respirar mientras un calor abrasador quema mi cara. Cualquier sudor que se forma se seca al instante.

Luego Vito está sobre mí. Sus labios se mueven, pero no puedo oírlo por encima del zumbido. Lo miro entrecerrado mientras me agarra por la camisa y me levanta.

—¡Muévete, carajo! —Algunas palabras atraviesan el ruido ensordecedor en mis oídos, pero es suficiente para impulsarme hacia arriba. Me pongo de pie con la ayuda de Vito, y nos dirigimos directamente hacia Caterina. Juntos, la arrastramos hacia arriba entre nuestros dos cuerpos y tambaleamos hacia la puerta. Finalmente puedo respirar de nuevo, pero el humo quema mi garganta, obligándome a toser duramente. La puerta parece imposiblemente lejana a través del humo y el rugido de las llamas, pero de alguna manera, logramos salir afuera donde la primera bocanada de aire fresco y limpio se siente como una explosión de menta en una fría mañana de invierno.

—¡Mierda! —Vito tose bruscamente mientras bajamos tambaleantes por el camino y caemos de rodillas.

Miro hacia arriba e instantáneamente recibo un rodillazo en la mandíbula. Me envía volando hacia atrás, y caigo en un montón sobre el césped, todavía luchando por respirar a través de la constante tos que mi cuerpo me obliga a hacer. Varios disparos de repente estallan en el aire y luego alguien está encima de mí, golpeándome repetidamente en la cara.

El dolor explota a través de mi mejilla y mi mandíbula. Mi pecho está siendo aplastado. La presión se hincha en mi cráneo por la falta de oxígeno.

No puedo respirar.

Apenas puedo ver a través de ojos llorosos.

Él está encima de mí, golpeándome hasta quitarme los sentidos.

Mierda, Raffaele. ¡Levántate! ¡Levántate!

Lanzo mi codo hacia arriba y golpeo a mi atacante en la punta de la barbilla. Su cabeza se echa hacia atrás, así que lo golpeo directamente en la garganta. Sale volando de encima de mí con un gorgoteo, y ruedo sobre mis manos y rodillas, tosiendo y jadeando a través del humo en mis pulmones y la sangre que gotea de mi labio inferior.

Entonces algo impacta mi muslo, como un puñetazo que rápidamente palpita convirtiéndose en un dolor agudo y horroroso. Grito, volteándome para ver a mi atacante aferrado a la empuñadura del cuchillo que clavó en mi pierna. En el fondo, soy vagamente consciente de Vito enfrascado en su propia pelea y Caterina de alguna manera resistiendo en otra contienda.

—¿Qué carajo, hombre? —jadeo mientras el dolor se convierte en una sirena estridente por todo mi cuerpo. Corta a través de la niebla en mi mente y el aturdimiento de la explosión, trayendo el mundo a un enfoque nítido.

—¡Muérete de una puta vez! —El hombre arranca el cuchillo y se lanza hacia arriba como un oso a punto de caer con el golpe mortal.

Saco mi pistola de la funda tan rápidamente que el cargador me quema la mano y disparo varias veces en el pecho del hombre que estaba a segundos de acabar con mi vida. Su rostro se tuerce de dolor y luego cae hacia atrás como un montón inerte.

Jadeando pesadamente, me volteo y escupo un bocado de sangre en el suelo mientras varios disparos más resuenan en el aire, luego el fuerte zumbido de vehículos que llegan llama mi atención.

¿Qué clase de refuerzos son si llegan tan tarde?

Me levanto aturdido, luego grito cuando el dolor agrava la herida de cuchillo en mi pierna, y de repente unos brazos rodean mi cuerpo, arrastrándome hacia arriba y lejos del infierno que consume la casa.

Vito y yo nos derrumbamos de nuevo en el suelo, apoyándonos contra mi auto con Caterina a nuestro lado. Los tres jadeamos pesadamente, viendo cómo la casa es consumida mientras el resto de mis hombres revolotean como murciélagos limpiando la basura que Pascal dejó atrás.

—Mierda... santa... —jadea Vito.

—I-Intenté decírselo —dice Caterina débilmente.

—Maldito Pascal —jadeo cansado—. Caterina, te llevaremos a un hospital.

—Estoy bien —dice. Nuestros ojos se encuentran y ella estalla en una risa débil y cansada, luego se pone seria—. L-lo siento, jefe. Intenté detenerlos. Intenté salvarla.

Empujándome hacia arriba hasta sentarme, agarro mi muslo herido y asiento. —Lo sé. Lo sé. Te conseguiré ayuda, lo prometo.

—Hay algo que debería saber. —Caterina agarra débilmente mi brazo—. D-Debería habértelo dicho, pero no era mi secreto.

—¿Qué?

—Adelina está embarazada. Encontré su prueba. Me dijo que fue negativa, así que supe que quería mantenerlo en secreto, pero tienes que saberlo. Tienes que tener cuidado.

Embarazada.

¿Adelina está llevando a mi bebé?

~

Pascal me llama tres horas después.

Mi pierna está vendada, Vito me está recetando varios tragos de vodka para el dolor, y Caterina está ingresada en el hospital donde, con suerte, salvarán su vida.

Estoy exhausto. Esa explosión me quitó mucha energía, pero no disminuye mi feroz determinación de encontrar a mi esposa.

De hecho, estoy listo para matar a cada persona que encuentre que *no sea* ella solo para reducir la búsqueda.

Porque está embarazada.

No puedo entender por qué no me dijo algo tan increíblemente importante, pero esto hace que la situación sea mucho más grave. No solo necesito salvar a mi esposa, sino que también necesito salvar a mi bebé por nacer. Nunca me he sentido tan al límite.

Un movimiento en falso y Pascal eliminará a toda mi familia.

Me digo esto mientras contesto su llamada, pero tan pronto como escucho su voz traicionera, el veneno dentro de mí surge. —

Eres un hijo de puta rastrero con cara de rata —gruño—. Cuando te ponga las manos encima, lo que les he hecho a otras personas parecerá un maldito juego de niños, ¿entiendes? Voy a hacer que supliques por la muerte y no te la concederé hasta que hayas pagado.

—No me sorprende que mi hija haya empezado a maldecir después de estar con un hombre como tú —responde Pascal con amargura—. Lamento enterarme de que la bomba no funcionó.

—No es sorprendente, dada la naturaleza chapucera de tus planes. —Levanto mi vaso y lo vacío de un trago.

—¿En serio? Nadie sabía sobre mi trabajo con los irlandeses. Diría que mis planes son decentes.

—Y sin embargo, un don nadie como Carlos pudo desentrañar tus planes solo porque mataste a su hermana.

—Un evento desafortunado —responde Pascal—. Pero pronto terminará. Tan pronto como te elimine, todo esto quedará enterrado, y tú, Raffaele, vas a caminar hacia tu propio funeral.

—¿Y por qué es eso?

—Porque si no lo haces, te haré escuchar los sonidos que hace Adelina cuando está siendo torturada, por eso.

Mi corazón cae como una piedra, y una fría náusea se instala en mis entrañas. —¿Hablas así de tu propia hija?

—No tienes idea de hasta dónde llegaré —gruñe Pascal—. Así que voy a enviarte una dirección y vas a entrar arrastrándote como un buen perrito, ¿entiendes?

Cruzo miradas con Vito, quien está positivamente hirviendo con rabia apenas contenida.

—Bien. Lo haré. Porque esa es la diferencia entre tú y yo, Pascal.

—¿Cuál es?

—Yo realmente me preocupo por tu hija.

Tan pronto como cuelgo el teléfono, Vito explota. —¿En qué diablos estás pensando? ¡No puedes simplemente entrar y entregarte! Tiene que haber otra manera. ¡Que te vuelvas suicida no hace nada para salvar a Adelina!

—Vito...

—No puedes inclinarte ante un hombre así. Después de todo por lo que hemos trabajado, todo por lo que *tú* has trabajado. Te matará, ¡y lo único que la gente recordará de ti es que eras un carnicero!

—Vito...

—¡No lo permitiré! Me niego. Tiene que haber otra manera porque esa escoria no merece...

Lo silencio colocando mi mano en su hombro. —Vito. Necesito que hagas algo por mí.

El dolor cruza su rostro. Luego asiente lentamente. —Lo que sea, jefe.

—Necesito que te encargues de los irlandeses como hablamos. ¿Puedes hacer eso por mí?

Después de un momento de silencio, Vito asiente. —Considéralo hecho.

RAFFAELE

Esperar las instrucciones precisas de Pascal me está matando. Me mantiene en vilo, probablemente para hacerme sufrir, y está funcionando, pero no soy de los que se quedan sentados sin hacer nada mientras alguien me apunta con un arma a la cabeza.

La mujer que amo está en peligro y no puedo ayudarla de inmediato. Después de la explosión que casi nos mata a Vito y a mí, tengo que ser más cuidadoso. Pascal seguramente espera que me quede quieto esperando la llamada telefónica que me diga dónde ir y cuándo estar allí, pero no lo haré.

Todavía hay un problema que puedo resolver activamente y son los irlandeses.

—¿Estás seguro de esto? —Vito me mira por encima de sus lentes de sol—. Si hacemos esto, existe la pequeña posibilidad de que Adelina se vea involucrada.

—Lo dudo. Si lo hacemos bien, solo aquellos que necesiten saber estarán al tanto de la participación de Pascal. ¿Los demás? —suspiro y arrastro el último archivo a la memoria USB—. Los demás verán lo que queremos que vean.

—¿Tienes algún arrepentimiento? —pregunta Vito mientras retiro la unidad y la coloco en su palma.

—¿Sobre eso?

Él se encoge de hombros y guarda la unidad en su bolsillo.

—Cualquier cosa. Todo.

—No. Yo... —La duda me hace pausar—. Admitiré que si no hubiera estado tan enamorado de Adelina, tal vez habría visto algo antes. Pero es una extraña cara y cruz, ¿no crees? Sin ella, Pascal y los irlandeses no se habrían acercado tanto a mí. Y sin ella, no sería quien soy ahora.

—Me gusta este nuevo tú —dice Vito—. Quiero decir, no me gusta la idea de que camines hacia una trampa tú solo, pero verte más feliz es bueno.

—¿Recuerdas lo que te dije sobre encontrar a alguien con quien establecerte? —sonrío y le aprieto el hombro—. Tú también mereces una vida. Eres más que solo mi subjefe.

—¿En este tipo de trabajo? ¿Cómo conocería a alguien siquiera?

—Quién sabe. ¿Has intentado meterte en un plan oculto y enamorarte de la hija del cerebro detrás de todo?

—Lo intentaré —Vito sonríe, y luego su sonrisa se desvanece—. Prométeme que tendrás cuidado.

—No puedo prometer eso —digo—. Pero si sucede lo peor, entonces sé que morí haciendo todo lo posible por salvarla.

—Eso apenas me consuela.

—Solo concéntrate en esto —miro su bolsillo—. Necesito que destroces el corazón de esos malditos irlandeses. Haz que se arrepientan incluso de mirar en nuestra dirección.

—Lo haré —Vito asiente y aprieta la mandíbula—. Nos veremos la próxima semana, ¿verdad?

—Cien por ciento.

Mi corazón descansa pesadamente en mi pecho mientras estoy de pie en la ventana y veo salir a Vito. Él tiene toda la información sobre los irlandeses y sus vertidos tóxicos, recopilada con todo lo que pudimos sacarle al médico y a ese político viscoso. Es mucho, y está enredado, pero cualquier reportero que se precie se vendrá al ver lo jodidamente jugosa que es esta historia.

Hacerlo público es la única forma de encontrar justicia, no solo para las personas que han perdido a sus seres queridos, sino para cualquier otra persona que pueda estar remotamente enferma por el agua.

Una vez que recupere a Adelina, nos mudaremos.

Pascal llama una hora después, me ladra una dirección y luego cuelga.

Hora del espectáculo.



El almacén que Pascal me ordena visitar está junto al río. Varios autos salpican el estacionamiento sin un hombre a la vista. Llego solo como él lo solicitó y envío un único mensaje a Vito deseándole suerte. Luego entro.

El aire apesta a polvo y conservantes químicos persistentes de cuando esto era parte de una operación pesquera más grande. Ahora está abandonado, y mis pasos en el suelo de piedra resuenan como los golpes distantes de un tambor.

Quizás muera aquí.

Quizás Pascal me obligue a vivir el resto de mis días en alguna celda oscura y húmeda mientras él destruye todo lo que construyó. No es que importe.

Todo lo que necesito es acercarme a él. Una vez que tenga mis manos alrededor de su cuello, le sacaré a la fuerza la ubicación de Adelina y luego lo mataré.

Camino más profundo en el almacén, luchando por ocultar mi cojera por la herida en mi muslo, y justo pasando una pila de estanterías volcadas, encuentro a Pascal.

Está solo bajo una luz que oscurece las sombras a su alrededor, visiblemente desarmado. No soy lo suficientemente estúpido para creer que lo está, o que está aquí solo, pero jugaré su pequeño juego por un momento.

—Pascal —anunciarme parece innecesario cuando mis pasos actúan como una cuenta regresiva hacia mi perdición, pero estoy sorprendentemente tranquilo. Finalmente, enfrentarlo después de todo este tiempo y todo lo que ha hecho, anticipaba ser abrumado por la ira, pero mi corazón mantiene un ritmo constante por alguna razón.

Por ahora.

—Raffaele —me sonríe fríamente—. Llegas tarde.

—Para nada —ni siquiera miro mi reloj—. Debes estar perdiendo el sentido del tiempo en tu vejez.

—Aun así viviré más que tú —sus ojos se estrechan—. ¿Viniste solo?

—¿Es exceso de confianza o estupidez lo que te hace preguntar eso? —me detengo a unos metros de él, escaneando tanto de los alrededores oscuros como puedo en mi visión periférica. Es difícil distinguir algo en las sombras, así que permanezco en máxima alerta.

Los ojos de Pascal se reducen a rendijas.

—Siempre tan arrogante —me espeta—. Un descarado desperdicio de espacio hasta el final.

—¿Así es como justificarás esto? —pregunto casualmente—. ¿No puedes entender por qué estoy aquí, dispuesto a hacer cualquier cosa que necesite para recuperar a mi esposa?

—Oh, lo entiendo —resopla—. Estás cegado.

—No. Estoy enfocado. No es que tú lo entenderías, considerando cómo estabas más que feliz de permitir que tus acciones envenenaran a tu propia esposa. ¿Le dijiste a Adelina? ¿Le dijiste cómo mataste a su madre?

Pascal cambia su peso de un pie al otro.

—Ella entendió.

—¿Lo hizo? —la irritación comienza a calentar mi sangre—. ¿Entendió cómo el tratamiento contra el cáncer de su madre se vio obstaculizado por la mierda tóxica que seguía bebiendo? ¿Entendió cómo la avaricia de su padre ha llevado a cientos, si no miles, de muertes por envenenamiento, todas atribuidas a las drogas porque él estaba pagando a las personas correctas? ¿Cómo su padre no es algún gran rey de la mafia italiana, sino una rata irlandesa disfrazada?

—¿Cómo te atreves —gruñe Pascal—. ¿Cómo te atreves a insultar mi herencia?

—Tu herencia se marchitó en el momento en que aceptaste un centavo de esos desgraciados irlandeses. Murió en el segundo en

que pusiste la vida de tus seres queridos, y de cada familia que se suponía que debías proteger, en riesgo por dinero rápido.

—¿Viniendo del carnicero que mató para llegar a la cima? —Pascal se burla, echando la cabeza hacia atrás—. No tienes derecho a juzgarme, cobarde.

—Sí, maté a muchas personas. Borré familias enteras del mapa. Pero maté a hombres que me robaron. Maté a familias involucradas en la trata de esclavos. Maté a aquellos que ganaban su dinero explotando a niños y niñas. Y maté a aquellos que me traicionaron después de que les mostré bondad y los hice crecer conmigo. ¿Pero sabes qué nunca hice? —doy un paso adelante—. Nunca metí mi dedo en subastas de esclavos ni casi permití que alguien a quien amo fuera agredida y vendida.

—¡Nunca la habrían vendido! —grita Pascal de repente—. ¡Era solo una forma de atraerte allí para que pudiéramos matarte!

—Traumatizaste a tu propia hija, ¿y para qué? ¿Dos patéticos asesinos que estaban tan enfocados en mojarse el pito que olvidaron su misión principal? Porque si son ellos a quienes contrataste para matarme, estoy jodidamente ofendido.

—Tan ofendido que huiste del país —se burla Pascal—. El gran Raffaele dando media vuelta y corriendo.

—No es que lo entiendas, pero tenía negocios y personas de las que ocuparme. Yo hago eso, ¿sabes? A diferencia de ti. Tú envenenas a la gente. Asesinaste a Carlos por acercarse demasiado, haciendo que Adelina pasara por un infierno aún mayor.

—Hice lo que tenía que hacer —Pascal escupe a mis pies—. Hice todo lo que pude para evitar que el nombre de mi familia cayera en el olvido. Y una vez que estés bajo tierra, tomaré tu lugar —Pascal saca su pistola de su cinturón mientras varios de sus hombres emergen de las sombras.

—No soy el villano aquí. Salvé el nombre de mi familia. Claro, tuve que hacer sacrificios, pero vivimos en un mundo despiadado donde la debilidad te mata. Hice sacrificios y con el tiempo, Adelina lo entenderá.

—¿Lo hará? Mataste a su madre. Mataste a su prometido. Y ahora quieres matar a su esposo —me burlo—. Estás matando a las

únicas personas que alguna vez la amaron porque tú ciertamente no lo haces.

Pascal detiene sus pasos.

—¿Amas a mi hija?

Quiero que ella sea la primera persona en saberlo y escuchar estas palabras, pero ya no estoy seguro de que tendré la oportunidad de decírselo.

—Sí. La amo más que a la vida misma. La amo como las flores aman al sol y el océano ama a la luna. La amo como si fuera el mismísimo néctar de la vida porque para mí, lo es. Ella es mi vida, y voy a matarte, Pascal. Por lastimarla. Por robarle su felicidad. Por atreverte siquiera a alejarla de mí.

—Ella solo te recordará como el monstruo con el que fue obligada a casarse —gruñe, y luego sonríe fríamente—. Dime, si estás tan enamorado de ella, tengo una pregunta.

Mis músculos se tensan mientras observo a Pascal y al puñado de guardias que se acercan.

—Hazla.

—¿Estás dispuesto a morir por la mujer que amas?

—No —digo, tomando a Pascal por sorpresa—. En realidad, no lo estoy.

ADELINA

No.

Raffaele dice no.

Atada firmemente con cuerdas y tela en las sombras del almacén, solo puedo observar mientras Raffaele camina directamente hacia la trampa preparada por mi padre. He luchado contra él cada día que me ha mantenido cautiva, pero este nuevo lado suyo es aterrador.

Aunque, no es un nuevo lado. Este es quien realmente es y simplemente lo ha ocultado de mí porque vio cómo podía manipularme. A su propia hija. No se siente real. ¿Cómo puede el hombre que me crió, que horneaba galletas conmigo los domingos por la mañana y me llamaba Addie como si fuera la joya más preciosa a sus ojos... ¿Cómo puede ese hombre ser falso?

Una máscara inventada sobre un hombre frío, cruel y calculador.

Un hombre que no tuvo reparos en verter desechos tóxicos en el embalse, enfermando a cientos, si no miles, de personas. Me pregunté una y otra vez cómo no tenía empatía por la gente que enfermaba por el agua contaminada, pero ya sabía la respuesta.

No le importó cuando mi madre enfermó, ¿por qué habría de importarle la vida de extraños?

Dejó morir a su propia esposa sin una pizca de compasión o arrepentimiento. ¿Alguna vez sintió una emoción real y humana en

toda su vida? ¿O siempre ha sido así de frío y calculador, obsesionado con el dinero y una reputación que no significa nada?

Y ahora las cosas parecen estar en su peor momento. El hombre que amo entra a este almacén con algún tipo de plan en mente, pero ese plan fracasará porque mi padre siempre ha estado un paso adelante. Ya sea utilizando a los irlandeses para mantener el estatus social o poniéndome junto a Raffaele para actuar como una espía inconsciente, siempre ha estado planeando.

Trabajando y esperando para eliminar a las personas que se interponían en su camino justo cuando era más ventajoso para él. Como Carlos.

Pobre Carlos.

—¿No? —La burla corta y aguda de Pascal me saca de mis pensamientos ansiosos y divagantes, y me concentro en la escena frente a mí.

Pascal está con su arma apuntando directamente a la cabeza de Raffaele, con una sonrisa fría que me hiela la sangre. Raffaele parece más relajado, con una mano en el bolsillo y la sonrisa más arrogante que jamás he visto en su rostro.

Se ve tan guapo. ¿Estoy a punto de verlo morir?

Mi pulso retumba en mis oídos, acelerándose a un ritmo de pánico y miedo. Estar inmovilizada me hace luchar contra mi propia mente para evitar ser arrastrada de vuelta a la noche en que me secuestraron, pero la creciente desesperanza en mi pecho está haciendo que sea una batalla perdida.

No puedo pasar por esto otra vez. Perdí a Carlos. Perdí a Marie.

No a Raffaele.

Por favor, a Raffaele no.

—No —repite Raffaele.

Por supuesto. ¿Por qué moriría por mí? Soy la hija del monstruo que está envenenando la ciudad, la hija del hombre que ha estado tratando de matarlo durante meses. Debe pensar que soy una persona terrible y una-

—Nunca moriré por ella porque jamás la dejaría sola en este mundo. —Raffaele levanta la barbilla con desafío y su sonrisa se ensancha—. Esa es la diferencia entre tú y yo, Pascal. ¿Cuántos años

has desperdiciado con planes y conspiraciones, aferrándote al poder mientras la gente a tu alrededor muere? ¿Cuántas noches te has metido en una cama fría y vacía sin un ápice de calor que te haga compañía?

Un destello de rabia cruza el rostro de mi padre.

—Eres un hombre patético y solitario. ¿Pero yo? Yo veo el valor en las personas, y ¿Adelina? Es la mejor persona que jamás he conocido. Es dulce. Amable. Fuerte. Le dan dinero y poder, ¿y qué hace con eso? Compra un maldito hospital. Ese corazón de oro claramente lo heredó de su madre. Así que no, no moriré por ella porque no abandonaré su lado.

No puedo creer lo que estoy escuchando. Su respuesta es como salida de mis fantasías más salvajes, cuando soñaba con alguien que estuviera tan increíblemente enamorado de mí que haría cualquier cosa por estar a mi lado. Morir por mí es romántico en sí mismo, pero las poderosas palabras de Raffaele hacen que mi pecho se hinche de amor.

No morirá porque quiere estar aquí, justo aquí, conmigo.

—¿Pero sabes qué haré? —La sonrisa de Raffaele desaparece en un instante—. Mataré por ella. A cualquiera que alguna vez le haya hecho daño, a cualquiera que la haya asustado o lastimado, o incluso hecho derramar una lágrima de esos hermosos ojos. Los mataré. Quemaría el mundo entero... no, mi imperio entero, por ella. Porque la amo, y no hay sacrificio demasiado grande para asegurarme de que vuelva justo donde pertenece. Conmigo. De hecho... —La sonrisa regresa brevemente—. Ya he comenzado.

¿Qué quiere decir? Miro rápidamente entre los dos, moviendo mi cuerpo donde estoy acostada, pero mis sutiles movimientos son detenidos por la bota de un guardia en mi espalda. El peso me obliga a soltar un gruñido de aire por la nariz, y hago una mueca, luchando por concentrarme en respiraciones superficiales mientras no puedo apartar la mirada de Raffaele.

Vino por mí.

Sea lo que sea que ocurra en este almacén, sea cual sea el resultado, recordaré esto. Recordaré que vino aquí por mí y que quemaría el mundo por mí.

El brazo de Pascal tiembla ligeramente y la puntería de la pistola baja de la frente de Raffaele a su pecho mientras hurga en su bolsillo buscando su teléfono. Mira la pantalla y su bigote se retuerce.

—¿Esperas a alguien? —pregunta Raffaele con naturalidad—. No me digas que llegan tarde.

¿De qué está hablando? ¿Y cómo puede actuar tan relajado mientras enfrenta una muerte segura? Quiero levantarme de golpe y abofetearlo, y luego exigirle que se tome esto más en serio.

Aunque, tal vez Raffaele ya ha hecho las paces con cómo esto va a terminar.

—¿Qué has hecho? —Pascal levanta la cabeza y su brazo se tensa, levantando nuevamente el arma hacia el rostro de Raffaele.

—Te lo dije. —Los ojos de Raffaele se estrechan hasta convertirse en rendijas—. No hay nada que no haría para recuperar lo que es mío. Me imagino que esperabas que los irlandeses irrumpieran aquí justo ahora, ¿no? ¿Para que pudieras entregarme y seguir tu feliz camino? —Levanta su otra mano y mueve los dedos, imitando a gente que huye—. Están algo ocupados.

—¿Qué? —La boca de Pascal se abre de par en par.

—¿Ya te has dado cuenta? —Raffaele se golpea la sien con un dedo—. Los irlandeses por sí mismos son una potencia, entonces, ¿cómo podría yo, un simple hombre, distraerlos hasta el punto de que ni siquiera vendrían aquí para lidiar conmigo? Déjame pensar... La opinión pública es intensa. Especialmente cuando el público ha sido envenenado durante gran parte de quince años.

—¡Hijo de puta!

—Técnicamente, yo no hice nada. —Raffaele sonríe con suficiencia—. Tu muchacho Carlos hizo la mayor parte del trabajo. Yo solo reuní lo que dejó y lo presenté a las personas adecuadas. Creo que los irlandeses no te contactarán durante mucho tiempo, aunque el FBI podría estar derribando tu puerta. Se toman muy en serio cosas como la contaminación del agua.

El equilibrio de poder cuidadosamente construido por mi padre siempre se basó en una cosa. Los irlandeses y su capacidad para

protegerlo por su propio bien. En solo unas pocas palabras, esa protección se ha esfumado.

—¿Tienes idea de lo que has hecho? —grita Pascal—. Me has jodido, oh, me has jodido tanto. Pensar que iba a darte una muerte limpia, pero ¿sabes qué? No la mereces. ¡No necesito a los irlandeses! ¡No necesito a nadie! Soy Pascal Castiglioni y yo-

Pascal vuela hacia atrás, a los brazos de uno de sus guardias, mientras Raffaele avanza y le propina un poderoso puñetazo en la cara. Algunos de los guardias levantan sus armas, pero la incertidumbre es clara en todos sus rostros.

Los irlandeses eran su estabilidad. Nadie está a salvo. Ya no.

—¿Dónde está ella? —grita Raffaele, abalanzándose sobre Pascal una vez más—. ¡Ahora es el momento en que me dices qué demonios has hecho con mi esposa!

El guardia que me inmoviliza contra el suelo surge a la vida y se quita de encima de mí, sólo para agarrarme por la cuerda que ata mis brazos a mi espalda y levantarme. Gruño a través de mi mordaza mientras la tensión tira dolorosamente de mis hombros. Tan pronto como me pone de pie, me retuerzo alejándome de él e intento dar algunos pasos, pero él rodea mi cintura con un brazo y me levanta del suelo.

Pataleando, echo mi cabeza hacia atrás y choco con algo duro y afilado, con suerte, su barbilla. Mi captor tropieza hacia atrás pero mantiene un agarre firme alrededor de mi abdomen. La desesperación surge a través de mí.

¡Tengo que hacerle saber a Raffaele que estoy aquí!

Una pelea estalla frente a mí donde Raffaele muestra una fuerza impresionante al noquear a dos de los guardias de Pascal. Pateo mis piernas nuevamente, retuerzo mi cuerpo a izquierda y derecha, y luego bajo ambas piernas con todas mis fuerzas. El cambio de peso hace que mi captor pierda el equilibrio, y ambos caemos en un montón con una mezcla de gruñidos y chillidos de dolor.

Rodando, giro mi cabeza hacia mi hombro y comienzo a intentar usar la presión de mi hombro para desalojar la mordaza. ¡Si me sacan de aquí, nunca más lo volveré a ver!

Justo cuando la mordaza finalmente se desliza más allá de mis labios, mi captor agarra un puñado de mi cabello y me arrastra hacia arriba, arrancando un grito de dolor de mi boca.

Raffaele se congela, su puño posado sobre la boca ensangrentada y floja de uno de los guardias de Pascal. Su cabeza se levanta de golpe y de alguna manera, a pesar de la oscuridad de las sombras que me rodean, me mira.

Directamente a mí.

Nuestras miradas se encuentran, y mi corazón acelerado salta dolorosamente en mi pecho mientras renuevo mis esfuerzos contra el guardia que lucha por arrastrarme lejos.

—¡Raffaele!

—¡Adelina!

El guardia bajo su puño es pateado hacia Pascal, haciéndolo tropezar y caer. Entonces Raffaele está corriendo hacia mí a toda velocidad. Su chaqueta ondea detrás de él, su cabello se agita en el aire y su camisa se convierte en una segunda piel por lo rápido que está corriendo.

El guardia que me arrastra jadea alarmado y me suelta. Caigo como una roca, aterrizando sobre mi hombro con un gruñido de dolor, pero inmediatamente me doy la vuelta.

Entonces un disparo resuena como un ladrido, haciendo eco por todo el almacén, y Raffaele cae como una roca al suelo.

No se mueve.

—¡No! —Un grito profundamente dolorido y agonizado sale de mí en mi siguiente respiración y me obligo a ponerme de rodillas.

Pascal está a unos metros de distancia, rodeado por los cuerpos de algunos de sus guardias, con su arma levantada y apuntando hacia donde estaba Raffaele hace un momento.

—¡No! ¡No, no, no! ¡Hijo de puta! —grito mientras lágrimas calientes inundan mis ojos y borran mi mundo. Un dolor agudo abre mi pecho mientras miro el cuerpo inmóvil de Raffaele—. ¡Te odio! Voy a matarte, Pascal. Voy a librar al mundo de tu-

—Ay. —Raffaele pone una mano en el suelo y se levanta lentamente, interrumpiendo mi furiosa diatriba contra mi padre. Mi

captor se abalanza hacia adelante con el puño levantado y lo embiste justo cuando vuelve a ponerse de pie.

—¡Raffaele!

Desvío la mirada para escanear la oscuridad, buscando cualquier cosa que me ayude a liberar mis manos, pero no hay nada. Solo cartón, cajones viejos y algunas latas de pintura oxidadas y volcadas.

—¡Mierda! —Tengo que ayudarlo. ¡Tengo que hacerlo! Pataleando en la tierra, busco frenéticamente en la oscuridad algo que pueda ayudarme mientras Raffaele y mi captor pelean contra los estantes. Entonces, de repente, un estruendo ensordecedor estalla en el almacén y me lanzo al suelo por instinto, temiendo lo peor.

Cierro los ojos y mi mente se desboca.

Esto es todo. Este es el fin. Así es como morimos, y mi padre saldrá de aquí con la cabeza en alto y otra mentira más en sus asquerosos labios.

—Adelina.

La voz de Raffaele suena tan clara y fuerte en mi mente que casi parece que está justo a mi lado. Mi pecho late dolorosamente ante la idea y me esfuerzo por recordar cualquier cosa que Caterina me haya dicho que pueda ayudarme a deslizarme fuera de mis ataduras. *¿Dislocarme el pulgar, tal vez?*

—Adelina. —Su voz es más fuerte, y el calor toca mi mejilla. Me aparto bruscamente y mis ojos se abren de golpe solo para encontrarme cara a cara con Raffaele.

—¿Raffaele?

Sus labios chocan contra los míos y me besa ferozmente, acunando la parte posterior de mi cabeza con una mano y rodeando mi cuerpo con su otro brazo. Me atrae hacia él, besándome como si fuera nuestro primer y último beso todo en uno.

No puedo respirar. Mi cabeza gira de exaltación y confusión mientras todo lo demás se ahoga en el estruendoso latido de mi pulso en mis oídos. Cierro mis manos en puños, clavando mis uñas en mis palmas y besando a Raffaele con toda la fuerza de cada sentimiento no expresado que guardo en mi corazón.

Si no va a haber tiempo, entonces espero que el beso le diga todo lo que nunca tuve la oportunidad de decir.

El beso se rompe, pero Raffaele permanece en mi espacio con su frente presionada contra la mía, jadeando suavemente.

—Raffaele. —Las lágrimas inundan mis ojos una vez más y su hermoso rostro se difumina—. Yo- —De repente, el rápido estallido de disparos llama mi atención. Miro más allá de Raffaele para ver lo que se siente como cientos de sus hombres entrando al almacén, liderados por Vito, quien actualmente está obligando a Pascal a ponerse de rodillas con evidente alegría.

—¿Estás bien? ¿Te lastimaron?

—Te dispararon —jadeo, mirándolo de nuevo a los ojos—. Dios mío, te dispararon.

—Está bien. Adelina, ¿te-

—¡No está bien, te dispararon, maldita sea! ¡No te quedes ahí parado diciéndome que está bien!

—Sí está bien —insiste Raffaele con voz suave—. Estoy bien-

—¡No! ¡Te vi! —Un sollozo se desgarra de mi garganta y me aparto, escaneando su cuerpo a través de mis lágrimas en busca de donde seguramente hay sangre y entrañas derramándose de él—. Te-tenemos que conseguirte ayuda. Una ambulancia para llevarte al hospital porque no puedo perderte, ¿entiendes? No puedo-

—Adelina. —Las cálidas manos de Raffaele acunan mi tembloroso rostro y me obliga a mirarlo a los ojos—. Te prometo que estoy bien. Mira. —Mueve una mano hacia su pecho y rápidamente desabrocha algunos botones de su camisa, revelando un chaleco gris debajo.

—Tú... —Lo miro con ojos abiertos—. ¿Usaste armadura?

—Por supuesto que sí. Venía a salvarte. ¿Realmente pensaste que arriesgaría cualquier otro resultado?

—Yo- —No puedo contener las lágrimas entonces y me derrumbo en los brazos de Raffaele.

Por unos aterradores segundos, pensé que estaba muerto. Mi futuro era sombrío y gris con mi padre llevando a su familia a mayores alturas mientras el hombre que amaba y todo lo que había construido se derrumbaba bajo su talón.

Pero está bien. Está vivo. Está ileso.

—Dolió como el demonio. —Sus labios se curvan—. Pero estoy bien. Ahora dime, ¿te lastimaron?

Niego repetidamente con la cabeza mientras él se mueve a mi alrededor y trabaja rápidamente en las ataduras que mantienen mis brazos firmemente detrás de mi espalda. Sus cálidas manos se cierran sobre mis muñecas, masajeándolas mientras las lleva al frente de mi cuerpo y besa mis palmas una por una.

—Estoy bien —digo con voz ronca—. Estoy... estoy enojada y estoy disgustada y tengo miedo, pero estoy bien.

—Esa es mi chica. —Raffaele rodea sus brazos a mi alrededor y me atrae hacia un fuerte abrazo que es solo ligeramente incómodo debido al duro chaleco blindado en su pecho, pero lo absorbo como el reconfortante calor de un baño caliente.

Él está aquí. Vino por mí. Está bien.

Nos quedamos así hasta que el alboroto se calma y luego Vito aparece al hombro de Raffaele.

—Jefe.

—¿Qué diablos haces aquí? —Raffaele se vuelve hacia él, con la mirada dura—. Yo tenía esto controlado y tú tenías tus órdenes.

Vito se encoge de hombros. —Lo siento, Jefe, pero no iba a tomar ningún riesgo. Tan pronto como me enviaste el mensaje, rastreé las torres de telefonía celular y llegué aquí lo más rápido que pude.

—Eres un bastardo.

—¿Así me agradeces por salvarte la vida?

—Lo tenía bajo control.

Vito suelta una carcajada cortante y sacude la cabeza. —Claro, Jefe.

Raffaele agarra el hombro de Vito y algo silencioso pasa entre ellos, como si estuvieran teniendo una conversación invisible. Luego se vuelve hacia mí y pone un beso prolongado en mi frente. —Quédate aquí.

—¿Qué vas a-

—Por favor. —Me mira a los ojos y sonríe levemente—. Quédate.

Solo estoy de acuerdo porque es él quien lo pide y todavía no puedo creer que no esté muerto. Ese disparo sonó tan definitivo, y el

golpe de su cuerpo al golpear el suelo me perseguirá durante días. Mientras Raffaele se aleja de mí, se hace visible una cojera.

—Lo apuñalaron —responde Vito a mi mirada interrogante en voz baja—. Larga historia.

—¿Lo apuñalaron? —siseo. *¿Qué demonios me perdí?*

Raffaele se acerca a Pascal, quien está arrodillado en el suelo escupiendo veneno a cualquiera que se acerque. Levanta la vista hacia Raffaele y sus ojos se endurecen con puro odio. —¿Crees que has ganado?

—Sé que he ganado —responde Raffaele con calma—. Yo siempre gano.

—Esa arrogancia será tu perdición.

—Tal vez. Me está funcionando hasta ahora.

Uno de los hombres de Raffaele se acerca a él y le entrega algo que no puedo distinguir bien.

—Hazlo —sisea Pascal.

—Lo haré —responde Raffaele—. Pero primero debes saber que esto es tu culpa. Hacemos muchas cosas jodidas en este tipo de trabajo, y no todo es agradable. No todo es amable. ¿Pero tú? —Sus ojos se estrechan hasta convertirse en puntos minúsculos—. Escupiste sobre todo lo italiano para asociarte con esos imbéciles irlandeses y vertiste sus desechos venenosos en el embalse que alimenta de agua a nuestro territorio. Pusiste en peligro a sabiendas las vidas de miles.

La voz de Raffaele se tensa.

—¿Cuántas personas enfermaron y murieron? ¿La hermana de Carlos? ¿Mi esposa?

—¿Qué? —Pascal me mira—. ¿De qué demonios estás hablando?

Raffaele se burla. —No investigaste, ¿verdad? Mi primera esposa, Serena. Se enfermó. Murió. Nadie sabía cómo, pero ahora lo sé por ese médico de mierda al que sobornaste. Lo mismo que le pasó a la madre de Adelina. Dejaste morir a tu propia esposa por esta mierda, Pascal. Y tal vez dejaría pasar eso. Tal vez podríamos existir en el mundo con mi desprecio por tu existencia pero dejándote vivir tu vida. Hasta que hiciste lo impensable.

—De repente, tienes moral —gruñe Pascal entre dientes ensangrentados.

—Siempre la he tenido. Tú simplemente nunca la viste. Pero luego tus asesinos atacaron y agredieron a mi esposa. Y lastimaste a su madre. Dios sabe cuántos de los niños enfermos que tanto adora están enfermos por tu culpa. Y luego la apartaste de mí. A mi esposa y a mi bebé.

Mi corazón se detiene en mi pecho y una oleada de frío desciende por mis brazos y piernas. *¿Lo sabe? ¿Sabe que estoy embarazada?*

Miro a Vito y él sonríe suavemente. —Caterina.

—¿Está viva?

—Sí, lo está.

Mierda santa, necesito sentarme.

—Incluso según los estándares de cada familia de la Mafia en esta ciudad, has hecho lo imperdonable. Espero que te pudras en el infierno como la escoria que eres. —Raffaele levanta su mano y en el mismo segundo que me doy cuenta de que ese guardia le dio a Raffaele una pistola, le dispara a mi padre varias veces.

Una vez en cada pierna, haciéndolo gritar de dolor. Dos veces en el pecho. Luego una en la cabeza.

El silencio posterior es ensordecedor.

Mi corazón se acelera y una sensación de náusea se aprieta en mi estómago mientras miro el cuerpo de mi padre desangrándose en el piso del almacén. Las acciones de Raffaele parecen ser una señal, ya que el resto de sus hombres disparan contra el resto de los guardias de mi padre.

¿Debería sentirme... triste? Verlo allí tirado es una sensación extraña, fuera del cuerpo. Era mi padre, así que siento que debería estar destrozada, pero actualmente no hay más que alivio pulsando a través de mi cuerpo.

Entonces Raffaele está de nuevo frente a mí, pero esta vez mantiene la distancia.

—Adelina. —Su voz es suave—. Te amo. De hecho, amor ni siquiera es una palabra lo suficientemente fuerte porque desde que él te apartó de mí, es como si una parte de mí hubiera estado

desaparecida. Y entiendo si me odias por esto. —Hace un gesto hacia mi padre muerto—. O por cualquier cosa que te haya pasado durante tu tiempo conmigo. Lo entiendo y no te culpo. Pero te amo y aunque me detestes, pasaré el resto de mi vida construyendo la vida perfecta para ti y nuestro bebé. Lo juro. Porque te amo, Adelina. Te amo tanto que incluso vivir con tu odio es mejor que no vivir contigo en absoluto.

Su voz tiembla al final de su discurso y traga saliva con dificultad, observándome intensamente. Vito parece derretirse en las sombras hasta que solo somos nosotros dos.

—¿Nuestro bebé? —pregunto, con la voz apenas un susurro.

—Si quieres que lo sea. —Sus ojos se dirigen a mi vientre.

—Tenía miedo de decírtelo —admito—. Y mi padre, él... hizo buenos argumentos sobre no decírtelo demasiado pronto. Ahora veo que era parte de su plan, pero en ese momento, eso...

—No necesitas explicarte —dice Raffaele mientras estoy allí, luchando por encontrar palabras—. Hiciste lo que pensabas que era mejor, y nunca te culparé por eso.

Me acerco y extiendo la mano hacia él. Raffaele toma mi mano inmediatamente.

—No te odio —digo, estudiando su rostro.

—Acabo de matar a tu padre. Está bien si lo haces.

—Pero no lo hago. Ese monstruo no era mi padre.

La incertidumbre cruza el rostro de Raffaele. —Bueno, cuando todo esto te caiga encima y me odies en unos días, eso también estará bien.

—No te odio —repito firmemente, entrando en sus brazos y acunando su rostro—. No lo hago.

—Estás jugando con mi corazón —dice con una risa entrecortada.

—Lo digo en serio. —Poniéndome de puntillas, presiono un suave beso en sus labios—. Me salvaste. Y eso era todo lo que quería. Te lo prometo, Raffaele, hace mucho tiempo que no te odio.

ADELINA

El sol de finales de agosto se derrama desde un cielo despejado, calentando mis brazos y piernas desnudos mientras descanso cómodamente contra el pecho de Raffaele. Él deja caer perezosamente un brazo alrededor de mi cintura, jugando con mi cabello con su otra mano.

Incluso con los ojos cerrados, puedo percibir casi cada detalle sobre él.

El tranquilo latido de su corazón justo debajo de mi oído, el suave subir y bajar de su pecho mientras respira profundamente, el aroma calmante de su colonia mezclándose con la vainilla que emana de su piel recién lavada.

El mundo a mi alrededor es pacífico. Silencioso.

Justo más allá del patio donde descansamos, los pájaros revolotean entre los árboles, las ardillas corretean por las ramas, y un abejorro particularmente gordo hace una divertida danza tratando de meterse entre los pétalos de una flor. Lo observo con un ojo perezosamente entreabierto y exhalo una suave risa cuando finalmente aterriza en su destino.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Raffaele, sus dedos masajeando perezosamente mi cuero cabelludo y luego acariciando mi cabello una vez más.

—En un abejorro —respondo suavemente—. Estaba luchando por meterse en esa flor de ahí. —Levanto un brazo y señalo

perezosamente en esa dirección—. Por un momento parecía imposible.

—Dramático —murmura Raffaele.

—Intenso —concuerdo—. Pero tuvo éxito.

—Bien por él.

—Mmhmm. —Cierro los ojos y descanso, absorbiendo el calor del sol y la calidez de Raffaele hasta que suena una notificación de texto en su teléfono. No deja de jugar con mi cabello, pero el reconfortante brazo a mi alrededor desaparece brevemente. Cuando reaparece, me muevo en su regazo y abro los ojos para estudiar su teléfono mientras lo sostiene en su mano.

Un artículo de noticias sobre el escándalo irlandés parpadea en la pantalla, reclamando castigos severos contra todos los que participaron en el vertido de residuos químicos que ha envenenado y matado a cientos de personas.

—Vaya —murmuro, estudiando la foto del capitán irlandés siendo arrastrado por unas escaleras con las manos esposadas—. No están ocultando nada de esto.

—No pueden —responde Raffaele—. Vito no solo entregó la información a las autoridades. La envió a todos los medios de comunicación que quisieran escuchar. Nada se mantendrá en secreto. Ninguna muerte quedará sin respuesta.

—Ni siquiera el dinero puede salvarlos. —Merecido, en mi opinión. El tribunal de la opinión pública puede ser duro, pero cuando se trata de imbéciles con poder y riqueza obscena, es la única manera de llegar a un veredicto. Y nadie siente amor por los bastardos irlandeses e italianos que envenenaron el agua.

—Ah, quería decirte. —Incorporándome con una mano apoyada en el pecho de Raffaele para mantener el equilibrio, lo miro a los ojos—. Algunos de los niños en el hospital tienen la toxina en su sangre. Con el tratamiento adecuado, deberían recuperarse por completo.

—Es una noticia maravillosa. —Raffaele sonríe cálidamente—. Estás ayudándolos, supongo.

Asintiendo rápidamente, sonrío. —A todos ellos. Estoy trabajando con la junta para establecer clínicas en toda la ciudad para que la

gente pueda hacerse pruebas. Ya he comenzado una campaña de hidratación para traer agua de otras partes de la ciudad y otros estados para que la gente de aquí tenga acceso a agua potable limpia. El embalse está completamente contaminado, así que tendremos que encontrar otra manera de arreglarlo, pero hasta entonces, nadie pasará sed.

—Qué emprendedora —bromea Raffaele—. Todo eso en una semana me deja en vergüenza.

—Tenía que ayudar. Saber que mi padre causó esto es... —Mi nariz se arruga ligeramente—. Él no está aquí para asumir la responsabilidad, así que lo haré yo. Arreglaré lo que él rompió. No puede traer a nadie de vuelta, pero puede ayudar a la gente a seguir adelante, creo. Lo cual me recuerda, quiero establecer también un fondo para abogados. Cualquiera que quiera demandar debería poder hacerlo.

—No es que esté en contra de que asumas todo el peso del agua y la atención médica de la ciudad. —Raffaele ríe, dejando su teléfono a un lado y acariciando mi cintura—. Pero también necesitas cuidarte.

—Lo haré. Mientras la policía y el FBI hagan su parte, yo haré la mía. Además, es fácil trabajar en eso mientras visito a Caterina.

—¿Cómo está ella?

—Frustrada por estar en el hospital, pero se alegró al enterarse de que Pascal está muerto. —Decir su nombre me deja un sabor amargo en la lengua. No es mi padre, eso es seguro, y desligarme de él me deja espacio para concentrarme en otros sentimientos mejores—. Pero se está recuperando bien. Le salvaste la vida.

Raffaele pone los ojos en blanco. —Apenas.

—Ella me contó lo que hiciste en esa casa. Estoy orgullosa de ti.

—¿Por explotar?

—No. —Riendo, me inclino y lo beso ligeramente—. Mataste al último guardia que tenía alrededor cuando me hicieron daño. Me alegro de que no la mataras a ella, porque me cae bien.

—Oh. —Raffaele rueda los ojos ligeramente—. Ella estuvo ahí para ti, mucho. Y que terminaras con Pascal también fue mi culpa. Si

te hubiera dicho la verdad antes, podría haberte ahorrado mucho dolor.

—Tal vez. —Paso mi pulgar sobre el labio inferior de Raffaele—. Pero escuchar la verdad de su propia boca fue... revelador. Creo que lo hizo más fácil de digerir, en lugar de escucharlo de otra persona. Si me lo hubieras dicho hace un par de semanas, ni siquiera sé si te habría creído.

—Es justo. —Raffaele besa la yema de mi pulgar errante—. Lo siento, Adelina. Has pasado por tanto este mes y la mayor parte es por mi culpa.

—No, la mayor parte fue porque estuve ciega ante la locura de mi padre durante tantos años. Yo... —La tensión se abre paso por mi pecho—. No entiendo cómo pudo preocuparse más por el apellido familiar y la reputación que por su propia familia. Lo que hizo fue repugnante, pero ¿continuar incluso después de que mamá enfermara? ¿Cómo pudo no hacer todo lo posible para salvarla?

Como lo hizo Raffaele por mí. Entró en una trampa sin respaldo, decidido a hacer todo lo posible para recuperarme. ¿No amaba Pascal a mi madre de la misma manera?

—En el momento en que te vendió, sospeché que no era el hombre de familia que decía ser, pero yo también estaba ciego. La mitad por tu belleza y la mitad por mi propio ego.

—¿Crees que soy hermosa? —Sonrío suavemente, y Raffaele ríe —. Solo me pregunto si alguna vez amó a mi madre.

—Tu madre te tenía a ti —dice Raffaele suavemente—. Estoy seguro de que tenía todo el amor que necesitaba. Pascal era solo un hombre retorcido con pensamientos y valores retorcidos, cegado por el dinero y el poder. No merecía llamarte su hija.

—No es que importe ahora. —Suspiro y me acomodo de nuevo contra su pecho—. Está muerto, y es lo menos que merece.

—Ciertamente. Aunque, para ser claro... —Raffaele se incorpora, y yo lo sigo, permitiendo que su cuerpo me mueva—. Agradezco que fuera ese tipo de hombre porque si no te hubiera vendido a mí, nunca te habría conocido ni habría ganado una esposa increíble. — Dos dedos descansan bajo mi barbilla mientras inclina mi cabeza para un beso—. Y ahora vamos a tener un bebé juntos.

Le devuelvo el beso lentamente y estudio sus ojos cuando nos separamos. —¿Realmente estás feliz por eso?

—Nunca lo anticipé —admite suavemente—. Pero en el momento en que esas palabras salieron de la boca de Caterina, fue como si todo de repente encajara en su lugar y lo único que quería en el mundo era recuperarte a salvo. Habría renunciado a todo solo por eso.

—Siento haberlo mantenido en secreto. Al principio, pensé que era porque Pascal se preocupaba por nosotros y no quería hacerte ilusionar. Pensé que era una cosa de hombres. Ahora sé que era solo una artimaña, pero... —Una incertidumbre oprime mi pecho—. ¿Y si vuelve a suceder?

Raffaele frunce el ceño, acariciando mi mejilla. —¿A qué te refieres?

—¿Y si soy ciega ante otros peligros como lo fui con él?

—No es tu instinto ver lo peor en las personas. —Raffaele habla con suavidad—. Pintas para niños enfermos. Tu primer instinto es ayudar a la gente, y compraste un hospital exactamente por esa razón. No poder ver a las serpientes no es algo malo y, además... —Su sonrisa se vuelve astuta—. Me tienes a mí para eso.

—¿En serio?

—Mmhmm. Lo enfrentaremos todo juntos, y soy excelente detectando ratas. Nada te hará daño otra vez, no mientras yo esté cerca.

—¿Y cuando no estés cerca? —Deslizo mis dedos por su pecho, jugueteando con los botones de su camisa.

Raffaele me acerca nuevamente, presionando un beso prolongado en mis labios y rozando suavemente nuestras narices. —Siempre estaré cerca, Adelina. No importa lo que pienses de mí, desde ahora hasta el día en que muramos, siempre estaré aquí.

Habla con una determinación tan honesta que le creo de todo corazón. Nuestros ojos se encuentran, y una oleada de amor se hincha en mi pecho como un globo. Nunca le devolví esas palabras en el almacén porque tenía miedo. Miedo de lo que cambiaría una vez que admitiera que había llegado a amar al hombre que una vez odié.

Pero es el sentimiento más honesto dentro de mí y no puedo seguir ocultándolo.

—Yo también te amo —digo, presionando otro beso en sus labios.

—¿Qué? —Una sorpresa abierta inunda el rostro de Raffaele—. Sabes que no tienes que decírmelo, ¿verdad?

—Lo sé. Pero es verdad. Me haces sentir segura y protegida. Amada. Estuviste a mi lado durante lo de Marie, incluso cuando me estaba portando como una idiota contigo. Viniste por mí y arriesgaste tu vida por mí. Nunca has menospreciado mi arte ni has tratado de persuadirme para que abandone el hospital. Excepto cuando me prohibiste salir, pero incluso entonces, no me hiciste sentir mal por mis pasiones. Me haces sentir apoyada. Y el día que descubrí que estaba embarazada, estaba emocionada. Asustada, claro, pero una parte de mí estaba emocionada porque significa un futuro contigo. Un futuro real.

Para cuando me detengo, las lágrimas brillan en los ojos de Raffaele.

—Así que lo digo en serio —digo, mi voz traicionando las emociones temblorosas dentro de mí—. Te amo, Raffaele.

—Yo también te amo. —Nuestras bocas se encuentran en un beso feroz que difiere de los habituales besos apasionados y mordaces. Este es profundo mientras vertemos cada gota de nuestro amor y verdad en el beso, como si pudiéramos imprimirnos el uno al otro para que ninguno de nosotros olvide lo amados que somos por el otro.

—Gracias —dice Raffaele, abrazándome contra él—. Gracias por devolver el color a mi mundo.

EPÍLOGO

Es veintitrés de febrero. El sol brilla, asomándose por detrás de nubes blancas y esponjosas. El aire está lleno de risas y música, y mi corazón rebosa de amor.

Raffaele me lleva en sus brazos como si no pesara más que la bebé acunada en los míos.

Nuestra bebé.

Nuestra adorable pequeña Lucille nació feliz y saludable, con ojos tan azules como los míos y una mata de pelo rubio que hace juego con el de su padre. Había leído innumerables libros en las últimas etapas de mi embarazo para intentar prepararme para lo que sería tenerla realmente en mis brazos, pero los libros resultaron inútiles.

Nada podría haberme preparado para la inmensa alegría de sostener a mi bebé en brazos por primera vez, ni para la abrumadora oleada de calidez que inundó mi alma desde lo más profundo. También fue la primera vez que vi a Raffaele llorar de verdad.

—¿Estás cómoda? —Raffaele me deposita en una de las reposeras junto a la piscina y rápidamente arrastra uno de los calentadores más cerca.

—Mucho —le sonrío—. Aunque el calentador podría ser demasiado. Estamos en Italia.

—Todavía hace frío para una bebé —insiste Raffaele—. No vamos a arriesgarnos.

—Por supuesto que no. Ven aquí. —Le hago un gesto con el dedo para que se acerque, y una vez que está a mi alcance, lo agarro de la corbata y lo jalo hacia abajo para besarlo—. Te amo.

—Yo también te amo.

Nos mudamos a Italia poco después de que Caterina saliera del hospital. No quería estar embarazada ni criar a mi bebé cerca de la toxicidad que mi padre había dejado atrás, y no solo por lo que le hizo al agua. Había tanta mala energía alrededor de la propiedad que venir a Italia para vivir mi embarazo y los primeros meses de vida de Lucille fue la mejor elección.

Y ha sido hermoso. El aire siempre ha sido fresco y puro. El invierno fue frío, pero la nieve fue increíble, y recibir el Año Nuevo en el viñedo fue simplemente perfecto. Ahora, Lucille está aquí y nuestra pequeña familia está completa.

—Siéntate conmigo. —Palmeo el espacio a mi lado—. ¿Por favor?

—Siempre. —Raffaele se sienta a mi lado y se inclina, besando suavemente el rostro dormido de Lucille—. Se parece exactamente a ti cuando duermes.

—¿Qué, toda arrugada y vieja?

—No. —Raffaele ríe suavemente—. Dulce. Linda.

—Mmhmm. Creo que solo no quieres admitir que nuestra adorada bebé parece un ancianito.

—Un poco sí. —Sonríe—. Ya se le pasará. Ten. —Me ofrece sus dedos y me mete una uva en la boca—. Será tan hermosa como tú.

—Lo sé —digo, masticando la dulzura—. Creamos algo perfecto.

Tantas cosas han cambiado en el último año que es difícil creer que estoy aquí. La pérdida de un prometido, una boda con un hombre que odiaba, un romance relámpago, la pérdida de mi mejor amiga, y el inicio de mi imperio hospitalario, seguido por la descabellada revelación de que mi padre estaba envenenando el suministro de agua para sus jefes irlandeses porque lo único que le importaba era el dinero y el poder.

Ahora, el poder irlandés yace hecho polvo a nuestros pies con sus sueños de control sobre el gobierno completamente destrozados. Caterina está sobreviviendo y sanando no solo sus heridas físicas del ataque, sino también sus cicatrices mentales.

Aunque, mientras la observo inclinada sobre el muro coqueteando abiertamente con el jardinero del otro lado, tengo la clara impresión de que se recuperará más rápido muy pronto.

—Vito estuvo aquí antes —dice Raffaele—. Volverá para la cena.

—¿Qué quería?

—Solo tenía algunos informes financieros para entregar. Cosas relacionadas con los negocios que absorbimos de Pascal.

Ah. Los negocios de mi padre.

No tenía ningún deseo de conservarlos, así que después de que los absorbimos, inmediatamente los distribuí entre muchas de las familias más pequeñas que se sentían perdidas después de la traición de Pascal a los irlandeses. El dinero y las palabras pueden comprar lealtad, claro. Pero proporcionar un negocio y estabilidad independiente les habló más fuerte a esas familias y, en un solo trato, aseguré su lealtad tanto hacia Raffaele como hacia mí. Fue una decisión del momento que funcionó a nuestro favor, muy parecida a mi compra de los hospitales.

Raffaele está feliz de cubrir los gastos porque todavía le sorprende que hayamos ganado seis familias más pequeñas en una tarde sin derramar ni una gota de sangre.

—¿Está todo bien?

—Mmhmm. —Raffaele asiente y me da otra uva—. Solo compiló las ganancias del último trimestre para que las revises. Él cree que una familia podría necesitar algo de ayuda en la forma en que manejan las cosas, pero es más una necesidad de educación que otra cosa.

—Entendido. Le echaré un vistazo después de que Lucille despierte para su alimentación.

Como si escuchara su nombre, Lucille se mueve y sorbe en mis brazos, pero no despierta.

—¿Cómo puedo tener tanto amor por algo tan pequeño? —dice Raffaele en voz baja—. Es casi abrumador.

—Lo sé. —Me inclino y beso suavemente su mejilla—. Pero estamos aprendiendo juntos. Y nos sentiremos abrumados juntos.

—¿Me habré muerto en ese almacén? —Inclina la cabeza hacia atrás y mira al cielo—. No hay manera de que esto sea mi realidad.

Debo haber muerto e ido al cielo.

—¿En serio? ¿Te habría roto el dedo durante el parto si esto fuera el cielo?

Raffaele mira sus nudillos todavía morados pero en proceso de curación y se ríe. —No, supongo que no. Me alegro de haber sido de ayuda, por cierto.

—Todavía me siento terrible —respondo—. No sabía que tenía esa fuerza.

—Considerando que estabas expulsando a un *ser humano* de tu cuerpo, no me sorprende.

—Soy bastante asombrosa.

—Sí, lo eres, y te amo por eso.

—Yo también te amo.

Raffaele me besa de nuevo, más lentamente esta vez, prestando atención a mi labio inferior y sonriendo ampliamente mientras nos separamos.

—Cásate conmigo.

—¿Qué? —Mi corazón da un pequeño salto—. Ya estamos casados.

—Cásate conmigo como se debe. Una ceremonia real que tú puedas planear... que podamos planear juntos. Algo real que sea para nosotros y cómo nos sentimos, en lugar de una transacción comercial.

—Creo que a eso se le llama renovación de votos —bromeo mientras la emoción acelera mi pulso.

—Como sea. —Sonríe—. ¿Lo harás? ¿Te casarás conmigo otra vez?

—¿Una ceremonia real para nosotros? ¿Una que pueda planear y donde podamos tener una celebración apropiada? Sí —digo, riendo tan entusiasmada que despierto a Lucille en mis brazos—. Me casaré contigo otra vez.

Nos besamos profundamente al son de los gorjeos de nuestra hija en mis brazos, y mi corazón se eleva.

Mi alma está plena.

La vida es perfecta.

*¿Ansías tu próxima dosis de romance mafioso? Sumérgete en "**Heredero Oculto: Un romance de mafia, diferencia de edad y un bebé secreto**," disponible ahora en Amazon. ¡Mantén viva la pasión y la intriga!*

Lee toda la serie aquí.